

CIC

J. OHNET

LA

CONQUISTADO

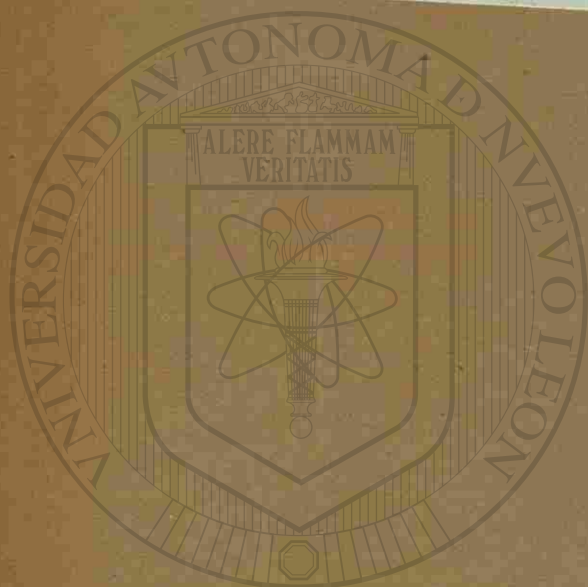
PQ2378

.03

C68



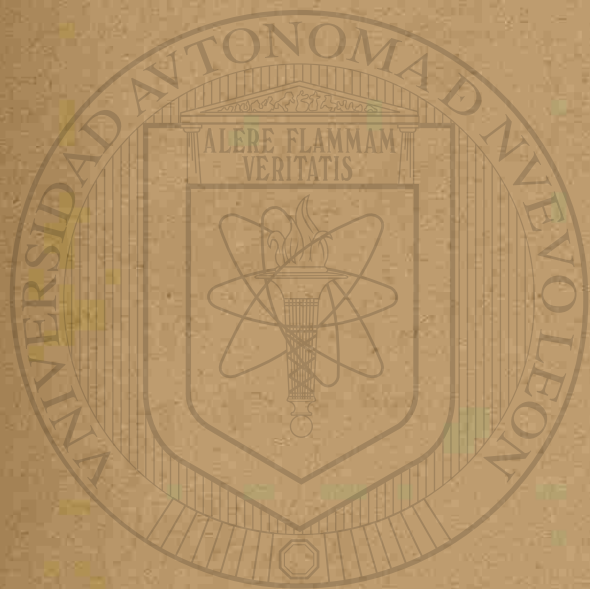
1020026714



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



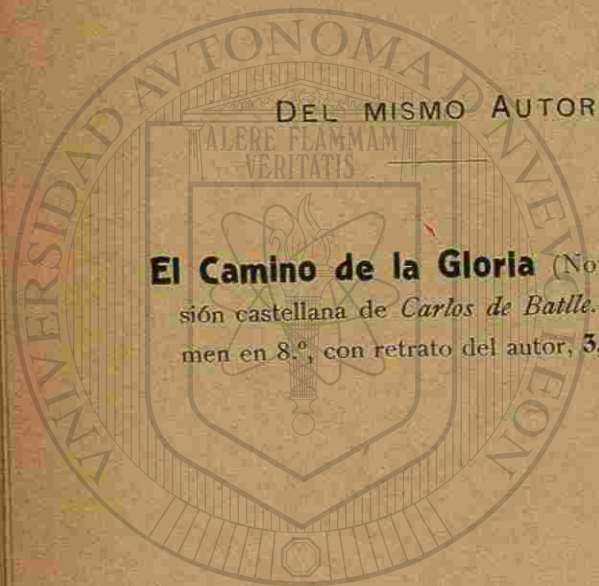
Las batallas de la vida

La Conquistadora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

N
Núm. Clas. Oh 385c
Núm. Autor 30631
Núm. Aco. -8-
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó



DEL MISMO AUTOR

El Camino de la Gloria (Novela). Versión castellana de *Carlos de Batlle*.—Un volumen en 8.º, con retrato del autor, 3,50 pesetas.

Las batallas de la vida

La Conquistadora

NOVELA

por

JORGE OHNET

Versión castellana

de

Carlos de Batlle



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16 · MADRID

85748

30631

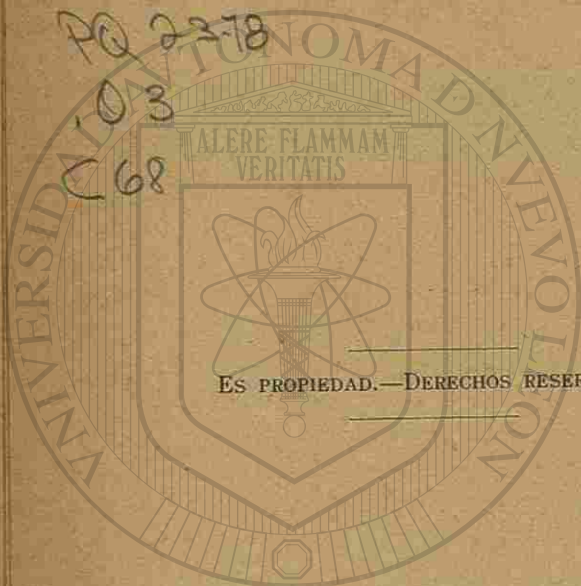
843

C.

PQ 22-78

03

C 68



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.—Imprenta de Fortanet, Libertad, 29.

Las batallas de la vida

La Conquistadora

PRIMERA PARTE

I

Por su gabinete, colgado de valiosos tapices que resaltaban sobre el tono oscuro de las maderas talladas, el Sr. de Prévinquieres paseaba lentamente de una ventana á otra acordando sus pasos con el acompasado tic-tac del reloj, que llenaba uno de los ángulos de la habitación.

Sumido en inquietantes reflexiones continuaba su paseo desatento al magnífico panorama que los valles del Loire y los collados de Tours le ofrecían por la ventana de la derecha, y al animado cuadro de su fábrica en plena actividad, al que servía de marco la ventana de la izquierda. Su rostro reflejaba honda preocupación, y hubiera continuado indefinidamente su paseo si la puerta no se hubiese abierto para dar paso á

un joven alto, de unos treinta años de edad, que llevaba un legajo de papeles debajo del brazo. Prévinqueres fijó en el recién llegado una mirada recelosa; se acercó al *bureau* Luis XIV, incrustado de bronce dorados, y sin decir palabra se sentó. Luego, con gesto que revelaba un gran abatimiento, señaló una silla al recién llegado, y se decidió á hablar con una voz doliente.

—¿Me trae usted el último balance, Valentín?

—Sí señor; se ha cerrado con setecientos mil francos de beneficio.

Prévinqueres movió la cabeza como si hubiese acabado de recibir la noticia de un nuevo desastre y miró tristemente al que acababa de pronunciar tan halagüeñas palabras. Era éste un joven vigoroso y moreno que vestía traje ancho de color obscuro. Su rostro grave estaba esclarecido por unos ojos penetrantes y observadores; barba castaña y muy espesa cubría sus mejillas, y sus manos, fuertes y callosas, denunciaban antiguas costumbres de rudo trabajo. Sin embargo, una distinción natural emanaba de toda su persona, y vestido sin gusto, mal peinado y con la barba en desorden, producía la impresión de un hombre de valer. Prévinqueres hizo todas esas observaciones, y señalando un rincón del *bureau*, dijo con tristeza:

—Deje usted ahí esos papeles; muchas gracias. Hubo un momento de silencio.

Los dos hombres se miraban cohibidos. El sol, reflejando en el *bureau*, barnizado, parecía saludar los papeles traídos por Valentín. La luminosidad, que cernían los cristales, coloreó los papeles de amarillo, verde y rojo.

—¿Es este el último balance que cerramos juntos?—preguntó con doloroso acento Prévinqueres.

—Por ahora, sí señor—contestó Valentín Raynaud—; pero como al separarme de usted no sé cuál será mi porvenir, si cuando vuelva me quiere abrir de nuevo las puertas de su casa...

Al oír estas palabras, Prévinqueres se irguió en su butaca, y golpeando los papeles con la palma de la mano, dijo encolerizado:

—¿Porqué se va usted? ¿Quiere decírmelo de una vez?

—No es ningún misterio—contestó Valentín con calma—; creo que lo he explicado ya y que he dado cuantas razones podía dar. Hace mucho tiempo que tengo mucho afán por viajar. No he visto nunca nada. Mi juventud entera la he pasado en esta fábrica y he consagrado toda mi actividad á dirigirla. Hoy que los negocios de la casa van á pedir de boca, que he encontrado un director con aptitudes suficientes para reemplazarme y que estoy convencido de que no soy indispensable, como usted me había hecho creer, recobro mi libertad; me voy á América, en donde estudiaré la gran industria...

—Entonces, ¿nosotros hacemos la pequeña?— interrumpió con amargura Préviniéres.

—No digo eso en absoluto; pero sí que al otro lado del Océano se dispone de elementos que nosotros no conocemos para llevar á feliz término empresas colosales.

—¿Le alucinan á usted los *trusts*?

—De ningún modo. Antes considero que esos monopolios son abominables desde el punto de vista social, y muy peligrosos desde el económico. Mas en todo esto hay problemas industriales y financieros que para poderlos juzgar es preciso estudiarlos de cerca. Ni los libros, ni los periódicos, pueden ilustrarnos con exactitud. Quiero ir á un gran centro obrero, Pittsburgh, por ejemplo, y ver lo que se hace allí. Quiero darme cuenta de cómo se verifica la producción, y de los medios de que disponen los que nos hacen la competencia con tan gran ventaja. Seguramente sacaré enseñanzas muy provechosas de todo esto, y á mi regreso le propondré reformas que cambiarán totalmente su industria.

—A su vuelta... ¿Volverá usted? Desde el momento en que me deja después de una colaboración de veinte años, hace ya veinte años que entró usted en mi casa, siendo aún muy niño, traído por su padre, tengo motivos para creer que no volverá nunca.

Los dos interlocutores guardaron silencio. Va-

lentín bajó los ojos para que no se viese que se le llenaban de lágrimas, y Préviniéres, suspirando, agregó con voz temblorosa:

—¡Valentín! Es usted un ingrato...

—¡Yo!— exclamó el joven con energía.—Usted no lo cree; es imposible que piense usted semejante cosa.

—Entonces, ¿cómo quiere usted que juzgue su inexplicable resolución?—repuso con vehemencia Préviniéres.—Usted es un hijo de la casa. Cuando su padre murió, demasiado pronto para su amante hijo y demasiado pronto para mi amistad, que tenía en él un colaborador cuya abnegación sabía apreciar, traté á usted como si hubiese sido un familiar mío. Estaba usted todavía en el colegio y le hice continuar sus estudios hasta terminarlos. Cuando salió de la Escuela Central le puse al frente de mi fábrica y le dí una participación en los beneficios. Carecía de experiencia, pero era el hijo de su padre y tenía por esto grandes derechos á mi reconocimiento; me sentía dichoso haciendo en obsequio de usted todo cuanto hubiera querido hacer por él. Ha crecido á nuestro lado, entre mi hijo y mi hija, y siempre ha sido tratado como ellos y considerado como su hermano mayor. Su fortuna, fomentada con el trabajo, ha aumentado durante los últimos diez años en la misma proporción que la mía. Hoy me trae usted el balance del año. Acusa un beneficio total de setecientos mil

francos. ¿A cuánto asciende la parte que le corresponde á usted?

—A ciento cincuenta mil.

—¿Cuánto tiene usted hoy?

—Muy cerca de un millón doscientos mil francos...

—Los ha ganado usted bien, le pertenecen legítimamente, y me alegro muy de veras de verle independiente, por más que use de su independencia para abandonarme.

Valentín se estremeció al oír este reproche; agitóse en su silla, sus labios se entreabrieron como si fuese á hablar, pero una fuerza más poderosa que el deseo de disculparse le obligó á cerrarlos de nuevo, y bajó la cabeza sombrío y silencioso.

—¿Cuándo piensa usted marcharse? —le preguntó Prévinqüieres.

—A fines de semana...

—Me da usted ocho días de tiempo, como cuando se despide á un criado.

Esta vez Valentín no pudo contenerse. La dureza de aquel hombre le pareció imposible de soportar, y abandonando la lucha que sostenía para seguir siendo dueño de sí mismo, rompió á llorar. Era un espectáculo conmovedor ver á aquel hombre joven y robusto que como un niño daba suelta al llanto. A pesar de su irritación, Prévinqüieres se emocionó, y en un arranque de caluroso afecto se acercó á Valentín y le estrechó la mano.

—Vamos, habla al fin —le dijo tuteándole como cuando era niño. —Di lo que te oprime el corazón. ¿Vas á ocultarme la verdad? Créeme, no acierto á comprender las razones que me das. Seguramente en todo esto debe de haber un secreto que te ahoga y que ocultas á pesar tuyo. Por fin te decides á hablar. ¿Qué temes? ¿Crees que no soy hombre capaz de comprenderte, trátase de lo que se trate, y de excusarte si has hecho alguna tontería? Vamos, dime francamente porque quieres abandonar la casa y alejarte de mí.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín; sus párpados se cerraron y sus labios se contrajeron, y con voz temblorosa dijo:

—Pues bien, quede usted satisfecho. Me voy porque adoro á su hija, y porque una inmensa distancia nos separa.

Prévinqüieres sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

Los dos interlocutores permanecieron inmóviles sin añadir una palabra. Para disimular su inquietud, Prévinqüieres se levantó y reanudó el paseo por el gabinete, diciéndose:

—Maldita la necesidad que tenía de haber suscitado esta cuestión. Pero, ¿quién había de figurarse que Valentín se hubiese fijado en Rosa? — Y cambiando bruscamente de ideas pensó: —¿Y porqué no se había de fijar?

No tuvo tiempo de llegar á una conclusión. La causante de aquellas perturbaciones, la señorita

Prévinquieres en persona, acaba de aparecer en el hueco de la puerta, cautivando á los dos hombres con el encanto de su belleza y la gracia de su sonrisa. Era una joven alta, rubia, de facciones perfectas, ojos azules y decididos ademanes. Después de haber dedicado á Valentín una familiar inclinación de cabeza, adelantó hacia su padre y le dijo:

—¿Te parece bien que me vea precisada á venir por ti para hacerte olvidar las delicias de tu inventario? Ya es hora de almorzar. Mi padrino está ya bostezante, y mamá dice que para una cocinera no hay nada más intolerable que tener que servir las comidas con media hora de retraso. Estoy segura de que el culpable de todo esto es usted, Valentín...

Este no había recobrado por completo su sangre fría, pero tuvo fuerzas bastantes para decir sonriendo:

—Tiene usted razón, señorita. Yo soy el causante del retraso de su padre, y tengo la culpa de que haya dejado pasar la hora... Perdóneme... ya hemos terminado.

—Entonces debería usted quedarse á almorzar con nosotros—dijo Rosa con su autoridad de niña mimada.—El barón Duburle le vería con mucho gusto; ya sabe que le quiere muy de veras.

—Señorita, yo agradezco al Sr. Barón sus bondades para conmigo, pero hoy me es de todo pun-

to imposible aceptar; tengo un invitado que me espera...

—¿Su famoso americano? ¿Ese que le juega á papá la partida de llevarlo á usted á América para que visite sus fábricas? Pues tráigale también, y así le veremos de cerca...

—¡Rosa!—dijo vivamente Prévinquieres en tono de reproche.

—¿Te parece mal, papá?—preguntó Rosa con ingenuidad.—¿He dicho una tontería? Por esta vez, Valentín, parece que he hablado demasiado de prisa. Hay que confesar que en el fondo papá siente rencor por su americano. Pero no importa, de todos modos, tráigalo un día de éstos. ¿Es tan rico como se dice?

—Sí, señorita.

—¿Treinta ó cuarenta millones?

—De *dollars*.

—¡Canastos!—dijo Prévinquieres.

—Entonces, Valentín me parece que no debe hacer esperar á un hombre semejante. Vamos, papá.

Y cogiendo á su padre por un brazo le obligó á salir del gabinete, no sin haber dedicado antes á Valentín la más amable y la más graciosa de las sonrisas.

El Sr. Prévinquieres, constructor de máquinas agrícolas, Consejero general y diputado por la circunscripción de Beaumont-sur-Loire, había

adquirido una gran fortuna gracias á su actividad y á colaboraciones tan útiles como la de Pedro Raynaud, padre de Valentín. Hombre siempre favorecido por la suerte, se había acostumbrado de tal modo á ser dichoso, que la más insignificante contrariedad le causaba indecible desolación.

Impresionable por temperamento, se entusiasmaba con la misma facilidad que se abatía, y decidido á evitarse pesares, no se preocupaba de las complicaciones que en su vida podían presentarse.

Necesitaba que en su casa y á su alrededor todo fuese bien, y no ver más que rostros sonrientes en los cuales resplandeciese la alegría.

El infortunio de los otros se le antojaba un atentado á su tranquilidad, y si hacía esfuerzos para remediarlo, no era tanto por amor al prójimo como por asegurarse la paz que le era indispensable para la vida.

Estando aún sujeto á la autoridad paterna, se había casado con una joven perteneciente á noble familia, la señorita Lucía de Jouveins, de la que había tenido dos hijos; un muchacho, Mauricio, y una niña, Rosa. Los había educado y visto crecer sin grandes cuidados, porque sus herederos habían tenido el buen cuidado de no estar nunca enfermos de gravedad. Así había llegado á los treinta y cinco años. Por entonces murió su padre, que le dejó dueño de una muy

regular fortuna y de la fábrica de Beaumont. Dejó también á su lado al capataz Pedro Raynaud, antiguo obrero sin instrucción alguna, pero dotado para la mecánica de aptitudes verdaderamente extraordinarias. Este hombre inteligente había reformado unas máquinas, inventado otras y conseguido colocar la fabricación de Beaumont á una altura de perfección grande y con ventajas económicas considerables que permitieron á Prévinquieres, padre é hijo, luchar con la concurrencia inglesa y americana, hasta el extremo de exportar á los Estados Unidos máquinas.

Raynaud, que siempre vivió entre obreros y sin dejar de vestir blusa, había muerto demasiado pronto para la fábrica de Prévinquieres y para su hijo Valentín. El niño, al quedar huérfano, recogió la recompensa de los servicios prestados por su padre. Prévinquieres había atendido y cubierto las necesidades de la viuda de su capataz, y muerta ésta poco tiempo después que su marido, se había ocupado con verdadera solitud del huérfano Valentín. Aquel muchacho laborioso y razonable le había cautivado. Los domingos le hacía salir del colegio, y durante las vacaciones se lo llevaba á Beaumont. En cuanto hubo terminado sus estudios lo colocó en la fábrica, pero Valentín supo prestar tan grandes servicios en tan poco tiempo, que Prévinquieres comprendió que en su empleado se reunían

cuantas condiciones se puede desear para un jefe. Había creído conducirse con liberalidad asegurando el porvenir del hijo de su capataz, y le fué preciso reconocer que había hecho un negocio excelentísimo. El proverbio que asegura que no se pierde el bien que se hace, nunca había tenido tan completa confirmación como en este caso. Mas Préviniqueres había considerado esto como cosa natural, pues acostumbrado á que todo le saliese bien, creía en el éxito firmemente.

Sin embargo, es raro que la fortuna continúe siendo fiel á los que empieza prodigando sus favores, y nada hay más engañoso que los comienzos afortunados. Durante la primera mitad de su existencia, Préviniqueres parecía haber pactado con la suerte. Después, y muy bruscamente por cierto, el camino siempre liso por donde avanzaba se convirtió en accidentado, y las desigualdades sacudieron el carro de triunfo, y los baches le obligaron á inclinarse. Con repentina inquietud, Préviniqueres, que no había pensado nunca en el día de las dificultades, se vió obligado á reflexionar y á combinar medios para defenderse. Antes que Valentín declarase su resolución de alejarse de la fábrica por algún tiempo, Préviniqueres había podido advertir los primeros síntomas con que el destino ponía de manifiesto su volubilidad.

Su hijo Mauricio, que acababa de hacer el ser-

vicio militar y se preparaba perezosamente para ingresar en el Consejo de Estado, demostró para enamorarse facilidad verdaderamente excesiva. Su padre tuvo que pagar una fuerte cantidad para librarle de cierta joven á la que había hecho imprudentes promesas, entre ellas la de hacerla su esposa en cuanto cumplierse veinticinco años. Al mismo tiempo su hija Rosa había rechazado con desdeñosas sonrisas partidos muy ventajosos, y como tenía idea tan exagerada de su propio valer, era difícilísimo encontrarle un marido.

Tener un hijo que comete toda clase de ligerezas y tonterías con mujeres alegres, y una hija que se niega á conceder su mano á personas dignísimas, eran causas más que suficientes para ensombrecer el espíritu de un hombre acostumbrado á que todos sus asuntos le saliesen siempre á pedir de boca. De modo que Préviniqueres, al enterarse de que su director, el eje en torno al que giraba la fábrica, se disponía á abandonarle, consideró que era el golpe decisivo, y empezó á creer que en la vida de los hombres hay ciertos períodos en que no todo es de color de rosa. Su carácter igual y alegre se fué agriando, ensombreciendo, y este optimista, que siempre había creído que todo se podía arreglar bien, ahora solo veía nubes muy negras en el horizonte.

Al abandonar á Prévinquieres después de la confesión que se había visto obligado á hacer, Valentín se dirigió á un pabellón situado á unos cincuenta metros de la fábrica y al borde mismo del canal Vesgré que la unía al Loire. Al fondo de un jardincito admirablemente cuidado y lleno de flores, bajo una parra cuyas hojas apenas había empezado á dorar el sol de Septiembre, un hombre de unos cuarenta años de edad fumaba tranquilamente en una corta pipa de raíz de brezo. Al sonar la campana de la verja el fumador levantó lentamente los ojos, y sonriendo al recién llegado le dijo tendiéndole la mano:

—¿Está usted satisfecho? ¿Ha puesto en orden todos sus asuntos? ¿Es usted libre?

—Sí, mi querido Ralph, completamente libre, y dispuesto á marcharme cuando usted quiera.

—Nada nos obliga á apresurarnos. Ante todo es preciso que se conduzca usted según las conveniencias. Una resolución como la de usted no debe tomarse bruscamente.

—Mi querido amigo, es inmutable. Algunas veces, en el orden material, las circunstancias pueden modificar las intenciones, pero en el orden moral, nunca, jamás.

—Nunca y jamás son palabras vacías de sentido—dijo el americano—, y creo que inmutable pertenece al mismo género. Ustedes los franceses razonan gustosos de un modo absoluto y se encierran en fórmulas que han encontrado hechas.

¡Jamás, inmutable!... Fórmulas que no dicen nada. ¿Qué es lo que nos permite decir que una cosa no sucederá nunca? ¿Podemos decir que otra cualquiera no variará? Todo esto es pura fantasía. Si usted dijese que es posible ó probable que tal combinación se presente, bien; pero cortar por lo sano y para siempre... ¡Demonio! He ahí lo que es decisivo.

—¿Cree usted, amigo Ralph, que un blanco pueda llegar á ser negro, y un negro blanco?

—Yo creo que en América se ha despreciado durante mucho tiempo lo negro y considerado lo blanco como perteneciente á una raza superior. Sin embargo, sé que hoy en día esta opinión empieza á variar, y que el Presidente de los Estados Unidos ha sentado un negro á su mesa, cosa que nadie hubiera hecho hace veinte años. Los negros están, pues, en camino de convertirse en blancos, ó lo que es lo mismo, de ser tratados como si lo fuesen. Ahora, y para contestar completamente á su pregunta sobre si los blancos pueden convertirse en negros, le diré que no lo sé, pero que es posible.

—Pues bien; lo que no verá usted nunca es que en Francia, una joven de clase alta, educada en las ideas y en los gustos aristocráticos, se case con el capataz de la fábrica de Beaumont, casi con un obrero.

—Tanto peor. Pero yo quisiera saber algo de la aristocracia de Prévinquieres. Como usted

dice no es noble, es decir, no desciende de ninguno de los jefes de aquellos ejércitos que fueron á devastar los países del Oriente con el pretexto de libertar el Santo Sepulcro, y que se llamaron cruzados, ni de ningún gentilhombre dotado por el poder real de un título que hiciese de él algo así como un criado de la Corona, ni de ningún personaje ilustre que con su genio haya prestado servicios extraordinarios á su país. El Sr. Prévinières no es más que un burgués enriquecido con el trabajo de su padre y el suyo propio; un hijo de obreros, y por consiguiente todo lo contrario de un aristócrata. ¿Qué milagro ha hecho de su hija una mujer tan altiva y desdenosa?

—Si la conociese usted no lo preguntaría. Le hubiese bastado verla para convencerse de que está muy por encima de mí por su gracia, por su elegancia, por su distinción. Amigo mío, no soy de su raza, y por mucho que lo lamente no puedo replicar. Si la viese usted á mi lado quedaría convencido de lo que digo.

—¿Tan extraordinaria es esa mujer?

—Es el encanto personificado. En dondequiera que se presenta atrae todas las miradas, y basta oirla para quedar enamorado. Y no es que sea una belleza sorprendente. Muchas son más hermosas, pero no hay ninguna tan encantadora. Desea gustar, y sin embargo no se puede decir que sea una coqueta. Seduce naturalmente por-

que la seducción es innata en ella. Sin esfuerzo ninguno, y por la potencia misma de su gracia, se apodera de todas las simpatías. Además, necesita brillar y triunfar, pues solo se siente dichosa cuando es el blanco de todas las miradas. La atmósfera de la admiración le es absolutamente indispensable y recorre el camino de su vida como una joven conquistadora.

—Si este entusiasmo no lo produce la ceguera del amor, las palabras no tienen ningún sentido para mí. Mi querido Raynaud, acaba usted de hacer la descripción de un monstruo admirable. Después de haberle oído, y sin conocer el modelo del retrato, no puedo hacer más que darle un consejo: créame, y no vuelva á ver nunca más á la señorita Prévinières. Considere como un favor del cielo que sus ojos se hayan posado en usted con indiferencia ó desdén, pues si por azar le hubiese sido usted agradable y hubiese animado sus ambiciosas esperanzas, correría usted el riesgo de ser el más desgraciado de los hombres. Esa joven me produce el efecto de un ser maravillosamente organizado para vivir en el ambiente ficticio y brillante en que se desenvuelve el gran mundo parisiense. Si encuentra el ser creado para unirse á ella, entrará en ese mundo como triunfadora. Será absolutamente necesario que su compañero sea muy rico y que esté muy bien relacionado en esa sociedad de tolerancia mutua y goces recíprocos que se co-

noce con el nombre de *todo Paris*. Tendrá que ser un hombre algo gastado, bastante vanidoso, sin ninguna sensibilidad intelectual y dotado de un excelente estómago y de muy poco corazón. Constituido de este modo, tendrá muchas probabilidades de pasearse en el sillón resplandeciente de esa joven diosa, sin que por ello tenga mucho que sufrir. Es, y de ello se habrá podido dar exactísima cuenta, todo lo contrario de lo que es usted. Mi apreciación es exacta, y mi diagnóstico seguro. ¿Cuánto tiempo hace que la señorita Prévinquiere se ofrece?

—¡Se ofrece!—exclamó Raynaud haciendo un ademán de protesta.

—Perdóneme usted. Es una expresión de Bolsa. Valor que se ofrece, es decir, que no encuentra comprador. Es muy cierto que habría podido preguntarle: ¿Cuánto tiempo hace que está en el escaparate?

—Ralph, ¿se vuelve usted loco? Habla usted con una desconsideración...

—Amigo mío, le ruego que sea indulgente con un extranjero que se expresa mal en este endiablado idioma, cuando trata de manifestar el fondo de su pensamiento, y contésteme, porque es de gran importancia. ¿Qué edad tiene la señorita Rosa Prévinquiere?

—Veintitrés años.

—Bien. Ha debido de rechazar muchos partidos. Las jóvenes francesas pueden casarse á los

diez y ocho años, de modo que hace cinco que los aficionados desfilan por delante de la vitrina...

—¡Otra vez!

—Sí, me gusta la imagen. Me recuerda esas lindas figuras de cera que, vistiendo el traje de las desposadas y ostentando el velo de encaje, llaman la atención de los paseantes desde los escaparates de los peluqueros. La señorita Prévinquiere con su gracia, su sonrisa y un ramo de flores de azahar, está expuesta á las miradas desde hace cinco años, lo mismo que las esculturas en los salones de peinar. Sonríen esperando que un imbécil entre en la tienda. Raynaud, amigo mío, no pase usted más por allí; márchese y tome el vapor con su amigo Ralph. Váyase á Pittsburgo á trabajar, si eso le distrae, ó á pasearse si lo prefiere, pero no piense más en la señorita Rosa Prévinquiere, y déjela entregada á sus ambiciones de conquistadora. El cielo ha velado por usted al sustraerle de sus encantos. Déle gracias y vámonos pronto. Es lo más prudente.

—Prudencia que no exigirá grandes esfuerzos, pues no es más que sencilla resignación. Como ya le he dicho, dadas nuestras costumbres mundanas, sería imposible que Rosa Prévinquiere aceptase por esposo á Valentín Raynaud. Para que tal prodigio se realizase sería preciso que se produjesen cataclismos imposibles de prever. Imagínese, por ejemplo, una ruina total, redu-

ciendo á Préviniqueres á la miseria, ó una revolución que viniera á alterar todas las clases sociales. Esas cosas se veían hace cien años. Hijas de nobles linajudos se casaban con hombres que salían de la nada, y que la potencia de los cañones convertían en mariscales y príncipes. Un oficialillo corso tuvo por pages á los Larocheffoucauld y á los Montmorency, que le sostenían el estribo cuando montaba á caballo. Fué una especie de cuento de hadas que, como todos los sueños magníficos, se desvaneció bruscamente. Los Valentin Raynaud se casan con las Rosa Préviniqueres, cuando los hijos de un posadero se convierten en reyes de Nápoles. Quiero decirle que esto no sucede todos los días.

—Mi querido amigo—replicó el americano—; todo cuanto está usted diciendo es ininteligible para mí. No me puede caber en la cabeza que un hombre valga más que otro, si los dos tienen la misma energía y la misma inteligencia, y no comprendo que existan mujeres de esencia superior que nieguen su mano á uno que trabaja y que les asegura una posición semejante á la que hasta entonces han ocupado. Yo sé muy bien que en mi mismo país se encuentran ya jóvenes que se casan con descendientes de familias ilustres de Europa, á los cuales, y á cambio de sus títulos, entregan una fortuna. Gracias á Dios, esta moda es todavía muy rara, y la gangrena de las pretensiones aristocráticas no se ha apo-

derado aún de la masa del pueblo. Es un producto de importación que será preciso tasar como los otros, y más caro todavía que los demás, pues amenaza á lo que hay de más precioso en un pueblo: el espíritu de igualdad.

—Sí, amigo mío; usted pertenece á un país nuevo que no ha sufrido la lenta transformación de las ideas durante siglos y siglos, y que no vive ni se forma, teniendo por base una instrucción esencialmente aristocrática. Nuestros prejuicios datan de la civilización romana, y han sido transmitidos, arraigados y fortificados por una cultura religiosa y monárquica. Los latinos tenemos la jerarquía en la sangre y no hemos podido desprendernos de ella en un siglo ni á costa de cuatro revoluciones. Estamos tan perfectamente intoxicados, que á medida que las clases se revolucionan, la desigualdad se reconstituye. A la aristocracia de nacimiento opusimos la plutocracia; ahora nos esforzamos en oponer á la supremacía financiera la superioridad intelectual; y ¿sabe usted lo que sucede? Pues que la superioridad intelectual solo tiende á adquirir la fortuna, y una vez esa fortuna adquirida se constituye en aristocracia, restableciendo la diferencia de castas en provecho propio. De manera que siempre estamos empezando, y que este pueblo, al que se trata de inculcar principios de igualdad, solo hace esfuerzos para quebrantarla y restablecer la aristocracia, ora

bajo una forma, ora bajo otra, pero siempre desdenosa y opresiva. Somos anti-igualitarios hasta la médula de los huesos, y creo que sería preciso destruir la raza para arrancarle su amor á las distinciones, á las castas y á las jerarquías. Es un fenómeno curiosísimo para estudiarlo de cerca. Es preciso ver el desprecio que el notario siente por el procurador, y el que el procurador siente por el alguacil. Un agente de cambio no dará nunca su hija en matrimonio al hijo de un negociante en vinos, y en un salón, á un comerciante en telas no lo saludarán las mujeres que se surten en su casa. ¿Porqué? ¿No es honrado, instruído, bien educado, y hasta si se quiere artista? No importa: hay castas, grados y distancias. No se familiarizarán más que entre sí, y la jerarquía se manifiesta en todo lugar y en toda circunstancia. Usted debe de conocer la admirable frase de la esposa de un presidente del Consejo, muy radical, nacido y criado en el seno de una familia de republicanos: «Nosotros somos la nobleza republicana.» Habían bastado dos generaciones de hombres que se repartiesen el poder para constituir una aristocracia dentro de la democracia misma. ¿Qué se puede esperar, desde el punto de vista igualitario, de un pueblo que tiene tan arraigadas las ideas aristocráticas?

—Nada absolutamente—dijo Ralph.—Por eso los colectivistas franceses me hacen reír.

—Todos son lo mismo. Piden el reparto para

provecho propio, pero no se puede dudar de que el siguiente día de establecida la comunidad se constituirían en castas y ejercerían la tiranía.

—Nadie se ha atrevido á ponerlo en duda... y sería la tiranía más pesada la de los sayones.

La criada de Valentín, anunciando que el almuerzo estaba servido, interrumpió la conversación. Ralph se apoyó en el brazo de su amigo, y por el jardín, lleno de flores, se dirigieron al pabellón.

En el suntuoso comedor, y en compañía de su mujer, de su hija y del barón de Duburle, Prévinquiers acababa de almorzar. Los tres criados encargados del servicio hacían desfilan los postres ante los comensales. La señora Prévinquiers, mujer de unos cuarenta años, muy bien conservada y muy elegante, hablaba con el Barón y con su hija sin hacer el menor caso de su esposo que, mal humorado, apenas había dicho una palabra.

—Barón, ¿conoce usted al americano de Raynaud?—preguntó la señora Prévinquiers.

—Le conozco como se conoce á mucha gente; pero no tengo relaciones personales con él.

—¿Es tan rico como dicen?

—Probablemente exagerarán algo; sin embargo, sé que posee una gran fortuna.

—Está entusiasmado con Raynaud.

—Parece ser que el director de la fábrica le ha prestado un gran servicio desde el punto de vista industrial, y como esos *yankees* son gente esencialmente práctica, Ralph Evans se ha interesado por el que le era útil y se ha propuesto serle útil también.

—Pero ¿qué servicio le ha prestado y cómo ha podido prestárselo?

—Prévinquieres podrá contestar á esa pregunta mucho mejor que yo.

Prévinquieres frunció el entrecejo al oír la alusión, y bajando la cabeza dió un sorbo al café y se hizo el distraído. Pero como la curiosidad de su mujer no se dió por satisfecha, tuvo que contestar.

—De todo tengo la culpa yo—dijo.—Si no hubiese hecho la tontería de exponer en Chicago, nada de lo que sucede hubiera sucedido. Evans no hubiera visto mis máquinas y no habría podido pedirme las noticias que le pusieron en relaciones con Valentín. ¿Saben ustedes por lo que me ha salido la exposición de Chicago? Pues por una medalla de honor, que no me hacía ninguna falta, por sesenta mil francos de gastos de transporte y de instalación y por la marcha de Raynaud.

—No puedo creer que el conocimiento con Evans sea la causa que ha decidido la salida del director. En este asunto hay algo más que ustedes callan...

Prévinquieres golpeó la mesa con el mango de su cuchillo, y con marcado descontento añadió:

—Claro está que hay algo más; pero les agradeceré mucho que no me hablen de semejante cuestión.

Estas palabras produjeron el efecto de una ducha de agua fría. El Barón y la señora Prévinquieres se miraron con asombro, pero Rosa, sonriendo maliciosamente, dijo:

—Por mi parte, tengo grandes deseos de conocer á ese americano. En mi imaginación toma proporciones verdaderamente extraordinarias; el hombre que viene á robarnos á Valentín, pues no hay que hacerse ilusiones, es un robo en toda regla, se me figura una especie de gigante, un Polifemo. ¿Tiene dos ojos?

—Sí, y muy penetrantes—dijo el Barón.—Pero tranquilízate hija mía, no es un fenómeno. Anda como todo el mundo, y ayer noche, cuando subimos juntos al coche que debía conducirnos á la estación, se condujo conmigo con exquisita amabilidad. Sé también que es hombre ducho en todos los deportes, buen jinete, gran cazador...

—Pues bien, si se queda algunos días le haremos tirar á los faisanes. ¿Es joven ó viejo?

—Chiquilla, me parece que te pones en guardia.

—Se equivoca usted, padrino, de medio á medio. ¡Un americano! ¿Qué iba yo á hacer con él? La doma de un marido salvaje no es cosa que entre en mis ideas.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA
"ALFONSO"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—De una vez y para siempre—murmuró Préviniqueres—, quisiera saber lo que entra en tus ideas, pues me parece que ni tú misma lo sabes.

—Pues mira, voy á exponerte mi programa—dijo Rosa riendo.—Se podrá imprimir y pegaremos un ejemplar á la puerta del salón, como se hace en los concursos. Quiero un hombre muy rico, muy elegante, muy amable y muy bien educado. Mira, algo parecido á como era mi padrino... hace algunos años.

Una sonrisa se dibujó en los labios del barón de Duburle. Movi6 la cabeza, se fijó atentamente en Rosa y en la señora Préviniqueres, y después dijo con dulzura:

—Hija mía, los hombres como tu padrino no se casan casi nunca.

—¿Porqué?—preguntó con atrevimiento la joven.

—¡Díantre! Porque encuentran demasiadas facilidades para no casarse—murmuró Préviniqueres.—¿Acaso crees que un muchacho encantador, brillante y buscado, como era Duburle hace veinticinco años, había de ser tan imbécil que se pusiese un dogal al cuello? Ahora que es un señor viejo y que tiene reuma se amolda á la vida de familia; pero en otro tiempo no se le hubiera podido sujetar. Sería digna de compasión la mujer que se hubiese casado con él.

—¡Hum, hum!—dijo el Barón entre alarmado y satisfecho.—Amigo mío, no sé para qué cuenta

usted semejantes cosas á su hija. Debe usted proponerse que me falte al respeto.

—Padrino, con respecto á usted nunca me he hecho ilusiones. Basta verle para comprender lo que ha debido usted ser, y esto precisamente es lo que me encanta. ¿Me quiere usted, padrino? Si es así nos casamos mañana.

—Eres tonta hija mía—dijo el Barón sonriendo.—Pero con todo, temo que cuanto acabas de decir sea consecuencia de ideas que consideraría muy peligrosas. Dime, ¿no te repugnaría casarte con un hombre ya maduro, aun cuando reuniese el conjunto de cualidades que has enumerado hace un momento?

—¿Qué es lo que llama usted un hombre maduro?

—Pues un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años...

—Treinta y seis—dijo Rosa burlonamente.—Pues bien, no me daría el menor cuidado. Los jóvenes, si quiere usted que se lo diga francamente, no me inspiran confianza.

—Rosa—exclamó Préviniqueres.—Entre un joven que empieza á vivir y un hombre que acaba hay una diferencia enorme.

—Y esta diferencia abarca el egoísmo, la ligereza, la inconstancia y la nulidad, que son los distintivos de los jóvenes que más brillan en nuestro mundo. Ahí está mi hermano...

Ese «ahí está mi hermano» fué terrible, y pa-

reció que una repentina tempestad se desencadenaba en todos los espíritus. Préviniqueres sintió un estremecimiento y se puso como la grana. Su esposa palideció y se mordió los labios, y en cuanto á Duburle, ensayó un ligero silbido cuyo significado no podía ser más desaprobativo.

—Tu hermano, tu hermano—balbució Préviniqueres, fijando en su hija una mirada terrible.—No has podido escoger mejor ejemplo; tu hermano es el mayor imbécil de su generación.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?—exclamó Rosa fingiendo admirablemente gran confusión.—¡Pobre *Ojazos*!

—¡*Ojazos*!—repitió el padre con acento que revelaba sorda irritación.—¿También tú conoces el apodo que le han colgado?

—Papá, es cosa que la sabe todo el mundo. Por lo demás, está suficientemente justificado, porque podrás pensar de Mauricio cuanto quieras, pero no negarás que es todo un buen mozo.

La señora Préviniqueres fijó en su hija una cariñosa mirada, en la que iba envuelta su aprobación; pero Préviniqueres no se dió por vencido.

—Con esto ya tiene mucho adelantado. ¿No le valdría más tener sentido común? Seguramente. Es una muestra brillantísima de la juventud de hoy. Hija mía, ante semejante ejemplo no tenemos más que inclinar la cabeza y darte la razón, y antes que unir una existencia á la de semejan-

te tarambana, comprendo que existan mujeres que prefieran quedarse solteras.

—Yo no llevo el pesimismo hasta ese extremo—dijo Rosa con tranquilidad—; pero solo me decidiré después de haber reflexionado mucho.

Levantáronse de la mesa para pasar á un salón en donde Préviniqueres, su mujer y Duburle, no tardaron en quedarse solos. Rosa, cruzando la terraza, á la que daba una puerta-ventana, recorría el jardín bajo la aureola de su sombrilla blanca, cogiendo flores para hacer un ramo.

—¿La han oído ustedes?—dijo Préviniqueres dirigiéndose á su mujer y á su amigo.—Pues bien, con semejantes ideas, calculen la acogida que habría dispensado á Valentín Raynaud.

—¡Cómo! A su director...

—Esta mañana he empleado todos los recursos para hacerle hablar, y no ha tenido más remedio que decirme la verdad. Quiere á Rosa, pero como tiene tan buen sentido como modestia, se da perfecta cuenta de que ella no le hará caso y se va.

—He ahí la clave del enigma—exclamó la señora Préviniqueres.—Ya me decía yo que en este asunto había algo oculto. La determinación de este muchacho me parecía inexplicable, y mucho más teniendo en cuenta lo muy bueno que has sido para él.

—Alto ahí—dijo Préviniqueres con vivacidad.

—El ha hecho por nosotros tanto como nosotros

hemos hecho por él, y si á esto se añaden los servicios prestados por su padre, somos nosotros los que estamos en deuda. Ese muchacho es una perla. Váyanse al diablo las ideas aristocráticas de mi hija. Nunca podré encontrar yerno que me satisfaga más.

—Pero, ¿qué estás diciendo?—exclamó con asombro la señora Prévinquieres. —¿Valentín Raynaud un yerno para tí? ¿Ese obrero? Pierdes el juicio.

—No, no pierdo el juicio, y ojalá Dios, tú y tu hija no estuviéseis trastornadas por ideas que no reposan sobre base alguna, porque al fin y al cabo yo me llamo sencillamente Prévinquieres y soy un vendedor de maquinaria agrícola. ¿Por qué enorgullecerse?

—No te esfuerces para aparecer vulgar—dijo la señora Prévinquieres un tanto amostazada.

—No, si yo no quiero aparecer nada. Soy un industrial muy rico, y eso es todo. El yerno que más me convendría sería un trabajador como yo. Lo tengo al alcance de la mano, y para colmo de mala suerte mi hija no lo quiere, no lo querrá.

—¿Se lo vas á proponer?

—No; de ningún modo quiero hacer sufrir á ese honrado muchacho procurándole una humillación. Desde el momento que nuestra hija no ha sospechado los sentimientos de Valentín, y nos ha dicho lo que hace un rato habéis oído, nada tengo que hacer. Dejaré que Raynaud se

marche, cosa que desquiciará completamente mis negocios, y asistiré al matrimonio de mi hija no sé con quién. He hecho abdicación de toda mi autoridad, y me lavo las manos de las locuras que se van á cometer delante de mí.

—Para juzgarlas de semejante modo, espera que se cometan. Tú no puedes adivinar lo que hará tu hija.

—Sin duda será una tontería, y más si lo hace con tu colaboración.

—¡Vaya una gracia! Así se comprende la poca influencia que tienes sobre tus hijos. Tal vez te figuras que no se dan cuenta de que tu carácter agrio oculta una gran debilidad. Para imponer la propia voluntad á las gentes no es necesario más que persuadirlas, y eso es lo que tú no has sabido hacer nunca.

—Sí, todo el mundo sabe que tú y tus hijos sois unas pobres víctimas—replicó furiosamente Prévinquieres.—No hacéis ningún esfuerzo para disimular lo poco que me consideráis, y por lo único que tenéis verdadera estima es por mi caja. Si tuviese sentido común os reduciría á una renta mezquina para que adquiriéseis un poco de sentido de la vida. Tú y tus hijos os hacéis muchas ilusiones con respecto á la posición que ocupáis en el mundo. Os atraen, os miman y os agasajan. ¿Sabéis por qué? Vosotras os figuráis que es por vuestras gracias personales y por vuestras cualidades. Es un gran

error. Todo eso lo debéis á la cantidad de dinero que pongo á vuestra disposición. Dejad de recibir, de dar de comer, de bailar y de llevar gran lujo, y al día siguiente nadie querrá conoceros. Vosotras creéis que os prodigan sonrisas porque sois exquisitas, encantadoras y deliciosas, cuando es porque en vuestra casa se divierten y se come bien, y todas esas relaciones artificiales, todo convención y reciprocidad, forman la base de vuestra existencia. Hace un momento he oído decir á mi hija que únicamente se casaría con un hombre muy rico, muy elegante y muy bien educado. Con tal que reúna estas condiciones, importa poco que sea un estúpido. Respecto á este punto puede estar tranquila; si se casa con ella lo será.

—Vamos, Prévinquieres, no se excite usted, y no corra más que sus pensamientos—, dijo el barón Duburle interrumpiéndole en tono conciliador.—Está usted de mal humor porque Raynaud se marcha, y la cosa no puede ser más natural. Pero no por esto haga responsable á su familia de semejantes contrariedades. Su esposa es una perfecta mujer de su casa.

—Ya me figuro que no será usted quien me hable mal de mi familia—replicó Prévinquieres.—Todo cuanto dice usted aquí tiene fuerza de ley, y hace veinte años que dura esto... Pero yo no tengo las mismas razones que usted para admirar lo que sucede en mi casa. Mi mujer ha

educado á sus hijos contra el sentido común, y yo soy quien recoge los frutos de esa hermosa educación. Mi hijo es un petímetro imbécil, y mi hija está en camino de estropear su porvenir por tontería y *snobismo*. ¿Cree usted que voy demasiado lejos? No, lo que sucede es que me apuro demasiado tarde. Si hace diez años hubiese puesto las cosas en orden, no estaríamos como estamos.

—Cualquiera que te oyese se figuraría que amenazan nuestra casa grandes cataclismos—, dijo la señora Prévinquieres.—Todo esto viene de que á Valentin Raynaud se le ha metido en la cabeza querer á tu hija. De todos modos debo advertirte que Rosa no se casará sin tu consentimiento. Si el marido que elija no es de tu gusto, con decir que no, evitarás que las cosas sigan adelante.

—Y entonces será preciso sufrir vuestras repriminaciones y vuestras quejas. Porque á mí no me cabe la menor duda de que estáis de acuerdo. No, no esperéis que emprenda la tarea de hacerlos entrar, á una y á otra, por el camino derecho. Estoy cansado de ser el único que tiene sentido común en la casa. Haréis lo que os dé la gana, y yo no intervendré más que para decir *amen*. Como ya he dicho, me lavo las manos con anticipación. Lo único que haré será pagar según costumbre. No os convenceréis de que yo soy quien tiene razón hasta que os veáis preci-

sadas á pedirme socorro y á rogarme que arregle los asuntos y los ponga en orden. Y como quiera que todas esas discusiones me atormentan, me ponen nervioso, no me dejan digerir, y estoy cansado de sostenerlas, os dejo hablar si eso os distrae, y buenas tardes.

Lívido, con el paso agitado y las manos temblorosas, Prévinqüieres salió del salón cerrando con violencia la puerta, y fué á encerrarse en su gabinete. La señora Prévinqüieres y Duburle se miraron sin decir palabra. Un rato después el Barón dijo con acento que demostraba su descontento:

—Mi querida amiga, hace usted mal tratándole como le trata. Es tan bueno y tan indulgente, que no tiene usted perdón de Dios si no alcanza de él cuanto se le antoje.

—Tiene usted mucha razón; pero cuando se trata de la boda de Rosa no me puedo dominar. Es asunto que me preocupa tanto...

—Vamos; una joven tan bonita como ella y que tiene un millón de dote, no se queda nunca para vestir imágenes.

—Pero es preciso que no la quieran por su fortuna.

—Ya ha oído usted que solo se casará con un hombre muy rico.

—No tiene pelo de tonta, pero cuando se trata de elegir marido la reflexión no es el todo; es preciso que el corazón tome también la parte

que le corresponde. Casarse sin amor es tan triste...

La señora Prévinqüieres, entristecida y suspirante, fijando una mirada en su antiguo amigo, todavía esbelto, murmuró:

—Para mí sería causa de gran desolación si más tarde mi hija se viese obligada á hacerse las reflexiones que yo me hago. Además, ¿quién sabe si ella tendría la suerte de encontrar las compensaciones que la vida me ha sabido ofrecer?

Y levantándose, bajaron lentamente al parque, en donde Rosa estaba todavía cogiendo flores...

II

Es muy cierto que Prévinqüieres, cuando se quejaba amargamente de la educación de sus hijos, no exageraba nada.

Educados en su propia casa, lo habían sido, sin embargo, de un modo totalmente opuesto á las ideas y principios de su padre. No se puede negar que de veinticinco años á esta parte se ha producido una modificación profunda en los espíritus, y que entre los hijos y los padres existe

sadas á pedirme socorro y á rogarme que arregle los asuntos y los ponga en orden. Y como quiera que todas esas discusiones me atormentan, me ponen nervioso, no me dejan digerir, y estoy cansado de sostenerlas, os dejo hablar si eso os distrae, y buenas tardes.

Lívido, con el paso agitado y las manos temblorosas, Prévinqüieres salió del salón cerrando con violencia la puerta, y fué á encerrarse en su gabinete. La señora Prévinqüieres y Duburle se miraron sin decir palabra. Un rato después el Barón dijo con acento que demostraba su descontento:

—Mi querida amiga, hace usted mal tratándole como le trata. Es tan bueno y tan indulgente, que no tiene usted perdón de Dios si no alcanza de él cuanto se le antoje.

—Tiene usted mucha razón; pero cuando se trata de la boda de Rosa no me puedo dominar. Es asunto que me preocupa tanto...

—Vamos; una joven tan bonita como ella y que tiene un millón de dote, no se queda nunca para vestir imágenes.

—Pero es preciso que no la quieran por su fortuna.

—Ya ha oído usted que solo se casará con un hombre muy rico.

—No tiene pelo de tonta, pero cuando se trata de elegir marido la reflexión no es el todo; es preciso que el corazón tome también la parte

que le corresponde. Casarse sin amor es tan triste...

La señora Prévinqüieres, entristecida y suspirante, fijando una mirada en su antiguo amigo, todavía esbelto, murmuró:

—Para mí sería causa de gran desolación si más tarde mi hija se viese obligada á hacerse las reflexiones que yo me hago. Además, ¿quién sabe si ella tendría la suerte de encontrar las compensaciones que la vida me ha sabido ofrecer?

Y levantándose, bajaron lentamente al parque, en donde Rosa estaba todavía cogiendo flores...

II

Es muy cierto que Prévinqüieres, cuando se quejaba amargamente de la educación de sus hijos, no exageraba nada.

Educados en su propia casa, lo habían sido, sin embargo, de un modo totalmente opuesto á las ideas y principios de su padre. No se puede negar que de veinticinco años á esta parte se ha producido una modificación profunda en los espíritus, y que entre los hijos y los padres existe

una disparidad casi completa en ideas y sentimientos. Nunca en ninguna época, á no ser en el momento en que la revolución estableció por la violencia, en Francia, un orden de cosas completamente distinto al que acababa de desaparecer, se ha producido una variación tan grande en los modos de ver y de sentir.

La nueva generación, acostumbrada á los ejercicios físicos, viviendo mucho al aire libre y en una promiscuidad de sexos favorecida por los deportes que se ejecutan en común, se ha formado con gran independencia y atrevimiento. El sentido del respeto se ha debilitado, y las diferencias de edad han dejado de ser causa de veneración. Ya no se escucha á los viejos, se sonríe ante sus opiniones, con frecuencia se les considera como chiflados, y ni se tiene la delicadeza de ocultarles el concepto que merecen. El sentimiento de la personalidad se ha acentuado, y los respetos que en otros tiempos imponía la diferencia de edad y la cortesía se han olvidado. Se empuja á los viejos y á los débiles porque en la vida es preciso caminar de prisa para llegar. Las ideas que dominan tienen un fondo de utilitarismo lamentable, y todo lo que era sentimiento ha parecido anticuado y bueno únicamente para desprenderse de él como de una carga pesada. De ahí esa sequedad de los espíritus, ese egoísmo en las relaciones, y esa forma aguda y cortante en la discusión, que da á las palabras un

sentido amargo y á las acciones un valor material que las despoja de toda belleza y de toda generosidad.

Para un burgués como Préviniqueres, rebotante de los recuerdos caballerescos de la época napoleónica, imbuído por las exageraciones sentimentales del romanticismo y lleno de las enseñanzas morales que habían dejado en el espíritu público la guerra, la invasión y la revolución comunista, el escepticismo razonador, el desdén por las rancias fórmulas, el afán de llegar sin escrúpulos, que son el carácter distintivo de la nueva generación, de la que encontraba en sus hijos los síntomas principales, eran causa de disgusto. No los comprendía, y sentía que ellos no le comprendían tampoco. Ni las palabras pronunciadas por los hijos parecían tener el mismo sentido que las del padre, ni los actos tenían el mismo valor. Préviniqueres se encontraba extraño entre los suyos. Cuando exponía sus ideas adivinaba en las miradas la burla y casi el desprecio. Sufría, no se atrevía á decirlo, y acumulaba en su interior las más tristes amarguras.

Sin embargo, sus hijos no carecían de ternura para él. Le querían á su manera, que ciertamente no era mucho. Con facilidad familiarizaban con él, le trataban como á un compañero; pero Préviniqueres sufría por creerse despojado de la autoridad que sobre ellos quería conservar.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

No eran malos, antes al contrario, eran buenos, mas de un modo irónico que tenía el don de desfigurar las mejores disposiciones. En su corazón, el afecto que sentía por sus hijos luchaba con el recuerdo de los pesares que le ocasionaban. Puede afirmarse que con ellos solo tenía raros momentos de verdadera satisfacción. Con su conducta y con su modo de hablar le irritaban frecuentemente, y entre el padre y los hijos existía un desacuerdo casi completo. Era éste mucho más grave entre Préviniqueres y Mauricio, porque siendo dos hombres se guardaban menos consideraciones. Con Rosa, joven y linda, la dulzura atenuaba forzosamente la irritación que el padre sentía.

Préviniqueres, siempre alerta y presa de la más grande desconfianza, se mostraba constantemente descontentadizo y huraño. Este continuo mal humor hacía menos gratas las relaciones entre la familia, y los hijos, poco dispuestos á intimar con su padre, censuraban su poca benevolencia. Mauricio formulaba sus ideas con este juicio definitivo: «Papá es un pesado.»

Los dos adoraban á su madre. La indulgencia, la dulzura y las caricias, raras en el jefe de la familia, prodigábalas la señora Préviniqueres. Para contrabalancear la conducta de su marido se había inclinado en sentido opuesto á él, y cuanto más desagradable estaba éste, más era la madre cariñosa y complaciente. Su carácter,

amable por naturaleza, hacía que se esforzase en parecerlo, aun con sus propios hijos; además, se adaptaba con mayor facilidad á las nuevas costumbres de la transformada sociedad. Por su edad, se sentía más unida á Rosa y Mauricio, y mientras Préviniqueres se había empeñado en no abjurar las ideas y costumbres de su juventud, ella se modernizó totalmente. En el seno de esta honrada familia, en la que todos se querían sinceramente, existían desacuerdos morales que hacían muy difícil la existencia.

Las crisis, que en la casa de Préviniqueres subsistían en estado latente, habían llegado al último extremo, á causa de una calaverada reciente de Mauricio y por la manifestación de un pretendiente de Rosa. La calaverada había sido muy regular, y el pretendiente era de los que causaban inquietudes. De ahí el recrudecimiento del mal humor de Préviniqueres. Buen mozo, y muy codiciado, el hijo de la casa, se había lanzado al mundo de la galantería con la deplorable manía de querer casarse con cuantas mujeres se mostraban bondadosas con él. Amar no le era suficiente, le era preciso casarse. Su padre, á cada manifestación de este inmoderado deseo de contraer matrimonio, se sentía acometido de un acceso de exasperación tan grande, que le ponía á dos pasos de la apoplejía.

El año anterior, Mauricio había seducido á una linda joven, maniquí en casa de una fa-

mosa modista de la calle de la Paz, estando á punto de pedir judicialmente á su padre el permiso para casarse con aquella encantadora criatura. Prévinquieres prefirió dar veinticinco mil francos á la novia, que, ante tal argumento, no vaciló en romper las relaciones con su futuro. Dos meses más tarde, Mauricio se moría de amor por la Serbelli, que acababa de alcanzar un éxito inmenso en la ópera con un baile nuevo. Se había marchado con ella á Milán y había escrito á su padre desde el mismo teatro de la Scala, suplicándole que hiciese su felicidad consintiendo en su boda con la estrella. Afortunadamente, esta vez se encargó un tenor de poner fin á la aventura. Mauricio había entrado en el cuarto de la bailarina sin llamar, y la había encontrado representando una escena tan sugestiva, que al día siguiente el enamorado joven volvía, presa del mayor desaliento, al seno de su familia.

Pero, para no perder la costumbre, muy pronto se había sentido inflamado por los ojos azules y los rubios cabellos de la señorita Amadina de Narbona, la mujer más cara de París, y que, síntoma alarmante, había hecho alarde con él del más grande desinterés. Hacía tres semanas que Mauricio había desaparecido del domicilio paterno y vivía en casa de su querida, con vivo descontento por parte de los íntimos de esa amable joven, de ningún modo destinada á hacer la felicidad de un hombre solo, y sí asegurar la de

todo el mundo. Inútil fué que Prévinquieres, alarmado por la habilidad con que Amadina desempeñaba su papel, queriendo hacerse una reputación valiéndose del amor, enviase á su hijo diferentes emisarios para prodigarle buenos consejos. Mauricio no hizo el menor caso de las abjuraciones paternas. Por esta vez, él lo decía muy formalmente, era su felicidad lo que arriesgaba. Separarlo de la señorita de Narbona era lo mismo que condenarle á eternos sufrimientos. Por lo demás, comprendía que no habría de sobrevivir á semejante pérdida, y que antes que sufrir mucho más tiempo prefería levantarse inmediatamente la tapa de los sesos.

Con el barón de Duburle, consejero amable é indulgente, era con quien se había expresado de tan extraordinaria manera. Duburle, que no temía ponerse al habla con una mujer hermosa, se había apresurado á visitar á Amadina en su casa de la Avenida del Bosque, decidido á reanudar con ella la escena de persuasión que tan poco efecto había producido con Mauricio. Encontróla grave y sencilla, declarando que amaba al joven Prévinquieres y diciendo que estaba decidida á hacer penitencia de su galante pasado, sacrificando todas las ventajas que le había valido para vivir con el hombre que quería hacerla su esposa.

A semejante confidencia, el Barón había contestado con amable escepticismo, dejando entender que Mauricio era un amable majadero, del

que Amadina no tardaría en cansarse, y que Prévinières, hombre avisado y firme en sus resoluciones, era muy capaz de desheredar á su hijo y colocar la mayor parte de su fortuna en el extranjero, antes que fuese á parar á manos que no le pareciesen dignas de recibirla. Además, Prévinières gozaba de muy buena salud, podía muy bien vivir veinte años, tiempo que daría con creces ocasión á Amadina para que se cansase de Mauricio, divorciase y entrase de nuevo en su camino natural, que era el del amor sin sujeción. El rumor público pretendía que Duburle había apoyado esta argumentación definitiva y concluyente con una demostración personal y activa que provocó, primero asombro, indignación después, y más tarde cierta admiración, que disgustó á Amadina.

Ella misma dijo á Andrés de Fontenay, que lo repitió después, y por quien sin duda se conoció la historia: «Para los años que tiene ese viejo se ha portado de modo extraordinario, y si no fuese por fidelidad á Mauricio no sé lo que habría sucedido.» De todos modos, Duburle se vió en la precisión de confesar á Prévinières que su intervención en el asunto no había producido efecto alguno, y que consideraba perdida la partida, pues los intereses de Amadina estaban de acuerdo con la fantasía de Mauricio. Entonces el marqués de Condottier entró en escena.

Era éste un buen mozo muy bien emparen-

tado, que vivía de los restos de un patrimonio que él y su hermana, la condesa Grodsko, habían dilapidado con una precipitación sorprendente. La joven Condesa, mujer de brillantes relaciones, estaba casada con un húngaro muy rico del que, á los pocos meses de matrimonio, se había separado, y habitaba con su hermano en el hotel Condottier, calle de Santo Domingo, negándose con irresistible energía á obedecer las órdenes del magnate que pretendía tenerla encerrada todo el año en un antiguo castillo que en medio de veinte mil hectáreas de pinares se levantaba á orillas del Theiss. Los dos hermanos se habían organizado en París una existencia muy agradable. Frecuentaban la mejor sociedad, y como la Condesa hubiese sido compañera de Rosa en el colegio, entre el hotel Condottier y la casa de Prévinières había buenas relaciones, á las que se oponía el industrial, cuyo buen sentido rechazaba lo que una intimidad entre los suyos y la amable pareja podía ofrecer de peligroso. Pero el Marqués era un bailarín admirable; había flirteado todo un invierno con Rosa; la Condesa se había granjeado con mucha habilidad las simpatías de la señora Prévinières, y á fuerza de amabilidad había conseguido desarmar á Prévinières mismo.

Esto supuesto, una noche, en el círculo de los Campos Elíseos, Duburle, que nunca se decidía á irse á acostar, apuraba, según su costumbre, taza

tras taza de te. El joven marqués de Condottier, que acababa de tallar al *baccará* y de ganar mil luisas, se sentó junto al Barón. En aquel mismo momento entraba Mauricio. Dió un apretón de manos á Condottier, y observando que Duburle se ponía muy serio, le preguntó si se encontraba mal.

—No me siento bien, pero estoy muy descontento de ti.

—¿He hecho algo?

—Nunca se te ve en tu casa. No haces más que dar disgustos á tu madre que es una mujer muy buena...

—No seré yo quien diga lo contrario.

—Y haces que tu padre esté siempre disgustado...

—Que es el más gruñón de los jefes de tribu... ¡Bah! Se puede decir que es patriarcal y bíblico desde el punto de vista de los usos y de las costumbres. Si le dejase, me inmolaría en el altar de sus prejuicios, como Abraham quiso hacer con su hijo Isaac.

—Eres un estúpido. Tu padre es un hombre excelente que considera, con muy buen juicio, que un joven como tú no puede vivir con Amadina y en casa de Amadina á ciencia y paciencia de todo París.

—No podrán decir que ella me sostiene.

—Es casi lo mismo. Tú no le das un cuarto, y ella ha dejado por ti á los otros.

En este preciso momento, y como Mauricio hiciese un gesto que revelaba su fatuidad, el joven Marqués dejó escapar un ¡oh! acompañado de una mueca tan expresiva, que hizo enrojecer al heredero de Préviniqueres.

—¿Eso quiere decir?...—preguntó el barón.

—Sí—añadió Mauricio.—¿Qué es lo que pretende usted insinuar?

—Yo he dicho sencillamente ¡oh!—dijo Condottier con voz suave.—¡Oh! exclamación á la vez de sorpresa, de admiración ó de duda, según el tono que se le dé.

—Su ¡oh! indicaba duda—replicó agriamente Mauricio.—¿Me engaño?

—No, no es usted quien se engaña—declaró con dulzura el Marqués—, es ella quien le engaña.

—¡A mí!—exclamo Mauricio, presa de la mayor estupefacción.

—¡Ah!—dijo Duburle con acento de triunfo.—Marqués, cuéntenos eso, la cosa lo merece.

—No lo esperen ustedes—contestó Condottier.—Soy incapaz de comprometer á un amigo y compañero. No diré el nombre de la persona con quien Amadina cornifica á nuestro querido Mauricio. Lo que sí aseguro es que hay en París *quien se los pone* á un joven aquí presente. Ahora bien, si ustedes dudan de la veracidad de mis palabras, yo les ofrezco un medio de comprobación irrecusable. Yo me comprometo á triunfar

de la reciente virtud de Amadina, y esto en el término de veincuatro horas.

—¿Cómo se sabrá?—preguntó Mauricio, que había palidecido, pero dudando todavía.

—Eso, querido amigo, es asunto que no me interesa. Amadina irá a mi casa, ó yo iré a la suya, pero habrá, yo lo aseguro, un punto de reunión. Usted es quien debe descubrirlo. No puedo hacer más para abrirle los ojos, y comprenderá que no se puede pedir mayor complacencia.

—Marqués—dijo Duburle—, yo he procurado realizar la misma empresa, y fracasé.

—Amadina me lo ha referido—replicó Mauricio—, como juraría que me referirá la tentativa de Condottier. ¡Vamos! Usted calumnia a esa pobre criatura. Me quiere a mí solo. Tendrá usted la prueba.

—Vamos a cuentas—interrumpió Duburle.—Danos tu palabra de que no la prevendrás. Estás tan enalbardado que serías muy capaz de desbaratar la combinación.

—No tema usted. Estoy seguro de ella.

—¡Está seguro de ella!—exclamó Duburle.—He ahí un animal que está seguro de una mujer. Y de una mujer cuya profesión es ser amable. Es más duro que el mármol. Condottier, aunque solo sea para darle en la cabeza, sacuda el flamante naranjo de esa joven y que lluevan mandarinas.

—Se hará lo que se pueda.

Los tres hombres se separaron, Mauricio inquieto, Duburle cáustico y Condottier tranquilo. Nadie supo nunca cómo el joven Marqués se las había compuesto con una criatura tan desconfiada como Amadina; pero a los dos días Mauricio llegó a casa de Duburle con el rostro descompuesto, temblando de rabia y confesando que acababa de sorprender a Condottier en los brazos de la señorita de Narbona. Estaba fuera de sí, hablaba de enviar padrinos a su amigo y de matarlo, y después se deshacía en imprecaciones sobre la infamia de las mujeres y la tontería de los hombres. No sin pena, Duburle logró hacer comprender a Mauricio que no estaría bien querer corresponder a estocadas a la complacencia de Condottier. Era cierto que había triunfado de Amadina, pero sin deseo y únicamente por el principio...

—Creo que será usted capaz de compadecerle—, dijo Mauricio.

—No iré tan lejos. Es evidente que no ha hecho un sacrificio penoso. La muchacha es bonita.

—Sí, bonita y canalla. Usted no sabrá nunca hasta qué extremo lleva la hipocresía y la mentira. En esto es una especialidad.

—En otras cosas también debe serlo.

—No la veré nunca más.

—Así lo espero.

Y Mauricio volvió a casa de su padre, con el

que se reconcilió. Duburle, sin entrar en los detalles de la aventura, dijo á Préviniqueres que la conversión del hijo pródigo se debía á Condottier. A partir de aquel momento el industrial fué más amable con el Marqués, pero aumentó su desconfianza. No creía en el desinterés, pues solo raras veces había visto prestar servicios gratuitamente. Pensó que si Condottier se había tomado la molestia de devolverle á Mauricio, tendría algún interés en mostrarse generoso y abnegado, y este interés no tardó en adivinarlo. Con toda claridad comprendió que el Marqués le había devuelto su hijo para apoderarse más fácilmente de su hija. Además, en la casa todo el mundo favorecía esta combinación. La señora Préviniqueres, cuyas ideas aristocráticas estaban algo oprimidas por las tendencias burguesas de su marido, sentía gran debilidad por la nobleza auténtica del Marqués. La condesa de Grodsko, insinuante y sagaz, le complacía mucho, y Mauricio, siempre dispuesto á inflamarse por una belleza nueva, empezaba á hacerle una corte formal. La única que no manifestaba su opinión era Rosa. Acogía sonriendo con graciosa bondad las discretas demostraciones de Condottier, pero de su actitud era imposible colegir si estaba dispuesta á conceder al Marqués la mano que á tantos otros había negado. Esto tranquilizaba á Préviniqueres, porque después de los disgustos que, con respecto al matrimonio de

su hija, la fantasía de la misma le había hecho experimentar, tenía la sorda inquietud de que se decidiese á hacer una elección absurda; y la de Condottier le parecía la más inaceptable. Sin embargo, no podía alejarlo de su casa, y aun al día siguiente lo esperaba con su hermana, pues estaban de temporada en Rocher, en casa de su vecino el barón de Folentin, banquero riquísimo y solterón recalcitrante, y debían ir á cazar á Beaumont.

Préviniqueres recordaba todas estas cosas con tristeza. Acababa de firmar maquinalmente una gran cantidad de cartas, cuando la puerta de su gabinete se abrió para dar paso á un buen mozo que entró sonriendo. Al verlo, iluminóse el rostro de Préviniqueres. Se fijó en él con complacencia, y desmintiendo la rudeza de sus palabras con lo cariñoso de su mirada dijo:

—Vamos. Ya estás ahí. ¿Cuántas tonterías has hecho esta mañana?

—¡Por Dios, papá! No he tenido tiempo de hacer ninguna. Me acabo de levantar.

—Perezoso... Son las once.

—Es que el aire del campo es un dormitivo asombroso. He dormido tan bien, que no me podía despertar.

—Sí, el aire es aquí excelente. Si vinieses con más frecuencia tendrías mejor salud.

—Mi espíritu no está dotado de suficientes re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cursos para vivir en el campo. No sabría qué hacer. Me aburriría y aburriría á los demás.

—Trabajarías.

—¿Acaso soy capaz?

—No has probado nunca...

—Eso es cierto; pero creo que no sirvo para nada. Cuando veo lo que haces, y la variedad de tus conocimientos, mi admiración raya en asombro.

Prévinquieres fijó en su heredero una mirada cariñosísima. Movi6 la cabeza, golpeó uno de los brazos de la butaca, y dijo modestamente:

—No soy un águila. No debes confundir; hay muchos que saben más que yo; pero es cierto que he trabajado mucho y que he emprendido negocios muy distintos, y si tú siguieras mis consejos, dentro de algunos años estarías en condiciones de ocupar mi lugar al frente de mi fábrica y en la Cámara...

—¡En la Cámara!—exclamó Mauricio.—¿Serías capaz de abandonar tu asiento en ella, y con él á tus fieles electores?

—¿Porqué no? Yo iría entonces al Senado, y podríamos decir que éramos los dueños del país. ¡Si tú hubieses querido!... ¡Si quisieras todavía! Con tu inteligencia, porque tú eres inteligente, llegarías á ocupar una brillante posición. Tú continuarías la dinastía de los Prévinquieres...

—Prévinquieres IV—dijo burlonamente Mauricio.—Eso sería muy hermoso, pero me parece

demasiado difícil. Además, ¡con el porvenir que nos prometen los socialistas!...

—¿Acaso crees en esos sueños? Eres más crédulo que ellos mismos. Demasiado saben que sus reivindicaciones han nacido muertas, y que su programa es irrealizable.

—Sí, pero como ellos dicen, pueden alterarlo todo.

—Eso duraría un día, pero al siguiente, el orden de las cosas recobraría su equilibrio. Si vacilas en seguir las huellas de mis pasos porque el colectivismo se te antoja amenazador, tu temor es vano. No es la sociedad lo que sería preciso cambiar, es la humanidad entera, y no hay probabilidades de que esto ocurra.

Prévinquieres iba á extenderse en elevadas consideraciones, cuando fué interrumpido por un golpecito ligero dado en la puerta del gabinete. Dijo: «adelante», y un instante después apareció Valentín precediendo á su huésped el americano. Éste avanzó hacia Prévinquieres sonriendo con aplomo, y sin dar tiempo á que le presentasen, se presentó él mismo.

—Ralph Evans, de Pittsburgo, su antiguo cliente y su concurrente actual, Sr. Prévinquieres.

—Y el que me roba este excelente muchacho—, replicó el industrial señalando á Valentín.

—Sí, es verdad; pero sin premeditación, y de ningún modo por interés... Además, él volverá.

Prévinqueres y Raynaud se miraron. El primero movió la cabeza sin contestar; después, cambiando de conversación, dijo:

—Señor Evans, á quien debería llevarse á América no es á Valentín, es á este joven ..

Y señalaba á su hijo, que con un codo apoyado en la chimenea examinaba con curiosidad al americano.

—Nada más fácil si así lo desea; en el barco habrá sitio para todos...

—Muchas gracias, dijo Mauricio sonriendo.—La travesía no me seduce, y además á mí me basta Europa.

—Usted no es curioso. Yo á su edad ya había dado la vuelta al mundo.

—En ochenta días—replicó Mauricio.—Nosotros la damos en cuatro horas en... la Porte-Saint-Martin.

—He ahí la juventud actual—dijo Prévinqueres, dirigiéndose á Ralph.—De todo se burla. Se le habla de instruirse, y contesta que se quiere divertir. Nosotros amontonamos grandes fortunas para nuestros hijos; ese es nuestro error y su excusa. No tienen necesidad de preocuparse, porque nosotros nos hemos preocupado por ellos. Hay momentos en que me pregunto si la herencia no es un error social. Si nuestros hijos se viesen obligados á contar consigo mismos, tendrían que trabajar, y serían hombres de provecho.

—Esa es la teoría del sufrimiento—dijo con dulzura Valentín.—Es muy dura, y es preciso estar sólidamente constituido para resistir la prueba. El elegante Mauricio no ha nacido para sufrir. Usted no lo puso en el mundo para que fuese desgraciado. Le ha educado para que brille, para que le envidien, y llena todas las partes del programa trazado por usted mismo. En París no hay joven más mimado y más querido. Le da algunos disgustos; pero esto pasará, pues tiene buen corazón, y su fondo es excelente. Ya verá cómo se formaliza cuando llegue el momento oportuno.

—Gracias, Valentín—dijo Mauricio.—Tú eres siempre el cariñoso amigo que en otros tiempos excusabas mis locuras, y que últimamente, cuando me he extralimitado, has hecho lo posible por repararlas. Tú sí que eres un hombre honrado, y yo te quiero con todo este corazón que dices es bueno, y que en el fondo lo es.

Miró á su padre, miró á Valentín, no acabó de exponer su pensamiento y exhaló un suspiro. Luego, con su natural displicencia, sacó un cigarrillo de su petaca de oro y lo encendió. Se acercó á Ralph, y con la más exquisita cortesía le dijo:

—Creo, caballero, que no se alejará de nosotros bruscamente, y que mi padre y los míos tendrán la satisfacción de hacerle los honores de Beaumont. Sin duda ya conoce la fábrica,

pero no la finca, y como quiera que mañana tenemos una partida de caza, y esta noche llegan de París algunos amigos...

—Me atrevo á esperar—dijo Prévinquière interrumpiendo—, que será usted de los nuestros.

—Con mucho gusto, si me aceptan tal como estoy en viajero.

—Corriente. Pero ante todo, permítame que le presente á mi madre y á mi hermana.

Precedidos por Mauricio, Evans y Raynaud pasaron al salón, en donde la señora y la señorita Prévinquière esperaban no sin curiosidad la anunciada visita del yankee. Rosa se había esmerado en su adorno vistiéndose un precioso traje de batista bordada, descotada tan solo lo preciso para que se viese el nacimiento de su torneado y blanco cuello. Viendo entrar al extranjero se puso vivamente en pie, y apareció alta y esbelta. Los cabellos rubios daban á su rostro una frescura exquisita. Contestó al saludo de Ralph con una ligera inclinación, y dedicó una sonrisa á Valentín. Durante ese minuto se mostró tan adorablemente hermosa y expresiva, que el americano no pudo menos de lanzar una rápida mirada á su amigo como para decirle: «ahora lo comprendo». Valentín sonrió con tristeza, y viendo á Rosa tan encantadora bajó la cabeza para no imponerse á sí mismo el suplicio de de-searla sin esperanza. Pero la joven no pareció sospechar la dolorosa resignación de su adora-

dor. Se dirigió á él y le dijo con afectuosa familiaridad:

—Bien, Valentín; ha cumplido usted su palabra de presentarnos al Sr. Evans. Porque sepa usted, caballero, que ardíamos en deseos de conocerle. Nos han contado tales cosas de su inteligencia y de su suerte en los negocios, que si no hubiese venido á vernos no se lo habríamos perdonado nunca á Raynaud.

—Pues, señorita—dijo Evans tranquilamente;—aquí tiene usted al monstruo en persona. Pero no se exagere su importancia, porque en realidad es tan pequeña...

—En su país—dijo la madre de Rosa—, en donde los archimillonarios abundan, tal vez, pero en la pobre Europa, y en Francia sobre todo, no puede usted pasar inadvertido.

—Crea usted—añadió Rosa—que aquí no se le estimará á usted por su fortuna. Seguramente que en los tiempos en que vivimos la riqueza es una gran cosa, pero no es todo...

—En América, señorita—replicó el americano—la fortuna no tiene valor más que por el partido que de ella se saca. Un hombre rico que no hace nada vale muy poca cosa.

—Recoge esto, Mauricio—dijo Prévinquière con cierto júbilo.—Ve ahí resumido en pocas palabras el concepto que tengo de la vida. La fortuna debe servir únicamente como medio de acción. Esa doctrina ha sido siempre la regla de mi conducta.

—¿Es también la de la señorita?—preguntó Ralph con ingenuidad.

—Mis opiniones—dijo Rosa alegremente—son algo más amplias que las de mi padre. No profeso gran estima á las gentes que no sirven para nada. Sin embargo, á mis ojos no es todo la laboriosidad. Hay otras cualidades muy dignas también de ser tenidas en cuenta. Por ejemplo, la buena educación, el talento, la bondad, el buen gusto y todos los dones que caracterizan al perfecto hombre de mundo, que se puede soñar como compañero de existencia...

—¡Como compañero de existencia!—replicó Evans.—Entonces, estamos apreciando las cualidades masculinas desde el punto de vista matrimonial, y lo que la señorita Préviniqueres acaba de decir es algo así como el programa del perfecto candidato.

—Si usted se empeña...—dijo Rosa con displicencia.—Pero no se asombre, señor Evans, de que una joven francesa dé gran importancia al matrimonio, porque es el más importante y casi podría decir el único problema que existe para ella.

—Sí, ya lo sabía, y todo cuanto usted me dice me interesa muchísimo. ¿Me permite, si no soy indiscreto, que le hable de este asunto?

—¿Porqué no?—replicó Rosa.—Lo que acabo de decir no es nuevo para los míos. Lo saben desde hace mucho tiempo; pero si á usted le distrae hacerme hablar...

—Sí, es una cosa muy nueva para mí. Después de lo que le he oído decir, creo que para una joven de su posición, solo un hombre de mundo podría parecerle candidato aceptable. Un joven honrado, trabajador y rico, pero sin relaciones, sin elegancia, que no tuviese más que su honradez, su inteligencia y su fortuna, ¿tendría probabilidades de lograr un dichoso resultado?

—Me parece—respondió Rosa—que por poco tacto que tuviera, ni siquiera se presentaría, porque desde el primer momento había de ver que no estaba en condiciones de vivir en el ambiente en el cual tendría que desenvolverse. Es cuestión de atmósfera. No respiraría con libertad y se volvería á su casa.

—Entonces, ¿no podría contar por parte de la que hubiere elegido su corazón con ningún favor, con ninguna indulgencia? La formalidad, la excelencia de los sentimientos, y, en fin, un afecto sincero y apasionado, ¿no serían suficientes para que se hiciese una excepción con él? La elegancia de sus trajes, su buen tono, su finura, sus parientes y amistades y todo lo que, según usted mismo ha indicado, constituye el conjunto de una posición mundana, ¿pesarían más que los preciosos dones que aseguran la tranquilidad material y garantizan la felicidad?

—Señor Evans—contestó Rosa—es usted muy complejo, y la respuesta resulta difícilísima. Usted escoge un ejemplo novelesco y muy por en-

cima de toda verosimilitud. ¿En dónde va usted á encontrar ese ideal, en el que se reunirían todas las facultades del hombre trabajador y todos los refinamientos de corazón de un enamorado? En los libros y en el teatro lo encontramos. Pero ese ser admirable ¿existe en la realidad? Los autores aseguran que sí, pero yo dudo que su afirmación sea cierta. Crea usted que lo mejor es no hacerse ilusiones respecto á ese fénix y contentarse con el candidato posible, cuyo retrato he hecho hace un instante á grandes rasgos.

—Vaya—dijo Evans suspirando—veo que es imposible hacerle variar de programa.

—No creo que con razonamientos se pueda conseguir. Sería preciso un hecho material y violento. Una desilusión completa; un gran pesar.

—Sí—objetó friamente Evans.—La demostración absoluta y brutal de todo lo que hay de ficticio y de ilusorio en las ventajas que usted coloca por encima de todo. Esto no es probable que suceda. No podremos, pues, asistir á la desilusión completa de la señorita Prévinquière en un nuevo camino de Damasco, y por la tanto, amigo Raynaud, no tenemos más que tomar los billetes y marcharnos á América.

Estas últimas palabras confirmaron á Prévinquière la verdadera finalidad de la conversación de Evans. Cambió con su mujer una significativa mirada. Raynaud, pálido y tembloroso,

no perdía ni una palabra de las que Rosa pronunciaba friamente. El americano había obligado brutalmente á que Rosa se explicase, y ya no podía dudar: nunca se conformaría con ser la mujer de un antiguo obrero, aunque estuviese dotado de una inteligencia superior y en posesión de una gran fortuna. Valentín lo comprendió así, y viéndose condenado para siempre al suplicio, deseaba salir de aquel salón en donde se ahogaba, apartarse de aquella cruel mujer que acababa de hacerle sentir todo su desdén, y encontrarse al aire libre, en completa soledad, para poder dar rienda suelta á su desesperación y á su cólera. Hizo un gesto tan doloroso, que Ralph comprendió la necesidad de abreviar la visita. Se levantó, y saludando á la señora Prévinquière, le dio las gracias por la benévola acogida que le había dispensado.

—Señor Evans—dijo entonces Rosa—ya sabe usted que mañana contamos con los dos. Hoy llegan algunos invitados, gente de mundo, de esa de la que no hace usted gran caso, y puede que en el fondo tenga razón. Pero yo deseo que pueda estudiarlos con entera libertad, y luego, si usted quiere, volveremos á hablar. Me encanta su franqueza.

Cambió un varonil apretón de manos con el americano, y Ralph y Raynaud salieron por la puerta-ventana que daba al jardín. Una vez solos y al aire libre, se cogieron del brazo y signie-

ron á lo largo del canal. Al principio guardaron silencio, pero después, y mirando á su amigo, Ralph dijo:

— Bien. La lección ha sido completa.

— Sí. ¿Ha visto usted con qué crueldad ha ahondado el acero en la herida?

— ¿Crueldad? ¿Porqué? Ni siquiera se figura que le ha herido. Ignora completamente lo que por ella siente usted. ¿Quiere que llevemos la aventura más lejos y que yo se lo diga?

— Eso, nunca. Sufriría demasiado si recibiese una negativa.

— ¿Quién le asegura que sería una negativa?

— Todo lo que acaba de decir y que yo sabía de antemano. Está de acuerdo con las ideas de los que la rodean y con su ambiente. No, Evans, no hay esperanza. Rosa no se casará nunca con el hijo de un capatz.

— Tanto peor para ella, querido, y no para usted. Créame; durante la hora que acabamos de pasar con ella, la he observado mucho. Es una niña mimada que, si las circunstancias no la favorecen completamente, puede ser muy desgraciada y hacer desgraciados á cuantos están unidos á ella. Vea usted; yo la comparo á un potro que siempre ha galopado libre y á su antojo en una pradera, que se defenderá terriblemente cuando le hagan sentir el bocado para conducirlo á un paso que no sea el suyo. Estoy contentísimo de que no sea usted quien haga la ex-

periencia. Sería enojosa, y en ella se correrían grandes riesgos. Para salir con bien de la aventura se necesitaba tener una mano de hierro, y usted no la tendría. Concediendo que la tuviese, temería hacer daño á la hermosa desbocada. Deje usted esto, amigo mío, y si le es posible piense en otras cosas. Si no puede, ¡qué diantre! quéjese usted. Hay gentes que aseguran que eso consuela, y yo estaré siempre á su disposición para escucharle.

— Me afijo más por ella que por mí, Evans; se lo aseguro, pues me parece que el porvenir de esa niña, tan llena de ideas falsas, no puede ser más amenazador. Es tan orgullosa y tan delicada que cualquier decepción la aplastará. Calcule usted lo que la vida le reserva. Yo preferiría sufrir cien veces más y que fuese dichosa.

— Usted puede desearlo, querido amigo, pero no sucederá más que lo que el destino tenga dispuesto. Si la señorita Prévínquiere debe pagar las consecuencias de sus prejuicios, lo que Valentin Raynaud desee no la aliviará gran cosa. Y ahora, sinceramente; si algo puede esperar de ese espíritu que no le comprende y de ese corazón que se le escapa, lo deberá á las pruebas que sufra. El buque no entra en el puerto hasta después de haber sido batido por la tempestad. Si cuando llegue ese momento todavía anhela usted su posesión, ejercerá usted de piloto y le ayudará á salir del atolladero.

III

—Vamos, señor Préviniqueres, si le complace, y á no ser que esté usted muy cansado, es preciso que baile usted conmigo.

—Condesa, cuando se trata de demostrarle mi obediencia, yo estoy siempre dispuesto.

Mauricio ofreció sonriendo el brazo á la condesa Grodsko, y como la señora Préviniqueres preludiaba un vals brillante, la joven y el hijo de la casa empezaron á bailar.

En el salón de Beaumont se reunió aquella noche muy selecta concurrencia. Los castellanos de las cercanías habían acudido, y entre éstos y los parisienses, huéspedes de Préviniqueres, reinaba la mayor intimidad. Las recepciones se sucedían regularmente en aquel rincón de provincia, y los cazadores se encontraban casi siempre en las mismas partidas de caza. El barón Trésorier, el agente de cambio, hablaba con Lermont, que ha colocado en Francia el arte del tiro y de la batida á la misma altura que Lord de Grey en Inglaterra. La Bréde y de Tremblay, cazadores alegres, sin los cuales no podían verificarse las partidas de Beaumont, descansaban tumbados

en un sofá de las fatigas del día, cuando Rosa se dirigió con decisión á ellos conminándoles á que abandonasen su cómoda postura, y á que sin pérdida de tiempo hiciesen bailar á las hijas del procurador de la República, que no deseaban otra cosa.

La Bréde exhaló un suspiro y se levantó con resignación, pero de Tremblay se preparó á resistir.

—¡Cómo! ¿Bailar cuando apenas nos levantamos de la mesa? ¿Sin darnos tiempo para respirar? Aquí no se puede descansar un momento. Cinco horas á pie recorriendo la vasta llanura, un cuadro de doscientas cincuenta perdices, y todavía se nos niega el derecho á descansar después de comer. Sepa usted, encantadora niña, que pediré una indemnización á su señor padre.

—Vamos, vamos. Mire usted con cuánta impaciencia me espera el marqués de Condottier.

—¡Diablo! Si yo la esperase también estaría impaciente. Pero usted me ofrece una de las hijas del administrador de justicia del lugar. La ironía es amarga. En fin, yo estoy aquí para los trabajos de carga, ¿no es eso? Allá voy.

—¿Porqué te quejas?—dijo La Bréde encogiéndose de hombros.—Demasiado sabes que al fin no tendrás más remedio que sacrificarte.

—¡Toma! Entretanto gano tiempo.

De pie en medio del salón, el elegante Condottier esperaba efectivamente á Rosa y fijaba

en los asistentes una mirada de triunfo. Tenía la seguridad de que la señorita Prévinquière le daría una respuesta favorable, pues había estrechado el cerco tan atrevidamente que, según su opinión, no habría de tardar en rendirse.

Verdaderamente el joven Marqués era un hombre admirable. Sacaba todo el partido posible del encanto que la elegancia puede añadir á la gracia natural. Nadie se vestía como él, ni se ponía una levita de nuevo corte, ni lanzaba un pantalón con tanto arte para imponer su gusto. Delgado, alto, ágil, moreno, con ojos de meridional y dientes que brillaban bajo el bigote peinado á la borgoñona, era el príncipe de la juventud. Una mujer que deseara ser la reina de la moda, no podía elegir compañero más á propósito para asegurar su supremacía.

Todas estas cosas se las decía Rosa cuando, después de haber puesto en movimiento á los dos cazadores, se dirigía hacia él, y no sin cierta satisfacción contemplaba al elegantísimo joven que en medio del salón se movía con tanta libertad que parecía colocado en aquel sitio para que lo admirasen mejor, y su aislamiento semejaba un distintivo de superioridad. Dirigiéndole una sonrisa, el Marqués le tendió la mano, con el brazo derecho rodeó el talle de la joven, y con agilidad y ligereza le hizo seguir el ritmo del vals trazando caprichosas y armónicas curvas.

Prévinquière estaba sentado junto á una ven-

tana y conversaba con un joven, al que hizo que se fijase en la elegante pareja:

—Verdaderamente, son dignos de que se les admire...

—¡Ah! ¿Lo confiesa usted al fin?

—Mi querido Barón, no soy ciego, pero tampoco me dejo alucinar. Ese muchacho es muy elegante, pero no me sirve.

El barón Folentin de Rocher hizo una mueca significativa:

—¡Diantre! Yo sé que es usted un hombre serio, y yo lo soy también. Pero con eso no consigue usted que Condottier no sea en extremo seductor. Usted mismo se ha visto obligado á reconocer que produce un efecto extraordinario.

—Creo que mi hija le ayuda en algo.

—Sin duda la señorita Prévinquière es en su género tan seductora como el Marqués. Formarían una pareja admirable...

—A la que serían precisos para vivir doscientos mil francos, y todavía contraerían deudas...

—Deudas que pagaría usted, y en cuanto á los doscientos mil francos...

—Alto ahí, Folentin. No vaya usted á figurarse que estoy loco. Poseo una gran fortuna, usted lo sabe porque es mi banquero; pero con todo, mis medios no me permiten sostener otra casa como la mía. Tengo un hijo imbécil que me cuesta bastante caro...

—Vamos, señor Prévinquière, no trate de en-

ternecerme. Yo sé que no gasta usted la renta y que todos los años aumenta el capital.

—Sí, y Valentín Raynaud se va.

—¿Con ese endiablado americano que me ha presentado usted hace un momento y que tira tan bien?

—Sí, con Ralph Evans.

—Raynaud es un muchacho excelentísimo y honrado; pero la fábrica marchaba admirablemente antes que él la dirigiese, y seguirá marchando lo mismo.

—¿Será Condottier quien la dirija?

—Eso sí que no. Condottier es un buen chico que sabe más de lo que parece, y su hermana es una mujer encantadora.

—Vamos, Folentin, yo no le pido que me cuente sus aventuras amorosas.

—¡Oh! No crea usted nada de cuanto se dice de mí y de la condesa Grodsko. Ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Ya no estoy en la edad en que las mujeres impresionan.

—¿Cuántos años tiene usted, Folentin?

—Treinta y seis.

—¿Y solterón empedernido?

—Hasta que encuentre la mujer de mis sueños.

—¿Cómo debe ser?

—No es fácil explicarlo. Hablando con sinceridad, puedo asegurar que todavía no he encontrado ninguna que me haya parecido valer lo necesario para hacerme perder la libertad.

—Lo que acaba usted de decir no es muy halagador para mi hija.

—¿Me la daría usted?

—Empiece por pedirme su mano.

—¡Diablo! No es precisamente de eso de lo que se trata.

—Entonces, ¿de qué?

—De una comisión muy delicada que para la señorita Prévinquieres me han encargado.

—¿Quien?

—Condottier.

—¿Le ha pedido que sea usted su intermediario?

—Un poco más, diría usted su corredor.

—¿No se tiene por bastante hombre para hablar por sí mismo?

—Crea usted que debe haberlo hecho en todos los tonos y en todas las formas. Fíjese usted en él, ahora que está bailando con su hija. Hablan, ríen. ¿de qué quiere usted que se ocupen sino es de cosas de amor?

—Y bien...

—Pues bien. Parece que la señorita Rosa ríe, bromea, tal vez demasiado á juicio de mi amigo, y no se decide á conceder crédito á las apasionadas confesiones que le hace. De modo que, resuelto á todo y antes que dirigirse oficialmente á usted, Condottier desea que un hombre serio, con el que seguramente no se atreverá á bromea, yo, en fin, hable algunos instantes con la señorita Prévinquieres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

México, 1925 MONTERREY, MEXICO

—¡Maravilloso! ¿Quiere usted que le diga lo que pienso, Folentin? Mi hija es demasiado inteligente; hasta ahora ha rechazado admirables partidos, y no se dejará alucinar por un joven como el Marqués. Mire, el vals ha terminado, y la ocasión no puede ser mejor. Vaya usted á reunirse con mi hija, dígame cuanto tenga que decirle y sea elocuente, la condesa Grodsko se lo agradecerá.

—¿Todavía? Después de todo me es igual. No hay ofensa en eso.

Folentin se había puesto de pie, y se dirigió hacia Rosa, que en el centro de un grupo formado en medio del salón, y algo sofocada por el baile, hacía que los rizos que caían sobre su frente se agitasen con el aire de un abanico de encajes.

—¡Como! señor de Rocher, ¿quiere usted bailar?—preguntó Rosa alegremente haciendo una reverencia al Barón.

—Yo la invitaría á bailar como cualquier otro, señorita—contestó Folentin—si pensase que ello había de proporcionarle una satisfacción.

—Tú debes saber, Folentin—dijo La Brède—que nosotros pertenecemos á la primera reserva; de modo que si la patria estuviese en peligro, nos faltaría tiempo para volar á la frontera.

—Nosotros no somos viejos—añadió de Trambay—pero esos señores son unos chiquillos.

—De lo que están muy contentos—replicó Condottier.

Siguiendo la broma, Folentin había cogido á Rosa de la mano obligándola á que se apoyase en su brazo. De este modo la llevó hasta el saloncito contiguo.

—¿Quiere usted decirme qué propósito le anima al alejarme del salón?—preguntó la joven.

—El de hablarle confidencialmente si usted no se opone.

—¡Cuánta gravedad! Verdaderamente parece usted un diplomático.

—Nada de palabras sonoras—replicó riendo Folentin.—Escúcheme con atención, pues la cosa lo merece. Vengo de parte de Condottier.

—¡Ah! Cuando hace un momento bailábamos, no empleaba la solemnidad que usted.

—Debido á que me había dado poderes para hablarla formalmente.

—Entonces, ¿de qué me va usted á hablar?

—De su amor y del proyecto que ha formado de hacerla su esposa.

—Me parecen demasiadas cosas—dijo Rosa.—Con respecto á su amor me ha dicho cuanto es posible decir. En cuanto á su proyecto...

—Es la consecuencia.

—Para él tal vez, pero ¿para mí?

—¡Cómo! ¿No ha pensado usted más que en flirtear con ese muchacho? ¿Qué se proponía cuando le animaba para que le hiciese la corte?

—¿Animarle? Lo ha dicho usted muy de prisa. ¿Le he animado alguna vez? ¿Qué entiende usted por esto?

—Confieso que es algo complejo; pero á juzgar por lo que dice el Marqués...

—He tratado al Marqués del mismo modo que á tantos otros que suspiraban como él, dándole alguna preferencia, nada más. ¿Qué ha podido encontrar en eso?

—No le ocultaré que está entusiasmadísimo. Le conozco bien, y nunca le he visto como ahora. No le creía capaz de tanto entusiasmo.

—Pues bien, que lo conserve.

Folentin se estremeció y fijó en Rosa una mirada que revelaba el mayor asombro.

—¿Ese es su estado?...

—Según los modernistas debe decirse estado de alma—dijo alegremente la joven.

—¿No se ha emocionado usted?

—Absolutamente nada.

—¿Qué decepción para Condottier! ¡Él que creía!...

—¿Que el terreno estaba mejor dispuesto? Pues se ha equivocado.

—¿No es su ideal?

—De ninguna manera.

—¿No podría hacer méritos para mejorar su posición?

—Carece de medios.

—¿Qué le sería necesario para conseguirlo?

—Todo lo que le falta. Formalidad, fortuna, porvenir. No, Barón; examine con detención al Marqués; es encantador, de acuerdo, pero es un tarambana.

—¡Caramba!—repitió Folentin emocionado.

—¿No es así, poco más ó menos—dijo Rosa con dulzura—como ustedes llaman á los buenos mozos que tienen cierto partido entre las mujeres, pero que se les trata sin consecuencias? No se escandalice usted al oírme hablar de esta manera. Tengo un hermano, un padrino y un padre que hablan delante de mí, y no soy sorda ni... En fin, sé muchas cosas que me ilustran respecto á la situación de Condottier, y que me prueban claramente que no es el hombre que debo tomar por marido. Es todo lo contrario.

—¡Ah!—dijo Folentin, cambiando de actitud.

—Lo que usted me dice, Rosa, es extraordinario, verdaderamente extraordinario. No la creía tan firme en sus resoluciones, y sobre todo, tan razonadora. Si no es abusar de su complacencia, ¿puedo suplicarle que me diga el hombre á quien daría su mano?

Y hablando de este modo examinaba á la joven con atención, en la que más bien que el hombre de mundo, despreocupado, se manifestaba el hombre de negocios, reflexivo. Vivamente, y como para quitar importancia á su pregunta, añadió:

—Es preciso que comprenda que, ya que no

otra cosa, tengo que dar al pobre Condottier buenas razones.

—Nada más fácil que satisfacerle. Me bastará con repetirle lo que ayer dije delante de mister Evans, que poco más ó menos me preguntó lo mismo que usted...

—¿De veras? Es curioso. ¿Lo hizo quizá con segunda intención?

—Lo ignoro, pero me parece que no. Es un extranjero al que el estudio de las costumbres francesas le interesa, y que se informaba del estado de espíritu de las jóvenes casaderas, haciéndome charlar. Por lo menos, eso es lo que me pareció.

—¿Y usted le dijo?...

—Nada extraordinario. Debí parecerle algo tonta porque se fué en seguida. Le declaré sencillamente que tan solo me casaría con un completo hombre de mundo; es decir, que reuniese las condiciones de fortuna, buen gusto, talento, perfecta educación y muy buenas relaciones. Eso es todo. Mister Evans me miró con desprecio, y en sus ojos leí que no le merecía la menor estima.

Folentin permaneció un instante reflexionando, y luego dijo:

—Pero usted no habla más que de cualidades morales. ¿Cómo tendrá que ser físicamente la persona que usted elija?

—No es la belleza lo que me seduce; con que no sea feo, si es distinguido bastará.

Folentin palideció, y las palabras se anudaron en su garganta. Al fin, y después de hacer un esfuerzo, pudo decir:

—¿Y... en cuanto á la edad?

—¿La edad? Eso dependerá de la situación del pretendiente. Por regla general no se sabe lo que un hombre puede dar de sí antes de los treinta años.

—¿Verdad?—exclamó Folentin, cuyo rostro se iluminó repentinamente.—Al fin encuentro una mujer que sabe comprender la vida. ¿Qué son treinta... ó treinta y cinco años para un hombre?

Miró de lado á Rosa, y viendo que no protestaba no quiso llevar más lejos aquel examen de conciencia. Con jovialidad añadió:

—Ahora comprendo porqué Condottier no puede tener ninguna esperanza. Sí, su espíritu lúcido y firme se da cuenta con demasiada exactitud de las exigencias sociales, para dar esperanzas á ese buen mozo, que no es más que un buen mozo. Pero si se encontrase un candidato que aproximadamente correspondiese á su programa, porque la perfección no es de este mundo, ¿podría arriesgarme á presentárselo?

—¿Cómo! Usted, un solterón empédernido, un solterón, ¿se dedicará ahora á reclutar gente para el matrimonio? Esto no está de acuerdo con sus principios, á no ser que el matrimonio, que juzga malo para usted, lo considere bueno para los demás.

—¿Quién le ha hecho formar de mí un concepto tan erróneo?—preguntó Polentin mirando con languidez á la joven.—Si he permanecido soltero ha sido porque no encontré aún la mujer de mis sueños. ¿Cree usted que debo retirarme ya?

Rosa se colocó delante de él y le examinó con cómica atención. Después, aprobando, dijo:

—No hay que hacerse ilusiones, Barón, está usted llegando al límite.

—¿Pero llegó todavía á tiempo?

—Sí.

—Pues no pregunto más.

Y cogiendo á Rosa de la mano hizo que de nuevo se apoyase en su brazo; luego, andando con firmeza y con ademán de triunfador, entró en el salón, en donde acababa de reanudarse el baile.

A la mañana siguiente, cuando el Marqués bajó de las habitaciones que ocupaba en el ala derecha del castillo de Rocher, junto á las de su hermana la condesa de Grodsko, se dirigió al gabinete en que su amigo trabajaba diariamente con el secretario. Las grandes ventanas que daban al parque estaban abiertas, y en el gabinete no había nadie. Condottier, viendo á un jardinero que preparaba una canastilla de rosas, le preguntó si el Barón había salido.

—Sí, señor Marqués—contestó el buen hombre.—Ha salido y muy temprano. Sin duda al-

guna habrá ido á Tours, y estará aquí á la hora de almorzar, pues el coche no ha vuelto.

—Perfectamente—dijo Condottier.

Desde el magnífico *parterre*, cultivado á la francesa, que se extendía desde la fachada del castillo hasta las orillas del Loire, podía admirarse el río, que parecía de plata, encajonado en el valle florido, rodeado de colinas cubiertas de bosque, en medio del cual blanqueaban los torreones de los castillos vecinos. Ningún paraje tan fértil ni tan risueño cuenta con tantas moradas señoriales, verdaderas maravillas de antigua arquitectura. En ese jardín de Francia es donde el gozo de vivir se manifiesta en la blandura del aire, en las caricias del sol y en el perfume de las campiñas.

Andando por la arena caldeada y á lo largo de las avenidas del jardín, materialmente cuajado de flores, Condottier se sintió poseído de esa languidez que brota del alma de las cosas. Sumergido en estas contemplaciones, llegó hasta la barandilla de piedra, y en ella se apoyó fijando la mirada en el río y en los barcos que pasaban lentamente arrastrados por caballerías. El campanileo de las colleras marcaba el ritmo de su pesada marcha. Allí permaneció vuelto de espalda al sol, soñando despierto y presa de un embotamiento delicioso que hacía mayor la frescura de la brisa y el silencio de los bosques. En la confluencia del canal Vesgré y el Loire,

humeaban las altas chimeneas de la fábrica de Beaumont, y más lejos, en un macizo de árboles, principio de los bosques que se extienden hasta Blois, el techo de pizarra del castillo de Prévinquiers brillaba al sol como una lámina de plata. Condottier evocó en su pensamiento la imagen de Rosa, y se la figuró recorriendo el jardín, pensando tal vez en él. La vio como la había visto la víspera, animada por el deseo de agradar, algo fantástica y haciendo esfuerzos para contenerse cuando él le juraba amor. ¿Había sido por coquetería de mujer, segura de la influencia que ejercía, ó por temor de manifestar el fondo de su pensamiento? Demasiado libre de preocupaciones, demasiado alegre, y no lo bastante reflexivo, se preguntaba á cada momento si podía considerarse tan seguro de ella como le decía su hermana la condesa Grodsko. La víspera, cuando había preguntado á Folentin el resultado de su entrevista con la señorita Prévinquiers, el Barón había contestado con una evasiva.

—La fatiga me rinde; si usted quiere, nos ocuparemos de esto mañana por la mañana. Tengo que decirle muchas cosas.

En el trayecto de Beaumont á Rocher, el Barón había dormitado en el fondo del coche sin preocuparse de la Condesa, y por la mañana, en vez de apresurarse á poner al corriente á su amigo, se marchaba á primera hora. ¿Qué sig-

nificaba esta conducta y qué se podía conjeturar de ella?

Las doce daban cuando el coche de Folentin apareció ante la verja del castillo, y diestramente conducido fué á detenerse frente á la escalinata. El lacayo sujetó el tronco y el Barón saltó á tierra con la ligereza de un joven. En lo alto de los escalones la condesa Grodsko se adelantaba para recibir al dueño de la casa. Este besó galantemente la mano que le tendían, y apoyándose amistosamente en el hombro de Condottier le dijo:

—¿Ha pasado usted buena noche? He salido cuando todavía dormía usted, pues un asunto de importancia reclamaba mi presencia en Tours. Al mismo tiempo he tratado de otro... Me parece que al fin Bricard me cederá el bosquecito que está en medio de mi cazadero... Pero subamos y hablaremos durante el almuerzo. Me estoy muriendo de hambre...

Los dos hermanos cambiaron una mirada. La volubilidad de Folentin, el esfuerzo que hacía para entretenerse hablando de cosas que les eran indiferentes, en lugar de abordar el asunto esencial de su conversación con la señorita Prévinquiers, les inspiraban atroces inquietudes.

Juntos se dirigieron al comedor, y una vez sentados á la mesa, y cuando los criados hubieron servido los primeros platos, la Condesa dijo:

—Y bien, querido amigo; no nos habla usted

del resultado de su intervención acerca de la encantadora Rosa. ¿No pudo usted conseguir, durante el largo rato que estuvo hablando con ella, que dijese lo que tanto deseamos saber?

Folentin tragaba con dificultad. ¿Qué era lo que más le molestaba, la empanada de caviar ó la pregunta de la condesa Grodsko? Fijó en el plato los ojos, adoptó un gesto compungido, bebió un sorbo de vino, y decidiéndose al fin dijo:

—A ustedes debe de haberles sorprendido la poca prisa que he demostrado en darles cuenta de mi misión..., porque era una misión lo que se me había encargado...

—Sí—replicó Condottier—, misión diplomática, y tenía usted amplios poderes para tratar.

—¡Ah! Tratar, tratar. Con una persona tan fantástica como Rosa no es muy fácil.

—¿Le recibió mal?...

—Antes al contrario, se mostró muy amable.

—¿Se negó á escucharle?

—Nada de eso. Me prestó muchísima atención.

—¿Respecto al asunto que usted iba decidido á abordar?

—Respecto al asunto mismo.

—Entonces... ¿Le dió una contestación?

—Categórica, pero no les satisfará mucho.

—¿Se niega á concederme su mano?

—Cuanto es posible negarse á una petición semejante. Claro está que cubriendo de lisonjas

el nombre de la persona para quien la petición se hace.

—¡Vaya una gracia!

—¿Verdad? Es el desastre clásico: usted es muy agradable, se le oye con muchísimo gusto, tiene un carácter alegre, es amable, es el tipo de hombre más á propósito para gustar, pero nunca será su mujer.

—¿Cuál es la razón, la razón que da? Porque indudablemente debe dar alguna.

—Da muchas.

La condesa Grodsko intervino para decir:

—Eso es demasiado. Con una sola, siendo buena, bastaría; pero, vayamos por partes.

—Pues bien, el Marqués no tiene posición...

—Naturalmente, como que no se dedica al comercio.

—No tiene de fortuna.

—Si la tuviese no se dirigiría á la heredera de un fabricante de máquinas para arar, buscaría una mujer de su clase...

—Sus gustos no hacen suponer que se creará una posición, por sus propios medios.

—¿Qué es lo que significa esto? ¿Que no mangleoneará para agenciarse un acta de diputado que le permita ir—él, un descendiente de miembros del consejo de los Quinientos—, á sentarse en esa leonera que se llama Palacio de Borbón? Efectivamente, hay grandes probabilidades de que no se resigne á semejante extremo. Pero ¿se

puede decir que ejercer el oficio de malhechor público sea crearse una posición? En este caso también son posiciones las de los monederos falsos y las de los salteadores de caminos.

—Condesa, usted exagera.

—De todo esto se deduce—dijo melancólicamente Condottier—que no le gusto.

—Si le gusta usted, pero no como marido.

—Entonces, ¿como qué?...—exclamó con viveza el Marqués.

—Como amigo, como camarada, en una palabra, para flirtear—contestó Folentin.—En esto no tiene usted rival y triunfa en toda la línea.

—Por lo cual me siento muy lisonjeado. Durante un invierno habré servido para distraer á la señorita Prévinquiere, habré asegurado su supremacía sobre cien jóvenes tan encantadoras como ella, le habré llevado el abanico y los guantes en los salones, la sombrilla en los paseos, y todo para obtener este resultado, para ser despedido como un criado, cuyos servicios ya no convienen. Muy bien. Estas son cuentas que se arreglarán entre Rosa y yo. No me habrá inferido impunemente semejante ofensa.

—¡Marqués!

Folentin miró con inquietud á Condottier que se había puesto pálido de cólera. Este se moderó instantáneamente, y haciendo un esfuerzo para sonreír, dijo con voz tranquila:

—No tema usted que le haga ningún daño; ni

siquiera hablaré de ella con malevolencia. Esto sería indigno de mí, pero le doy mi palabra de que me vengaré.

—¿Cómo?

—Folentin, éste es un asunto puramente mío.

—Pues bien; ¿quiere que le dé un consejo? No se ponga en pugna con Rosa; es más fuerte que usted.

—¿Qué le ha contado á usted—preguntó la condesa Grodsko—para que la tenga en tanta estima?

—Me ha explicado sus ideas sobre la vida, sus gustos, sus ambiciones, sus esperanzas. Es un espíritu superior.

—Según parece su programa está de acuerdo con el de usted—dijo la condesa Grodsko con cierto recelo.

El entusiasmo de Folentin cedió como por encanto; simuló la más grande indiferencia, pero el Barón no era lo bastante astuto para engañar á una mujer como la Condesa. Desde un principio, la hermana de Condottier había adivinado en las reticencias y explicaciones del Barón algo que no era sincero. Tenía el presentimiento de que su amigo la engañaba y de que el papel que había desempeñado cerca de Rosa no había sido el que le encargaron. Dadas las circunstancias en que se encontraban los tres, se hacía preciso poner en claro la situación. La Condesa no dió tiempo á Folentin para que preparara

una salida; le había sorprendido y no le dejó respirar.

—¿Le diría acaso—exclamó—que no le parecía imposible sacrificar las ventajas de la persona á la importancia de la posición? Delante de mí y delante de muchos otros no ha ocultado nunca que esta fuese su manera de pensar. En distintas ocasiones he tratado de hacerla comprender cuanto hay de enojoso en la unión de una joven con un hombre maduro.

—Sin embargo—replicó Folentin con acritud—; usted á los veinte años se casó con el conde Grodsko, que le doblaba la edad.

—Por lo mismo que me ha servido de lección, puedo permitirme citar mi ejemplo.

—En beneficio de su hermano.

—Naturalmente que no será en beneficio del Gran Turco. Folentin, esta mañana noto en usted algo extraordinario, y ya ve que no se lo oculto. Además, al discutir este asunto demuestra una vivacidad tan grande, que cualquiera creería que tiene miras personales.

—¿Yo?—exclamó el Barón poniéndose colorado como una guinda.

—Sí, usted. En vez de apoyar á mi hermano, parece que se inclina en favor de la señorita Prévinières. Deja usted de ser el defensor del uno para convertirse en aliado de la otra... ¿Es que por casualidad ha jugado usted con dos barajas? ¿Es que habiendo tenido en principio el

proyecto de arreglar los asuntos del marqués de Condottier, no habrá usted arreglado los del barón de Rocher?

—No, no; no es esto—protestó el Barón con energía.—Yo he procedido de buena fe. Yo no pensaba más que en casar á Condottier con la señorita Prévinières. No hablé más que de él... pero mi proposición fué rechazada tan categóricamente...

—¿Qué preguntó, que si lo que le negaban para otro no lo podría obtener para usted mismo?

—Yo no lo pregunté, y de ello doy mi palabra de honor.

—¿Acaso se lo ofrecieron?

—Menos todavía. ¡Gran Dios! ¿qué es lo que usted supone?

—Sin embargo, confiese que en esas famosas ideas con respecto á la vida había algunas que se aplicaban con bastante exactitud á su caso particular.

—Esto no lo niego.

—¡Ve usted!

—Tengan presente que en ese momento ya no se trataba de Condottier; que se había dicho que no tenía ninguna probabilidad de conseguir su objeto, y que, por lo tanto, concebir esperanzas personales no era hacerle traición...

—¡Folentin!—exclamó con violencia el Marqués, interviniendo después de un largo silencio que había empleado en observar á su amigo.

—¡Folentin! ¿Ha pensado usted, un segundo siquiera, en casarse con la señorita Prévinquiere?

—Pero, querido amigo—, balbució el banquero.

—Conteste claramente.

—¿Me amenaza usted?

—Sí, y prepárese si intenta engañarme.

Durante un momento, turbados por el sesgo extraordinario que tomaba la conversación, se miraron fijamente. Pero Folentin recobró pronto su aplomo, y sostenido por su orgullo, por el sentimiento de su superioridad y por la confianza en su buena fortuna, repuso:

—Nada dije, nada declaré ni nada pedí; pero de las explicaciones que me dió ayer la hija de Prévinquiere se desprende que si yo pidiese su mano no vacilaría en concedérmela.

—¿Lo hará usted?

—Amigo mío, estoy perplejo. Pienso que tengo treinta y seis años, costumbres arraigadas, y que el matrimonio es cosa que merece mucha reflexión. Sin embargo, Rosa es tan seductora, parece tan razonable...

—Música. Usted verá que todo esto no sirve para nada. Folentin, créame usted y no piense en semejante cosa. Sin la menor dificultad, Rosa se metería en el bolsillo á tres hombres como usted. Póngase en guardia, pues se juega la tranquilidad, la salud y acaso la vida.

—¿Me juzga usted tan poco resistente?

—Yo creo que no durará usted dos años, y eso sin hablar de los inconvenientes que pueden presentarse durante este lapso de tiempo.

—¿Cree usted que la señorita Prévinquiere sería capaz de engañar á su marido?

—Eso dependerá del hombre con quien se case. Usted no es joven, Folentin, y tiene que tomar muchas precauciones para no engordar. Se arregla usted con mucho arte, pero al natural está usted casi desplumado. Las herpes asoman por todas partes.

—Me deteriora usted de un modo feroz—exclamó con enojo el Barón.—Pudo usted esperar á que la Condesa no estuviese presente.

—¿Cree usted que se hace alguna ilusión? Natalia, dile lo que piensas...

—Mi querido Barón—dijo la Condesa Grodsko—usted sale al encuentro de los desastres. Créame, y piense que no es el hombre que se necesita para que ande al mismo paso que la encantadora Rosa. Siento por usted demasiada estimación y conservo recuerdo reciente de las proposiciones deshonestas que tantas veces me ha hecho...

—¡Condesa!—interrumpió con inquietud Folentin, indicando al Marqués.

—Mi hermano sabe hace tiempo á qué atenerse con respecto á sus proyectos, pero sabe también que no pueden tener ninguna consecuencia...

—Sin embargo—dijo con humildad Folentin.

—Nada, amigo mío. Usted es un hombre amabilísimo, un huésped agradable que posee un hermoso cazadero, un *mail-coach* admirable que, por cierto, guía usted muy mal...

—¡Yo!—exclamó el Barón picado en lo vivo.

—Sí, usted, que estuvo á punto de hacernos volcar bajando la cuesta de Saint-Cloud.

—Porque se me había roto el freno.

—Todo cuanto usted quiera; pero sin su cochero, que se apoderó de las riendas, hubiéramos ido al foso. Será preciso ver cómo guiará el coche conyugal. Yo no creo que una mujer pueda tomarle en serio, aunque sea una mujer legítima, y... ¡qué caramba! usted sabe lo que esto quiere decir. Tiene usted un amor propio excesivo, y por ahí es por donde le ha cogido la señorita Prévinières, pero por ahí es también por donde le hará sufrir horriblemente.

—Vamos, vamos. No es un asunto decidido, y tengo todavía tiempo para reflexionar. Aún no me he declarado.

—Ya se declarará. Para que haya tenido usted el valor de hacer á mi hermano, á su amigo, al que confiaba en usted, semejante villanía, es preciso que esté usted dispuesto á todo. Pero, amigo mío, no hay que vanagloriarse, y usted pagará las consecuencias.

—Y yo, Folentin—dijo el Marqués—después de lo que ha hecho usted conmigo, que me creo autorizado para tomar el desquite.

—¿Cuál?

—Imprudentemente me ha dicho usted que la señorita Rosa me encontraba encantador para flirtear. Veremos si la baronesa de Rocher pensará del mismo modo.

—Amigo mío—dijo con audacia Folentin—; si llego á casarme, no se preocupe, vigilaré. No soy un tonto, conozco la vida, tengo experiencia, y todo el mundo sabe que no puede engañarse á Folentin.

Y volviéndose galantemente hacia la Condesa añadió:

—Vamos, no me ponga usted cara de vinagre. En todo lo que le sucede á su hermano no he tenido la menor culpa. Ya ve que acojo sonriendo sus amenazas. Continuemos siendo buenos amigos, como conviene á gente de nuestra clase, pues no adelantáramos nada si nos enfadásemos por una cosa que tal vez no se realizará.

El Barón tendió la mano á Condottier, y éste la estrechó con afectada indiferencia.

—Natalia—dijo el Marqués dirigiéndose á su hermana.—No le ejecutemos todavía; tiempo tendremos cuando él mismo se ponga la cuerda al cuello.

IV

Folentin el gordo, como irreverentemente llaman en la Bolsa al barón de Rocher, había heredado una gran fortuna de su padre, uno de los jefes de la casa de banca Rave-
naud y Compañía. Algunos servicios prestados por el abuelo de Folentin á fines del reinado de Luis Felipe le habían valido el título de Barón. Embromado por sus amigos respecto á su reciente nobleza, el banquero había declarado que por su parte no le atribuía la menor importancia, pero que podía ser útil á sus hijos. Con efecto, durante su vida, que fué larga, pues murió en 1870, en vísperas de la guerra, se hizo llamar sencillamente Folentin. El hijo de Folentin el gordo no usó tampoco el título, pues profesaba ideas republicanas, y al lado de Gambetta, su amigo y jefe, consiguió salir diputado por el distrito de Beaumont en las elecciones que siguieron á la paz con Alemania. Folentin, hombre de negocios, acogido con cierta benevolencia por Thiers, fué ministro de Hacienda. Desde su alto destino Folentin prestó grandes servicios, contribuyendo no poco con

su sabia administración á liquidar la indemnización que hubo que pagar al vencedor. Fué luego gobernador del Banco, y murió dejando una reputación de financiero de primer orden. Armando Folentin—éste ya se hacía llamar Barón—añadió á su nombre el de una finca que su familia poseía, hacía más de un siglo, y para el mundo de la vida fácil fué en adelante el gordo Folentin de Rocher. Era simpático, alegre, muy dispuesto siempre á divertirse, pero ni aun en las más grandes ocasiones derrochaba el dinero. Sus opiniones, diametralmente opuestas á las de su padre, eran reaccionarias y con marcado tinte de orleanismo. Esto le hizo perder el acta de diputado que los electores de Beaumont ofrecieron á Préviniéres. Folentin no guardó rencor á su contrario. Había comprendido que la corriente de la opinión llevaba á los republicanos al socialismo, y como sentía horror por todo lo que pudiese acarrear una modificación en el orden de las cosas que le aseguraban la tranquilidad de la vida, se había separado de la política.

Como hombre avisado tomaba sus precauciones. Colocaba la mayor parte de su fortuna en Inglaterra, en la banca Jarret y Firms, de la que era corresponsal, y seguro de que nada tenía que temer de los exaltados que soñaban con probar reformas á riesgo de arruinar á Francia, dedicaba á esos peligrosos sectarios frases sarcásticas y despreciativas.

Subvencionaba un periódico de bulevar y esportivo, el *Gentleman*, cuyo redactor en jefe era legitimista y clerical. En él se defendían con igual competencia al Papa y sin olvidar al cuerpo de baile de la ópera, con el que Folentin tenía razones especiales para mostrarse benevolente.

Si no fuera por un amor propio enfermizo, que le hacía juzgar que cuanto poseía, cosas y personas, era superior á lo que poseen los demás, el Barón hubiese vivido dichoso. De este amor propio nacía un espíritu de comparación llevado al exceso que era causa de que Folentin deseara con inmoderado ardor todo cuanto no tenía y otro ostentaba ante sus ojos. Semejante estado de espíritu habría sido calificado de envidia por un moralista, y en esto se hubiera equivocado. Folentin no tenía envidia, no era más que un refinado y un vanidoso. En su concupiscencia no entraba un átomo de hiel. Deseaba los éxitos por la gloria de alcanzarlos, y una vez obtenidos se prestaba con gusto á rendir tributo á los demás.

Una de las razones por las cuales no se había casado era la incertidumbre en que se encontraba, hasta ese día, respecto á la superioridad de las mujeres á las que hubiera podido dar su nombre. Verdaderamente, ¿había alguna que valiese la pena? ¿No encontraría al día siguiente una más guapa, más espiritual y más rica?

Le había sucedido lo que al pez de la fábula, que al principio había desdeñado carpa y barbo, buscando la víctima que colmase todos sus deseos, y esta irresolución había cumplido treinta y seis años. A decir verdad, nunca había pensado en Rosa Préviniqueres, á la que conocía desde larga fecha. La encontraba bonita, elegante, fina, pero no había empezado á juzgarla debidamente hasta que Condottier se prendó de ella y empezó á quererla con pasión.

El marqués de Condottier no era un personaje cualquiera, y su elección no podía ser tratada á la ligera. Reinaba en la juventud parisiense y le daba tono. Era un árbitro de la moda y de la elegancia. Folentin se enorgullecía siendo su amigo, y en otro tiempo había deseado mucho que se le presentasen, y á pesar de la diferencia tan grande de edad que entre ellos había, llegaron á ser íntimos amigos. En diferentes ocasiones Folentin había prestado á Condottier fuertes cantidades, que éste le había devuelto escrupulosamente, pues el *baccará* repara las brechas hechas por el *baccará*. Para Folentin el Marqués era un ser escogido al que rendía homenaje, hacía esfuerzos para copiarle, y sobre el que desesperaba poder alcanzar ninguna ventaja.

Sin que él mismo se diese cuenta, y en el fondo de su pensamiento, el proyecto de suplantar al Marqués cerca de Rosa Préviniqueres, pro-

yecto nacido en un instante en el transcurso de la conversación de la víspera, tenía su origen en ese deseo latente de triunfar del Marqués. No se lo confesaba á sí mismo, pero cuando Rosa, rechazando á Condottier, había dejado entender que quería casarse con un hombre serio, el gordo Armando sintió un estremecimiento solo al entrever la ocasión de una de esas victorias decisivas, espléndidas, que colocan á un hombre de mundo en primera línea. Grande honor, sin duda, pero también grave peligro. Sabía que vencer á Condottier era enajenárselo; pero una riña sería la consagración del triunfo. Sin embargo, deseaba evitar los riesgos, que si bien era vanidoso era también prudente, y voluntariamente no salía al encuentro de los peligros. Por el momento el riesgo desaparecía, porque el Marqués se mostraba indiferente, y bajo reserva de amenazas, que muy bien podían tomarse á broma, aceptaba con tranquilidad que Folentin lo suplantase.

Mas era necesario conseguir esto, y Armando no podía descuidarse, porque si bien estaba perfectamente claro que la señorita Préviniqueres no quería casarse con Condottier, semejante resolución no significaba que Folentin hubiese de tener mejor fortuna. De su especie é importancia era el candidato que la joven describía como único que le pudiese convenir; pero ¿era Armando Folentin, barón de

Rocher, y no otro imaginado idealmente por la joven y cuyos méritos y cualidades tenía inventariados? Folentin no llegaba á pensar que Rosa se hubiese ingeniado para trazarle su propio retrato y decidírle á que se presentase cuando él no pensaba en ello. Hubiera sido ofrecerse ella misma, y por muy vanidoso que fuese el Barón, no llevaba hasta tan lejos su confianza en sí mismo.

Se decía todo esto porque era un espíritu práctico, y porque con la costumbre de tratar importantísimos negocios había llegado á adquirir una extraordinaria rapidez en la decisión. Sabía que tantear no reportaba ningún beneficio, y que para franquear los obstáculos no hay como abordarlos rectamente. Su visita de por la mañana había tenido por objeto hacer intervenir á una tercera persona, cuya mediación juzgaba oportuna. Había ido á notificar sus proyectos al P. Pierquin, Vicario general del Obispado de Tours, y á pedirle su apoyo.

El P. Pierquin estaba emparentado con la señora Préviniqueres y era su consejero en circunstancias difíciles. Gozaba de poderosa influencia en la familia, aun sobre el libre pensador diputado por Beaumont, al que impresionaba á pesar de sus alardes de independencia, por la frialdad de sus ademanes y la austera firmeza de su espíritu. Folentin, que en su periódico defendía con igual entusiasmo la Igle-

sia y el Rey, sabía de antemano que podría contar con la benevolencia del Vicario general, y por sus buenos oficios contaba conquistarse á la señora Préviniqueres y tenerla por defensora de su causa. En todo caso estaba seguro de que se haría una demanda prudente y con la reserva más grande y la discreción más absoluta, á fin de poner á salvo su amor propio, pues en esta aventura matrimonial la preocupación constante del barón de Rocher no era otra que la de ahorrarse toda humillación por ligera que fuese. Era cosa convenida que si las pretensiones de Folentin merecían favorable acogida por parte de Rosa y de su familia, sin ningún comentario y sin hacer la más ligera alusión, el señor Préviniqueres escribiría á su vecino y le invitaría á comer. Después vendrían las explicaciones, que serían francas y leales. De modo que la invitación querría decir: «Venga usted con la seguridad de ser bien recibido.» Lo demás era cosa que solo importaba á Folentin.

El castellano de Rocher había puesto el mayor cuidado en no decir á sus huéspedes el secreto de su negociación. Era demasiado listo para procurarles él mismo la ocasión de que pudiesen estropear sus planes. En su modo de ver entraba en mucho hacer creer que en Beaumont le habían hecho avances clarísimos que le habían decidido á salirse de su papel de plenipotenciario. De este modo arrojaba sobre los Préviniqueres

el descontento que sentía Condottier, y, sin figurárselo, creaba á Rosa una enemiga en la condesa Grodsko, que no porque disimulase sus rencores había de ser menos terrible.

En las conversaciones que el Marqués sostenía con su hermana no se trataba más que de la inconcebible resolución de Rosa, á la que habían creído enamorada, y sus recriminaciones solo se dirigían á ella. Para ellos, Folentin no era más que un bobo á quien aquella criatura, avisada y ambiciosa, escogía como hubiera podido escoger á otro más rico si lo hubiese encontrado á tiempo en su camino. Muy suavemente el Barón cesaba de ser culpable para convertirse en víctima. Pero Rosa era una ingrata, una egoísta, una orgullosa que quería conquistar la sociedad y que sacrificaba todos los sentimientos á la realización de su sueño.

Entretanto, instalados en el castillo de Rocher y viviendo al lado de Folentin en completa intimidad, hacían esfuerzos para disimular sus sentimientos, y poniendo al mal tiempo buena cara se empeñaban en no abandonar la plaza hasta que el acuerdo entre su huésped y los Préviniqueres fuese públicamente declarado. Los momentos en que los hermanos se encontraban con el Barón ofrecían á unos y otros ocasiones admirables para lucir sus dotes de actores. Ni una sola palabra de las que pronunciaban revelaba el estado de sus espíritus. Hablaban

de todo con encantadora ligereza mundana, pero escuchándose recíprocamente podían decirse: «Tú no dices una palabra de lo que piensas.» Hacían un ejercicio de voluntad, y cuando habían pasado una velada juntos, tratando de engañarse sin conseguirlo, como no fuese en apariencia, estaban tentados de dirigirse mutuos cumplidos por lo bien que habían desempeñado sus papeles. La mentira de los salones florecía allí en todo su esplendor y se cultivó hasta el día en que Folentin recibió una carta de Beaumont, en la que Prévinquieres invitaba á su vecino á comer «con su excelente Vicario general». La cosa no podía ser más significativa, y por esta vez Folentin no pudo ocultar su satisfacción. Tuvo la franqueza de decir claramente á Condottier y á la condesa Grodsko:

—Me aceptan, y por lo tanto es inútil que tratemos de engañarnos más tiempo. Mañana como en Beaumont.

—Y nosotros nos vamos á París esta noche.

—Pero sin rencor, como nos lo hemos prometido...

—Claro está, amigo mío. Todo ha sido franco y leal entre nosotros, ¿no es cierto? Nuestras relaciones deben continuar. No dude usted de que tanto mi hermana como yo asistiremos á su boda, y seguiremos yo siendo su amigo, y ella la amiga de su mujer.

Folentin oyó tales protestas, prometiéndose poner más adelante orden á esos arrebatos de

ternura. Estuvo amabilísimo con sus huéspedes; hasta la hora de la marcha los acompañó él mismo á la estación, en su *mail-coach*, y al día siguiente fué á comer á Beaumont.

En casa de Prévinquieres la intervención del Sr. Vicario había producido un efecto formidable. En el preciso momento en que el industrial se deshacía en lamentaciones por la soltería de su hija, estalló bruscamente el anuncio de la halagadora indicación del barón de Rocher. La señora Prévinquieres, con el rostro resplandeciente de alegría, entró en el despacho de su marido para comunicarle la buena noticia. Duburle la acompañaba, y se había llamado á Mauricio para que tomase parte en el Consejo de familia. Solo se había dejado á un lado á la principal interesada, esperando que llegase el momento de informarla con más amplitud, siguiendo las reglas en uso. La señora Prévinquieres se sentó ante su intrigado marido y dijo:

—Acaba de hacérseme una petición tan importante para todos nosotros, y tan halagadora para Rosa, que no quiero guardar el secreto ni un solo minuto. Nuestro querido Vicario nos pregunta si nosotros veríamos con buenos ojos que el barón de Rocher...

—¿Folentin?—exclamó Prévinquieres.

—¿Ese joven viejo?—dijo Mauricio.

La señora Prévinquieres fijó en su hijo una mirada llena de severidad.

—Un partido magnífico; una posición enorme en provincias y en París.

—¡Diablo, diablo!—murmuró Duburle.—Esta candidatura no se debe despreciar, por más que Mauricio la desprecie con el hermoso desdén de sus veintiséis años.

—¿Qué edad tiene Folentin?—repuso el joven.—A mí me parece ya un anciano...

—Se le pueden calcular unos treinta y cuatro años.

—Está muy bien conservado, tiene un estómago excelente...

—Y aún conserva algunos cabellos. Es un desperdicio agradable.

—Mauricio, eres horriblemente molesto.

—¡Ah! No es ese el hombre que había soñado para Rosa. Lo que le hace falta es un joven de mi edad, poco más ó menos.

—¿Un chiquillo que no hiciese más que tontearías? Háblale de esto, y verás cómo te recibe. Rosa es una criatura práctica, y si se casa con Folentin...

—Será muy rica, pero nada más.

—Evidentemente, esta criatura es idiota—exclamó Prévinières señalando á su hijo con gesto abatido.—No contento con hacer tonterías por cuenta propia, aconseja á los demás que las hagan también. Si tienes el poco tacto de repetir esas imbecilidades á tu hermana, yo me encargaré de ajustarte las cuentas.

—Bueno, bueno. Ella es la que se casa y no yo. Si Folentein le sirve...

—¡Qué lenguaje! No sé cómo te atreves á hablar así. Un apache de La Villette no se expresaría de otra manera.

—En el fondo—replicó Mauricio sin turbarse—Folentin me parece muy bien. Podré *sablearle*.

—Encantadora perspectiva. No dejes de anunciársela.

—Vamos, papá, no te enfades. Lo primero que debemos hacer es averiguar si el barón de Rocher le parece aceptable á Rosa. Antes de saberlo, todo cuanto digamos y nada viene á ser lo mismo.

—Es un hecho que, cuantos candidatos le hemos presentado hasta ahora, han sido rechazados por ella despiadadamente.

—Dejadme á mí el cuidado de hablarla—dijo la señora Prévinières.—Entre mujeres las cosas se arreglan mejor.

—Bien, es asunto decidido. Si rechaza á Folentin, no sé qué vamos á ofrecerle para que se decida.

—Ahora que pasea por el jardín, voy á hablarla.

No sin sorpresa Rosa vió que su madre se dirigía hacia ella. La señora Prévinières no sabía nunca al aire de la mañana, por respeto á su tez, que exigía grandes cuidados, y avanzaba

por el jardín sin preocuparse lo más mínimo de los rayos del sol, todavía abrasadores en aquel comienzo del otoño. La joven, sonriente, le ofreció la sombrilla que tenía en la mano y le dijo:

—¿Qué sucede que sales antes de almorzar?

—Cosas muy graves... ven conmigo.

La llevó hasta un banco de mármol que estaba á la sombra de un grupo de pinos, obligándola á que se sentase á su lado.

—Querida hija mía—le dijo—; tú sabes lo mucho que preocupa á tu padre y á mí que no te cases, á pesar de las ocasiones que se te han presentado. No hemos querido ejercer ninguna presión sobre tí, y te hemos dejado la libertad de elección... Hoy, un nuevo partido se presenta, y por las muchas ventajas que ofrece es muy digno de que te fijas en él...

—¿De quién se trata?—preguntó resueltamente Rosa.

—Del barón de Rocher.

El rostro de la señorita Prévinquière se iluminó con una sonrisa.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Ese solterón empedernido se deja vencer al fin? Tienes mucha razón, mamá, es un partido que no se debe despreciar.

—¿Verdad? Pertenece á la mejor sociedad, sostiene muy buenas relaciones con los Príncipes y trata directamente con el Papa... Una fortuna magnífica... ¿Qué le falta?

—Una mujer que sepa sacar partido de su brillante posición.

—Y esta mujer, Rosa, ¿serás tú?

—Puede ser...

—Por esta vez no rehusas de primera intención como has hecho siempre. Quieres examinar la candidatura de nuestro vecino, y esto indica que saldrá vencedor...

—No vayamos tan de prisa, mamá; la otra noche hablé muy formalmente con el Sr. Folen-tin. Empezó como embajador de uno de sus amigos, y acabó siéndolo suyo...

—¿Qué?

—Sí. Se había constituido en abogado de Condottier, y defendía su causa con verdadero ardor. Yo no sé cómo se torció la conversación, y estuvo á punto de pedirme la mano. Comprendí claramente que se había rendido á discreción, y que no tardaría en dar el paso que ahora me anuncias.

—Y ¿no me habías dicho nada?

—¿Y si se hubiese arrepentido, persistiendo de nuevo en permanecer soltero? ¿Cómo me hubieras juzgado entonces? Un poco inconsecuente, ¿verdad? A propósito, ¿quién se ha encargado de ser su intermediario?

—El Vicario general.

—¡Oh! Entonces ha quemado las naves para no volverse atrás. Cuando se tienen las opiniones del barón de Rocher, no se desautoriza á un futuro Obispo.

—Qué bien razones... Verdaderamente me sorprendes. No te creía tan avisada.

—Porque no soy una tonta como la mayor parte de las jóvenes casaderas. ¿De qué me hubiera servido tener tantos pretendientes, si con ello no hubiese adquirido cierta experiencia? Un matrimonio es casi siempre un negocio en el que uno da y otro recibe. Lo importante es no dejarse engañar. Condottier quería casarse conmigo porque le gusto y porque soy rica. ¿Qué me ofrecía él en cambio? Su título de Marqués, y las hipotecas que gravan su patrimonio. Lo rechacé á pesar de que es seductor y de que está muy bien emparentado. Pero habría salido perdiendo, y por esto no acepté, no lo aceptaría nunca.

—Con el barón de Rocher...

—Con el barón de Rocher es muy distinto. Éste, por lo menos, da materialmente tanto como recibe. El barón es un hombre galante y parece bueno. Si pide mi mano es porque gusta de mí. Creo que llegaré á conseguir que me quiera. Con frecuencia he oído decir que los matrimonios que se fundan sobre grandes pasiones engendran malos hogares. Tal vez si alguien hubiese sabido inspirarme una pasión me hubiera apartado de mis prudentes principios, pero confieso que no tengo que hacer el menor esfuerzo, pues mi corazón no se ha turbado nunca. Me dirigiré, pues, con confianza hacia el porvenir que se prepara para mí...

—Entonces, ¿puedo decirle á tu padre que acoges favorablemente las pretensiones del barón de Rocher?

—Sí, mamá, y puedes decirle también que no tengo ninguna objeción que hacer al candidato que hoy se me ofrece, pues está en todo conforme con el programa que me he trazado. Pero lo demás, el señor Folentin me hizo sufrir un interrogatorio que debió ilustrarlo suficientemente.

—Entonces ¿ha dado el paso con conocimiento de causa?

—Efectivamente, se ha lanzado porque sabe á qué atenerse.

—Pues bien. Vamos á hablar de esto con tu padre, y desde luego te anuncio que quedará contentísimo. Lamentaba tanto que no te casases...

—No había peligro esperando. Ahora lo veis.

—Sí, pero no podíamos adivinar...

Por la noche, cuando Folentin se presentó en Beaumont, como prometido oficial de Rosa, se encontraba en extremo inquieto.

Después de haber pasado por un estado de satisfacción grande, pensando que había triunfado del marqués de Condottier, sufrió no pequeña intranquilidad preguntándose si no estaba en camino de hacer una gran tontería. A decir verdad, fué á la comida como un perro al que se obliga á zapatazos. A no ser por el Vicario gene-

ral, Folentin hubiese pretextado una fuerte jaqueca.

De habersele acogido con entusiasmo, hubiera buscado una excusa para retirarse; pero encontró á los Préviquieres un tanto fríos, á Mauricio algo hostil y á Rosa todo lo tranquila que una joven segura de sí misma puede mostrarse. En vez de ser agasajado, Folentin tuvo que hacer esfuerzos para conquistarse el favor de la familia. Llegó á dudar de que su pretensión fuera tan bien acogida como él había creído. Se le recibía sin ninguna familiaridad y casi con indiferencia. La altivez de Folentin se desvaneció. Se juzgó un niño ante Rosa, que le trataba como verdadera soberana, y se vió obligado á rendir pleitesía á la orgullosa joven.

Esta no tardó en darse cuenta de la situación y de la capitulación del adversario, aprovechándose inmediatamente de todo. En la mesa estuvo sentada á su lado y se condujo con una amabilidad deliciosa, no exenta de altivez, que ponía de manifiesto todo el valor de su benevolencia. Se había vestido con refinada elegancia, lo que la hacía aparecer más que encantadora á ojos de Folentin. Durante esta primera velada, Folentin se enamoró perdidamente. Aquel hombre calmado se inflamó repentinamente, ansioso de aquella joven coqueta y adorable, que al mismo tiempo se negaba y se ofrecía irritando el capricho hasta convertirlo en pasión. Después de la

comida no se separó un instante de ella, embriagándose con el perfume de sus blanquísimos hombros y devorando con la mirada sus hermosos ojos, su linda boca y sus rubios cabellos. Parecía un colegial, que no se preocupara lo más mínimo para disimularlo.

Estaba, como más tarde lo confesó, «entusiasmadísimo», y le importaba muy poco cuanto pudiesen pensar ó decir. No se ocupaba más que de su propia satisfacción, y ésta consistía precisamente en olvidarlo todo por el amor de aquella encantadora criatura cuya posesión había llegado á entrever. Fué preciso que á las once le indicasen que había llegado el momento de retirarse. Por su gusto, hubiera permanecido en Beaumont indefinidamente. Sus hermosos caballos piafaban en el patio hacía una hora, sopor-tando una lluvia fría y muy propensa á las enfermedades. Rosa le recordó entonces el peligro que las bestias corrían.

—Sí, me voy; tiene usted razón; es preciso que me vaya. Pero ¿me permitirá usted que vuelva mañana?

—Mañana y todos los días; es cosa convenida.

—Es cosa convenida, ¿no es cierto?—preguntó para hacerlo repetir otra vez, como si no estuviese bastante seguro.

—Sí—dijo Rosa mirándole imperiosamente.—A no ser, caballero, que me dé usted motivos de queja...

—No tengo más que un deseo—articuló Folentin.—Complacerla siempre, y le pido por favor que no lo dude.

Rosa cambió de actitud, y sonriendo amablemente dijo:

—No lo dudo.

Le tendió la mano, que él besó con entusiasmo, y saludando después con ceremoniosa cortesía se retiró.

Al siguiente día por la mañana, cuando Rosa iba á pasear á orillas del canal, pasó por el jardín de Valentín Raynaud en ocasión que éste salía de su casa. Se detuvo para saludar á la joven, y su asombro fué grande al decirle la señorita:

—Voy á darle una noticia que no quiero sepa por casualidad y de labios de cualquiera. Desde ayer soy la prometida del barón Folentin de Rocher.

Valentín se limitó á decir:

—Es un excelente partido. Le doy mi enhorabuena.

Rosa repuso:

—Sí, es un excelente partido, ¿verdad?

Valentín la miró con asombro.

—¿Me pregunta usted mi opinión?

—Sí, deseo conocerla, porque tengo una gran confianza en usted. Sé que profesa un gran afecto á los míos y que se interesa por mí...

Valentín palideció, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

—Si usted tuviese una mala opinión del barón Folentin de Rocher, estoy segura de que tendría la franqueza de decirlo, á fin de evitar que más tarde fuese desgraciada. ¿Me equivoco?

Valentín se vió obligado á contestar, y con voz que ahogaba las violentas impresiones experimentadas dijo:

—No; no se equivoca usted. Nada me es tan caro como su felicidad. Debo tanto agradecimiento á su familia que si me fuese preciso escoger entre...

No llegó á concluir. El final de la frase pareció á Rosa tan inesperado, y el tono con que había sido pronunciada tan singular, que fijó en él una mirada penetrante; pero Valentín había recobrado ya su sangre fría y repuso:

—Usted puede y podrá siempre contar conmigo. Con su familia tengo contraída una deuda de reconocimiento que nunca podré pagar.

—¿Qué? ¿Porque papá le puso al frente de su fábrica? Él es quien le debe á usted muchísimo. Así está de disgustado al ver que se va. No hable de su agradecimiento, hable tan solo de su afecto.

—Sí, de mi afecto más profundo—dijo con emoción—; porque cuando quedé huérfano, su padre me educó como si fuese su propio hijo. Crecí en su casa al lado de su hermano, dejando que me forjase la dulce ilusión de que no estaba solo en el mundo y de que tenía una fami-

lia que me quería. Esos son favores inestimables, porque el aislamiento es muy triste para un corazón de niño, y el abandono produce más tarde frutos muy amargos. Los años de mi juventud en que me sentía libre de penalidades y exento de ambiciones han sido los más dichosos de mi vida. Siempre los recordaré con alegría, y sea lo que fuere lo que el porvenir me reserve, su dulzura será un recuerdo contra los desencantos y las penas.

El rostro de Valentín, animado entonces, reflejaba los sentimientos expresados con tanto entusiasmo. Bruscamente había cambiado de actitud, y Rosa, con profunda sorpresa, no veía ante ella al subordinado de su padre. Era un hombre de rostro enérgico y ojos brillantes. Su cuerpo se había enderezado como si le hubiese hecho más alto el sentimiento de su independencia. Rosa no encontraba al Valentín Raynaud que tenía costumbre de ver y al que trataba con la familiaridad de un antiguo compañero de juegos y con la benevolencia de un subalterno útil. Eran iguales, y Rosa se daba perfecta cuenta de esa igualdad. Involuntariamente, en la imaginación de la joven se estableció la comparación entre aquel muchacho inteligente y robusto y los elegantes y superficiales jóvenes que ordinariamente trataba. El joven marqués de Condottier, enfundado en su frac que le hacía un talle de damisela, con los cabellos perfectamente ali-

sados y peinados sobre la frente, se le apareció y le produjo el efecto de un maniquí rematado por una linda cabeza de peluquero. El recuerdo del mismo Folentin, fatuo amanerado y maniático. Sin embargo, eran los únicos hombres que ella había considerado buenos para maridos. Valentín Raynaud encarnaba precisamente la categoría de gentes miradas por la señorita Prévinquières como inaceptables, porque la existencia á su lado hubiera sido de tranquilidad absoluta y de obscuridad dichosa. Pero en aquel momento Rosa se preguntó con repentina clarividencia si no se engañaba á sí misma, si sus juicios no eran falsos y si los hombres de vida esplendente y ruidosa no eran inferiores á los de labor productiva y pacienzuda energía. Las discusiones oídas durante tantos años entre su padre y su madre sobre la distinción de castas y el valor de los individuos se cristalizaron en un instante y sintió que se le oprimía el corazón al decirse: «¡Si me engañaré!» Respecto á este asunto de tanta gravedad para ella quiso oír los juicios que un hombre como Raynaud podía dar. Le juzgó bastante honrado y con la suficiente entereza para decirle la verdad, y se resolvió á interrogarle de nuevo. Reanudó la conversación en el punto que Valentín la había dejado, y avanzando lentamente por el paseo, le dijo:

—Hasta hoy no he conocido ni los desencantos, ni los pesares. Todos se han esforzado para ha-

cerme la vida agradable é igual, y todavía no he conocido más que satisfacciones. Tal vez esto sea malo, porque acaso no será siempre así. Desearía que mi vida continuase siendo lo que ha sido hasta aquí. Me parece que esto sería una felicidad.

Valentín movió la cabeza.

—¡Felicidad!—repitió.—Muy atrevidosería pretender dar una definición absoluta de esta palabra. No existe más felicidad que la que cada uno se labra por sí mismo. Lo que contenta á unos desesperaría á otros. En esto entra por mucho el temperamento, y sobre todo la inteligencia. Si usted no pide al barón Folentin más de lo que él le pueda dar, es posible que la haga muy feliz.

Imposible dar idea del desdén con que Valentín había pronunciado estas palabras. Estremeciéndose Rosa, sintiéndose lastimada en lo más profundo de su orgullo, y replicó vivamente:

—Soy lo bastante curiosa para desear saber cómo comprende usted la felicidad.

Valentín movió la cabeza y dijo sonriendo:

—Si usted quiere que le explique lo que es una máquina segadora, lo haré con mucho gusto. Es este mi oficio, y podré hablar sin miedo á decir tonterías. Pero pedirle á un pobre mecánico que desenvuelva teorías filosóficas, es jugarle una mala partida.

Rosa le miró, y con un gesto autoritario dijo:

—Sin embargo, es preciso que haga usted un esfuerzo. Ha suscitado usted dudas en mi espíritu, y es necesario que las disipe.

—¿Y si las aumento?

—Pronto lo veremos.

Sentóse en un banco, indicando á Valentín que hiciese lo mismo á su lado, y en tono despótico añadió:

—Vamos, empiece usted; le escucho.

—Pues bien—dijo Valentín con resolución.—

Si tuviese que ocuparme de mi propia felicidad, elegida por mí, no hubiera sido de una de esas jovencitas todo candor, dulzura y obediencia. Yo habría querido asociar á mi vida á un ser lleno de voluntad y energía, aun cuando sus ideas no hubiesen sido semejantes á las mías. Hubiera experimentado un goce infinito haciéndole comprender lo que es razonable, lo que es bueno y formándole el espíritu con la experiencia misma de la vida. La hubiera querido hermosa porque el encanto de la mujer ilumina y vivifica el alma de su compañero, le empuja á grandes concepciones y le da fuerzas para darles forma nada más que por la gloria de triunfar ante ella. De haber encontrado esa mujer, la hubiera adorado y servido como á una soberana. Todo cuanto hubiese podido desear de maravilloso y extraordinario, hubiera encontrado en mí fuerzas bastantes para realizarlo. Para darle una satisfacción, para asegurarle un éxito, hubiera sido

capaz de revolver el mundo. Hubiera querido escalar las más elevadas posiciones. La habría adorado con ciega adoración. Hubiera sido mi constante pensamiento, y á todas las horas de su existencia hubiese tenido la certidumbre de que solo trabajaba para que las demás mujeres la envidiasen.

Se detuvo un momento para tomar aliento, y con dolorosa expresión añadió:

—Pero ¿porqué me hace decir todo esto? No es más que un sueño; porque ¿dónde encontrar la mujer capaz de adivinar semejante amor? Para que tuviese idea de que existe sería preciso explicárselo. Y ¿cómo atreverse á hablar con tanto atrevimiento delante de ella? Yo le ruego que me perdone.

Rosa no contestó. Pensaba en el sentido misterioso que descubría en las palabras de Valentín. Eran una revelación para ella, y no podía equivocarse. Todo cuanto acababa de decir se refería á ella y á él. La mujer independiente y orgullosa cuya conquista debía ser un goce triunfante era ella. El hombre enérgico y apasionado que se sentía con fuerzas para revolver el mundo, y demostrar así su amor, era él. Así que, secretamente él la quería, la deseaba, y aprovechaba la ocasión que se le ofrecía para decírselo. Rosa frunció el entrecejo, y dijo:

—Usted acaba de describirme muy minuciosamente lo que podría hacer la felicidad de un

hombre enamorado, de una mujer cuya posición social—si no he equivocado el sentido de su discurso—fuese muy superior á la suya.

—Muy superior—contestó humildemente Valentín.

—Acogerlo, ¿sería para ella una especie de descenso?

—En el presente momento, no se puede dudar. Sí, lo sería. Era necesario que ella tuviera el valor de resignarse, y esto es lo más difícil.

—¿Usted mismo se da cuenta de la dificultad?

—Como que á diario veo la inmensa distancia que separa la fortuna conquistada y la posición social adquirida de la riqueza en formación. Pero también sé que los que dan el asalto pueden apoderarse de la fortaleza y arrojar de ella á los que la poseen. Precario es el poderío de los que no son más que los herederos de la conquista. La grandeza y la fuerza verdaderas solo se encuentran en los mismos conquistadores.

—En el tiempo en que vivimos se llama advenedizos á los conquistadores.

—No pronuncie esa palabra con desprecio. Los advenedizos son los reyes del mundo. Toda la aristocracia del trabajo y del dinero, y es la única poderosa hoy, se compone de advenedizos. Éstos son los hijos predilectos de cada país, pues representan las fuerzas vivas. Evans, el archimillonario que está en mi casa, es un advenedizo, y todos los millonarios de América, que

forman la grandeza y la fuerza del Nuevo Continente, son advenedizos también. Yo creo que hoy no hay título que se pueda ostentar con más orgullo, pues significa que, habiendo salido de la nada, se ha llegado á todo.

—Sí, pero esas honradas gentes han vivido la mayor parte de su vida en los campos, en las fábricas, á bordo de barcos ó arrastrados de un extremo á otro de la tierra por trenes rapidísimos. ¿Cuál era la suerte de sus mujeres durante ese tiempo?

—Sus mujeres cuidaban de su casa y educaban á sus hijos, cosas que constituyen las funciones de las mujeres que verdaderamente lo son.

Las rubias pestañas de Rosa velaron un instante su mirada, y sonriendo con ironía dijo:

—Y las que no se conforman con ser amas de casa y nodrizas, ¿qué son, según usted?

Valentín contestó con rudeza:

—¡Oh! Esas son amables y encantadoras muñecas que pasan por la escena de la vida del mismo modo que las actrices cruzan los escenarios de los teatros con actitudes preparadas y lenguaje convenido. Tienen la cabeza vacía y el corazón seco. Su principal ocupación consiste en estrenar sombreros y trajes. Los hijos les sirven de molestia, y su marido no es más que un compañero de goces, ó un cajero encargado de pagar sus gastos...

Los ojos de Rosa se fijaron bruscamente en Valentín. No pudo contener un gesto de impaciencia y le interrumpió diciéndole:

—A fuerza de meternos en honduras hemos llegado mucho más lejos de lo que nos habíamos propuesto. Yo trataba de saber si mi resolución de casarme con el barón Folentin de Rocher era acertada.

—Me parece que no nos hemos ocupado de otra cosa.

Esta vez Rosa admiró su audacia y quiso empujarla hasta el último límite.

—Al principio me ha dicho usted que era un excelente partido.

—Lo es, y no me vuelvo atrás de lo dicho.

A su vez la miró con mucho detenimiento.

—Pero entendámonos—agregó.—Si es un compañero de goces y un proveedor de dinero lo que usted busca, no encontrará otro mejor. Pero si anhela un esposo en el que pueda fiar su porvenir sin temor á que se desvíe en las horas tristes, ó á que desfallezca en las graves, no me parece acertada la elección.

Rosa hizo un esfuerzo para reír y ocultar su turbación.

—Valentín, usted mira la vida por el lado más trágico...

—Es que en la vida son más las horas tristes que las alegres, y en el dolor es donde se aprecian los verdaderos afectos.

—Yo no veo con tintes tan sombríos el porvenir.

—Querer no es suficiente, es preciso poder, y usted no dirige el destino según su capricho.

Rosa levantó la cabeza sonriendo con orgullo.

—Hace un momento me hablaba usted de los hombres que se apoderan de la sociedad por su energía y valor. ¿No hay mujeres que son también conquistadoras, y que escalan las más altas posiciones? ¿No es una ambición noble y que sobrepasa á su concepción de mujer casera?

—Como usted dice, conozco mujeres que se han elevado por la poderosa fuerza de su talento ó de su genio. Esas son nobles excepciones que todo el mundo admira. Pero si no es más que por el prestigio del lujo, de la belleza, por lo que la mujer debe triunfar, es victoria bien triste y bien precaria. ¿Sueña usted en triunfos de vanidad? Pues entonces no vacile, tienda la mano á quien puede procurárselos, y cásese con el barón Folentin de Rocher.

Rosa se puso en pie. El tono de Valentín, sus ademanes, todo lo que su rostro expresaba, la había herido profundamente. Golpeó el suelo con el regatón de su sombrilla, y dijo:

—Le doy las gracias por su consejo. Creo que es bueno, y lo seguiré. Me casaré con el barón de Rocher.

Dedicóle una ligera inclinación de cabeza, y con paso tranquilo salió del jardín.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche la espléndida sala de los Campos Eliseos, con sus palcos llenos de espectadores en correctísimo frac, y las plateas en donde se hallaban reunidas las mujeres más elegantes de París, ofrecía un aspecto maravilloso. En el escenario los personajes del prólogo se agitaban con esa mímica petulante que caracteriza á los aficionados mundanos. Algunos miembros del Círculo se habían refugiado en los salones para respirar libremente. Los acordes de la orquesta, debilitados por la distancia, llegaban á ellos como un zumbido, y entre el humo de los cigarrillos, jóvenes y viejos hablaban tranquilamente.

—Nuestro amigo Condottier no está muy allá en su papel—dijo La Brède.—Se empeña en representar papeles cómicos y ninguno encaja en sus facultades.

—Yo no veo con tintes tan sombríos el porvenir.

—Querer no es suficiente, es preciso poder, y usted no dirige el destino según su capricho.

Rosa levantó la cabeza sonriendo con orgullo.

—Hace un momento me hablaba usted de los hombres que se apoderan de la sociedad por su energía y valor. ¿No hay mujeres que son también conquistadoras, y que escalan las más altas posiciones? ¿No es una ambición noble y que sobrepasa á su concepción de mujer casera?

—Como usted dice, conozco mujeres que se han elevado por la poderosa fuerza de su talento ó de su genio. Esas son nobles excepciones que todo el mundo admira. Pero si no es más que por el prestigio del lujo, de la belleza, por lo que la mujer debe triunfar, es victoria bien triste y bien precaria. ¿Sueña usted en triunfos de vanidad? Pues entonces no vacile, tienda la mano á quien puede procurárselos, y cásese con el barón Folentin de Rocher.

Rosa se puso en pie. El tono de Valentín, sus ademanes, todo lo que su rostro expresaba, la había herido profundamente. Golpeó el suelo con el regatón de su sombrilla, y dijo:

—Le doy las gracias por su consejo. Creo que es bueno, y lo seguiré. Me casaré con el barón de Rocher.

Dedicóle una ligera inclinación de cabeza, y con paso tranquilo salió del jardín.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche la espléndida sala de los Campos Eliseos, con sus palcos llenos de espectadores en correctísimo frac, y las plateas en donde se hallaban reunidas las mujeres más elegantes de París, ofrecía un aspecto maravilloso. En el escenario los personajes del prólogo se agitaban con esa mímica petulante que caracteriza á los aficionados mundanos. Algunos miembros del Círculo se habían refugiado en los salones para respirar libremente. Los acordes de la orquesta, debilitados por la distancia, llegaban á ellos como un zumbido, y entre el humo de los cigarrros, jóvenes y viejos hablaban tranquilamente.

—Nuestro amigo Condottier no está muy allá en su papel—dijo La Brède.—Se empeña en representar papeles cómicos y ninguno encaja en sus facultades.

—Cuestión de contraste. Representa galanes en la vida y no puede representarlos en el teatro.

—¿Y quién te ha dicho que no hace de galán en el teatro?—dijo de Tremblay.—Si Nini Beral, la que hace de comadre esta noche, te oyese, á buen seguro que diría que tus noticias no son ciertas.

—¿Y que pensaría de todo esto la hermosa baronesa de Folentin?

—Pero—observó Fermont—la señora de Folentin no tiene nada que ver en todo esto. Condotier flirtea con ella del mismo modo que usted, que yo y que muchos otros. Gracias á Dios nuestra hermosa Baronesa no es exclusiva, y tiene el buen talento de aceptar todos los homenajes, pero siempre con la condición de no favorecer á nadie.

—¿La han visto ustedes esta noche? Está hermosísima y vestida con un *chic*.

—¡Doncet! Es el único.

—Folentin ha encontrado el medio de sentarse junto á ella.

—Para gozar mejor de sus triunfos.

—Su dinero le cuesta.

—No lo siente.

—Está loco por su mujer.

—He ahí vuestro error.

—¿Cómo? ¿No adora á la Baronesa?

—Sí, la adora, pero del modo como él suele adorar. Cuando la ve rodeada de lujo, en una atmós-

fera resplandeciente de seducción, atrayendo todas las miradas y recibiendo todos los homenajes, se envanece, se extasía, y no se cambiaría con el Presidente de la República. Pero cuando está en su casa por la mañana, á la hora de almorzar, y en su hermoso comedor de los Campos Eliseos, á ese muchacho le importa un comino su mujer. Piensa en sus negocios, en la Bolsa y en el empréstito búlgaro que prepara. Solo siente interés por la Baronesa cuando la ve con todas las velas desplegadas, magnífica y conquistadora. Para apreciar en su justo valor su felicidad necesita ver que todos los hombres de París se precipitan en torno de su mujer. Todo esto, hasta el extremo de que creo preferiría que su mujer tuviese amantes á que dejase de tener rendidos adoradores.

—Vamos, tu exageras—dijo de Tremblay.—En tu paradoja hay algo de verdad, pero es preciso decir que Folentin, al mismo tiempo que se siente halagado viendo que su mujer recibe homenajes, siente también celos de los que se los ofrecen. Ahí es donde Fermont se equivoca. Si la Baronesa pudiese engañar á Folentin sin que nadie lo supiese, tal vez el Barón se conformara con su desgracia; pero si el más insignificante ridículo viniese á atenuar su prestigio, ¡ah!, creo que se sentiría un Otelo.

—Supongamos algo menos.

—Y no hablemos más de este asunto.

Un indescriptible barullo vino á interrumpir á los murmuradores. Los espectadores invadían el *hall* para dirigirse al ambigú. Los tres amigos de Folentin, libres del temor de verse obligados á oír algo de lo que se decía en el escenario, salieron del saloncito reservado para confundirse con los invitados. Las mujeres estaban allí hablando, riendo, moviendo los abanicos y satisfechas, viendo la solicitud con que las asediaban sus parientes y amigos. El presidente del Círculo, al que se reconocía fácilmente por su elevada estatura y su aspecto de gran señor, daba el brazo á la embajadora de Inglaterra, mientras que una alteza imperial arreglaba los negocios financieros de su país prodigando sus graciosas sonrisas á la mujer de un poderoso banquero. Era una mezcla de sociedades y de castas que resumían lo que se ha convenido en llamar el todo París, y dominando á los concurrentes, siendo el blanco de todas las miradas, conquistadora como quería, la baronesa de Rocher reunir á su alrededor una verdadera corte de aduladores.

Estaba más hermosa que nunca; el matrimonio le había sentado admirablemente. Su belleza, lejos de disminuir, parecía que había aumentado con el sentido de su poderío. Sabía que la admiraban, y con orgullosa indiferencia se ofrecía á las admiraciones.

Convencida de su hermosura, había tenido la

coquetería de no lucir demasiadas alhajas. Solo llevaba un hilo de magníficas perlas alrededor del cuello. En sus abundantes cabellos rubios, naturalmente ondulados, llevaba una sencilla pluma color rosa que armonizaba admirablemente con el tono pálido de su traje. De pie en medio del *hall* y rodeada de un círculo de íntimos resplandecía de satisfacción, y aparecía tan bella por su gracia y lujo que instintivamente todas las miradas se fijaban en ella. A diez pasos, Folentin, apoyado en una columna de mármol, conversaba con unos amigos, sin que al parecer prestase la menor atención á los gestos de su mujer, y como si la dejase dueña absoluta de sus acciones. Esta desenvoltura y esta seguridad acababan de dar al joven matrimonio un título de soberanía, un sello de indiscutible superioridad.

Repentinamente se observó un movimiento en la muchedumbre, y por un instante la atención se apartó de Folentin y de la Baronesa. Agil, elegante y sonriente, Condottier adelantaba hacia Rosa. Había cambiado de traje con gran rapidez, y vestido de frac y con una flor en el ojal pasaba entre las calurosas felicitaciones de sus amigos, pues habiendo terminado su papel, se convertía en espectador para el resto de la velada. Pero cuantas lisonjas le dirigían le eran completamente indiferentes. Las escuchaba sonriendo distraídamente, poniendo de manifiesto

que no deseaba contar más que con una sola aprobación. Era esta la de la reina de la fiesta. Llegó al fin hasta ella, estrechó la mano que le tendía, y besándola con encantadora ligereza se inclinó ante su juez.

—¿Está usted satisfecha? ¿Se divierte usted?

—La comedia que han representado ustedes no me parece cosa extraordinaria, y no comprendo cómo se ha reunido tanta gente para hacer esta obra. Con todo, usted ha estado muy bien y ha cantado el «rondó» con un aplomo admirable.

—Sin embargo, tenía un miedo enorme.

—Nadie lo ha advertido.

—Entonces, ¿cree usted que me contratarían en Variedades?

—Si he de decir la verdad, no creo que pueda usted ganarse la vida haciendo comedias.

—Entonces tengo que desesperar de llegar a ganármela nunca.

—No creo que pueda usted figurar entre los hombres útiles; conténtese figurando entre los agradables.

—Mi única ambición es que usted me considere así.

—Pues ofrézcame el brazo para ir al *buffet*, me muero de calor.

Seguidos por un numeroso cortejo se pusieron en marcha y cruzaron los salones, en donde la muchedumbre se agolpaba como hubiera podido hacerlo para presenciar el paso de una reina.

En los dos años que hacía que se había casado con el barón de Rocher, Rosa habíase esforzado con una tenacidad y una destreza muy notables en conseguir la realización de su programa de existencia. Al convertirse en mujer de Folentin tomaba un aliado poderosísimo para emprender la conquista del mundo. El banquero había puesto á su servicio su fortuna, su posición social y sus relaciones de familia. De todo esto Rosa había sacado gran partido, y en el espacio de algunos meses su casa tenía fama de ser una de las más agradables de París. Las comidas que daba llenaban de orgullo á su marido, pues en ellas encontraba el medio de satisfacer su glotonería y su vanidad. Además, no tardó en convenirse de que los negocios se trataban más fácilmente y mejor en sus salones que en sus oficinas, y como sus intereses estaban en perfecto acuerdo con sus placeres, empujó á su mujer para que siguiese el camino emprendido, cosa para la que demostraba especialísimas condiciones.

La joven Baronesa, que se conducía perfectísimamente y que observaba una conducta irreprochable, se había captado las simpatías hasta de las gentes más severas, y su luna de miel con el gran mundo, al que se había entregado por completo, había sido deliciosa. Desde la primera tentativa fué admitida sin la menor resistencia ni discusión, y su éxito fué completo y definitivo. Pasado el primer invierno sus reuniones figura-

ban entre las más escogidas, y Rosa podía atreverse á invitar á los más elevados personajes sin temor que uno solo dejase de aceptar. Su casa no era de las que el invitado se preguntaba: ¿iré? Se aceptaba la invitación y se iba con gusto.

Al principio de tan grande y brillante triunfo Rosa había sentido un ligero aturdimiento. Folentin lo había encontrado muy natural, pues la extraordinaria idea que de sí mismo tenía legitimaba á sus ojos la vertiginosa ascensión á la más alta notoriedad. Pensaba que aquello, y aun algo más, se le debía, y que la baronesa de Rocher, solo por ser su esposa, necesitaba ser una dueña de casa sin rival. Solo por obra y gracia de su unión con él, Rosa había adquirido tan relevantes méritos, y en la buena opinión que de ella tenía entraba por lo menos en tres cuartas partes el contento de sí mismo.

Un individuo así constituido tenía que ver sin la más ligera sombra de aprensión que los hombres más elegantes y amables de París se dedicasen á hacer la corte á su mujer. La Baronesa, una vez pasado el período de excitación, no había tardado en darse cuenta de que toda su gloria era algo monótona, y que sus triunfos, como las listas de platos de sus comidas, eran siempre los mismos, salvo muy ligeras variaciones.

Un espíritu fino y delicado como el suyo no podía conservar largo tiempo ilusiones con respecto á Folentin. La corrección del Barón encu-

bría apenas su miseria intelectual, y la ternura para con su mujer no era más que una excitación de amor propio. Rosa le vió tal como era: egoísta, nulo, presuntuoso y con una bondad aparente que envolvía mucho de vileza. Por más que hizo concienzudos esfuerzos, le fué imposible amarle. El glorioso Folentin no se preocupó por ello lo más mínimo, y aceptó la pasividad de Rosa como el abandono admirativo que una mujer siente por su vencedor. Se juzgó tan seguro de ella que no prestó la menor atención ni á sus acciones ni á sus pensamientos. Si alguien hubiese ido á decirle: «Barón, su mujer de usted le engaña», hubiera sonreído con soberbia contestando: «es imposible.» Y con esta pretensión reunía todas las condiciones requeridas para sufrir este inconveniente; pero Rosa no pensaba en procurarle semejante sinsabor.

Condottier, después del matrimonio, se había ido á Oriente con su hermana, pasando por Hungría, en donde el conde Grodsko había exigido que la Condesa hiciese una aparición, amenazando con cortar de raíz todo subsidio. Los manejos de Condottier no habían producido fascinadora impresión en la Baronesa. Había representado á conciencia su papel de mujer de mundo, haciendo esfuerzos para encontrar en ello algún placer, y advirtiendo con sorpresa que el atractivo de la novedad pasada se convertía en laxitud y aburrimiento incurable. Constantemente daba

vueltas alrededor del círculo de ocupaciones fútiles, haciendo al día siguiente lo que había hecho la víspera, y el aparato, la solemnidad y la etiqueta de su vida mundana, hacían más grande y desesperante aquel vacío.

Al principio algunas mujeres jóvenes trataron de arrastrarla á la sociedad de vividores libertinos y gente de escándalo, de los que su buen sentido supo librarle. Esto se supo, y Rosa sacó de ello gran partido. Sentó plaza de mujer rígida, y su espíritu, que es vivo y alegre, la arrastraba algunas veces á obrar con cierta libertad; todo el mundo la tenía por una mujer honrada. Así se pudo permitir bromear con sus amigos, sin que nadie la criticase.

Se encontraba gozando todas estas ventajas, cuando Condottier, tostado por el sol, pero sin que sus asiáticas peregrinaciones le hubiesen desfigurado el rostro, reapareció en compañía de su hermana, instalándose de nuevo en el *faubourg* Saint-Germain. Desde los primeros días de su regreso se dió á conocer como otro hombre. El joven, el brillante y ligero Marqués cedió sitio á un Condottier más grave, más meditabundo, pero tan elegante como antes. El cambio que se había operado en él era muy grande. Hubiera podido decirse que el príncipe de la juventud había dejado todas sus locuras en los países que venía de recorrer. Rompió con sus antiguos compañeros de franquichelas y comenzó á vivir muy honorablemente.

No se le vió más á la mesa del *baccará*, ni en el tiro de pichón, ni en las carreras con Raimundo de Chalin, y comenzó á hacer economías. A otro le hubieran creído arruinado. En él divirtió, pero los curiosos quedaron estupefactos cuando el marqués de Condottier entró á formar parte de grandes y muy serios negocios, dando pruebas de gran aplicación y de muy buen sentido.

Folentin, que lo encontró en la Administración de los caminos de hierro de Tánez, quedóse asombrado.

—Parece increíble —le dijo á su mujer— el cambio que se ha operado en este muchacho. El otro día, oyéndole hablar de negocios, me produjo la impresión de un Morny. Le creo apto para todo, y me parece que si quiere preocuparse llegará á hacer una fortuna. Ha conseguido reconciliar á su hermana con el conde Grodsko, y es segurísimo que con los enormes capitales de que dispone ese magiar, se ha metido en los grandes negocios. Ese conde Grodsko es extraordinariamente rico, y si, como se asegura, viene á instalarse en París para vivir entre nosotros una buena parte del año, la situación de Condottier cambiará mucho.

Pues, si no recuerdo mal, en otros tiempos tenías del Marqués una opinión que le favorecía muy poco.

—Mujer, entonces no hacía más que locuras.

—Quería casarse conmigo.

—Lo cual era la mayor de todas.

—Verdaderamente.

—Tú no eras desde ningún punto de vista la mujer que le convenía. No hubieras podido corregirlo.

—Es posible —dijo Rosa pensativa.— Y ¿cómo ha conseguido corregirse solo?

—La soledad, la reflexión, el alejamiento de París... En una palabra, es un Condottier completamente nuevo, que te divertirá y al que no reconocerás fácilmente.

El Marqués volvió á ver á Rosa y ésta le reconoció muy bien; pero con todo, lo encontró mejorado. Cuando la condesa Grodsko se encontró de nuevo con Rosa, ahora baronesa de Folentin, volvieron á ser íntimas amigas, y nadie se asombró de ello. El mismo Prévinquieres, que no simpatizaba mucho con la Condesa, se vió obligado á sentir por ella el más profundo reconocimiento.

En el preciso momento en que el Marqués y su hermana habían vuelto de sus peregrinaciones, Mauricio Prévinquieres estaba á punto, por la sexta vez lo menos, de casarse con una mujer de la que era amante. Era una viuda de treinta años, extremadamente bonita, que vendía objetos más ó menos artísticos en un almacén de la calle Caumartin. La señora Wassel era una belga, de ojos azules y cándidos, tez anacarada y metida en carnes, que tenía especialísimas aptitudes para engañar á los coleccionistas con un

marfil falso de la época del Renacimiento, ó una loza alemana del siglo xiv, procedente todo de una fábrica de Belleville. Vendía también tapices con un palmo cuadrado de tejido antiguo y algunos metros de moderno.

En casa de esa encantadora y poco escrupulosa chamarilera entró un día casualmente Mauricio Prévinquieres para comprarle un joyero á su hermana. La viuda Wassel, mientras vendía al buen mozo, y muy caro por cierto, un chimbolo que no tenía ningún valor, se apoderó de su corazón. A partir de aquel momento, Mauricio sentó sus reales en casa de la señora de Wassel, á la que en el espacio de una semana compró objetos por valor de diez mil francos, objetos que el barón de Duburle afirmaba que en junto no valían diez luises. Poco después la viuda se negó bruscamente á venderle nada, y arrojó del almacén al pobre Mauricio Prévinquieres, declarándole que su continuada presencia ahuyentaba á los clientes.

Mauricio, exasperado, declaró su ardiente amor á la chamarilera. La amable belga, ante resolución tan inesperada, dulcificóse un tanto, y á partir de aquel momento Mauricio gozó del derecho exclusivo de instalarse en una amplia butaca, estilo Luis XIII, al lado de la señora Wassel, que pasaba el día poniendo en orden sus cuentas. Los padres de Mauricio Prévinquieres, profundamente disgustados con la resolución de

su hijo, habían sido requeridos dos veces para dar su consentimiento ante notario, y aquel joven atolondrado iba á realizar la última locura, cuando la condesa Grodsko se presentó de improviso en casa de Rosa.

La elegante Condesa se burló alegremente de Mauricio, ridiculizando la vida en un almacén de antigüedades de la calle de Caumartin, dando á entender que un hombre podía cometer una ligereza, pero que debía guardarse de realizar una villanía, y que la señora Wassel gozaba de malísima reputación en el comercio. Estuvo brillantísima, convincente y conturbó seriamente á Mauricio, estableciendo una comparación entre las condesas húngaras y las vendedoras belgas muy favorable para Hungría. Mauricio era extraordinariamente variable y ondulante é intentaba reanudar su antiguo flirt con la elegante hermana de Condottier. Su resolución de casarse con la chamarilera, el amor que por ella sentía, todo desapareció como una columna de humo llevada por una fuerte racha de viento. Ahora lo que le preocupaba era una boca encantadora y sonriente y unos ojos negros hermosísimos. La condesa Grodsko permaneció una hora en casa de Rosa, y al marcharse se llevó á Mauricio en su coche.

Todo esfuerzo merece una recompensa, y el servicio que la hermana de Condottier acababa de prestar á la familia Prévinquiers valía un

poco de agradecimiento. Se establecieron entre la señora de Grodsko y la señora Prévinquiers relaciones cordialísimas. Duburle hizo observar que era la segunda vez que Mauricio se salvaba gracias á la intervención de la hermana y del hermano. El Marqués lo había arrancado de las garras de la bella Amadina de Narbona, y la Condesa acababa de desbaratar de un golpe los proyectos de la señora Wassel. Refunfuñando Prévinquiers hubo de reconocer la importancia de su deuda. Mauricio comenzó á ir á todas partes con la condesa Grodsko. La situación era inmoral, pero cómoda en extremo, y el padre aceptaba los hechos resignado.

Folentin no se preocupaba lo más mínimo por la asiduidad de Condottier; abusó no poco de las complacencias que le guardaban. Su modo de conducirse con Rosa fué muy distinto al que antiguamente había empleado. Se mostraba discreto y reservado. La corte que hacía á la joven Baronesa estaba llena de matices, y entre ella y el compañerismo no existían sensibles diferencias. Daba noticias, guiaba é iluminaba á la señora de Folentin en todas las circunstancias, y siempre con un tacto exquisito. Ella le llamaba su consejero íntimo y decía riendo: «Conmigo es de una severidad increíble.»

En realidad, Condottier había impedido que Rosa cometiese algunas faltas de etiqueta que hubieran podido perjudicarle, y Folentin le es-

taba muy agradecido. La extrema fatuidad del marido, fortificada por el agradecimiento, creó á Condottier una situación excepcional en la casa, pero éste procuraba no poner en ridículo al amigo.

Hacia grandes esfuerzos para que olvidase sus antiguas amenazas, lo que conseguía admirablemente. Al parecer, Folentin no se acordaba de que Condottier había sido su antiguo rival, el mismo que había anunciado su propósito de vengarse.

Sentía verdadera satisfacción encontrándose con el Marqués en su casa. Lo llevaba á Chantilly á Rocher sin que Condottier asistiese, y sentía no encontrarlo en los salones de la Baronesa. Otro que Condottier se hubiera hastiado de semejante confianza y de tantas pruebas de simpatía y afecto. Él sonreía con tranquilidad; aceptaba la situación con aparente indiferencia, y devolvía centuplicadas á Rosa las atenciones con que Folentin le colmaba.

No podía darse situación más favorable; poco á poco inspiraba confianza á Rosa, dejándola ejercer una autoridad á la que se sometía amablemente, vigilando la ocasión más propicia. La fatuidad del marido rayaba en ceguera y Mauricio estaba de su parte. Un acontecimiento que en apariencia no podía ser más vulgar, cambió de pronto el plan que tan hábilmente había preparado.

Una tarde en que el Marqués, Rosa y Mauricio discutían en un saloncito las peripecias de un *match* de automóviles, Folentin entró dando muestras de gran alegría. Como su amigo se levantase para estrecharle la mano, hizo un ademán para protestar.

—Que nadie se moleste. Si ocasiono la más ligera turbación me voy... No hago más que entrar y salir. He sabido que Mauricio estaba aquí, y he entrado para hacerle un encargo. Es que hace un momento he recibido en mi despacho la visita de uno de vuestros amigos, que viene de América y que trae un crédito considerable contra mi casa...

—¿Quién es ese Nabab?

—Un hombre á quien conocéis mucho y al que vuestro padre verá con muchísimo gusto. Valentin Raynaud.

—¿Ha hecho mucha fortuna?

—A juzgar por lo poco que me ha dicho, debe tener con su amigo Evans unos terrenos petrolíferos, de los que sacan grandes beneficios que no me atrevo á deciros, pues verdaderamente son fantásticos.

—¡Bravo por Valentin!—exclamó Mauricio.—Tuvo buen olfato marchándose de Beaumont. ¡Lástima que tanto dinero vaya á manos de un hombre sin necesidades! Ya dicen que la fortuna es ciega. Yo no tendré nunca semejante suerte.

—Lo primero que se necesita es ir al país de los sueños de oro...

—¿En dónde está? Voy corriendo.

—He ahí el inconveniente. No se sabe nunca de antemano, y precisamente por esto tiene mérito descubrirlo.

—Tú serás lo bastante amable para prevenir á tu padre de que el Sr. Raynaud está en París y de que se propone ir á verle muy pronto. Dicho esto, vuelvo á mis negocios y os dejo entregados á vuestras distracciones.

—Folentin, procura descubrir una mina de petróleo y métete en el negocio.

—No todo se reduce á minas de petróleo, Mauricio—dijo el Barón—, y si quieres sentar la cabeza yo te colocaré en mi casa.

—Sí, para raspar cuentas y contar luises. No. Háblenme de una especulación inmediata, de un golpe de las mil y una noche como el negocio de Valentín; pero no de otra cosa.

—Vamos, un milagro. Eso sucede muy raramente, amigo mío. Por lo general, no se llega á la fortuna más que con mucho trabajo y con mayor paciencia. Vaya, hasta la noche...

Estrechó la mano á Condottier, besó á su mujer en la frente y se fué. Rosa permaneció pensativa. Ni las bromas de Mauricio, ni las amabilidades del Marqués, consiguieron desfruncir su entrecejo. La brusca reaparición de Valentín Raynaud la preocupaba. En los dos años que ha-

bía estado fuera solo oyó hablar de él muy vagamente. Su padre recibía con mucha regularidad noticias del antiguo capataz, pero nunca decía nada respecto á la situación de Valentín. Por su parte, Rosa tampoco preguntaba; no le agradaba recordar la conversación última que le había descubierto todo cuanto Raynaud tenía interés en ocultar.

Se acordaba perfectamente de que en aquella discusión de principios con el compañero de su infancia ella se había quedado muy á la zaga. Volvería á verle grave y apasionado, y sentía de nuevo la impresión de asombro, casi de irritación, que experimentó al creerse dominada por aquel á quien siempre considerara como un subalterno. La verdad era que se había equivocado grandemente al juzgar á Valentín; pero era ya demasiado tarde para modificar sus ideas y sus proyectos. En otro tiempo había tratado de rebajarlo para salvar al menos su amor propio, y ahora reaparecía poseedor, según se desprendía de lo dicho por Folentin, de una de las dos fuerzas que á juicio de la Baronesa eran indispensables para la soberanía mundana: una gran fortuna. Rosa se sintió orgullosa de que un hombre como aquel hubiera fijado sus ojos en ella, y deseó volver á encontrarse en su presencia.

Al parecer, Raynaud tenía menos prisa porque ya iban muy cumplidos quince días desde que Folentin había anunciado su llegada y Rosa es-

peraba aún la deseada visita. Pensó que el antiguo empleado de Prévinquières, orgulloso con su fortuna recientemente adquirida, se presentaría como un triunfador, y se había propuesto tratarle duramente para demostrarle que el poder del dinero tiene también sus límites y vió que, lejos de pretender humillarla, Valentín huía de ella.

Pronto se sintió molestada por el despecho, y las buenas intenciones se modificaron. Mas lo cierto era que Valentín ocupaba plenamente el pensamiento de la Baronesa. Por fin, una mañana su padre le dijo por teléfono:

—Esta noche come con nosotros Valentín Raynaud. Ya sabes que tanto tú como tu marido estáis invitados.

Hacía quince días que Rosa estaba comprometida para asistir á otra comida; pero la tentación era demasiado grande. Inmediatamente, y sin consultar á Folentin, contestó aceptando, y preguntando solo á título de información:

—¿Sois muchos, ó se trata de una comida en familia?

—Duburle y tu hermano. Nadie más; de modo que no tienes necesidad de vestirme.

—Será preciso aceptarme en traje de recepción. Tengo que ir á casa de los Roccanera.

—Te recibiremos como vengas.

Rosa no tenía intención de ir á casa de los Roccanera, en donde se aburría soberanamente,

porque en el salón del Duque se reunía la sociedad más monótona y grave de París; pero desde el primer momento había decidido presentarse ante Valentín Raynaud en todo su esplendor. Llegó tarde; quería que todos estuviesen reunidos cuando entrase. A la primera mirada vió á Valentín que, modestamente y de pie en uno de los rincones del salón, hablaba con Duburle. Se dirigió resueltamente á él con el rostro resplandeciente y la mano extendida. El la acogió inclinando la frente con un saludo ceremonioso, y apenas rozó con los labios los dedos que un Condottier hubiera besado ardientemente. Rosa fué la primera que habló.

—Me alegro mucho de su vuelta, señor Raynaud, y tengo la seguridad de que papá está contentísimo. Parece ser que ha tenido usted fortuna. Ya me lo contará. ¿No es cierto? Debe ser muy interesante.

Haciendo un esfuerzo, Valentín contestó:

—No crea nada de eso, señora; todo eso no tiene importancia; la casualidad lo ha hecho todo. Evans y yo buscábamos un terreno para construir, y haciendo excavaciones nos encontramos con el petróleo. Ni más ni menos.

—Es verdaderamente curioso que esas cosas no les pasen nunca á los imbéciles. ¿Y las fuentes, son abundantes?

—Si no disminuyen, son casi las más productivas.

—¡Bravo! es un gran recurso para los automóviles.

Al dar las ocho se sentaron á la mesa, y Rosa pudo examinar á Raynaud con detenimiento. Le encontró cambiado y mejorado. Había elegido un buen sastre y estaba vestido con sobria elegancia. Parecía más delgado. El viento de las llanuras y el aire del mar había bronceado su rostro. Parecía más joven que cuando se marchó. Durante la comida habló poco, y solo cuando le interrogaban. Prévinquieres le miraba con satisfacción, en la que se mezclaba una gran tristeza; la de no haber casado á la hija con Valentín. Pero lo hecho no se podía deshacer. Después de comer pasaron al saloncito de fumar, y Duburle, que sentía el horror del tabaco, se quedó con las señoras. Rosa le dijo:

—Padrino, usted que entiende de estas cosas, me explicará lo que es un negocio de petróleo.

—Querida mía, es muy sencillo. Pongamos por ejemplo la «Rowland-oil Company», que está dividida en acciones de veinticinco francos. Cada acción produce cuatro ó cinco francos por mes.

—Esto es un doscientos cincuenta por ciento.

—Calculas admirablemente; no en balde eres la mujer de un banquero.

—Vaya, no se burle usted y dígame. Cuando en vez de dividirse en acciones los pozos de petróleo son explotados por su ó sus propietarios...

—Entonces son millones de beneficio al mes.

Es un negocio más grande que el de las minas de oro. Hoy no se conoce nada mejor para hacer una fortuna enorme con gran rapidez.

—¿Entonces, Valentín Raynaud?...

—No sé á cuanto asciende su participación en la *Evans-oil*.

—¡Ah! ¿Se llama la *Evans-oil*? ¿Y porqué no la Valentín-oil?

—¡Qué quieres!, cortesía con el asociado indígena, finura local. Por lo que en la Bolsa se murmura, la cartera de ese muchacho debe estar bien repleta.

—Pues no ha cambiado nada.

—¿Qué querías que hiciese? Raynaud no es ningún imbécil, y no era de esperar que se pudiese en el chaleco botones de brillantes. Vive en Palace-Hotel, pero piensa comprarse una casa. Hablaba de eso cuando tú has llegado.

—¿Piensa establecerse en París?

—Sí.

—¿Piensa retirarse tan pronto?

—¿Retirarse, porqué? ¿Es que en París se trabaja menos que en otras partes? Se trabaja de otro modo, pero se trabaja también; y para un hombre como Raynaud, acostumbrado á los negocios, hay mil modos de ocuparse útilmente. Además, cualquiera que tenga dinero, y esto le ocurre á él, puede prestar servicios inmensos ocupándose en obras sociales. En esto no hay nada hecho. Los reyes debían llevar á cabo las

reformas que son indispensables. Pero los soberanos ya tienen bastante con defender su trono, y no les queda tiempo para otras cosas. Será necesario que un filántropo riquísimo tenga un día la humorada de emprender esa tarea formidable y espléndida. Carnegie la ha empezado en América... Necesitaríamos un Raynaud en Francia.

—Pero, padrino, ¿será socialista?

—Sí, y confieso que será para mí un gran motivo de alegría ver un capitalista, un burgués, un patrono que empieza aplicando las reformas que esos charlatanes insubstanciales é incapaces prometen desde la oposición y se apresuran á olvidar cuando llegan al poder... ¡Qué cuadro!

—Vamos, usted es un reaccionario empedernido.

—Vamos, niña; á mi edad, con mis gustos y tradiciones, ¿querías que defendiese el reparto?

Los fumadores volvían y la conversación cambió. Prévinquieres preguntó con gran curiosidad á Valentín cosas referentes á la industria americana. Este respondía claro, reposadamente, sin exageración en la alabanza ni en la crítica, pero con una rotundidad que impresionó profundamente á Folentin. Mauricio expresó vivamente el deseo que sentía de irse al Nuevo Mundo.

—Pues bien, Mauricio—dijo Raynaud—; si quiere usted marcharse, y su familia no se opo-

ne, no hay nada más sencillo que irse á reunir en Pittsburgo con Evans. Le recibirá con gran satisfacción, y si desea ocuparse en negocios no le será difícil dirigirle...

—¡Ah! Si esto fuese posible—exclamó Prévinquieres con entusiasmo—Valentín, con ello me prestaría el más señalado servicio. Sí, arrancar á ese muchacho de la ociosidad y hacer de él un hombre como es debido, esto es, volverle á su verdadero destino, que no es otro que trabajar como han trabajado todos los Prévinquieres...

—Hasta ahora—dijo Mauricio—cuanto se me había propuesto era cosa muy distinta. No se me ha hablado más que de entrar en un despacho ó de vigilar obreros en la fábrica... Pero ir á un país nuevo, ocuparse en grandes trabajos y con una actividad constante, es cosa que vale la pena de emprenderse...

—Nada, ya está entusiasmado—dijo Rosa sonriendo.—¿Cuándo embarcas?

—Cuando quiera Valentín. Aquí hago una vida de imbécil, y estoy dispuesto á probar que no soy tonto de remate; que no soy un cualquiera.

—Y ¿quién es ese otro cualquiera?—preguntó burlonamente Folentin.

Mauricio dijo:

—Supongamos que seas tú.

Folentin hizo una mueca. Le gustaba decir impertinencias, pero detestaba que se las devolviesen.

—Y ¿quién será tu comanditario, querido?— agregó, pensando tomar el desquite en el terreno financiero.

—Raynaud; estoy seguro—exclamó el joven.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín. Se volvió hacia Mauricio, y con voz que la emoción hacía temblar dijo:

—Le doy las gracias, Mauricio, por haber tenido confianza en mí. Con efecto, me será muy grato y muy fácil devolverle un poco del apoyo que los míos y yo hemos recibido siempre de los suyos. Cuanto soy se lo debo á su padre, y no lo olvidaré nunca; de modo que por mucho que haga para serle útil, siempre me creeré obligado á más, y con ello no agotaré todo mi agradecimiento.

—Bueno, bueno; no hablemos de esto—dijo Préviniqueres.—Es preciso que la resolución de Mauricio no parezca un capricho. Un poco de reflexión dará más fijeza á sus proyectos. Demos por sentado, Valentín, que acepto sus ofrecimientos, pero metálicamente yo atenderé á todas las necesidades. No tendremos que molestar á nadie.

Al decir esto dirigió una mirada de reproche á Folentin; pero el Barón solo entendía lo que quería entender, y dirigiéndose á su mujer le dijo:

—Querida, si quieres ir á casa de los Rocca-nera, me parece que ya debemos retirarnos...

—No—dijo Rosa con resolución.—Me aburro mucho en esa casa... estoy muy bien aquí. Señor Raynaud, ¿quiere usted contarnos cómo se decidió á comprar los terrenos de Chiquito? Porque es en Chiquito donde están sus pozos, ¿verdad?

—Querida—dijo Folentin con acritud—abusas de la complacencia del Sr. Raynaud. No haces más que hablar de sus petróleos, y serás muy capaz de pedirle acciones...

—Y ¿con qué las pagaría?—replicó Rosa alegremente.—¿Acaso tengo dinero? En cuanto reuno unas pesetas se van corriendo á casa de la modista... Mi marido tiene razón, Sr. Raynaud—agregó suspirando.—Necesitaría descubrir una mina... Me asociaré con Mauricio, y cuando haya ganado millones me dará una parte.

—Cualquiera que te oyese—dijo Folentin—se figuraría que no tienes una peseta. Afortunadamente me conocen y saben que te doy...

—Estrictamente lo superfluo.

Y haciendo un gesto para imponer silencio á su marido, se volvió hacia Raynaud y le dijo:

—Vamos, Valentín, le escucho.

II

—¿Sabes, querido, que la hermosa Folentin se prepara á plantarte?

—Primera curiosidad excitada por Valentín Raynaud. Eso pasará.

La condesa Grodsko, sentada ante su tocador, se frotaba las uñas con un pulidor, y moviendo la cabeza miró á su hermano con mal disimulada preocupación.

—Tú no te das cuenta exacta de la situación. Yo, que conozco bien á Rosa, te aseguro que está más interesada de lo que te figuras.

—¿Por ese muchacho?

—Por ese muchacho.

El marqués de Condottier sonrió.

—¿Será, pues, la segunda vez que me juegue la misma partida? Con Folentin fué ya mucho, pero con Valentín Raynaud sería demasiado, y yo me cuidaré de poner las cosas en orden.

—Te advierto, que tiempo es de que las pongas.

—¿La crees capaz de engañar á Folentin, con el antiguo empleado de Préviniqueres?

—No, pero la creo capaz de no querer oír hablar de engañarle contigo, lo que equivaldría á lo mismo.

—Entonces, y sin darse cuenta de ello, Valentín prestaría un famoso servicio á su marido.

—¿Sin darse cuenta de ello? Y ¿tú que sabes?

—Tú siempre has tenido el convencimiento de que Raynaud sentía una viva pasión por Rosa.

—Basta con verlo cuando está ante ella, para tener la seguridad de que esa pasión se ha hecho más fuerte...

—Y ¿cómo podría traducirse?

—Pues dado el individuo, por un platonismo intenso. Dada la dama... sería preciso verlo... Me parece muy agitada... Ya no se aburre, y solo con esto tú pierdes ya el cincuenta por ciento de las probabilidades. Todo consiste en saber si, en caso de presentarse ocasión, Valentín sería hombre capaz de aprovecharla. Yo no lo creo. Es uno de esos hombres para los cuales el respeto por el objeto de su amor no puede ser más grande, y que creerían cometer un sacrilegio dando gusto á una mujer que solo desea dejarse ir. La peor especie de galanes; mitad *Jocrisse*, mitad *Joseph*, y admirablemente contruidos para inspirar desde el primer momento una admiración que á los cinco minutos se cambia en despecho y al cabo de media hora en desdén.

—¡Qué psicología!

—No creo en los ángeles guardianes. Están pasados de moda, y es cosa vieja. Verdaderamente sería muy mala sombra si tú hubieses caído en el último.

—Yo me figuro que si Valentín Raynaud se limita á dar buenos consejos á la baronesa de Folentin en el preciso momento en que desee no recibirlos, se desacreditará muy pronto. Entonces, el que esté á la mira para recoger el capricho dejado sin satisfacer, tendrá muchas probabilidades de obtener un resultado lisonjero. Yo no digo que no oiga decir la frase de las mujeres que hacen tonterías con la cabeza en vez de hacerlas con el corazón. «¡Oh! Déjeme usted, me inspira usted horror.» Pero, después de todo, la dama caerá, y una vez cometida la falta desaparecerá el horror. De ahí á un sentimiento muy vivo por el cómplice no hay más que un paso, y si es el marqués de Condottier quien entre en el asunto, el barón de Folentin será castigado por donde más pecó.

—Eres extraordinaria, y te admiro.

—Dame un beso, y vete. Tengo que vestirme, y no dejes de vigilar las maniobras de tu bella amiga.

Sí, la condesa Grodsko, con la sagacidad de la mujer que juzga á las demás según sus propios sentimientos, veía claro en los de la baronesa de Folentin; estaba también en lo justo al prever las intenciones de Valentín Raynaud. Éste, vuelto á Francia con la convicción de que Rosa era dichosa, se había apesadumbrado al convencerse de que no lo era. En ocho días se dió cuenta exacta de lo artificioso de la situación

que ocupaba la joven. Solo había tenido que escuchar y que comprender. Préviniqueres había dicho, en pocas palabras, á Valentín mucho más de lo que éste tenía necesidad de saber.

—Sí, mi hija es una de las reinas de París, pero maldito para lo que le sirve. No tiene vida íntima y todas sus satisfacciones son exteriores. Su marido es un muchacho encantador que hace cuestión de amor propio el no ocuparse de ella. Cada uno conserva su libertad, y después de dos años de matrimonio no tienen hijos. He ahí las costumbres nuevas. Por el momento todo va bien, pero dentro de diez años, cuando la madurez llegue y sea preciso pensar en otra cosa que en pasear por los salones, ¿qué ocurrirá en ese hogar? La casa estará vacía, el hogar triste. Cuando digo estas cosas me tratan de viejo... Es *rococo*, antigua usanza, teatro de Scribe y canciones de zarzuela sentimental. ¿Sé lo que digo? Se rien de mí; pero más tarde, cuando la juventud se haya desvanecido y solo quede el hastío del placer, sin nada para que sirva de consuelo, no se reirán. Raynaud, no es esto lo que había soñado. Mi hija lo ha querido, y ella será la que pague las consecuencias.

Valentín no hizo nada para que esas confidencias pasaran adelante. Comprendió que si decía una sola palabra, Préviniqueres le replicaría:

—¿Porqué no le acogí favorablemente cuando me confesó la pasión que mi hija le inspiraba, y

porqué no la obligué á que lo aceptase por marido? En usted debía de haber recaído la elección. Aun sin los millones del petróleo valía usted mucho más que Folentin. Hoy no hay comparación posible.

Valentín no quiso oír este *mea culpa*, y su delicadeza rechazó este triunfo inútil. ¿Para qué semejante desquite? Su amor propio no lo deseaba, y en cuanto á su ternura hacia Rosa era demasiado profunda para que pudiese alegrarse viéndola mal casada y perdidas las ilusiones que para el porvenir se había forjado. Cortó las lamentaciones de Préviniéres diciendo:

—Yo creo que exagera usted los inconvenientes de una posición magnífica. En este mundo no hay nada completo, y la felicidad menos que otra cosa. Además, si los señores Folentin están contentos con su suerte, no hay que ser más exigentes que ellos mismos.

Préviniéres suspiró, movió la cabeza y cambió de conversación.

En los círculos industriales, que Valentín volvió á frecuentar, se murmuraba mucho, y desde los primeros días oyó decir con la mayor naturalidad que la hija de su antiguo jefe tenía por amante al marqués de Condottier. Se reían del «imbécil de Folentin», que no veía más allá de sus narices, y se daba tono de conquistador, cuando

su mujer le ultrajaba y le engañaba. En vano Valentín trataba de negar y defender; le contestaban con rotundas afirmaciones. El Marqués y la Baronesa no se separaban un momento, y se daban cita en casa de la condesa Grodsko, que protegía los amores con gran complacencia. Los detalles fueron tan completos, tan circunstanciados, que la fe que Valentín tenía en la virtud de Rosa vaciló. Después de todo, ¿porqué había de guardar consideraciones á aquel tonto que se pavoneaba simulando que la conducta de su mujer le importaba muy poco? ¿No la autorizaba para que hiciera cuanto le diese la gana? Y ¿qué reproches podían dirigir los extraños á la engañadora, cuando de antemano el imbécil del marido parecía gloriarse de ser engañado?

Para Raynaud, todo esto fué un cruel tormento. No podía desprenderse de las impresiones de su infancia y de su juventud, y formar de Rosa otra idea que la que toda la vida había tenido. Él la veía únicamente lozana, pura, sonriente, tal y como la había amado. Sin embargo, se acordaba de otra Rosa con la que había sostenido, en el jardincito de la fábrica de Beaumont, una conversación llena de revelaciones inesperadas. Aquel día le había oído desenvolver un programa de ambición y de vanidad, y la había visto dispuesta á sacrificarlo todo al deseo de aparentar, sin que para ella ni la ternura, ni la inteligencia, tuviesen ningún valor, y colocando por

encima de todo el rango y la fortuna. Esa Rosa que tan gran desencanto le había proporcionado, ¿no era capaz de convertirse en la gran mundana, desdenosa del qué dirán, sin respeto á la fe jurada y dispuesta á arrojarse en brazos de un amante seductor y que halagara su vanidad? ¿Qué diferencia había entre la joven que se casaba con Folentin, porque le facilitaba la conquista del gran mundo, y la mujer que se entregaba al marqués de Condottier porque era el más admirado de los jóvenes á la moda?

Raynaud sufría atrozmente pensando que la que todavía adoraba hubiese llegado á semejante estado moral, y empezó á odiar á Folentin, que había ocasionado el rebajamiento, y á Condottier, que se aprovechaba de él. Esto no obstante, invitado á comer por Folentin el día de su encuentro con él en casa de Prévinquières, aceptó, y aunque quería negarse, no quiso emplear hipócritas mentiras. La sola idea de que Condottier podía estar presente le hacía temblar. Sabía que no podría evitar el encontrarle alguna vez, y que toda tentativa para retardar el momento era pueril. Pero, ¿podría impedir que su sangre hirviese y que su corazón latiera con violencia? Se consideraba apto para muy poco y se temía á sí mismo.

Se dirigió al hotel de los Campos Elíseos sintiendo muy vivas inquietudes; pero en seguida comprendió que la frivolidad de aquellos que

podían llegar á penetrar sus más íntimos sentimientos le ponía al abrigo de toda sorpresa. Su observación superficial no les permitía analizar los sentimientos que con tanto cuidado ocultaba Valentín. Solo la condesa Grodsko, clarividente por su costumbre de intrigar, debía adivinar lo que encerraba la reserva del antiguo empleado de Prévinquières y lo que ofrecía de inusitado las amabilidades de Rosa con un hombre que no era de su clase. Sin la menor turbación, Valentín se vió presentado al marqués de Condottier. Este, amable como de costumbre, procuró hacerse agradable al viajero que volvía de América. La gravedad de Raynaud, que á despecho de las habilidades de la baronesa de Folentin permaneció apartado y hablando con Prévinquières, engañó al joven Marqués. Valentín fué catalogado por Condottier entre los hombres serios, y como hasta entonces para él hombre serio era ser todo lo contrario de lo que él era, no dió ninguna importancia á los obsequios que la dueña de la casa prodigaba al impasible Raynaud. Sin embargo, saltaba á la vista que Rosa hacía esfuerzos para agradarle y le dedicaba todas sus sonrisas. Duburle, que era un Condottier en el caso de su juventud, no se había equivocado, y al día siguiente, encontrándose á solas con su ahijada, no le ocultó su modo de pensar. Los dos estaban en una de las tribunas del concurso hípico.

—Pequeña—le dijo.—¿Qué te ha hecho el bue-

no de Raynaud desde que ha vuelto tan rico? ¿Te propones volverle el juicio?

—¿Yo, padrino? ¿Y para qué?

—Por el gusto de hacérselo perder. Es una distracción á la que las mujeres os entregáis gustosas, sin objeto determinado y solo por capricho, del mismo modo que se tira al blanco para demostrar que se tiene buena puntería.

—Yo no acostumbro á divertirme de modo tan insustancial. Tengo otras cosas que hacer. Mire usted, ahí va Condottier que entra en la pista con su yegua *Bar-maid*; monta bien, es preciso reconocerlo.

—Sí, monta muy bien, pero ¿llegará al fin sin percance? No tiene más que un competidor temible, Kersaint.

—Por esto la condesa Grodsko habla con él. Si en este momento pudiese hipnotizarle, sugestionarle para que perdiese sus facultades...

—¿Cómo es que no está hoy contigo?

—Ha venido con la señora Vallauris, que no puede sufrirme... Se ha excusado de antemano, pero no tardará en venir.

—¿Todavía continúa tu enemistad con la señora Vallauris?

—Esa mujer alta, delgada y de ojos sin expresión, es más tonta que la noche. Ni le he hecho nada, ni la conozco.

—Pero ella te conoce, y ahí está la causa; devuélvele á Condottier y te querrá.

—¿Acaso se lo he quitado?—replicó Rosa, á la que la ocurrencia hizo enrojecer.—Condottier puede ir adonde se le antoje. No lleva collar...

—Hace quince días que no hubieras dicho semejante cosa.

—¿Porqué?

—Porque entonces te gustaba ver rendido á Condottier. Hoy ni siquiera te fijas en el modo cómo hace su recorrido... Ahora te saluda... Buenos días Marqués... Salta usted admirablemente.

—Porqué lo dice usted?—preguntó Rosa sonriendo.

—Por todo—replicó tranquilamente Duburle.—Salta, Marqués... Ahora saltas por el rey... de Prusia. Si fuese Valentín, sería otra cosa.

—Seguramente sería una cosa nada vulgar. Se imagina usted á Valentín Raynaud con frac encarnado en esta pista bordeada de tribunas, y haciendo de amazona de circo para divertir á todos esos imbéciles que miran...

—Eres dura para nosotros.

—Yo también formo parte de esos imbéciles.

—No hace mucho los juzgabas de muy distinta manera. ¿Cómo se ha cambiado en plomo el oro?

—Padrino, es usted insoportable.

—Eso es lo que se dice generalmente á las gentes cuando su clarividencia nos molesta.

Esta vez Rosa se enfadó, y mirando de hito en hito á Duburle le dijo:

—¿Se figura usted que estoy enamorada de Valentín Raynaud?

—No me atrevería á jurar lo contrario.

—¿Y quien le habla de jurar? Tranquilícese y no siga adelante con sus suposiciones.

—¿Te enfadas? Síntoma grave.

—Ahí vuelve galopando el marqués de Condottier.

—Debe galopar; ya es tiempo.

La condesa Grodsko, como si hubiera adivinado que su presencia era necesaria, dejó á la señora Vallauris para reunirse á Rosa. Tendió la mano á su amiga y á Duburle, y dijo:

—Ha montado bien, ¿verdad?

—Han debido silbarle los oídos, pues no hemos hecho más que hablar de él.

—Muy bien; y ahora—dijo Rosa mirando burlescamente á Duburle—podemos irnos. Mi padrino es extraordinario.

La condesa Grodsko examinó á Duburle y á Rosa para penetrar el misterioso sentido de sus palabras. A uno y otra los encontró imperturbables y los siguió á través de los grupos. Las trompas de caza sonaban bajo la cúpula de cristal que el sol hería con sus rayos oblicuos. Una nube de polvillo de oro vagaba en el aire, y en las gradas se apiñaba el público elegante que asistía al espectáculo. Al extremo de la pista un nuevo jinete, montado en un caballo gris, saltaba metódicamente los obstáculos.

De pronto se oyó un grito; infinidad de brazos se agitaron, y algunos espectadores se pusieron en pie. El caballo gris apareció con la silla vacía y se puso á caracolear por la arena.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Duburle—; el jinete ha caído al agua...

—¡Pobre señor Kersaint!—dijo la condesa Grodsko riendo.—Ha querido ser rival de mi hermano, y menos mal si el baño le sirve para aplacar los ímpetus.

—Parece que se alegra usted—replicó Rosa.—Si ese percance le hubiese ocurrido al Marqués...

—Querida mía, esas cosas no le suceden nunca á mi hermano; es lo que establece su superioridad sobre los demás.

Condottier, que observaba de lejos, había seguido el movimiento de salida de su hermana y de Rosa. Se había apeado, y cruzando la pista llegaba en aquel mismo momento. Saludó á la Baronesa y estrechó la mano á Duburle. Verdaderamente estaba elegantísimo con su frac encarnado, los pantalones blancos y las botas Chantilly. Vestido de este modo parecía más alto y más vigoroso. Golpeaba ligeramente la palma de su mano con el látigo, y sonriendo se colocó al lado de Rosa.

—¿Se van ustedes?—preguntó.—¿No asisten á las pruebas de cuatro? El pobre Kersaint es capaz de desorganizarlo todo.

—En cuanto se seque se retirará.

—¿Pasa usted por las cuadras? Le enseñaré los cuatro caballos de Storlocki. Son los que acaban de hacer cuatrocientos kilómetros en ocho días y están tan frescos...

—Como el señor de Kersaint.

—¡Qué cruel es usted, Baronesa, con ese pobre muchacho que ha valsado con usted todo el invierno!

—¿Lo defiende usted?

—Espíritu de cuerpo. ¿Quién me asegura que en día no lejano no me tratará usted del mismo modo?

—Empiece por no caerse.

—¡Ah! Cuando una mujer se propone vernos por tierra, se cae al fin.

—¡Cuánta filosofía! ¿Cree que tengo tan negros deseos para usted?

—Hasta ahora no lo he creído. Pero ¿quién puede responder del porvenir?

Rosa miró á Condottier, y sonriendo le dijo:

—Conténtese usted con el presente.

Y luego, cortando la conversación:

—Tengo el coche á la puerta, y me llevo á su hermana á dar una vuelta por el bosque. Nos encontraremos en Palace á las seis.

—Perfectamente.

Volviéndose hacia las cuadras, en donde debía esperar el momento de reaparecer en la pista, Condottier se decía:

—Es evidente que en todo esto hay algo que

ha cambiado. Lo que ayer complacía á la Baronesa, hoy le parece despreciable, nimio. Abandona el concurso hípico, en donde estamos reunidos todos los amigos, y se va al bosque á una hora en que no hay nadie. Esto no es natural; pero ¿qué puede suceder? ¿Será por ese mastodonte enriquecido de repente por quien quiere romper con una existencia de goces, volviendo la espalda á cuanto ha deseado hasta hoy? Es de una inverosimilitud extraordinaria. Debajo de la roca hay alguna anguila, con la que no contamos, y Raynaud debe servir de pantalla á un capricho misterioso. La elección sería excelente, y el imbécil de Folentin no se preocupará por un hombre que no inquiete su snobismo. Cubriéndose con ese flirt disfrazado Rosa podrá hacer cuanto se le antoje sin que nadie tenga la más ligera sospecha. Pero, alto ahí. Yo pondré las cosas en orden, y sin darme por enterado vigilaré cuidadosamente á los íntimos de la Baronesa. No me iba á haber tomar el trabajo de ahuyentador de competidores que se cogían á sus faldas para dejarme engañar como un tonto á última hora.

Una vez formada esta resolución se sintió más tranquilo, y solo pensó en sostener á gran altura su nombradía de primer jinete de Francia. Al mismo tiempo que Condottier concebía plan tan amenazador para la tranquilidad de Rosa, ésta recorría los Campos Elíseos con su amiga y su

padrino, al trote lento de los caballos. No hablaba y dejaba vagar su mirada por los verdes castaños que hacían esfuerzos para sostener su reputación de precoces cubriéndose tímidamente de hojas. El sol entibiaba el aire; los paseantes perezosos andaban por el asfalto de la avenida, y los niños, libres de las precauciones del invierno, jugaban de nuevo bajo la vigilancia de sus acompañantes que charlaban formando grupos.

Mecida por el movimiento del coche la joven trataba de analizar sus sentimientos y de definir sus intenciones, y se encontraba presa de una serie de incoherencias tan molestas, que empezó a sentir cierta laxitud cerebral, preludio de alguna grave enfermedad intelectual. Ella misma se desconocía. Parecía que la habían cambiado totalmente y que era otra, que obraba en contra de sus gustos y de sus costumbres, saliéndose bruscamente de la línea de conducta que se había trazado, y que había seguido no solo con regularidad, sino con satisfacción. Y he ahí que de pronto encontraba absurdo todo lo que le había parecido encantador, y aborrecible cuanto había deseado con entusiasmo. Un cambio completo se operaba en ella, y se dió cuenta exacta de esto con un estupor que la paralizó.

Pero ¿a qué se debía aquel cambio tan difícil de prever? ¿Qué era lo que había sucedido, que tan profundamente modificaba su modo de vivir y que hacía que sintiese gran contrariedad tan

solo al pensar que debía continuar haciendo al día siguiente lo que le encantaba la víspera? Se veía obligada a convencerse de que no experimentaba ninguna satisfacción paseando por la avenida de los Campos Elíseos en su hermoso carruaje tirado por dos soberbios caballos que excitaban la admiración de los paseantes, y ante los cuales los empleados del Municipio dejaban de regar para no ensuciarles de barro. Termonat acababa de pasar guiando su automóvil de sesenta caballos, y el profundo saludo de aquel hombre cubierto de pieles y enmascarado con un horrible par de anteojos, ni siquiera la hizo sonreír. El *drag* de José Saintré, dirigiéndose hacia el concurso hípico, pasó entre el metálico sonido de las cadenas, y el Barón había colocado el largo látigo a la altura de su sombrero para saludar a Rosa, sin que ésta se dignase desarrugar el entrecejo. Los repetidos homenajes que la consagraban ya no le parecían deliciosos, antes al contrario, los despreciaba. De ahí nacía la profunda turbación que empezaba a sentir. Viendo que permanecía silenciosa apoyada en el respaldo del coche, los ojos medio cerrados, su padrino se arriesgó a interrogarla:

—Ni te mueves ni hablas... ¿Estás enferma, Rosita?

—No, padrino, no estoy enferma. Dispénsenme ustedes, he tenido una ligera distracción.

—Por nosotros no se preocupe usted—dijo la

Condesa.—Por mi parte confieso que conversar en coche no es cosa que me seduce. Hay que levantar mucho la voz. Como entretenimiento, el paseo por sí solo es suficiente.

—Evidentemente no te pedimos discursos—replicó Duburle—, pero si algunas reflexiones de cuando en cuando que expresen la satisfacción que debes sentir por estar con tu padrino y con una amiga encantadora.

—Usted pertenece á la antigua escuela, Duburle—dijo la Condesa.—Pertenece usted á la escuela amable de hablar para no decir nada. Habla usted para romper el silencio y por el gusto de oír su propia voz.

—En mi juventud—replicó Duburle—un hombre se reputaba de mal educado si no daba conversación á las damas que le acompañaban. Era lo mismo que confesar que no tenía nada que decirles. Y ¿qué es un hombre que no tiene nada que decir á las mujeres?

—¿Acaso no cree usted que una mujer pueda no tener nada que decir á un hombre?

—En otro tiempo no lo creía. Ahora me veo obligado á declarar que sí puede ocurrir. Ahora el marido deja la rienda suelta á la mujer, no se ocupa de ella, y parece no importarle su conducta. ¿Creen ustedes que eso es conveniente?

—Cómodo—replicó la condesa Grodsko.

—Lo que es cómodo, carece con frecuencia de

corrección; pero la corrección pertenece también á la antigua escuela, ¿verdad, Condesa?

—No sea usted amargo, Duburle. Usted es todavía un hombre que usa chaleco blanco, corbata con lunares azules y botines de gamuza... Usted se creería deshonorado si se doblase los pantalones por abajo. Usted encarna una sociedad anterior al teléfono y al automóvil.

—Soy un ser prehistórico, ¿no es verdad?

—Nosotros, los de la última época, le disgustamos, y usted nos asombra. Querido Barón, cada tiempo tiene sus costumbres y su modo de ser.

—Unas son buenas y otras son malas.

—Las buenas son aquellas que parecen útiles á los que las adoptan.

—En la vida, no todo estriba en la utilidad, hermosa Condesa. Verdaderamente ustedes prescriben con demasiada facilidad la tradición. Hoy en materia de arte, de literatura, de política y de todo lo demás, se prefiere á lo delicado y tradicional lo más cómodo, aunque sea menos correcto. Y dos mujeres jóvenes y hermosas, en coche con un caballero viejo, encuentran muy natural que ese caballero viejo no haga un esfuerzo para hacerles olvidar su vejez con su amabilidad. Yo lo confieso, esto me parece muy triste.

—Es la decadencia, Duburle.

—Perfectamente; pero no debe olvidarse que á todas las decadencias corresponden revoluciones. La sociedad no puede contentarse con la

decadencia, del mismo modo que la Naturaleza no puede aceptar la esterilidad. El mundo no pertenece á los impotentes, es del dominio de los laboriosos. Si nosotros y nuestros semejantes no servimos para nada, seremos reemplazados por otros que sean capaces de algo.

—Diburle, me pone usted carne de gallina. Está usted haciendo la apología del socialismo. Rosa, ¿qué le pasa al Barón? Parece un energúmeno. Y todo esto porque usted no ha despegado los labios hace media hora. Hable usted, amiga mía, pues de lo contrario temo que ocurra una desgracia.

—No he perdido una sola palabra de la conversación—dijo Rosa.—Me ha interesado mucho, y creo que mi padrino tiene razón. Nuestra sociedad está casi podrida, y sin darnos cuenta de ello vivimos en medio de ruinas. Los únicos seres interesantes son los que crean.

—¡Dios mío! Voy á repetir todo esto á su padre y á su marido, y estoy segura de que se quedarán sorprendidos. ¿Ha sido la metamorfosis repentina de su hermano Mauricio en hombre trabajador lo que ha cambiado sus ideas?

Rosa enrojeció al ver la alusión directa al regreso á Francia de Valentín Raynaud. Apresuradamente quiso cortar la palabra á su amiga:

—No, no—le dijo.—Tranquilícese usted. No pienso en transformar la sociedad. Usted me pre-

gunta lo que pienso de las opiniones de mi padrino, yo contesto y nada más.

—Usted me dice que abunda en ellas. Es lo mismo que si habiendo interrogado á la princesa de Lamballe, á propósito de Marat, hubiese contestado: le encuentro muy agradable.

—¡Marat!—exclamó Diburle sofocado.—¿Me compara usted á Marat? Condesa, esto ya es más que una broma.

La indignación del Barón pareció tan cómica á las dos mujeres, que no pudieron contener la risa. El coche entró en la avenida de las Acacias; Rosa dió orden al cochero de que se detuviese, y al apearse cambiaron de conversación.

El que provocaba todas aquellas perturbaciones estaba también harto intranquilo, hasta el punto de que pensó en escribir á su amigo Evans que estaba en Chiquito. El frío modo de razonar del americano ejercía una influencia decisiva en la ardiente imaginación de Valentín. Pero Evans estaba á muchos miles de leguas, era preciso esperar que la contestación llegase, y aquella espera era mortal. Los negocios, pues Raynaud no había vuelto á Francia para hacer un viaje de placer, absorbían por completo su tiempo, pero por la noche se encontraba solo, y muy á pesar suyo tropezaba con Rosa. El ingeniero no pertenecía al mundo en que vivía la triunfante Baronesa; pero Folentin, que sentía por el aso-

ciado de Evans una simpatía muy viva, lo patrocinaba con un celo tan grande que había abierto á Raynaud todas las puertas.

Le había presentado en su Círculo, y como Valentín era rico, había sido admitido sin dificultades. En el gran y ruinoso mundo católico Folen-tin había hablado del ingeniero como de un promovedor de inmensos negocios en los que sería posible obtener participaciones muy lucrativas, y de este modo Raynaud se vió buscado y agasajado. Y mimado Valentín, que en otros tiempos hubiera huído de aquellos salones en los que se pavoneaba, charlaba y flirteaba el París lujoso y encantador, se dejaba llevar frecuentándolos, porque en ellos triunfaba Rosa.

Todo esto era lo que con sinceridad contaba á Evans en las cartas que le escribía. La felicidad que experimentaba siguiendo á Rosa en el gran mundo no le hacía perder de vista las negociaciones que su socio le había encargado. Estas eran de una importancia capital. Con efecto, habían hecho descubrimiento mucho más importante que el de los pozos de petróleo, no solo desde el punto de vista financiero, sino más aún desde el científico.

Haciendo excavaciones en el terreno volcánico, entre minerales y restos de rocas, Valentín había encontrado trazas de un cuerpo desconocido, y que una vez analizado acusaba todas las propiedades del *radium*. Excavaciones hechas

con más cuidado revelaron la presencia de ese cuerpo en gran abundancia. Valentín, animado por este descubrimiento, sometió los elementos de aquel suelo extraordinario á diferentes análisis. Sucesivamente había reconocido la presencia en el subsuelo de Chiquito de materias de un valor inmenso, entre las que la más insignificante era el topacio y la más preciosa el rubí. Desde su llegada, el ingeniero se había puesto en relación con la más alta personalidad científica francesa, el ilustre Marcelin. A este hombre, grande y bondadoso, que ha dotado á la humanidad de inestimables riquezas, sin enriquecerse él mismo, le había indicado el inmenso partido que los sabios podían sacar de substancias como el *radium*, una vez vulgarizadas y puestas en el comercio.

—Nuestros sabios jóvenes son dichosos—le dijo Marcelin—; pues ustedes les abren un porvenir lleno de descubrimientos maravillosos. ¿Es usted rico, señor Raynaud? Podría usted realizar una gran fortuna.

Valentín manifestó que únicamente se proponía servir la causa de la ciencia, pues su fortuna estaba ya hecha, y era mucho más grande de lo que nunca había deseado. El grande hombre escuchaba con la cabeza inclinada como si estuviese oyendo hablar á su propia conciencia. Suplicó á Raynaud que le enviase muestras de sus productos, y como éste sacase una caja de zafiros y rubíes en bruto, exclamó:

—Oh! En otro tiempo vi á Fremy fabricar rubíes como éste, y que solo tenían un defecto; el de costar más caros que si se comprasen en casa de un joyero. En la naturaleza, señor Raynaud, todo puede recomponerse, excepto el hombre, lo cual—añadió sonriendo—es una fortuna, pues ya hay bastantes hombres sobre la tierra, á despecho de los estadistas que lamentan el decrecimiento de la natalidad... Hay tanta concurrencia vital, que en el dominio de la ciencia todos se ven obligados á especializar, y muy pronto los conocimientos generales no existirán. Yo seré uno de los últimos que hayan tenido nociones de todo. Pero después de mí...

El sabio hizo un gesto vago é inclinó la cabeza un poco más. Después dijo á Raynaud:

—Vaya usted á ver al Sr. Curie. Es un hombre en el que se fundan las más risueñas esperanzas... Se alegrará mucho de que le facilite *radium*. Podrá extender sus experiencias, y seguramente obtendrá muy notables resultados.

Folentin había trabajado de tal modo á Raynaud, que éste se confió dándole algunas noticias respecto á los yacimientos de Chiquito. El banquero, sorprendido y turbado al adivinar en las explicaciones de Valentín toda la riqueza que allí había, calculó lo que le correspondería, como beneficios de todas clases, si conseguía una participación en los yacimientos de petró-

leo. Atrevidamente se la propuso á Valentín. Él sería el representante financiero de los asociados, y en caso de la constitución de una Sociedad, él sería el promovedor del negocio. Á este ofrecimiento, el ingeniero contestó con evasivas. Entonces Folentin puso en práctica sus acostumbradas habilidades, pero no le dieron resultado alguno. Raynaud se había encerrado en la mayor firmeza y circunspección, porque no quería comprometerse á nada con Folentin sin el consentimiento previo de Evans, y dudaba de que su amigo se aviniese á dar á la empresa la forma de una Sociedad. Folentin, asombrado al principio de la reserva repentina de Raynaud, acabó impacientándose. Unas palabras pronunciadas sin intención alguna por Préviniqueres inquietaron al banquero no poco.

—Valentín—había dicho su suegro—se va á Londres. Va á consultar á uno de los más hábiles explotadores de minas africanas, Mikael Springfield.

Una mañana entró Folentin, perplejo, en el gabinete de su mujer, y sentándose junto á ella, que se estaba arreglando, le dijo:

—Querida mía, mis relaciones con Valentín Raynaud me preocupan mucho. Quisiera que fuesen más íntimas. Tengo importantísimas razones para procurar atraerme á ese amigo de tu familia, y me parece que estás un poco seca con él. Si quisieras serme agradable, procurarías

atraerle á nuestra casa, con un poco más de amabilidad...

Esta proposición hizo enrojecer á la joven que, irritada, fijó los ojos en su marido.

—Me parece que para dirigirme semejante petición has debido perder el juicio. ¿Voy á servirte para tus negocios? Si quieres traficar con el Sr. Raynaud, tienes un despacho adonde poder llevarle y engañarle... Mis salones no servirán nunca para ese género de trabajos.

—¿Engañarle!—exclamó Folentin.—¿Porqué no desbalijarle? Me halaga la opinión que mi modo de proceder en asuntos comerciales te merece. Según piensas, eres la mujer de un bandido. No tanto, ni es mi intención pedirte que viertas narcóticos en el te del Sr. Raynaud. No hago más que manifestar el deseo que siento de verle más á menudo en nuestra casa.

—¿Quieres que le invite? Pues bien, le invitaré.

—Bueno, pero que no parezca que desempeñas una comisión penosa. Hazlo con esa encantadora amabilidad que te distingue cuando haces las cosas con gusto...

—Seré amabilísima. ¿Quieres algo más?

—No. Con eso me doy por satisfecho.

—Menos mal.

Con verdadera alegría Rosa se se vió obligada á recibir á Valentín en la intimidad, y se apresuró á cumplir la promesa que á su marido ha-

bía hecho. Tropezó, sin embargo, con una tenaz resistencia por parte de Raynaud. Invitado con la delicada amabilidad pedida por Folentin, el ingeniero se había excusado, alegando pretextos fútiles. Parecía haber tomado la firme resolución de no ser comensal del marido de Rosa. Éste pudo observar la frialdad con que Raynaud acogía las tentativas de la Baronesa, de una ingerencia extranjera en las operaciones de Evans y Raynaud arraigaron más y más en su espíritu, y en vez de conformarse con este resultado, se empeñó en vencer. Rosa, sin embargo, escudándose con el deseo de su marido, había prodigado todo género de atenciones á Valentín, y al parecer, cuanto más amable se mostraba ella, menos reconocido se mostraba él. Entonces fué cuando la mujer de Folentin, cambiando de método, dejó de ocuparse de Raynaud para reanudar sus coqueterías con el marqués de Condottier.

III

Una mañana, al volver al hotel, Raynaud encontró una carta de Evans. Era la contestación á sus lamentaciones.

atraerle á nuestra casa, con un poco más de amabilidad...

Esta proposición hizo enrojecer á la joven que, irritada, fijó los ojos en su marido.

—Me parece que para dirigirme semejante petición has debido perder el juicio. ¿Voy á servirte para tus negocios? Si quieres traficar con el Sr. Raynaud, tienes un despacho adonde poder llevarle y engañarle... Mis salones no servirán nunca para ese género de trabajos.

—¿Engañarle!—exclamó Folentin.—¿Porqué no desbalijarle? Me halaga la opinión que mi modo de proceder en asuntos comerciales te merece. Según piensas, eres la mujer de un bandido. No tanto, ni es mi intención pedirte que viertas narcóticos en el te del Sr. Raynaud. No hago más que manifestar el deseo que siento de verle más á menudo en nuestra casa.

—¿Quieres que le invite? Pues bien, le invitaré.

—Bueno, pero que no parezca que desempeñas una comisión penosa. Hazlo con esa encantadora amabilidad que te distingue cuando haces las cosas con gusto...

—Seré amabilísima. ¿Quieres algo más?

—No. Con eso me doy por satisfecho.

—Menos mal.

Con verdadera alegría Rosa se se vió obligada á recibir á Valentín en la intimidad, y se apresuró á cumplir la promesa que á su marido ha-

bía hecho. Tropezó, sin embargo, con una tenaz resistencia por parte de Raynaud. Invitado con la delicada amabilidad pedida por Folentin, el ingeniero se había excusado, alegando pretextos fútiles. Parecía haber tomado la firme resolución de no ser comensal del marido de Rosa. Éste pudo observar la frialdad con que Raynaud acogía las tentativas de la Baronesa, de una ingerencia extranjera en las operaciones de Evans y Raynaud arraigaron más y más en su espíritu, y en vez de conformarse con este resultado, se empeñó en vencer. Rosa, sin embargo, escudándose con el deseo de su marido, había prodigado todo género de atenciones á Valentín, y al parecer, cuanto más amable se mostraba ella, menos reconocido se mostraba él. Entonces fué cuando la mujer de Folentin, cambiando de método, dejó de ocuparse de Raynaud para reanudar sus coqueterías con el marqués de Condottier.

III

Una mañana, al volver al hotel, Raynaud encontró una carta de Evans. Era la contestación á sus lamentaciones.

«Mi querido Valentín: Todo cuanto refiere de su existencia en París me demuestra que se equivocó usted al dejarme y volver á su patria. Para arreglar nuestros negocios en Europa hubiéramos podido enviar á Sambeli, que habla todos los idiomas, y que habría sido un corresponsal admirable. Pero, sin atreverse á confesarlo, usted se moría por ver de nuevo á Rosa. Pues bien, la ha visto usted más hermosa y seductora que nunca, y lo que usted me cuenta hace que sienta grandes inquietudes por su tranquilidad. Una mujer que de semejante modo se manifiesta á un hombre, solo puede ser una redomada coqueta, á no ser que sea una enamorada sincera. Hasta que tenga una prueba de lo contrario, yo me inclino á creer que es una coqueta, y en este caso, ¡pobre Valentín! ¿Adónde va usted? Usted no puede adivinar lo que le reserva ese pequeño monstruo adornado, perfumado, ondulado y vestido de sedas y encajes, que jugará con su corazón inocente y lo destrozará con sus garras, solo para verle palpar ante sus ojos. ¿Cómo imaginar que esta Rosa pueda tener para usted ni la apariencia de un sentimiento afectuoso, pues solo de ella dependía el haberse convertido en su esposa, cuando vió que usted la amaba y le dejó marcharse? No, amigo mío; pierda usted toda esperanza de recobrar esa mujer. Es de las que conquistan, no de las que se dejan conquistar. El orgullo me

parece que es el móvil de todas sus acciones, y es mucho más terrible porque nada puede moderarlo ó hacerlo vacilar. Acuérdesse de lo que en Tampico le dije una noche mientras veíamos bailar unas gitanas al son de panderetas y mandolinas. Una de aquellas mujeres se había prendado bruscamente de usted, y entre las lascivas excentricidades de su *flamenguismo* le dirigía las más abrasadoras miradas y las sonrisas más excitantes. Usted no parecía fijarse en ella y fumaba distraidamente, cuando loca de despecho se lanzó hacia usted, poniéndole el cuchillo en la garganta. Pues bien; aquella morena mejicana, con su brutalidad, era mil veces menos peligrosa que Rosa con sus habilidosas restricciones y sus provocaciones disfrazadas. Cuando la joven francesa le obligó á que le dijese si usted opinaba que debía casarse con Folentin, era mucho más agresiva que la mujer del estilete al decirle: «ámame ó te hiero». Y todo cuanto explica de los manejos de su marido el banquero para hacerle caer en los lazos financieros que le tiende, me manifiestan claramente las tentativas de que usted es objeto. El Barón y la Baronesa están de acuerdo para meter mano en los negocios de Chiquito. Pero por esta vez no será, pues es asunto que no se relaciona con usted únicamente, y por mi parte estoy en guardia. Aquí todo marcha perfectamente. Nuestros ingenieros son de confianza, y conducen los negocios

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

de tal modo que mi presencia no es necesaria. Tomaré, pues, un buque que me lleve á Nueva Orleans, y desde allí, una vez que haya hablado con Simpson, que ofrece veinticinco millones de dollars por la extracción del cobre, me embarcaré con rumbo á Francia. Espere usted verme llegar tres semanas después que mi carta. Quiero descansar una temporada, y en ninguna parte mejor que á su lado puedo pasar estos vagares. Dios haga que no sean demasiado tristes. Querido compañero: una vez conseguí consolarle con las apasionadas aventuras del trabajo. ¿Estoy destinado á la dolorosa labor de compadecerle todavía? Tengo cuarenta años, Valentín, y durante mi agitada existencia he visto mucho. Pues bien, yo le juro que no hay en la tierra una sola mujer que merezca la pena. Yo se lo diré de viva voz y de modo más convincente. Entretanto, no se atormenta demasiado, y crea que si para asegurar su felicidad no hace falta más que dar millones, no habrá nada que me impida verle dichoso. Suyo de corazón, *Evans*»

La carta de Ralph animó á Valentín. Cuando vió á Folentin le dijo:

—No puedo ultimar nada con usted en ausencia de mi amigo Evans, pero éste llegará próximamente. Él mismo le dirá cuáles son sus intenciones.

—En verdad que me encanta la idea. Me alegro que se reuna con usted. Yo no sé tratar los

negocios á distancia, y estoy seguro de que en una hora de conversación nos entenderemos mejor que en tres meses de correspondencia. Anunciaré á mi mujer la llegada del Sr. Evans, y estará encantada haciéndole los honores de París.

La Baronesa pareció menos encantada de lo que había previsto Folentin.

—Te prevengo que tendrás que tratar con un hombre de mucho cuidado—dijo á su marido.—Ralph Evans, al que conocí en Beaumont en casa de mi padre, es un hombre muy frío que no se dejará alucinar por ti. Es hombre que te meterá en el bolsillo, créeme...

—¿Me juzgas tan tonto? Ten la seguridad de que no ha nacido todavía quien maneje á Folentin. Veremos lo que pensará ese famoso Evans cuando le tenga á solas en mi gabinete.

—¿Qué has alcanzado de Raynaud hasta ahora?

—Raynaud no es un hombre de negocios. Es un industrial que no sabe nada de combinaciones financieras. En cuanto se le saca de sus máquinas no es nadie. Pero Evans, es otra cosa. Es un manipulador de capitales, y cuando se lo explique comprenderá el modo de multiplicar sus fondos...

—Me parece que ha esperado á conocerte para saberlo.

—No lo sabe todo, y es seguro que ignora mi manera de proceder. Acoge á Evans como has recibido á Raynaud, y yo me encargo de lo demás.

—Muy bien. Continúo siendo el cebo de tu ratonera. No me sorprendería que los dos asociados se lo comiesen sin dejarse coger.

—Fíe en mí. Si consigo entrar en los negocios de América, te daré como comisión las más hermosas perlas que se puedan encontrar en París y Londres.

—¡Ah! Si me pagas—dijo Rosa sonriendo con desdén—, no podrás dudar de mi celo.

Por la noche encontró á Condottier en casa de Rothswoeiller, y ante los mismos ojos de Raynaud se mostró en extremo provocativa con el Marqués. Llegó á asombrar á la condesa Grodsko, que no pudo contenerse, y dijo en voz muy baja á su hermano:

—¿Qué le pasa esta noche? Pierde la cabeza. Aprovecha...

El Marqués, frío y sagaz, sacaba partido de sus ventajas, se imponía á la joven, hacía el vacío á su alrededor y la comprometía cuanto le era posible. Poco después la Baronesa cambió repentinamente. Abandonó el sitio en que Condottier la había bloqueado con un flirt decisivo, y pasando por delante de él se dirigió hacia Valentín que, apoyado en la pared, asistía con profunda tristeza á las excentricidades de la que amaba. Rosa cruzó el salón entre un preludio musical, llamó con un gesto imperioso de su abanico al ingeniero, y cogiéndole por un brazo lo llevó á un rincón, le obligó á sentarse á su lado y se puso á

hablar mientras ejecutaban un *andante* de Mozart. El Marqués no había vuelto de su asombro ni los asistentes de su sorpresa, cuando Rosa había entablado con Raynaud un animadísimo diálogo, más animado todavía que el sostenido por ella momentos antes con Condottier.

—Quisiera saber—dijo al antiguo empleado de su padre—, porqué huye usted de mí. Hace usted como si no me viese, y esto no es muy agradable, que digamos.

Valentín protestó:

—Estaba usted tan ocupada con Condottier...

—Haber venido á librarme de él.

—No sabía que eso fuera de su gusto.

Acaba de tener la demostración.

—Es usted una caprichosa.

—Si es en beneficio de usted, ¿porqué se queja?

Rosa le miró del modo que solía mirar y al que hacía tiempo Valentín no sabía resistir. Bajó la cabeza y dijo tristemente:

—¿Porqué se divierte usted atormentándome?

—¿Acaso es atormentar á las gentes ocuparse de ellas? Muchos de los que entran aquí saldrían al encuentro de semejantes tormentos, y yo no los consideraría muy dignos de lástima.

Cambiando de tono le dijo con afectuosa gravedad.

—¿Porqué está usted preocupado? ¿Acaso sufre usted?

—Yo no puedo sufrir. Nada ni nadie me importa.

—¿Se vuelve usted misántropo?

—Si no me hubiese resignado de antemano á todos los horrores de la humanidad, podría llegar á serlo.

—¿Tan horrible le parece el espectáculo?

Diciendo estas palabras abrió bruscamente el abanico de plumas negras y lo agitó apresuradamente. Valentín no podía apartar los ojos de aquellos hombros admirablemente torneados, medio envueltos entre los encajes.

No. El espectáculo que le ofrecía no podía parecerle horrible, y lo manifestaba con una admiración tan poco disfrazada, que la coqueta se echó á reír, cerró el abanico que hacía realzar su belleza que parecía ocultar, y golpeando suavemente con él la mano de Valentín le dijo:

—¿Parece que su amigo Ralph viene á reunirse con usted?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi marido. ¿Quién había de ser? Cree obtener brillantísimos resultados de una serie de negocios con ustedes... Yo creo que usted pensará antes que en mi marido en mi hermano. El barón de Rocher no tiene necesidad de usted para ganar dinero. El pobre Mauricio, en cambio, no tiene un céntimo. Papá es muy avaro con él, y si mamá y yo no cuidásemos de cuando en cuando de su bolsillo, el pobre pasaría muchos apuros.

—Respecto á la suerte de Mauricio, no me enternecerá usted diciéndome que vive á expensas suyas. Más dispuesto estaría á ayudarle si me dijese que había emprendido negocios difíciles..

—¿Meterse en negocios difíciles? ¡Vaya una cosa! Eso está al alcance de todo el mundo. Yo cuento con usted para que los haga excelentísimos. ¿Se negará usted á favorecer á mi hermano?

El tono con que hacía la petición, la expresión de su rostro, todo era tan acariciador y tan dulce, que Valentín se estremeció. Con voz alterada dijo:

—Usted sabe muy bien que, aunque no sea más que por su padre, no puedo dejar de ocuparme de Mauricio.

Rosa recobró su altivez:

—¡Ah! ¿Solo por deber lo hará usted? Verdaderamente no es usted como yo creía. ¿Ha sido en California ó en las orillas del Colorado donde ha adquirido semejante modo de ser? Quiere usted, con su brusquedad de hombre nuevo, parecer un campesino del Danubio. Le advierto que para permitirse cosa semejante es preciso ser mucho más rico de lo que es usted.

—Usted sabe que soy un antiguo obrero sin educación y sin trato de gentes —replicó con amargura.

—No se alabe usted de ello, que bien á la vista está.

—¿Se figura usted que me avergüenzo de eso? —dijo con rudeza.—Por lo mismo, las amabilidades con que me agobian me parecen más mentirosas y miserables. Demasiado sé que en el mundo en que usted vive solo puedo ser objeto de burla. Si no existiese el reflejo de los tesoros que he dejado en América, y sobre ello algo se exagera, ¿qué sería yo en este salón aristocrático en medio de tantos caballeros bien vestidos y bien peinados, que dicen tonterías y procuran arrastrar al mal á las mujeres que los escuchan? Usted misma ¿se tomaría la molestia de hablar conmigo, aun siendo para maltratarme cuando me atrevo á afirmar mi personalidad, después de haber tratado de suavizar con palabras dulces á fin de que me decida á crear rentas al malacabeza de su hermano? ¿Porqué molestarme con gentes que me pondrían en la puerta si no soñasen con apoderarse de lo mío? ¿Puedo hacer otra cosa que devolverles desprecio por desprecio? Si en el fondo de su conciencia se dicen: ¡qué humillación para nosotros es vernos obligados á tolerar á ese majadero! yo contesto: ¡qué disgusto para mí asistir á las expansiones de esos vanidosos! Jugamos el mismo juego, y créame: querer rebajarme por capricho después de haberme colocado en el pináculo por interés, es degradarse á sí mismo.

Durante este violento apóstrofe, Rosa le había mirado sonriendo. Movía la cabeza sin inte-

rrumpirle, y como si le diera razón oyéndole juzgar tan severamente á las gentes que formaban sus íntimas relaciones y á ella misma. Se hubiera jurado que le escuchaba con gran satisfacción, y cuando hubo terminado replicó alegremente:

—La verdad es que está usted malísimamente educado. A no ser que tenga una razón oculta para maltratar de ese modo á personas que le reciben con tanta cortesía, es inadmisibile que se entregue á semejantes libertades de lenguaje. ¿Tiene usted ese motivo? Si lo tiene, dígamelo usted. Tengo gran curiosidad por conocerlo.

Valentín estuvo á punto de decir:

—Sacrifico á todo el mundo porque lo ha preferido usted á mí. Los odio porque usted los quiere, y su cariño es lo que produce mi desesperación.

Conservó bastante imperio sobre sí mismo para contenerse, y con una risa afectada dijo:

—¡Oh! Eso sí que es propio de una mundana refinada. Quiere usted hacerme una reputación de originalidad, y en cuanto tengo la desgracia de pensar y de hablar de modo diferente que esos lindos muñecos, que sus compañeros me acusa de ser un salvaje. Volveré entonces á mis tierras, á mi petróleo y á mis *dollars*.

Rosa le miró con profunda atención como para comprender lo que sus palabras encerraban, y le dijo con mucha gravedad:

—Valentín, hace usted mal jugando á ese juego conmigo. Haría usted mejor tratándome como á una amiga, como me trataba en otro tiempo, y acordándose que he crecido á su lado y que en las circunstancias más graves de mi existencia á usted fué á quien pedí consejo. Tal vez en este momento necesite de un consejero, y si usted fuese franco conmigo, yo confiaría en usted. ¿No ve usted nada de lo que pasa á nuestro alrededor?

Pronunciando estas últimas palabras se había emocionado, y su mirada se fijó en el marqués de Condottier, que desde el otro extremo del salón la observaba con inquietud y descontento. Raynaud, palideciendo, exhaló un suspiro de angustia, y en voz muy baja contestó:

—Señora, tratándome de ese modo me concede usted demasiado honor. Con todo, de nuestra juventud no quedan más que recuerdos. Es usted la esposa del barón Folentín y no debo intervenir en modo alguno en su existencia. Por lo demás, usted tiene un espíritu lo bastante decidido y clarividente para verse en la necesidad de consultarme. Permita usted que me recuse. En cualquier otra circunstancia crea que me tendrá siempre á sus órdenes como á su más humilde servidor.

Se inclinó ante ella, bajó los ojos y se retiró. Valentín oyó que decía en voz alta:

—Bueno. Usted lo habrá querido.

Cuando llegó al otro extremo del salón, junto á la puerta de salida, y se volvió, vió á Rosa que reía con el marqués de Condottier. A partir de ese día, la actitud de Rosa con Valentín varió completamente. Dejó de buscarle, y parecía que le era totalmente indiferente, al tiempo que redoblaba su amabilidad con Condottier, hasta el extremo de llegar á la provocación cuando se encontraba frente á Valentín, se podía adivinar cierta hostilidad. Cuando Raynaud la veía de este modo, recordaba las palabras que habían puesto fin á su última conversación. Con profundísima amargura pensaba que Rosa solo había intervenido en su vida para llenarla de preocupaciones. ¿Qué significaban los bruscos cambios que llevaban á la joven del extremo de rigor á la excesiva benevolencia? ¿Era admisible haber oído decir: «sea usted mi confidente ó me lanzo en brazos de un amante?»

¿Convertirse en su confidente y consejero! ¿Podía pedirse nada más tentador ni que al mismo tiempo fuese más peligroso? Queriendo á Rosa con toda su alma, ¿podía vivir con ella en afectuosa intimidad sin sufrir cruelmente? Era demasiado juicioso y veía las cosas con demasiada claridad para no comprender que era el hombre más desgraciado. Callando, sufría una tortura inmensa. Hablando, ó se exponía á que con rudeza se le obligase á callar, ó bien, y esto le parecía más peligroso, se exponía á que Rosa

quisiese escucharle. Sentía por ella una ternura tan extraordinaria y tan pura, que toda debilidad de la joven, aun siendo en provecho suyo, hubiera sido para él causa de gran desesperación. Y á pesar de que tenía tantos motivos para alejarse de ella, evitándose la tortura de verla afrontar el qué dirán y provocar la calumnia, la seguía con los ojos, con el pensamiento, con el alma.

Un día que se encontraba en el gabinete de Folentin, y que la casualidad mezcló el nombre de la Baronesa en la conversación, Raynaud no pudo contenerse é hizo una alusión á la verbosidad de la joven. Folentin en seguida se deshizo en recriminaciones.

—Le aseguro, mi querido señor Raynaud—dijo—, que no sé qué hacer para contentarla. Nada la complace y todo la aburre. La vida es imposible para ella. Usted sabe que no soy un marido exigente. Dejo á mi mujer absolutamente dueña de sus acciones, y solo intervengo en su vida para satisfacer sus deseos. Pues bien, á pesar de mi buena voluntad, no consigo hacerla agradable. O está triste y de mal humor, ó demasiado expresiva. Se halla constantemente á merced de sus nervios, y usted sabe que eso es muy malo. Yo estoy disgustado, pues temo que se ponga enferma. He hablado de esto á mi médico, que moviendo la cabeza ha nombrado la neurastenia. Es lo que replican siempre los se-

ñores médicos, cuando no saben por dónde salir. La contestación es vaga, elástica y cómoda. Pero, ¿cómo curar esa enfermedad? Respecto á esto, todos tienen un sistema distinto, y que siempre produce el mismo resultado negativo. He consultado á mi suegra. Me ha dicho que su hija es tonta. No han estado nunca de acuerdo. Mi suegro me ha echado la culpa, diciéndome que tuviéramos hijos. ¡Vaya una salida! Yo le he dicho que le hablase de esto á su hija. ¡Un hijo! ¡Sería bien recibido! En medio de las fiestas y de las ocupaciones que devoran la vida, no hay tiempo para tenerlos. Sin embargo, puede que tenga razón. Si yo tuviese un poco de resolución me iría con mi mujer á Blois, y estaría un año encerrado con ella en Rocher. Con el teléfono y el ferrocarril yo saldría adelante y tal vez Rosa ganaría mucho. Pero, ¿se conformaría?

—Pregúnteselo usted, y entonces sabrá á qué atenerse.

—Creo que se reiría de mí, y si lo contase á sus amigos, me pondría en ridículo.

—¿Y qué le importa á usted?

—Habla usted como hablaría un hombre recién llegado de las pampas. Es mil veces preferible ser odioso que ridículo.

Valentin no replicó. Fijó con tristeza los ojos en aquel hombre que con un acto de franqueza y energía podía asegurar la salvación de su mujer, y que por motivos de pueril vanidad se lo

prohibía á sí mismo. Temía que se burlasen de él, y prefería mostrarse indiferente y llegar tal vez á la culpabilidad. ¿Cuál podía ser el destino de la pobre Rosa, viviendo entre un fantoche imbecil y el perverso Condottier? ¿Cómo se libraría de los peligros que le creaban la tontería del uno y la doblez del otro? En el fondo de su alma y de su conciencia, Raynaud encontraba circunstancias que atenuaban la conducta de la joven. La compadeció sinceramente, y se preguntó si era digno y honrado que cuando sus protectores naturales, padre, madre y marido, la abandonaban, él no le prestase auxilio. Se le había acercado buscando un enérgico sostén, y si la rechazaba ¿no contribuiría á su perdición? Tomó la resolución de vigilarla y de defenderla, si esto era posible, aun á riesgo de su propia tranquilidad. Decidió sacrificarle su reposo, y sin miras interesadas, sin segunda intención, sin querer especular con el agradecimiento que por su abnegación le debería. Folentin, asombrado por un tan largo silencio, golpeó la mesa con la plegadera.

—Parece que esto le preocupa á usted, señor Raynaud—dijo—, y en verdad que hay porqué. Si se encuentra en el caso, como sucederá, de sufrir las obsesiones de gentes bien intencionadas que querrán casarle, no elija por esposa á una mujer del gran mundo. Elija usted una joven modesta y sencilla. Las mujeres que atraen todas las miradas por su brillo, esplendor, encan-

to y belleza, son exquisitas en sociedad; pero íntimamente son insoportables. No tome usted mujer para los otros, tómela para usted.

—Mucho le agradezco sus consejos—respondió Valentín—; pero tengo tomada la firme resolución de no casarme nunca.

—¿Y apenas tiene usted treinta años? ¿Decepción amorosa? Ahora me explico el viaje á América. ¡Demontre! Fué una decepción que le ha valido una fortuna. Sin el desengaño no hubiera ido usted á Chiquito, y habría pasado cerca de los millones...

—No lo hubiera sentido.

—¿No le interesa un negocio tan hermoso?

—Sí, en cuanto á la organización industrial; nada absolutamente, en cuanto al resultado financiero.

—¡Cuán distintos son nuestros caracteres! Yo me hubiera apasionado por las especulaciones de que habrían sido punto de partida esa empresa. Hubiera querido sacar todo lo que de productos explotables poseía, y multiplicar su valor con la emisión de acciones. ¡Qué sensación tan deliciosa la de trabajar un negocio, trituirlo, ensancharlo, hincharlo como un globo gigantesco y lanzarlo entonces al espacio, y verlo vagar en el aire, colosal, ¡inmenso! y poder pensar entonces: todos cuantos con la cabeza levantada lo miran, dicen: el promovedor de esa obra gigantesca es Folentin. He ahí una satisfacción

de amor propio; no conozco satisfacción más viva ni más completa.

Valentín sonrió.

—Con efecto, no vemos las cosas desde el mismo punto de vista. Mi única satisfacción consiste en organizar, en asegurar una marcha regular, mecánica, automática, por decirlo así, á una empresa, y á conseguir el resultado industrial más grande é intenso que se pueda. Una vez realizado esto, partiría gustoso los beneficios con los colaboradores, capataces y obreros que me hubiesen ayudado á realizarla.

—Pero, querido amigo—exclamó Folentin—, usted es un estropeanegocios, y además un socialista abominable. ¡Cómo! Partir los beneficios, dar el producto de su ingenio y de su inteligencia á los que solo contribuyen con la fuerza bruta... ¿Atribuye usted á los brazos y á las piernas un valor igual al del cerebro?

—Hombre, sí; me preocupa mucho esta cuestión, y á Evans le sucede lo mismo.

—Ustedes—dijo Folentin desolado—son los que pervierten la conciencia humana derogando los principios sociales establecidos y dan á la clase obrera unas esperanzas que nunca podrá realizar. Se complacen imaginando esas fantasías económicas y creen que es justo que el mundo capitalista se quebrante por las locuras que ustedes hacen germinar en el oscuro cerebro de los trabajadores. Permítame que le diga que

todo eso es quimérico, y que obrar como ustedes piensan sería la mayor de las locuras. Abriendo la llave á los apetitos de la plebe se arriesga usted á provocar una inundación en la sociedad. Ni ustedes podrán contener la avalancha ni nosotros tampoco. Todo se compromete y se pierde, por culpa de filántropos atrevidos que con el pretexto de mejorar la suerte de la humanidad serán ocasión de protesta y de rebeldía.

—Cálmese usted, señor Barón—dijo gravemente Raynaud.—Solo pensamos así en América. En Francia tendrán ustedes tiempo para prepararse.

—Vea usted, amigo mío; yo creo que lo mejor sería crear un sindicato con cinco banqueros que conozco y hacer una emisión de acciones. Esta solución sería la más ventajosa para todos.

—Ya hablará usted de esto con Evans.

—¿Viene á París para mucho tiempo?

—Creo que fijará aquí su residencia, pues me ha encargado que busque casa.

—¿Qué desea? ¿Un hotel? ¿Barrio nuevo? ¿Algo muy moderno?

—No; casa antigua con jardín y barrio tranquilo.

—¿En el barrio San Germán? A propósito: Condotier quiere vender su hotel, y para él podría ser un buen negocio.

Raynaud frunció el entrecejo.

—El Marqués no le es simpático, ¿verdad? Lo

comprendo: es todo lo contrario que usted. Un buen muchacho... algo ligero. Necesita dinero, y sería prestarle un servicio...

—No tengo ningún motivo para oponerme á esta negociación. Antes, al contrario, me prestaré á ella con mucho gusto.

—Enhorabuena. Si usted quiere le hablaré de ello...

—Como guste.

Raynaud se separó de Folentin y no volvió á acordarse de la proposición que éste le había hecho; pero tres días más tarde, pasando por los Campos Eliseos, se cruzó con el marqués de Condottier, que bajaba la avenida guiando su faetón. El joven hizo dar la vuelta á los caballos, colocó el coche junto á la acera, y entregando las riendas al cochero se apeó. Valentín se había detenido. El Marqués se dirigió á él tendiéndole la mano, con la sonrisa en los labios, y con su acostumbrada amabilidad le dijo:

—¿No le molesto á usted? ¿Tiene prisa?

—No, me iba á casa...

—Entonces hablemos. Folentin me ha participado el propósito del señor Evans de instalarse en París y de comprar una casa en un barrio tranquilo. Precisamente tengo un hotel en el que vivo solo desde que mi hermana la condesa Grodsko se ha instalado en la calle Tilsitt. Esa antiquísima morada es demasiado grande para mí. Si he de ser franco, me aburro en ella, y

preferiría vivir cerca del Bosque de Bolonia.

—¿No tiene usted en el hotel colecciones artísticas muy importantes?

—Tengo aún algunos cuadros y muebles muy hermosos. Hace dos años vendí una buena parte de cosas del siglo XVIII. Si los cuadros y muebles convinieran al señor Evans, se los cedería con el hotel. Hay algunos tapices que fueron regalados por el Regente al mariscal Condottier. Son de un gran valor, y en venta pública alcanzarían precios muy altos, pero sería una lástima sacarlos de allí.

—Perfectamente. Al mismo tiempo que el hotel veremos los muebles... Rogaré al barón Folentin que me acompañe.

—No entiende una jota—dijo Condottier.—Si fuese la Baronesa sería otra cosa.

Hablaban al tiempo que por la acera se dirigían al Arco de Triunfo.

—¿Tiene usted grandes pretensiones?—preguntó Valentín.

—Lo dejaría todo en dos millones quinientos mil francos.

—¿Es mucho más de lo que vale?—preguntó friamente el ingeniero.

—¡Qué!—replicó sobresaltado el Marqués.—

¿Me toma usted por un mercachifle?

—No. Tratando con un mercachifle no sería tan caro.

Condottier se echó á reir:

—Vamos, á ustedes los hombres de negocios hay que tomarlos como son.

—Exactamente del mismo modo que nosotros tomamos á los hombres de mundo.

—Nos creen más maleados de lo que estamos; pero hablemos francamente. ¿Cree usted que para un americano no vale un suplemento en el precio instalarse en el hotel Condottier, con muebles en los que se sentó Felipe de Orleans y mirarse en espejos que reflejaron los rostros de las señoras de Falaris y Parabere? Señor Raynaud, hay que pagar el origen, la elección y el gusto. No es lo mismo hospedarse en un antiguo hotel patrimonial del barrio de San Germán que en una fonda de Cincinnati.

—Señor Marqués, cuando se tiene con que pagar el hotel patrimonial y los muebles históricos, se instala uno á su antojo. Todo es cuestión de dinero en un país en donde todo se compra porque todo se vende.

Condottier miró á Raynaud, asombrado ante la rudeza de su réplica, y haciendo un gesto displicente dijo sonriendo:

—Entonces, señor mío, es preciso pagar sin regateos.

Saludando al ingeniero añadió:

—Estoy á su disposición para visitar el hotel cuando quiera. Bastará con que me avisen la víspera, pero quisiera que la baronesa de Rocher le acompañase.

Hizo seña al cochero para que se detuviera, y subiendo al pescante se alejó al acompasado trotar de los caballos. Raynaud, emocionado, le vió alejarse elegante y displicente. Pensó que aquel hombre era mucho más dueño de sí mismo que él. «He estado agresivo, grosero, casi insolente y no se ha dado por enterado. En esto es superior. ¡Cuántos progresos tengo que hacer para no pasar por un rústico sin educación!»

Tuvo un momento de verdadero furor. ¿Es preciso parecerse á ese majadero, á ese frívolo, para agradar á Rosa? Sí, esa es la especie de hombres que cautivan su atención. Pero no, prefiero que ella me desdeñe á tener que parecerme á ese fatuo imbécil.

La misma noche, en la ópera, durante la representación de *El Extranjero*, y en el momento en que la admirable Breval, con su voz potente, cantaba la frase de la Mar, Condottier entraba en el palco de Folentin. Estrechó la mano al Barón, se inclinó ante Rosa, que con el abanico indicóle un sitio á su lado, y sin guardar la menor consideración á los vecinos, á ratos alto, y otras veces bajo, se puso á hablar con sus amigos.

—Esta tarde—les dijo— he encontrado al señor Raynaud. Próximamente irá á ver mi casa. Decididamente ese estimable representante del proletariado es un tipo foso.

—Puede serlo—gruñó Folentin.— Tiene millones.

—Querido—dijo Rosa—, razones como un cochero de plaza. La fortuna solo se hace tolerable á pura cortesía. Un hombre rico que desconozca la amabilidad es la perfecta encarnación de la grosería. Con todo, yo creo que el Marqués, al juzgar á Raynaud, se equivoca.

—Querida, no dé usted importancia á mis palabras. Sé que el personaje en cuestión tiene la fortuna de ser uno de sus predilectos.

—También acierta usted. Casi estamos enfadados.

—¿Desde cuándo?—preguntó Folentin con inquietud.

—Desde la última vez que hablamos.

—Querida, te había rogado que fueses pródiga en atenciones con el señor Raynaud, y ya veo cómo interpretas mis deseos. Por fortuna estamos de perfecto acuerdo.

—Es muy cierto—dijo Rosa sonriendo irónicamente; y volviéndose hacia Condottier añadió.—¿Va á comprarle sus chirimboles? ¿Tiene usted todavía algo que se pueda presentar?

—¡Cómo! Tengo aún cosas de inestimable valor. Si hubiese venido á mi casa se las hubiera enseñado...

Lo que tiene usted es muy poca vergüenza al decirme esto delante de mi marido.

—¿Cree usted que le importa? Folentin está muy tranquilo...

—Sí, muy tranquilo—dijo el banquero.—Pue-

des ir á casa de Condottier, bien con Raynaud, bien sola si lo prefieres. Tendrás que subir menos escaleras que si fueses á casa de la Condesa.

—Pero...

Rosa se contuvo. Estaba dispuesta á decir: «Pero la condesa Grodsko ya no vive en el hotel Condottier, y hace un mes que se ha instalado en la calle Tilsitt». Una mirada del Marqués le hizo cerrar la boca; y aunque primero enrojeció por haberse interrumpido, no quiso continuar su explicación para que no pareciese que tomaba demasiadas precauciones contra Condottier. El acto terminaba, y Folentin salió dejando á su mujer sola con su amigo.

—He ahí Folentin, que se va al escenario—dijo burlonamente el Marqués.

—Si le divierte, hace muy bien—replicó Rosa con frialdad.

—Y á usted ¿no le molesta?

—¿Qué me importa? ¿Sigue todavía con esa linda morena que baila con Zambelli en *Mala-detta*?

—Sí, la encantadora Giulietta Ferico... Es lo mejor que en este momento tenemos en el cuerpo de baile. Veinte años, garganta alabastrina, ojos azules y mucho arte para utilizarlos...

—No sé porqué me figuro que engaña al Barón.

—No tanto como merece. La justicia inmanente cuenta con usted para esto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Insolente!

—Veamos. Yo creo que usted no se figura que el desquite natural que Folentin debe á la sociedad por ser el dueño y señor de la mujer más encantadora de París esté tomada porque la linda Ferico ande en amoríos con el joven Croix-Dieu...

—¡Ah! ¿Es Croix-Dieu?

—Por el momento...

—¿Solo?...

—Sí, esta bailarina quiere conducirse como una mujer de mundo, y no tiene más que un amante...

—También tiene suerte mi marido. Todo le sale bien...

—Usted no hace nada para que sea así.

—No tiene usted la culpa.

—Y usted que lo diga.

Hablando de este modo, el Marqués se acercó cuanto pudo á la joven:

—Vamos, Rosa—le dijo—; hablemos con formalidad. Ya es tiempo de que se apiade usted de mí. Hace tres años que estoy con el alma en un hilo.

—¿No tiene miedo de que se rompa?

—No le falta mucho; pero, entretanto, ¿qué hace usted de su juventud y de su belleza? Usted sabe que Folentin la hizo su esposa solo por vanidad. Solo siente por usted una ternura legal y un afecto registrado por el notario. ¿Se conforma usted con esto?

—Sí, señor.

—Pero, ¿y yo?

—Usted, ¿tiene algo que reclamar? Soy amable, complaciente y muy expansiva. Le distingo entre todos mis amigos, y supongo que no querrá usted que, ya que la bailarina de mi marido se conduce como una mujer de mundo, yo me conduzca como una bailarina.

—Con ese traje estaría usted admirablemente.

—¿Usted qué sabe!...

—La conozco muy bien, y además se descota usted lo bastante para que pueda afirmarlo.

—No consiste todo en el descote.

—El otro día, al bajar del *Drag* de Thieblin, enseñó usted las piernas hasta las ligas. ¡Qué lindas son!

—¿Mis ligas?

—No, sus piernas.

—Señor Condottier, es usted insoportable.

—No quiero que se me soporte. Quiero dejarme ir sin nada que me retenga, sin freno, y decirle horrores que la predispongan á la lujuria.

—Es usted un animal—dijo la Baronesa riendo.

—Sí, soy un animal. Lo siento, lo sé, y no enrojeczco porque es á causa de usted. Escúcheme cinco minutos, y verá cuánto la quiero. Todas las tonterías que digo, sirven para ocultar mi verdadera emoción. No puedo acercarme á usted sin que el deseo me haga temblar. Usted es la única mujer que he adorado. Su imagen llena

por completo mi corazón y arroja de él todos los recuerdos agradables. Reina usted en él, y sufro lo indecible queriéndola tan apasionadamente y sin poder conseguirla.

La joven se volvió un poco y fijó una mirada en quien tan tiernamente le hablaba y tan sincero parecía. Sonrió, y dijo con dulzura:

—Le doy mi palabra de que cualquiera creería que piensa usted lo que dice.

—Sí, lo pienso, y usted no puede dudarle. Vamos, Rosa; sea buena para mí y no me haga sufrir más tiempo. ¿Qué es lo que espera? Su marido la desdena y le hace traición, pero eso no supone nada, porque es la costumbre. ¿Qué compensación piensa usted obtener en la vida? Debe estar ya fatigada de triunfos mundanos. Se da usted perfecta cuenta de que para nada sirven. Además, ¿para qué siempre las mismas luchas de elegancia y de belleza? ¿Para qué siempre las mismas victorias sin seguridad y sin reposo? Dar continuamente vueltas alrededor del mismo círculo de fiestas y placeres, como caballo amaestrado en un circo, al ruido de charangas y de aplausos, para volver luego a la obscuridad y al silencio. Cuartos de hora de satisfacción y días enteros de laxitud y de aislamiento. He ahí en lo que usted emplea la juventud y yo la mía. ¿No quiere usted que las unamos una a otra, para formar con ellas un afecto verdadero, seguro, que ocupará todos los momentos? Sería tan dulce una

felicidad oculta, misteriosa, en la que pondríamos nuestros corazones y nuestras inteligencias, y que nos permitiría esperar serenamente el porvenir y sus decepciones. No es una unión pasajera lo que le propongo: mi fidelidad pasada es una garantía segura de mi constancia futura. Acabaremos juntos nuestra juventud, y cuando nos abandone la sed de placer nos quedará un afecto sincero y una mutua confianza que vendrá a ocupar por completo nuestra vida. ¿Qué le parece á usted?

El elegante Condottier, en aquel momento, que consideraba decisivo, no pedía mostrarse más seductor. Nunca se había expresado con tanto fuego. En el alma triste y dolorida de Rosa sus palabras sonaron como música de esperanza. La joven tuvo la ilusión de que aquellas promesas que tan dulcemente se le hacían podían llegar á realizarse. Con cierta complacencia oyó aquellas palabras. El Marqués lo comprendió así, y comprendió también que el momento era oportuno, y que tal vez en mucho tiempo no volvería á tener ocasión semejante. Por esto redobló su esfuerzo:

—Yo quisiera convencerla de que la engañan, y de que se engaña á sí misma rechazando los goces que la vida le ofrece. ¡Cuántos pesares se le preparan y cuánto maldecirá más tarde su obstinación. El momento de ser dichosos es fugitivo. ¿Se sabe lo que nos reserva el mañana? ¿Hay

algo como envejecer sola, sin un amigo fiel y con el corazón vacío y seco? ¿Quién le agradecerá su resistencia? Habrá ocasionado usted el más cruel de los sufrimientos sin alcanzar ningún beneficio para sí misma. Su marido ¿lo sabrá acaso? Y si lo llega á saber ¿no encontrará inmolación natural? Tal vez se reirá.

Condottier calló. Con sorpresa profunda acababa de notar que Rosa no le escuchaba. Una sola frase había bastado para romper el acuerdo que entre la joven y él se había iniciado. El había dicho: «¿Quién le agradecerá su resistencia?» Y bruscamente el grave y pensativo rostro de Raynaud se había presentado ante los ojos de Rosa. ¿Iba á exponerse á tener que enrojecer delante de él? ¿Qué le importaba que Folentin no supiese apreciar la rigidez de sus principios? ¿Se preocupaba acaso de su opinión? ¿Por quién combinaba desde hacía algunas semanas todos los actos de su vida? ¿Quién ejercía tan decisiva influencia en su pensamiento? ¿Por quién tenía empeño en sustraerse á toda debilidad? En un instante se repuso. Escuchar las frases de amor que Condottier le dirigía era empezar á resbalar por la pendiente del mal, y no quería que esto sucediese. Pareció que despertaba de un sueño, y mirando fríamente á Condottier le dijo:

—No me dirá usted que le he cortado la palabra. He dejado salir tranquilamente los torrentes de su elocuencia. Me ha cantado usted la roman-

za del amor con todas las filigranas y adornos que suele inspirar. Le he escuchado concienzudamente, y no me he turbado lo más mínimo. Aplaudo su verbosidad, celebro su oratoria, pero en cuanto á la emoción, mi querido señor, tendrá usted que volver otro día: hoy no está en casa, y si está no recibe.

El Marqués, temblando de rabia, volvió á encontrarse ante la Rosa burlona é insensible que le desesperaba desde hacía tanto tiempo, y que durante algunos minutos había creído llegar á convencer. Una oleada de sangre le subió al rostro y le cegó. Tuvo tentaciones de estrechar á la cruel mujer entre sus brazos, ante todo un público, y así comprometerla para siempre; pero un resto de prudencia le contuvo. Exhaló un suspiro, y mostrando á la joven su alterado rostro murmuró:

—No sabe usted lo que es piedad. ¿Qué debo hacer para que me crea?

—Pero si yo le creo. Está usted fuera de sí y su emoción no es fingida. No se palidece á voluntad; pero, francamente, esto no es una razón para que yo le conceda las cosas más que ligeras que me pide. Si fuese preciso olvidar los propios deberes cada vez que se trata con un hombre impresionable, no sería posible la existencia. Vamos, que rido amigo, reflexione. ¿Qué relación puede existir entre sus deseos y mis conveniencias personales? Con todo, creo que debo consultar mis

preferencias, y usted no querrá que yo abandone todo miramiento solo por serle agradable.

El Marqués, sin contestar, volvió la cabeza. Rosa se compadeció de él.

—Vamos, vamos—dijo.—¿Es la desesperación? ¿No le quedan fuerzas ni para quejarse? No me deje creer que está usted tan afligido. Le he hablado como acostumbro á hacerlo. Generalmente no se enfada usted.

El movió la cabeza y supo mostrar unos ojos llenos de lágrimas. Rosa le tendió la mano diciéndole:

—No quiero que se apesadumbre usted. Sería absurdo. Usted me pide que deje de ser mujer honrada y yo no quiero. Sería una querida detestable y soy una amiga excelentísima. Conténtese con mi amistad, que se la otorgo sincera y sin ninguna reserva.

El Marqués tomó la mano que se le ofrecía, se la llevó á los labios con arranque apasionado, y levantándose y saludando á la joven salió sin decir una palabra. En el antepalco se encontró con Folentin, que volvía muy alegre.

—¡Cómo, Marqués! ¿Se va usted cuando yo vuelvo?

—Querido, la Baronesa es demasiado dura para mí y prefiero irme.

—Amigo—dijo Folentin—; ¿á quién se lo dice usted? Estoy bien enterado.

Y sonriente, radiante, cerró la puerta del palco.

IV

La serenidad que la baronesa de Rocher había demostrado á Condottier no la predispuso á la indulgencia para Raynaud. Le demostró una indiferencia despreciativa, y como él pareciese no advertirla, llegó á ser agresiva y á dirigirle frases duras. Tampoco pareció darse por enterado, y la irritación de la joven llegó al mayor extremo, viéndole casi contento de que le tratase mal. Esta actitud, de la que no comprendía las altas y delicadas razones, llenó de turbación el espíritu de Rosa. ¿No se habría equivocado respecto á los sentimientos de Valentín, y el amor que ella creía que abrasaba su alma no habría sido más que una ilusión?

La pobre Rosa sentía gran descontento. Si no estaba enamorado, ¿qué debía pensar Raynaud del abandono que le había demostrado, y de sus confidencias algo más que amistosas? Llena de inquietud se preguntaba si era dueña de su pensamiento, y si en sus tonterías con Condottier, como en sus explicaciones con Raynaud, no desconocía el desorden de su espíritu. ¿Se habría roto el equilibrio de sus facultades, y estaría

preferencias, y usted no querrá que yo abandone todo miramiento solo por serle agradable.

El Marqués, sin contestar, volvió la cabeza. Rosa se compadeció de él.

—Vamos, vamos—dijo.—¿Es la desesperación? ¿No le quedan fuerzas ni para quejarse? No me deje creer que está usted tan afligido. Le he hablado como acostumbro á hacerlo. Generalmente no se enfada usted.

El movió la cabeza y supo mostrar unos ojos llenos de lágrimas. Rosa le tendió la mano diciéndole:

—No quiero que se apesadumbre usted. Sería absurdo. Usted me pide que deje de ser mujer honrada y yo no quiero. Sería una querida detestable y soy una amiga excelentísima. Conténtese con mi amistad, que se la otorgo sincera y sin ninguna reserva.

El Marqués tomó la mano que se le ofrecía, se la llevó á los labios con arranque apasionado, y levantándose y saludando á la joven salió sin decir una palabra. En el antepalco se encontró con Folentin, que volvía muy alegre.

—¡Cómo, Marqués! ¿Se va usted cuando yo vuelvo?

—Querido, la Baronesa es demasiado dura para mí y prefiero irme.

—Amigo—dijo Folentin—; ¿á quién se lo dice usted? Estoy bien enterado.

Y sonriente, radiante, cerró la puerta del palco.

IV

La serenidad que la baronesa de Rocher había demostrado á Condottier no la predispuso á la indulgencia para Raynaud. Le demostró una indiferencia despreciativa, y como él pareciese no advertirla, llegó á ser agresiva y á dirigirle frases duras. Tampoco pareció darse por enterado, y la irritación de la joven llegó al mayor extremo, viéndole casi contento de que le tratase mal. Esta actitud, de la que no comprendía las altas y delicadas razones, llenó de turbación el espíritu de Rosa. ¿No se habría equivocado respecto á los sentimientos de Valentín, y el amor que ella creía que abrasaba su alma no habría sido más que una ilusión?

La pobre Rosa sentía gran descontento. Si no estaba enamorado, ¿qué debía pensar Raynaud del abandono que le había demostrado, y de sus confidencias algo más que amistosas? Llena de inquietud se preguntaba si era dueña de su pensamiento, y si en sus tonterías con Condottier, como en sus explicaciones con Raynaud, no desconocía el desorden de su espíritu. ¿Se habría roto el equilibrio de sus facultades, y estaría

condenada á obrar según la impulsión de sus sentimientos inmediatos? Se sentía menos segura de sí misma, y el orgullo que fundaba en la rectitud de su voluntad sufría al verse debilitado por la duda. El estado moral en que se encontró durante algunos días fué verdaderamente miserable. Se encerró en su casa, no quiso ver á nadie; dijo que estaba enferma, y permaneció á media luz, con las cortinas corridas, meditando sobre su situación. Le pareció que era absurda, y desesperó de que mejorase; lo que más atormentó á ese espíritu atrevido y resuelto fué pensar que el porvenir no sería mejor que el presente. El camino que su destino le había obligado á emprender no consentía ningún reposo ni el menor recogimiento. Sus compañeros eternos habían de ser la frivolidad y la indiferencia. Ni un solo amigo sincero entre sus camaradas de placer ni entre sus compañeros de fiestas. Se preguntaba que, si estuviese enferma, imposibilitada para moverse, con quién podría contar para cuidarla y hacerle compañía. Fuera de su madre, de carácter frío y seco, de su padre, siempre ocupado, y de su marido, acaparado por la vida elegante y los negocios, ¿quién se interesaría por ella? Buscó inútilmente en su imaginación; no encontró nadie. Todas sus relaciones eran artificiales y tenían por base el cambio de muestras de cortesía y de distracciones. Ausencia total de ternura, de calor, de

firmeza y de abnegación. Su padrino tal vez le demostraría un poco de afecto, cumpliría sus encargos y pasaría gustoso una hora á su lado, entre la visita á la exposición del día y la partida de *bridge* en el Círculo. Eso era todo.

Sintió el irremediable aislamiento que había formado á su alrededor una vida ficticia y falsa como la decoración de un escenario. Un abatimiento profundo se apoderó de ella. En aquel momento de angustia, si Condottier se hubiese presentado á requerirla con sus frases cálidas y sus promesas insidiosas, sin duda que habría triunfado.

Se encontraba aún bajo la impresión de sus burlas y de su indiferencia. La trataba de coqueta, y sin desmenuzar lo que había de desesperación real y efectiva en ese corazón que luchaba contra las tentaciones perversas, solo pensaba en vengarse del último agravio que Rosa le había inferido. De nuevo acariciaba sus antiguos proyectos. Quería apoderarse de Rosa, doblegarla según su capricho y seguir con ella ó abandonarla después, según encontrase mayor satisfacción en amarla ó desesperarla.

Le juraba que en todo caso había de ser su víctima, y devorado por el rencor buscaba una ocasión que fatalmente tenía que llegar. Un lazo sencillo para hacer caer á la insolente, y tenerla luego á su merced. Entonces le pagaría en un instante todas las humillaciones que le

había hecho sufrir. Primero pensó recurrir á su hermana y preparar una entrevista con la Baronesa en la calle Tilsitt. Pero tal cosa era demasiado arriesgada; comprometía á la condesa Grodsko y daba á su venganza la apariencia de una encerrona. Todavía no llegaba á semejante extremo, y una deslealtad repugnaba á su orgullo. Su conversación con Raynaud le había sugerido un plan, que no consistía más que en atraer á Rosa á su casa con el pretexto de visitar el hotel en compañía del amigo de Evans. Pero era preciso encontrar la ocasión oportuna, y su proyecto consistía en que Raynaud citase á Rosa y arreglarse luego para que no se encontrase con la joven. Así se ponía á cubierto, y al parecer no haría más que aprovecharse de una casualidad. Con todo, el arreglo de esta combinación no se presentaba, y esperaba una circunstancia favorable con la indiferencia de un gato que acecha á un ratón.

Sin que su hermano le hubiese dicho una palabra, la condesa Grodsko intervino en la intriga que el Marqués preparaba con tanta anticipación.

Una noche llegó á casa de Rosa, acompañada por vez primera de su marido, que pasaba por París procedente de Vichy y de regreso á sus bosques de Styrie. El magiar no estaba conforme con el retrato que la baronesa de Folentin había hecho de él. No era ni alto, ni fuerte, ni

bigotudo. Tenía el aspecto de un profesor de Universidad alemana, usaba poca barba, la tez pálida, ojos azules y usaba gafas. Folentin, al que su mujer había llamado por teléfono, pues sabía el interés que el banquero tenía por entrar en relaciones con los extranjeros ricos, habló media hora con el Conde y se asombró de la extensión de sus conocimientos. Agronomía, Música, explotación de minas, Pintura, Sociología, caza, de todo hablaba con gran competencia y claridad, con lenguaje correcto aunque con acento alemán muy marcado. Entretanto, y en un círculo de señoras, la Condesa decía:

—Es probable que vendamos el hotel del *faubourg* Saint-Germain. El Conde lo ha visitado con el embajador de Hungría, que quiere instalarse de nuevo. En cuanto su Excelencia escriba á Pesth y reciba las instrucciones, se tratará el negocio.

—Bueno—dijo Rosa.—¿Y el señor Evans?

—¿Quién es el señor Evans?—preguntó la Condesa.

—El asociado de Valentín Raynaud, por quien mi marido había hablado con su hermano...

—Querida mía, no tenía noticias de ese proyecto. Si es real, el señor Raynaud hará bien decidiéndose pronto, porque la concurrencia es seria. Naturalmente que el primero que se decida será quien tenga más probabilidades...

—Es preciso decirselo al Barón. Usted sabe la

importancia que da á todas las combinaciones. Es el eje del mundo, todo da vueltas á su alrededor.

—Pues bien, espere.

La Condesa se levantó, y fué á cortar una conversación iniciada por Folentin, referente á la navegación por el Danubio desde el punto de vista de la explotación de los bosques de Styrie, diciendo á su marido:

—Querido, habla á Folentin del proyecto de compra del hotel Condottier por la embajada.

—¿Qué?—dijo el banquero.—¿Qué embajada?

—¿Cuál ha de ser? La nuestra. Nosotros no nos ocupamos de las de Inglaterra ó España que están perfectamente instaladas.

—¡Ah! Pero vayamos despacio. Ustedes me permitirán que hable de ese negocio al Marqués. Tenemos un proyecto que está ya muy adelantado. Se trata de un americano al que podrán vender el hotel mucho más caro ..

—Bueno, le daremos tiempo bastante para reflexionar. En París se encontrarán otras casas en venta, y si es preciso las buscaremos... Vea usted—replicó continuando la demostración que hacía á Folentin—; la dificultad consiste en llegar al río. Una vez allí, todo es fácil. La madera llega hasta Rontchonck, en donde hay carpinteros... Los árboles pequeños se utilizan para traviesas de ferrocarril y los grandes para la construcción de casas. Miles de hectáreas de bosques

improductivos podrían ser explotados con beneficios inmensos... Pero sería preciso un ferrocarril que fuera desde las montañas al río.

—Se hace al Gobierno que lo establezca.

—No serviría á nadie más que á nosotros. Excepción hecha de la madera, no hay tráfico ninguno.

—Usted no lo sabe—exclamó Folentin con entusiasmo.—¿Conoce usted el subsuelo de sus montañas? ¿No contienen ni plata, ni estaño, ni hierro, ni hulla? Sería asombroso. Los Cárpatos están llenos de riquezas minerales inexploradas. ¿Porqué razón esas rocas no han de ser de cuarzo del más precioso? ¿Tiene usted la seguridad de que no hay sal gema? Sepa usted, señor Conde, que en todo país hay siempre algo que se pueda explotar, aunque sea solo la tontería de sus habitantes.

—¡Ah! Franceses, franceses... siempre ingeniosos y habladores—dijo riendo el húngaro.—Hágame usted una visita en Grodsko. Organizaré partidas de caza en las que podrá matar los ciervos más hermosos de Europa. Si prefiere usted la caza de aves, le pondremos al extremo del cañón de su escopeta miles de perdices y liebres y haremos buenos negocios.

—No digo que no—contestó Folentin con entusiasmo.—Hacen falta países nuevos. Europa se agota, se la exprime como un limón, y no queda más que la cáscara.

Se acercó con el Conde á la mesa en que humeaba el te, y dijo á la Condesa:

—Su marido es un hombre muy interesante, muy instruido y muy inteligente. ¿Cómo se las compone usted para no poder vivir con un hombre de tanto talento?

—Indudablemente—contestó la interpelada—porque soy muy tonta. El Conde y yo, sin duda por esto, no nos comprendemos, y además, para juzgarle, no lo conoce todavía bastante. Ese hombrequito rubio, sensato y tranquilo, es terrible cuando ha bebido *vodka*. Se le ocurren cosas horribles, y si durante una discusión se le llevase la contraria, sería capaz de ordenar á sus criados que le diesen latigazos hasta dejarle muerto.

—¿A mí?—dijo con sobresalto Folentin.

—A usted... Claro que en París no haría semejante cosa, pues sufre la influencia de nuestras costumbres; pero una vez en su país y en medio de salvajes, se transforma. No cometa usted nunca la tontería de ir á Grodsko como le dice. ¡Pobre Folentin, tal vez no le veríamos á usted más!

—Se burla usted de mí, Condesa. Lo que me cuenta son historias de niños.

—De ningún modo. Grodsko está junto á Macedonia, á dos pasos del país en donde los insurrectos queman las casas y descuartizan á los hombres. Los turcos saquean, incendian y des-

truyen todo. ¡Hermoso país! Vaya usted á visitarlo, Folentin, para que le suceda lo que á esa vieja inglesa, por cuyo rescate se han tenido que pagar doscientos cincuenta mil francos, pues de lo contrario á los ocho días hubieran enviado por paquete postal su cabeza. Usted no sabe, amigo mío, de lo que habla.

—Entretanto le suplico que me dé tiempo para dar cuenta al Sr. Raynaud de la concurrencia inesperada que se produce respecto al hotel Condottier.

—Convenido. Pondré á mi hermano al corriente de lo que sucede.

El Marqués, sin que al parecer diese importancia á lo que la Condesa le decía de la nueva proposición, contestó con evasivas asegurando que no tenía prisa ninguna, y que lo más importante para él era no contrariar á Folentin. Al mismo tiempo buscaba las ventajas que el repentino conflicto creado por los propósitos de Grodsko y las intenciones de Raynaud le podían reportar. Después de reflexionar se le ocurrió una combinación sencillísima.

La estudió con mucho cuidado, y después de una noche entera de pensar en ella, llegó al convencimiento de que no había de encontrar nada mejor. Inmediatamente empezó á ocuparse en su organización. Escribió á Folentin que se ausentaba dos ó tres días, pues tenía necesidad de ir á Londres para arreglar un negocio importante, y

que durante este tiempo podía visitar el hotel con él y con la Baronesa. Al final decía: «le suplico que advierta al Sr. Raynaud, pues ignoro sus señas».

Por la noche se arregló para encontrar á Folentin en el Círculo. El Barón, al que faltaba el tiempo para hablar lo que constituía su preocupación, no perdió un segundo y dijo á su amigo:

—Es cosa convenida. Raynaud visitará el hotel pasado mañana y mi mujer le acompañará.

—Admirable. Daré orden de que preparen un *lunch*, pues supongo que la visita será por la tarde.

—A las cuatro.

—Yo me voy mañana.

—Buen viaje. ¿Va usted para el asunto de las minas de diamantes de que me ha hablado?

—Sí.

—Pues si tienen necesidad de una participación le ruego que se acuerde de mí. Sería su corresponsal en París con mucho gusto. Los Morgan, los Sytton y los Frohmann, son lo mejorcito que tenemos en los negocios sud-africanos, y con ellos no se corre ningún riesgo.

—Cuente conmigo para esto como cuento con usted para mi hotel...

No sin dificultades, Folentin había obtenido que Rosa consintiese en acompañar á Raynaud al hotel Condottier. La joven sentía extraordinaria repugnancia ante la idea de recorrer la casa

del que con tanto apasionamiento la deseaba, y acompañada del que desde hacía algunas semanas provocaba tan grande turbación en su espíritu. Le parecía que en todo aquello había algo como una profanación de sus sentimientos secretos, y que se envilecía prestándose á los regateos entre Valentín y el Marqués. Por una extraña combinación de ideas había llegado á persuadirse de que el verdadero objeto del debate era ella misma, y que ya no se trataba de si el hotel seguiría siendo de Condottier ó si pasaría á Raynaud, sino que su persona era lo que se discutía. Al principio se había negado rotundamente á intervenir en la negociación.

—Quien debe ir con Raynaud—dijo á su marido—eres tú. Con más habilidad que yo le harás ver las ventajas del hotel. Ya sabes que no sirvo para esta clase de asuntos.

—¿Quién te dice que hagas el artículo?—exclamó Folentin.—Únicamente te pido que acompañes á Raynaud, porque sé que tu compañía le será agradable y facilitará el negocio.

—¿Por qué razón?

—Hoy es uno de los días que no quieres comprender nada. ¿Es acaso extraordinario que visitar una casa con una mujer joven y hermosa predisponga, mejor que visitarla acompañado por un hombre cualquiera? Además, tú tienes buen gusto, y si Raynaud te consulta algo harás

que aprecie en todo su valor el decorado y la pureza del estilo.

—¡Hacer el artículo!...

—Después de todo ¿qué mal hay en ello? Cuando Condottier haya ganado por tu mediación algunos miles de francos, le habrás indemnizado.

—¿De qué?

—De las decepciones que le has procurado. Durante tres años no has hecho más que torear á ese pobre muchacho. Ni pudo casarse contigo ni ha podido seducirte. Eso vale una indemnización.

—¿Y es Evans quien se encarga de pagarla?

—¿Qué puede importarle á ese americano? Es tan rico...

—Tienes una moral que no carece de valor. Merecerías que te aplicasen sus principios.

—¿Bromeas? Entonces harás lo que te pido.

—No puedo negarme.

—Eres amabilísima.

Cuando Raynaud, prevenido por Folentin, supo que Rosa le acompañaría, sintió un vivo descontento. Folentin se había equivocado completamente en sus previsiones. La perspectiva de recorrer el hotel del Marqués en compañía de la Baronesa pareció tan poco agradable á Raynaud, que pensó no acudir á la cita. Mientras reflexionaba, recibió una tarjeta de Folentin, en la que le decía que Condottier no estaría

en París y que por lo tanto no podría recibirlos; pero que había dado las órdenes oportunas para que pudiesen visitar libremente el hotel. Esta ausencia del dueño tranquilizó á Raynaud é hizo desaparecer una buena parte de sus temores. Se acabó de tranquilizar cuando al día siguiente, víspera de la visita, encontró en casa de Préviniéres á la condesa Grodsko, y ésta le dijo:

—Le advierto que mañana estaré con Rosa en casa de mi hermano. Me parece que el Conde me acompañará, pero no es seguro. Siempre tiene treinta y seis cosas que hacer que no le permiten ser complaciente...

Raynaud pensó: esta visita va tomando el carácter de una expedición Cook. Lo que tenía miedo era á la intimidad; pero con tanta gente ¿no será la visita más insoportable todavía?

Como quiera que considerase el paso que Folentin casi le obligaba á dar, siempre encontraba algún motivo de descontento. La mañana del día fijado recibió á la hora de almorzar un mensaje telefónico firmado por la condesa Grodsko y concebido en estos términos: «Si no tiene usted inconveniente, la cita queda aplazada para las cinco. El Conde me acompañará.» En ese retraso de dos horas, Raynaud no vió nada de sospechoso. Creyó que le suplicaban retrasase el momento de la visita para que el Conde pudiese acompañar á la Condesa, y decidió aprovechar el tiempo dirigiéndose á casa de Folentin con ob-

jeto de darle cuenta de una carta de Evans relativa á los negocios de Chiquito. No tenía prisa alguna y llegó al despacho del banquero á las tres y media, á fin de que Folentin estuviese de regreso de la Bolsa. Con efecto, el banquero acababa de llegar, y le recibió inmediatamente. Sus primeras palabras causaron el más vivo asombro á Raynaud:

—¿Porqué viene usted aquí en vez de irse al hotel Condottier? Mi mujer le estará esperando...

Raynaud tuvo la boca abierta para decir:

—Pero la cita se ha aplazado hasta las cinco...

El instinto hizo que se contuviera, y dijo:

—¿Se ha marchado ya la Baronesa?

—Claro está, pero voy á asegurarme...

Folentin hizo sonar el timbre del teléfono, pidió la comunicación, y mientras esperaba leyó la carta de Evans. El timbre le interrumpió:

—¿Está en casa la señora?...

—Hace una hora que ha salido.

—Bueno... Amigo mío, no tiene tiempo que perder... Otro rato hablaremos de lo que nos anuncia Evans.

—Me voy—dijo Raynaud, y levantándose se disponía á salir, cuando Mauricio entraba familiarmente en el despacho de su cuñado. El joven quiso entablar conversación con Raynaud, pero éste, despidiéndose de Folentin, salió precipitadamente.

—¿Qué le pasa?—preguntó Mauricio riendo.—Cualquiera diría que va á apagar un incendio.

—Va á encontrar á mi mujer en el hotel Condottier, que se propone comprar para su amigo Evans. El Marqués está ausente y...

—¿Ausente?—dijo Mauricio.—Aún no hace una hora que le he encontrado...

—¿En dónde?—preguntó Folentin estupefacto.

—En el puente de la Concordia, frente al Círculo de las Patatas.

—Entonces se dirigía á su casa... ¿Qué significa esto?

Folentin enmudeció. Reflexionaba. El retraso de Raynaud, su asombro al enterarse de que Rosa no estaba en su casa, la precipitación con que se había marchado, la presencia de Condottier en París, todos estos detalles, que por sí mismos no tenían ninguna importancia, relacionados parecían sospechosos.

El impasible Folentin sintió una repentina inquietud. Aquel hombre, á quien nadie engañaba, tuvo el presentimiento de que se había preparado una maquinación en la que se comprometía su infalibilidad. Entrevió cosas en las que nunca se había detenido su sereno y confiado modo de pensar. Un instante dudó de su mujer, de Condottier, de Raynaud y de sí mismo. Se puso de pie de un salto y fijó en su cuñado una mirada terrible:

—Tú sabes que Condottier es capaz de todo...

—De todo... ¿qué?

—El ya me había prevenido, y yo tomaba á broma sus prevenciones. Tal vez ha llegado el momento de tomarlo en serio.

Con mano trémula apretó el botón del timbre. Se presentó un criado:

—El coche.

—Está en el patio, Sr. Barón.

—Bien. Adiós, Mauricio.

—Pero ¿qué sucede?

—Eso es lo que voy á averiguar.

Y dejando á su cuñado estupefacto, bajó por la escalera interior al patio.

Como Folentin dijo á Raynaud, la Baronesa había pedido el coche á las dos y media, y antes de dirigirse al hotel Condottier se había detenido en casa de su guantero. A las tres en punto llegaba ante el gran portalón que coronaba el escudo de piedra. En el vestíbulo tropezó con dos lacayos. Sin que tuviese necesidad de preguntar nada, y como si obedeciesen á una consigna recibida de antemano, abrieron la puerta de la galería. Del mismo modo se abrió la puerta de un saloncito amueblado con una silliería Luis XV y colgado de auténticos gobelinos. La ventana que daba al jardín estaba abierta. Cantaban los pájaros entre las ramas de los árboles y entre los macizos de flores. Era un rincón tranquilo, fresco y delicioso. La joven, meditativa, se apoyó en el antepecho. Un surtidor cantaba en una

taza de mármol, en medio del césped. Sus ojos seguían los saltos de los gorriones que se perseguían y picoteaban las granos, y lejos del ruido, de la agitación y del calor de la ciudad, Rosa pensaba que en aquel hotel antiguo, grave y silencioso, la vida sería en extremo agradable.

El ruido de una puerta que se abría tras ella la arrancó de su delicioso arrobamiento. Algo contrariada, se volvió creyendo encontrarse con Raynaud ó la condesa Grodsko, y al verse frente al Marqués no pudo contener un grito de sorpresa. Se acercó á ella sonriendo y con la mano extendida. Vestía un traje de viaje gris que le daba un aspecto de increíble juventud. Sin hablar Rosa se dejó estrechar la mano mirando á Condottier. Después, cuando él le señaló una butaca, Rosa se decidió á hablarle:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo está usted aquí cuando debía estar en Londres?

—He terminado rápidamente los negocios á fin de encontrarme en mi casa y recibirla.

Rosa le miró con dureza:

—Parece que no quiere usted errar el golpe. Condottier no se movió; sus labios temblaron un momento, y sonriente dijo:

—Tiene usted mucha razón. ¡Diantre! La cosa lo merece.

—¿Cuánto pide usted por todo esto?

—Dos millones quinientos mil francos.

—¿Con los muebles de familia, los recuerdos

de sus padres y los retratos de sus antepasados... el capelo del cardenal Condottier y el bastón del mariscal Condottier, muerto, según creo, en Hochstædt?

—Sí señora, muerto en Hochstædt.

—En una palabra, con todo.

—Con todo. ¿Le parece caro?

—Baratísimo.

Eso pienso yo, y cuento con usted para que lo diga.

Después de este feroz cambio de palabras se miraron fijamente. Él estaba impasible y conservaba todo su aplomo. Ella, algo pálida, apretaba el mango de cristal de su sombrilla. El reloj rompió el silencio haciendo oír la media. Rosa fijó los ojos en la esfera, consultó en seguida el relojito que pendía de su cuello, y preguntó con aspereza:

—¿Cómo es que su hermana y Raynaud se retrasan tanto?

—No sé nada—contestó el Marqués con indiferencia.—Mientras esperamos, ¿quiere usted que le enseñe la colección de miniaturas del siglo XVIII?

—¿Para qué? Yo no soy la compradora.

—Como quiera. Yo estoy aquí para obedecer.

—Entonces, acompañeme al teléfono: tengo que hablar con mi marido.

Un gesto de protesta irónica acogió la petición de la joven, y el Marqués replicó alegremente:

—¿Cómo? ¿Cree usted que en una morada antigua hay teléfono? Eso sería una monstruosidad.

—Entonces deme lo necesario para escribir.

—Con mucho gusto. Venga usted á mi gabinete.

La intención que de nuevo manifestaba de alejar á Rosa del saloncito pareció sospechosa á la joven. Desde la inesperada entrada de Condottier, la joven no se sentía segura.

Los criados estaban lejos, separados del salón por la larga galería. Alrededor del jardín no había nadie, y nadie tampoco al alcance de la voz. El Marqués seguía de pie ante ella, insensible á los ultrajes recibidos, como si estuviese seguro de vengarse de ellos, y conservaba su gracia felina de bestia de presa. La Baronesa tuvo miedo, y sin seguir á Condottier, que se dirigía á la puerta, dijo con resolución:

—No, después de todo prefiero marcharme. Indudablemente ha habido una equivocación, pues este retraso es incomprensible. Haré otro día la visita.

El Marqués se volvió bruscamente, pasó delante de Rosa, dió vuelta á la llave de la puerta que comunicaba con la galería, se la guardó en el bolsillo, y cerrando la ventana que daba al jardín dijo:

—Me parece que ya hemos pasado bastante tiempo sin decir nada. Ni mi hermana ni el señor

Raynaud vendrán, pues yo me he arreglado de manera que no vengan. Hace ya demasiado tiempo que se burla usted de mí, y he creído necesario queuviésemos una explicación en sitio en que nadie viniese á molestarlos. He ahí porqué se encuentra usted sola conmigo y sin medios para interrumpirme en caso de que la conversación le sea desagradable. Vamos, mi querida señora, es preciso poner al mal tiempo buena cara. La aventura no es tan penosa como parece, y de usted depende salir de ella con todos los honores.

Rosa se levantó con altivez, fijó en Condottier una mirada despreciativa, y señalando la puerta dijo:

—Abra usted inmediatamente.

Él no contestó: sentóse junto á la mesita.

—¿Qué espera usted? —exclamó Rosa. — Me figuro que no me cree usted una niña á la que fácilmente se asusta. Las sorpresas apenas se toleran en las novelas, y en el teatro nos hacen reír. El hombre que rompe los cordones de las campanillas para evitar que una mujer llame, está bastante atrasado. Usted no ha retrocedido ante la ridiculez de cerrar la puerta con llave. El melodrama ha durado ya mucho. No se exponga á hacerme reír y á hacer reír á todos nuestros amigos si les cuento su manera de conducirse. No imite la voz de Choppart en *El Correo de Lión*. Es usted grotesco. Un minuto más, y será usted odioso.

—Él se volvió con calma y dijo:

—Quiero serlo. Estoy decidido á no retroceder ante nada para que no salga de aquí sin ser antes todo lo mfa que es posible ser...

Rosa soltó una carcajada desgarrada, opaca, de temor, y dirigiéndose al Marqués añadió:

—Decididamente, creo que ha perdido usted el juicio. ¿Soy la causa de semejante catástrofe? Usted no me dejó prever que mis amabilidades podían conducirme á tan lamentable estado. Usted debía de haberme prevenido de que el *flirt* con usted conducía á estos inconcebibles extremos. Vamos, sea razonable. Ya sabe que al fin tendrá que devolverme la libertad... No se exponga á que, creyendo venir á casa de un hombre galante, salga con el pesar de haberme encontrado un granuja.

Muy tranquilamente replicó:

—Todo eso no tiene ningún valor ni sentido; son argumentos de salón, y precisamente porque en los salones era usted dueña de burlarse de mí sin correr el menor riesgo y divirtiéndose en la galería con el espectáculo de mis tentativas y fracasos, me he arreglado para que nos viésemos solos y lejos de todos.

—Pero ¿qué es lo que me reprocha usted? —preguntó Rosa.

—Haber sido coqueta, y haberse divertido conmigo entusiasmándome unas veces para abatir-

me otras. Soltera, me hizo usted creer que llegaría á ser mi mujer; casada, me ha hecho esperar que sería mi amante. Pues bien, lo siento por usted, pero no soy del temperamento de esos galanes con quienes ha representado la misma comedia que conmigo, y que se han contentado marchándose apenados y respetuosos. Yo quiero el desquite. La quiero muy sinceramente, usted lo sabe, pero mi amor no se contenta con un encantador platonismo: tiene exigencias, furores, y se subleva. Usted es la responsable de todo. ¿Porqué es tan hermosa, tan encantadora? Yo la quiero, la quiero... hace tres años, y usted me lo ha permitido. No es posible que se figurase que yo había de permanecerle fiel sin que llegase un día en que me tuviese que dar la recompensa. Ese día ha llegado. Yo he puesto á salvo su pudor, haciéndola venir engañada. Ha venido usted, estamos solos, y de usted depende el hacerme dichoso. Apiádese de mí, Rosa, y olvide las palabras violentas que he pronunciado. Estaba poseído por la fiebre que se apodera de mí cuando me encuentro en su presencia. Está usted delante de mí, en mi casa, me pertenece, y yo la adoro... Rosa...

Se inclinó ante ella suplicante, mirándola con ojos encendidos y la boca húmeda. ¿Era sincero? Rosa lo creyó así, y vaciló un momento. Se dulcificó su rostro, sonrió, y moviendo la cabeza dijo en tono de tierno reproche:

—Extraña manera de decírmelo, y sobre todo de probármelo.

—¿Qué debo hacer?

—Ante todo abrir esa puerta.

El Marqués dió un salto, y vacilante, entregado de nuevo á la cólera y empujado por sus instintos perversos, dijo:

—Se burla usted de mí, en mi casa, y después de cuanto le he dicho. ¡Desgraciada!...

Se precipitó hacia ella, y cogiéndola con fuerza por los brazos, hizo esfuerzos para acercar su rostro á sus labios. Rosa dió un grito sordo, se escurrió entre los brazos que pretendían abrazarla, y arrojó todo su desprecio, todo su furor, al rostro del que la violentaba. Así lucharon sordamente sin temor de hacerse daño; él rozando su carne delicada y fina, ella defendiéndose con toda la energía y vigor de sus nervios. Repentinamente, y en el silencio de aquel combate de amor, una sacudida conmovió la puerta que Condottier había cerrado, al tiempo que una voz varonil decía:

—¡Abrid!

—¡Oh! —exclamó Rosa redoblando su resistencia. —Alguien viene en mi auxilio.

Desconcertado, Condottier había cesado de luchar, al mismo tiempo que una mano impaciente atormentaba la cerradura, y la misma voz que antes gritó de nuevo:

—Abrid, soy Valentín Raynaud.

Oyendo este nombre, Rosa se turbó casi tanto como Condottier. Separóse de él, y en voz baja y muy rápidamente le dijo:

—Abra usted, ó me pierde. Sea prudente, y deme la llave...

No había tenido aún tiempo para decidirse, cuando un choque violento sacudió las hojas de la puerta, y la cerradura cedió, apareciendo en el hueco, amenazador y emocionado á la vez, Valentín Raynaud. Con una rápida ojeada se dió cuenta del furor del Marqués y del desorden de Rosa. Hizo un gesto amenazador que reprimió en seguida, y pálido, pero dueño de sí mismo, dijo:

—¿Es usted quien me ha escrito que la hora de la cita se había aplazado?

Condottier miró á su interlocutor de pies á cabeza, y dijo con desdén:

—¿Qué significa esta pregunta, caballero?

—Únicamente que quiero saber si es usted el autor del engaño de que acabo de ser objeto.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Pues voy á explicárselo...

No tuvo tiempo para decir una palabra más.

—Rosa se había colocado entre los dos hombres, pues adivinando que Raynaud, fuera de sí, iba á insultar á Condottier, no quería que el Marqués pudiese tomar fácil desquite en su defensor. Impuso silencio á Condottier con un gesto, y dirigiéndose á Raynaud le dijo:

—Si aquí hay alguien que debe dar explicaciones soy yo, y en todo caso, Sr. Raynaud, usted no tiene ningún título para pedírselas al marqués de Condottier.

—Este caballero se ha introducido en mi casa de modo hartó inconveniente para contentarse con tan poco, y por mi parte no me resignaré á dejar de pedirle cuentas por las libertades que con mis cerraduras se permite.

—Caballero —replicó Valentín.— He tenido también que tomármelas con sus criados, y todo me hacía creer que debería tomarlas con usted mismo. Pero si usted no tiene explicaciones que darme, yo tengo una que ofrecerle. Si he tenido tanta prisa por entrar en su casa ha sido porque no quería que me adelantase el barón de Rocher, que al mismo tiempo que yo, y por su cuñado, ha tenido noticia de su presencia en París.

—¿Va á venir?—exclamó Condottier con acento de triunfo.

—Todo me lo hace temer.

—Y á mí desearlo...

Oyendo estas palabras, Rosa no pudo reprimir un grito de indignación:

—Ahora veo claro lo que se había propuesto. Me doy cuenta de la maquinación que había preparado, y que dirigía más contra mi marido que contra mí misma. Le agradezco, Sr. Condottier, que me haya librado de toda incerti-

dumbre. Le creía menos culpable de lo que en realidad es... No obra usted impulsado por la pasión que ciega. Se conduce con pleno conocimiento de causa, y veo de lo que es usted capaz. En adelante no tengo que guardarle ninguna consideración, pues sé que deliberadamente sacrificaría mi reputación á su amor propio. No he sido su víctima y puedo salir de aquí sin pesar...

Como Valentín hiciese un movimiento para dirigirse á Condottier, añadió:

—No le diga una palabra, Sr. Raynaud. No hable usted con ese hombre... No es digno de que se dirijan á él. Es mucho más despreciable de lo que nadie se puede imaginar. Deme el brazo, y salgamos de esta casa...

Condottier, pálido como un cadáver, quiso colocarse ante ella para evitar que saliese, y dirigió á Raynaud un gesto de amenaza. Rosa le contuvo con la autoridad de su mirada.

—No insista usted; se lo aconsejo. Sus criados están ahí, y sería enojoso para usted que nuestra conversación terminase ante ellos.

Sin prestar atención al Marqués salieron á la galería, llegaron al vestíbulo, pasaron por delante de los lacayos, y al poner el pie en la escalinata se encontraron con Folentín que llegaba sofocadísimo. Al verlos no pudo disimular su estupefacción:

—¡Cómo!—dijo—¿Los dos?

—Sí—contestó Rosa con tranquilidad.—El señor Raynaud ha terminado su visita y nos íbamos...

—¿Y Condottier?...

—El Marqués está en su casa. ¿Quieres verle?

—No... no tengo nada que decirle... Sin embargo, no comprendo como estás aquí y porqué sales con el Sr. Raynaud...

—Ven conmigo—le dijo Rosa—y te explicaré eso que te parece obscuro...

—Y la condesa Grodsko, ¿ha venido también?

—Te agradeceré muchísimo que no me hables más de la Condesa. Estoy decidida á no volver á verla. En cuanto al marqués de Condottier, tendrás la bondad de decirle que no tiene porqué presentarse en mi casa...

—Querida mía—balbució Folentín—redoblas mi perplejidad. ¿Está comprometido mi honor en todo esto? Tú sabes que no soportaría la menor ofensa...

—Sí, ya lo sé, cuando se trata de tu amor propio eres un tigre. Cuando estés enterado de todo obrarás como estimes conveniente. Pero ahora, estrecha la mano del Sr. Raynaud, dale las gracias por lo que ha hecho por ti, y vámonos á casa. ¿Tienes ahí el coche?

—Sí, querida, sí, pero...

—Ahora no digo más. Hasta otro rato, señor Raynaud.

Folentin, silencioso y preocupado, estrechó la mano á Raynaud, y dócilmente subió al coche con su mujer.

Evans, recorriendo á grandes pasos el salón de sus habitaciones de Palace-Hotel, escuchaba á Valentín que le hacía el relato de su aventura. Llegado de Cherburgo sin ser esperado, Ralph se había hospedado con su amigo, y escuchaba complacido sus confidencias.

—Querido —dijo el americano—; usted no puede hacer nada, y así se lo ha significado muy razonablemente la baronesa de Rocher. Usted no es ni su marido, ni su amante, ni su hermano, ni siquiera su primo. Usted tenía una cita con ella para visitar una casa; eso es todo... Y á propósito, ¿cómo es la casa?

—¿Cree usted que la he visto? Llegué al vestíbulo como una bomba; allí dos lacayos me han dicho que su dueño no recibía. Yo he replicado que estaba y que me esperaba con la baronesa de Rocher, y como no sabían qué decirme, he pasado por encima de todo y he entrado en el salón á puñetazos. He ahí todo lo que conozco

del hotel. Un vestíbulo, una galería y una puerta hecha pedazos. ¿Es bastante para decidirle á comprarlo?

—Vamos, veo que recobra la calma. Bromea usted, y eso es siempre algo.

—¿Y qué quiere usted que haga, Evans? Me prohíbe que provoque al bellaco del Marqués...

—A usted no le ha hecho nada...

—Sí; ha abusado de mí, haciéndome servir de cebo para un lazo...

—¿Existía el lazo? Ya sabe lo escéptico que soy respecto á la Baronesa. Nunca le he ocultado lo que de ella pensaba. Creo que ha sido, es ó será la querida de Condottier. Han podido tener alguna diferencia, y mientras la solventaban ha llegado usted, muy inoportunamente por cierto; pero la sangre fría de la dama al encontrar á su marido en la puerta; el modo como le ha prohibido que interviniese—respecto á lo que ya he dicho que tenía razón sobrada—, todo prueba hasta la evidencia que se encuentra usted frente á dos amantes en desacuerdo momentáneo, pero que harán las paces ó se arreglarán en un momento dado. Lo importante es no darles ocasión para que se rían de usted.

Valentín, pálido, furioso, no contestó. Aunque una voz interior, más poderosa que la de su razón, le decía que Rosa era inocente, no podía negar que todas las apariencias estaban en contra de Rosa. ¡El mismo había dudado de ella tantas

Folentin, silencioso y preocupado, estrechó la mano á Raynaud, y dócilmente subió al coche con su mujer.

Evans, recorriendo á grandes pasos el salón de sus habitaciones de Palace-Hotel, escuchaba á Valentín que le hacía el relato de su aventura. Llegado de Cherburgo sin ser esperado, Ralph se había hospedado con su amigo, y escuchaba complacido sus confidencias.

—Querido —dijo el americano—; usted no puede hacer nada, y así se lo ha significado muy razonablemente la baronesa de Rocher. Usted no es ni su marido, ni su amante, ni su hermano, ni siquiera su primo. Usted tenía una cita con ella para visitar una casa; eso es todo... Y á propósito, ¿cómo es la casa?

—¿Cree usted que la he visto? Llegué al vestíbulo como una bomba; allí dos lacayos me han dicho que su dueño no recibía. Yo he replicado que estaba y que me esperaba con la baronesa de Rocher, y como no sabían qué decirme, he pasado por encima de todo y he entrado en el salón á puñetazos. He ahí todo lo que conozco

del hotel. Un vestíbulo, una galería y una puerta hecha pedazos. ¿Es bastante para decidirle á comprarlo?

—Vamos, veo que recobra la calma. Bromea usted, y eso es siempre algo.

—¿Y qué quiere usted que haga, Evans? Me prohíbe que provoque al bellaco del Marqués...

—A usted no le ha hecho nada...

—Sí; ha abusado de mí, haciéndome servir de cebo para un lazo...

—¿Existía el lazo? Ya sabe lo escéptico que soy respecto á la Baronesa. Nunca le he ocultado lo que de ella pensaba. Creo que ha sido, es ó será la querida de Condottier. Han podido tener alguna diferencia, y mientras la solventaban ha llegado usted, muy inoportunamente por cierto; pero la sangre fría de la dama al encontrar á su marido en la puerta; el modo como le ha prohibido que interviniese—respecto á lo que ya he dicho que tenía razón sobrada—, todo prueba hasta la evidencia que se encuentra usted frente á dos amantes en desacuerdo momentáneo, pero que harán las paces ó se arreglarán en un momento dado. Lo importante es no darles ocasión para que se rían de usted.

Valentín, pálido, furioso, no contestó. Aunque una voz interior, más poderosa que la de su razón, le decía que Rosa era inocente, no podía negar que todas las apariencias estaban en contra de Rosa. ¡El mismo había dudado de ella tantas

veces! ¿Iba en el preciso momento en que la encontraba encerrada en una habitación, y casi en brazos de Condottier, á creer que se había equivocado? Sin embargo, ella se defendía y acusaba al Marqués. Desde el otro lado de la puerta había oído los rugidos de cólera y el ruido de la lucha.

Este recuerdo le hacía estremecer. Lo que había sufrido durante el minuto que había precedido á su entrada en el salón era imposible de expresar. Un instante había visto aparecer á sus ojos la imagen de Rosa entre los brazos de Condottier, y el cuerpo de la joven acariciado por el audaz deseo del que estaba encerrado con ella. Hacía inauditos esfuerzos para ahuyentar de su cerebro aquel recuerdo espantoso. La voluble joven había cambiado tantas veces de actitud, que le parecía imposible obtener de ella una opinión firme y sólida. Prefería continuar en la indecisión, que siempre era menos cruel que la certidumbre.

Evans se detuvo ante su amigo y le dijo:

—Comprenda que si el marqués de Condottier se hubiese molestado, la situación de usted sería cien veces mejor. Entonces se podrían pedir algunas explicaciones y tal vez obtenerlas...

—La fatalidad me condena á que esas gentes me engañen constantemente—exclamó Valentín con abatimiento.—Me desprecian con toda su alma.

—El Marqués, querido, es un hijo de familia arruinado hasta el extremo que usted puede ponerle á la puerta de la casa paterna por una futesa. ¿Quiere usted que nos divirtamos arruinándole? El Marqués es un átomo insignificante que se debe despreciar, si es que no prefiere aniquilarlo.

—Evans, usted discurre como hombre que domina los acontecimientos, y yo desgraciadamente soy su juguete...

—Porque usted quiere. Amigo mío, tenga presente que ya no es el Valentín Raynaud que dirigía la fábrica de Beaumont. Ha ido después, con Evans, á California, y ha comprado los yacimientos de Chiquito... Hoy es usted uno de los príncipes de la industria y debe juzgar las cosas desde la altura en que está colocado. Compare lo que es Folentin á su lado... El marido de Rosa es su humilde servidor... y no piensa más que en usted. Arruinar á Folentin es cuestión de una semana... Mi querido Raynaud, yo he puesto en sus manos la varita mágica del oro, ante la cual todos los seres humanos se doblan y obedecen. No tengo familia, mis afecciones todas se concentran en usted, y quiero que sea dichoso. ¿Quiere dejarse guiar por mí?

—Sí, Evans. No distingo lo verdadero de lo falso y lo justo de lo injusto. Hace un momento, cuando usted recordaba mi poder, he sentido que los malos instintos se apoderaban de mí y me he

creído capaz de practicar el mal. Me dice usted que sería muy fácil, yo le ruego que no permita que ceda á la tentación.

—Le veo á usted como quería verle—exclamó Evans—, superior á las bajezas, á las tentaciones y á los malos instintos. En estas condiciones es usted invulnerable. Basta colocarse por encima de las miserias de la humanidad, y me refiero á las miserias morales, para hacerse dueño absoluto de los acontecimientos.

—Sí, eso es propio de los espíritus superiores; pero yo, Evans, estoy desamparado ..

—Paciencia. Ya recobraré la energía, y entre tanto yo estoy aquí para hacer frente á todo. No olvide que me ha pedido que le sirva de guía. Voy á hacerlo como si se tratase de un niño pequeño, hasta que pueda usted obrar como un hombre.

Evans tomó el sombrero y los guantes.

—¿Adónde va usted?—preguntó Raynaud.

—A casa de Folentin. Allí es donde me informarán mejor y más rápidamente de cuanto sucede.

—Y yo ¿qué voy á hacer?

—Vaya á casa de la condesa Grodsko y pídale su consentimiento para la compra del hotel Condottier. Es copropietaria...

—¿Compra usted?...

—Sí, la insolencia del Marqués me decide, y tendré una satisfacción muy grande echándolo

á puntapiés de su casa. El decorado de su mansión entra en mucho en el prestigio de ese caballere. Cuando viva en el entresuelo de una casa con ascensor, con una cocota en el principal y un vendedor de bicicletas en la planta baja, deslumbrará menos que viviendo en su señorial hotel.

—¿Acepta usted el precio?

—Eso carece de importancia. Además, no se regatea con un pobre diablo. Si fuese Folentin... Le prevengo, Raynaud, que el barón de Rocher no me encontrará muy dispuesto en favor suyo. Obrará juiciosamente no tomándome á broma. Vamos... El automóvil debe estar á la puerta.

Folentin estaba en su despacho cuando el criado le entregó la tarjeta de Evans. Se levantó precipitadamente y dijo:

—Que pase.

Solo faltaba que saliera á recibir al americano como si se hubiese tratado de un príncipe. Un momento de reflexión hizo que recobrase la dignidad acostumbrada, y con cordialidad, pero sin cortesanía, acogió al recién llegado.

—Mucho me alegro viéndole en mi casa—le dijo—y le doy las gracias por haber venido. ¿Cuándo ha llegado usted?

—Ayer noche.

—Su amigo Raynaud no le esperaba hasta la próxima semana. ¿Está bien el Sr. Raynaud?

—No, está de muy mal humor.

—¡Oh! ¡oh!

El rostro del banquero se ensombreció. Miróse las uñas de la mano derecha con sostenida atención, y al fin se decidió á decir:

—¿A causa de lo ocurrido ayer?

—Lo ignoro—dijo Evans con mucha calma.—¿Qué ocurrió?

—¡Cómo! ¿No le ha contado lo que pasó en el hotel Condottier?

—¿Se refiere usted á eso? Sí, algo me ha dicho respecto al incidente... pero, ¿porqué le preocupa? Es cosa que solo á usted interesa.

Folentin prestó la mayor atención. Dejó de examinarse las uñas, y fijándose en Evans le dijo.

—¿Qué le ha contado el Sr. Raynaud?

—Si le parece, podemos cambiar de conversación. No gusto de mezclarme en lo que no me importa, y sobre todo, sentiría contrariar á un hombre á quien estimo...

—¿Contrariar? ¿Porqué?—insistió Folentin.

—No puedo permitirme hacerle indicaciones respecto á sus asuntos personales... Demasiado sabe usted lo que debe hacer... Hablemos de otra cosa... Compraré el hotel Condottier y usted se encargará de todo lo necesario... Me refiero á dar al notario las órdenes necesarias para que se pague el precio pedido.

—¿Desea ver al Marqués?

—Lo menos posible.

—¿Tiene usted mala opinión de él?

—No tengo opinión. Me quedaré en casa y le daré el dinero. Eso es todo.

—Cuando usted ha llegado, señor Evans, iba á llamar por teléfono al señor Raynaud para pedirle una cita.

—Le veré dentro de un momento, le diré lo que usted desea y le contestaré en seguida...

—¿Y los negocios de Chiquito?—dijo Folentin.

—¿No hablamos de ellos?

Evans recobró su frialdad, y mirando al techo dijo:

—Hemos empezado á construir un ferrocarril que nos pondrá en comunicación con el Pacífico. Nuestro acuerdo con las grandes explotaciones de petróleo es un hecho realizado... Así no habrá concurrencia... Entramos en el *trust*.

Folentin abrió unos ojos enormes.

—Entonces—dijo—no tienen ustedes más que explotar... Toda combinación financiera es inútil...

—Completamente. Hemos preferido hacer nosotros mismos el negocio, ponernos de acuerdo con nuestros concurrentes y vender menos caro, pero guardar todo el beneficio... Cuando los pozos comiencen á producir menos, fundaremos una Sociedad por acciones. Por el momento nos parece inútil dar ocasión á la gente de Bolsa para que gane grandes cantidades á costa nuestra.

—¡Ah! Usted sí que puede decir que entiende los negocios—exclamó Folentin.—Tiene usted

un gran valor. Pero, ¿y si no hubiese podido llegar á un acuerdo con el *trust*?

—Entonces hubiéramos cedido el negocio, porque no habría sido bueno; pero como es excelente, lo conservamos para nosotros. ¿No es de este modo como ustedes tienen costumbre de proceder con el público?

—Pero á mí—exclamó Folentin—¿no me concederán ustedes ninguna ventaja? ¿No me interesarán en ninguna de sus empresas?

—Sí; Raynaud decía esta mañana que podríamos cederle el negocio de las minas de Río Verde. Es un asunto bonito y se pueden ganar con él algunos millones. Nosotros no podemos emprenderlo por falta de tiempo... Raynaud tiene el proyecto de interesar en la Sociedad á Maurice Prévinquières, nombrándole secretario... Siente verdadero afecto por ese joven...

—Pero, ¿y yo?—repitió Folentin.

—Usted hablará con Raynaud... Hasta otro rato... Hoy quería hablarle únicamente de la compra del hotel. Tengo mucha prisa.

—¿Vendrá usted á casa de mi mujer esta noche? Recibe...

—No, no. No he traído frac...

—Le admitiremos como venga...

—La Baronesa no encontraría eso correcto. Es imposible. Adiós.

Y salió, dejando solo á Folentin, que fué á sentarse ante su mesa. Estaba pensativo, y lo

que Evans había contestado á sus preguntas respecto á Condottier le preocupaba extraordinariamente. En las palabras del americano encontraba cierta ironía desdeñosa, que juzgaba insostenible para su amor propio. Él, Folentin, ¿estaría haciendo un papel ridículo? ¿Era que aquel de quien «nadie se burlaba» estaba siendo objeto de las burlas de todos? La víspera, al salir de casa de Condottier, y haciendo uso de su autoridad, había interrogado á Rosa; pero las explicaciones dadas por ésta eran de índole tan vaga, que no encontraba motivo ni para enfadarse ni para tranquilizarse. Parecía cierto que Condottier había empleado con la Baronesa procedimientos que no eran de escrupulosa delicadeza. Pero ¿qué parte correspondía á Rosa en el incidente. Y sobre todo, ¿cuál era la conducta que debía seguir Folentin?

¿Debía darse por enterado, y con indiferencia de altísimo buen gusto no dar importancia á aquellas tentativas? Si con tanta frecuencia se había burlado de los maridos que se enfadaban porque sus mujeres fuesen objeto de galanteías, ¿incurriría él en la misma falta? Con todo, ¿había motivos para mostrarse menos impasible que de ordinario? Rosa no se lo explicaba, y era muy arriesgado pedir á Condottier que se lo explicase. Folentin, que solo deseaba continuar desempeñando el papel de hombre superior, estaba muy preocupado. Entonces fué cuando Mau-

ricio Prévinquiere, que tan á tiempo le había informado de la presencia del Marqués en París, se encargó de desvanecer las dudas de su cuñado. Á las cinco se encontraron en el Círculo. El salón de conversación estaba ocupado por cuatro ó cinco concurrentes asiduos que se confiaban sus sensaciones artísticas. Mauricio se llevó á Folentin junto á una ventana, y una vez al abrigo de los importunos, le dijo:

—Me iba á tu casa. Imagina que hace un momento La Bréde ha venido á buscar á Tremblay y juntos se han dirigido á casa de Raynaud de parte de Condottier.

—¿Un lance?

—Así parece.

—¿Á causa de mi mujer?

—Eso es lo que no sé. ¿Qué ha sucedido?

—Rosa no quiere decir nada. Ella, que de ordinario tiene la lengua tan suelta, ha enmudecido en el preciso momento en que tengo gran interés por saber lo que ha pasado. Porque al fin y al cabo, ¿qué papel desempeño en todo esto?

Folentin estaba presa de horrible agitación, se retorcia las manos con furor y golpeaba el pavimento con el pie.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Acaso lo sé!—exclamó Folentin.—Eso precisamente es lo que me pone fuera de mí. Lo imprevisto me exaspera. Odio las situaciones ambiguas. Solo cuando tengo tiempo para pre-

pararme estoy á la altura de las circunstancias.

—Aquí no se trata de estar á la altura de las circunstancias, querido; de lo que se trata es de que ese canalla de Condottier no comprometa á tu mujer. Es, tú mismo lo has confesado, capaz de todo...

—Yo no le tengo miedo—exclamó Folentin, al que el descontento había hecho enrojecer.—Si es preciso, encontrará á quién dirigirse.

—Parece que quiere dirigirse á Raynaud, y por este lado hay desigualdad manifiesta. Entre un espadachín como Condottier y el bueno de Raynaud, que no sabe lo que es la esgrima, es flagrante la desigualdad. Si es posible, precisamos evitar un encuentro...

—Yo me encargo de ello.

Ante esta afirmación Mauricio puso una cara tan especial, que Folentin se revolvió furioso.

—¿Te figuras que no tendré autoridad bastante?

—La verdad, chico, no lo creo.

—Eso es lo que veremos. Por de pronto voy á ver á tu hermana.

—Mejor harías quedándote quieto...

—Eso es demasiado. ¿Es así como se me juzga? Pues bien, ahora aprenderéis á conocerme.

—Folentin, que vas á hacer una tontería.

—Me parece, Mauricio, que inviertes los papeles. Hasta hoy, cuando entre nosotros se habla-

ba de tonterías, yo era quien tenía que dar lecciones.

—No pretendo darte ninguna lección, querido; demasiado sé que no puedo darte. Me limito a darte un consejo: deja tranquila a Rosa por ahora. Acabo de verla y está intratable.

—Muy bien. No te preocupes por mí. Yo me encargo de tranquilizarla.

Estrechó la mano a su cuñado y salió. Una vez en su casa se dirigió a las habitaciones de su mujer, en donde le sorprendió ver que la doncella le impedía la entrada. La señora tenía jaqueca y se había acostado. Había prohibido que nadie entrara.

Folentin tascó el freno, se retiró a sus habitaciones y luego marchó a ver a su suegro.

Acogió a Folentin con un gruñido, que muy difícilmente podía tomarse por saludo, y como éste quisiera informarse de las causas de su preocupación, le dijo:

—Es tu mujer, querido, tu mujer, que es una extravagante, y cree que soy indulgente calificándola de este modo.

—¿Mi mujer?—exclamó Folentin.

—Mi hija, si así lo prefieres. No pongo amor propio en la cuestión, y lo mismo con un nombre que con otro, la encuentro insupportable.

—Pero ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? Está en camino de hacer que se maten dos hombres, de los cuales uno me es

muy simpático. El otro, el otro es un ciudadano de escasa importancia.

—Explíquese usted de una vez—exclamó Folentin exasperado.

—Pues bien. No sé lo que ha podido pasar entre tu mujer, Raynaud y el marqués de Condottier; pero ese imbécil—me refiero a Condottier—ha enviado dos amigos, dos polichinelas de su misma especie, al simpático Raynaud.

—Mauricio me lo ha dicho.

—¿Y qué le importa a él todo esto? Otro loco. Entre él y su hermana forman excelentísima pareja. Pero él es de otro género.

—En esta circunstancia se muestra muy razonable, y tengo gran satisfacción diciéndoselo.

—Y yo sabiéndolo. Otra cosa que me asombra.

—Pero ¿cómo está usted al corriente de todo?

—De un modo muy sencillo. Raynaud ha venido a suplicarme que le represente con su amigo Evans.

—Pero ¿qué razones da para batirse con Condottier?

—No da ninguna.

—¿Cómo! Él tampoco... Mi mujer se calla... Mi mujer se calla también... Será preciso que Condottier lo explique. Ya es demasiado, y no quiero que se burlen de mí.

—No piensas más que en tí. Tú primero, tú después, y tú siempre. Esta hipertrofia del yo es una enfermedad que te hace aborrecible. Dos

hombres se van á matar, y en vez de ocuparte de ellos te ocupas de ti.

—Porque en resumidas cuentas solo de mí se trata—gritó Folentin furioso.—Usted no comprende nada, pero yo lo adivino todo. La maquinación está dirigida contra mí. Raynaud solo es un pretexto, y mi personalidad es la que está en litigio. Condottier ha querido y quiere aun comprometer á mi mujer, pero yo he de pasar por encima de todo y le desenmascararé...

—Adelantarás mucho con ello. Después de todo, la cosa no es difícil de comprender. Vivís como unos insensatos, y luego extrañáis que las consecuencias de vuestra vida sean ilógicas. No se recoge más que lo que se ha sembrado.

—Todo esto es hablar para no decir nada. Me está usted colocando desperdicios de moral recogidos en los folletines de los periódicos. ¿Qué fin se propone Condottier? ¿Porqué la emprende contra Raynaud?

—Si tú mismo no lo sabes, ¿cómo quieres que yo te lo diga? ¿Estoy en el secreto de vuestras locuras? ¿Crees que me divierte conferenciar con dos idiotas como La Brède y Tremblay, á propósito de un farsante como Condottier? Afortunadamente tengo por compañero al señor Evans, que es un hombre serio.

—A ese no le harán salirse de su paso.

—Ni á mí tampoco. Ya verán esos gomosos con quién tratan. Vaya..., gentes que todos los años

cazan en mi casa y que siempre tienen algo que decir; pero que esperen, que esperen un poco.

—¿Cuándo se reúnen ustedes?

—Mañana por la mañana.

—Bueno. Procuraré ver á mi mujer, y tal vez al fin se decidirá á decirme lo que ha sucedido y qué papel represento en todo esto.

—Eso es lo que te preocupa.

—Será otra cosa.

—Pues mira. Puedes estar seguro de que no es muy brillante.

Folentin volvió á su casa impresionado con este augurio. Era la hora de comer, y Rosa le pasó recado para que se sentase á la mesa sin esperarla. En su inmenso comedor, y servido por cuatro criados, Folentin comió solo, y fué á encerrarse luego en el cuarto de fumar. Se puso á reflexionar, cosa que no había hecho desde hacía mucho tiempo. La exaltación en que continuamente vivía cesaba bruscamente, y se encontraba frente á su situación real. Desde el primer momento no la juzgó satisfactoria. Lo que su suegro le había dicho en un momento de franqueza le volvía á la memoria, y empezaba á darse cuenta de la extravagancia de su conducta con respecto á su mujer.

En los tres años que hacía que se había casado con Rosa, uno y otra no habían tenido más que una preocupación: brillar. Todo lo habían subordinado á las exigencias de su orgullo, y en aquel

momento, detrás del decorado de su vida esplendorosa, la tristeza y la miseria de su sentido moral aparecían en muy lamentable estado. ¿A quién se podía exigir la responsabilidad de aquel desastre sino á él, que se había envanecido con su indiferencia, su egoísmo y su inmoralidad? ¿Cómo calificar la actitud de desenvoltura adoptada en presencia de las tentativas hechas para seducir á su mujer? De no calificarla de tontería, era preciso calificarla de cinismo. Folentin reflexionaba. Los tres años que tan gloriosos para su amor propio le habían parecido hasta entonces, perdieron todo el valor al someterlos á un examen serio y detenido. Empezó á creerse más inocente que otra cosa, y una especie de celos se apoderaron bruscamente de él.

El accidente vulgar á que hasta entonces no diera importancia, la caída de una mujer, le pareció que de pronto revestía una y muy extraordinaria. Algo se sublevó en él cuando pensó que la joven le había hecho traición, entregándose á otro. En ese instante dejó de ser un fantoche para convertirse en hombre. Sufrió, tembló y no pudo soportar la idea de que su mujer le engañase y continuase viviendo tranquilamente á su lado. Tuvo un acceso de rabia, y en el silencio de la habitación en que pesaba sus contrariedades se dijo: «Antes la arrojaría de mi casa.»

Bajó la frente con amargura; ¡echar á Rosa!

Folentin, que tantas veces declarara que lo importante entre esposos era seguir siendo buenos amigos y perdonarse las pequeñas debilidades, había llegado al extremo de pensar en una solución brutal empujado por una ligereza de mujer. ¡Qué decadencia! Imposible reconocer en aquel marido irritado é inquieto al brillante burlón que no tomaba nada en serio. Apenas se reconocía á sí mismo, y sin embargo, seguía siendo el Folentin de siempre, protestando de que se le pudiese engañar. Desde que conocía la maniobra de Condottier, y sospechaba que Rosa había contribuido á ridiculizarlo, se sentía muy distinto á cuando decía en público: «El Marqués hace la corte á mi mujer, y no niego su buen gusto.» Entonces no admitía que la catástrofe se pudiese producir, y su presunción reposaba en su propia confianza; y en el momento en que ya no consideraba imposible lo que hasta entonces había juzgado sin importancia, se sentía humillado, herido, furioso, y á su mente acudía la idea del divorcio.

Mientras Folentin se desesperaba con su examen de conciencia, Rosa se sentía torturada por la incertidumbre. Dos veces había enviado á su doncella á casa de Raynaud, rogándole que fuese á verla, y dos veces le habían dado la misma contestación: el Sr. Raynaud había salido, y no sabían cuándo volvería. Raynaud conferenciaba con Evans. Las dos tarjetas se habían

quedado en la antesala. ¡Qué cambio tan grande se había producido en el corazón abnegado de Rosa! ¿Pensaba, acaso, después de haberla encontrado encerrada con Condottier, que únicamente le había hecho ir para presentarle aquel espectáculo? Eso era inadmisibile. Su actitud y la violencia de sus palabras atestiguaban su inocencia. Después de haberla visto temblando de cólera ante Condottier, no podía creer que era su víctima y no su cómplice.

Eso quería decirle á Raynaud. Sentía imperiosa necesidad de disculparse ante él y reprocharle, porque en gran parte le consideraba culpable de lo que sucedía. Su rigidez, su salvajismo y el no comprender cuánto había de afectuoso en las intenciones de Rosa, habían creado el conflicto con Condottier. Ella misma no sabía cómo explicar todo esto á Raynaud, pero quería verle, aunque luego no hubiese de decirle nada. Y sola en su tocador, tendida en la *chaise longue*, se desesperaba viendo que Valentín continuaba hostil y negándose á obedecerla. No admitía que tuviese cosa más urgente que acudir á su llamamiento. Como Folentin le hubiera preguntado si podía recibirle, se decidió á dejarle entrar. Al principio se mostró huraño:

—Y bien, querida, tu jaqueca ¿es más complaciente? Me alegro infinito. ¿Ignoras las consecuencias que ha traído tu salida de ayer?

—En absoluto—contestó Rosa sin mover la ca-

beza medio oculta entre los encajes de las almohadas—, y te ruego que vayas á casa de Raynaud y lo traigas en seguida.

—Pierdes el juicio—exclamó Folentin.—¿Pien-
sas que voy á inmiscuirme en tus asuntos, sin
saber lo que ha sucedido? Me juzgas más bené-
volo de lo que soy en realidad. Dime prime-
ro lo que ocurrió en el hotel Condottier, y luego
veremos.

—Tiene poco interés para ti.

—¡Cómo!—dijo Folentin.—¿Poco interés mi
honor?

—¡Vaya unas palabras para cosa tan insignifi-
cante!

—¿Insignificante tu fidelidad? Es posible, pero
mi honor...

—No me tienes acostumbrada á tanta suscep-
tibilidad. Hoy atraviesas una horrible crisis de
rigorismo. Te sientes burgués. ¿Qué te pasa?

—Me pasa que no quiero que se burlen de mí,
ni Condottier, ni otros, y que si tú me has pue-
sto en ridículo...

—¿Amenazas ahora?

—Sí, señora; confiesa si quieres, y dime clara-
mente: el marqués de Condottier ¿es tu amante?

—Pregúntaselo á él mismo para que se ría en
tu cara.

—No se trata de reír, se trata de dar explica-
ciones.

—Eres ridículo.

- No lo seré mucho tiempo.
—¿Qué harás?
—Te echaré de mi casa para que sigas coqueando con Condottier en otra parte.
—Le parecerá de perlas. No desea otra cosa.
—¿Porqué?
—Si todavía no has entendido la combinación del Marqués, no la entenderás nunca.
—Señora—exclamó Folentin exasperado—abusa usted de mi paciencia demasiado.
—No tanto como usted de la mía. Vaya usted á buscarme al Sr. Raynaud.
—¿Qué tiene que ver en todo esto?
—Eso es lo que quiero saber.
—Entonces, ¿no lo sabe usted?
—Apenas.
—¿Qué enredo es este?
—Acabará usted por saberlo.
—¡Desgraciados entonces los que me hayan engañado!
—Sí, es cosa sabida. Es usted un rayo. Lo pulveriza todo, pero le suplico que observe que hasta ahora no le hable de mis proyectos, por más que usted me ha anunciado groseramente sus intenciones. Piensa usted echarme de su casa, y yo estoy decidida á no permanecer en ella.
—¿Adónde irá usted?
—Adonde tenga la seguridad de no encontrarle.
—¿Tanto me odia usted?

- ¿Yo? No me tomo este trabajo. Le trato como merece; como á un personaje sin consecuencia...
—¡Sin consecuencia!
—Ya ve usted que es su destino. Ni Condottier, ni Raynaud, se ocupan de usted..
—Se ocupan el uno del otro, pero yo acabaré ocupándome de los dos.
—Para ponerlos de acuerdo. Perfectamente. Antes que sea demasiado tarde, vaya á buscar al Sr. Raynaud.
—¿Y qué papel voy á hacer?
—Siempre preocupado por lo mismo... No parece usted lo que es...
—Pero ¿qué es lo que soy?—gritó Folentin fuera de sí.
—Nada de lo que merece ser, y ciertamente no es usted quien puede alabarse de ello.
Folentin hizo mueca de despecho, se encogió de hombros y murmuró:
—Hoy no se te puede tolerar, y ya que no quieres darme cuenta de lo que pasa, arréglate como puedas. No me expondré más tiempo á tus tonterías. Buenas noches.
Rosa no le contestó; pero apenas había cerrado la puerta de su tocador, se puso en pie de un salto, tiró la toquilla de encaje que le cubría la garganta, y despojándose de la bata empezó á vestirse. Se puso un traje oscuro y un sombrero sencillísimo, y cubrió el rostro con un velillo muy espeso, y sin decir nada á nadie bajó por

una escalera interior, pasó por delante del portero y salió á los Campos Elíseos. La noche era suave y clara. Llegó hasta el Palacio del Eliseo, se detuvo un momento ante el vasto edificio, y entrando luego en el vestíbulo se dirigió á la administración:

—El Sr. Raynaud ¿está en su cuarto?

—Voy á preguntarlo, señora.

Sentóse pacientemente en un rincón, y un instante después sonó el timbre del teléfono y se cambiaron algunas palabras.

—El Sr. Raynaud acaba de llegar. Segundo piso, núm. 17. Enfrente está el ascensor.

Rosa dió las gracias con una inclinación de cabeza, y siguiendo al empleado que le indicaba el camino, se detuvo ante el núm. 17. El corazón le latía con violencia. Dominando su emoción, hizo sonar el timbre eléctrico. Un instante después, un criado la hizo entrar en un saloncito.

—Advierta al Sr. Raynaud—dijo Rosa—que una señora desea hablarle.

No quiso dar su nombre á aquel criado desconocido. Pensó que Valentín sabría adivinar su presencia en su casa. Tal vez quería darse cuenta del efecto que su visita produciría y asegurarse al mismo tiempo de que ninguna otra mujer visitaba á Raynaud. Debíó quedar satisfecha, pues Valentín salió sin vacilar:

—¡Cómo, señora! ¿usted en mi casa? ¿Qué sucede?

—Eso es lo que vengo á preguntarle, pues no me ha dado ninguna noticia, y hasta mí han llegado rumores que me inquietan vivamente.

—Yo le suplico que no se preocupe por mí.

—¿Por quién quiere usted que me preocupe? El único que me interesa es usted...

Inmediatamente lamentó haber pronunciado estas palabras, que ponían de manifiesto con demasiada claridad su modo de pensar y sus sentimientos. Raynaud no abusó por esto, y siguió manifestándose circunspecto y frío. Rosa, incapaz de moderarse, dijo:

—¿Qué significan esa reserva y esa circunspección? ¿Oyen lo que decimos? ¿Está usted acompañado?

—No estoy solo. Ralph Evans vive conmigo; pero tranquilícese, pues nadie puede oírnos.

—A mí qué me importa... Yo le ruego que me diga á qué extremo han llegado las cosas.

—Pues bien, señora; el marqués de Condottier ha considerado como ofensa mi intervención en el coloquio que sostenía con usted...

—Me imagino—interrumpió ella—que no se prestará usted á las fantasías del marqués de Condottier.

—No sé si el Sr. de Condottier tiene fantasías. Parece despechado porque interrumpí aquella conversación con usted.

—Por lo menos—añadió Rosa con vehemen-

cia—supongo que cree que hubo complacencia por mi parte para encontrarme sola con él...

Valentín no se conmovió.

—Señora, no tengo ninguna opinión, ni hay afortunadamente porqué tenerla.

Rosa se estremeció; hizo un gesto brusco de enérgica protesta, y arrancándose el velillo que la ahogaba, mostró á Valentín su hermoso rostro, pálido y contraído.

—Con todo, supongo que me cree cuando afirmo que me encontré sola en casa del Sr. de Condottier, muy contra mi gusto.

—Señora, no hay nada que me haga dudar de sus afirmaciones.

—Emplea usted conmigo una corrección y una cortesía que son más ofensivas que la brutalidad.

—Para permitirme ser brutal con usted—dijo con amargura—no soy el marqués de Condottier.

—Al fin ha expresado usted su pensamiento—exclamó Rosa encolerizada.—Cree usted que Condottier tiene derechos sobre mí, y lo dice... se atreve á decirlo...

Valentín se detuvo ante ella, encogió los hombros, sus ojos centellearon y replicó:

—Sí, me atrevo á decirlo y me estremezco de vergüenza y de rabia. Sí, creo que fué usted á esa cita, y que si estaba encerrada con el marqués de Condottier era porque le había dado de-

recho para que se tomase con usted toda suerte de libertades. Que se hubiese usted enfadado con el Sr. de Condottier, que éste se hubiese propuesto obligarla á ceder, y que yo llegase para librarle de su insistencia, cosas son que nada significan. Es un incidente sin ningún valor, una casualidad. Lo que domina es su acuerdo con él, afirmado por todo lo que dice, medita, mancha, babea y calumnia el mundo infame en que ustedes viven. Es su acuerdo, atestiguado por los privilegios sin número que usted ha concedido públicamente á ese bellaco insolente. Es su acuerdo, cuyas pruebas se complacía en darme como para cruzarme la cara, sabiendo que sufría atrozmente. Después de todo esto, ¿es extraño que ayer la encontrase encerrada con el marqués de Condottier? Lo sorprendente hubiera sido no haberla encontrado. Pues bien, ese día la habrá tratado con menos caballerosidad que de costumbre. Esos hombres de mundo tienen pocas atenciones con las mujeres. La habrá disgustado por tomarse demasiadas libertades, y sin embargo, no tenía porqué manifestarse correcto. Usted habrá querido salir antes que él se lo permitiese. ¿Qué significa todo esto? ¿Que lo que he oído contar con respecto á usted es falso, que lo que le he visto hacer es vano, y que el Sr. de Condottier no es su amante? Señora, ¿me cree usted estúpido?

Rosa le miró un instante satisfecha al verle

alterado por la cólera, temblando de angustia y fuera de sí. Después, con mucha calma, dijo:

—¿Porqué le desafía si es mi amante? Y ¿porqué turbó usted nuestra conversación si creía que tenía derechos para retenerme en su casa á pesar mío? Usted sabe perfectamente que entre él y yo no ha habido más que ligerezas, que todo lo que se cuenta son calumnias, y que hasta lo visto por usted mismo es ilusorio.

—Entonces—gritó con desesperación—¿porqué se ha ingeniado usted para hacer fuera de mi presencia y delante de mí todo lo necesario para hacerme creer que si no estaba perdida estaba á punto de perderse?

Rosa movió la cabeza; una sonrisa enigmática y encantadora contrajo sus labios, y dijo:

—¿Porqué? Sí, ¿porqué? He ahí lo que sería preciso adivinar.

Con abatimiento, Valentín dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—¿Cómo se complace torturándome! Cada vez que la veo quedo rendido, desolado. ¡Qué coqueta tan atroz es usted, para que en este mismo momento venga á provocarme con la deliciosa sonrisa de sus labios burlones y la misteriosa mirada de sus ojos, que prometen siempre y no cumplen nunca! ¿Qué espera obtener de mí en cuanto á cobardía ó locura? Hable, explíquese usted, ya ve que me perturba el cerebro y me desgarrá el corazón.

Rosa se sentó á su lado, y levantando el dedo con el gesto autoritario que tan familiar le era, contestó:

—Quiero que al fin me diga lo que piensa, y que en ese cerebro que perturbo y en ese corazón que desgarró no haya nada oculto para mí.

Valentín sintió que un estremecimiento violento agitaba todo su ser, y acercándose mucho á Rosa y con voz baja y temblorosa le dijo:

—Usted quiere saber que la adoro, que la he adorado siempre, y que en estos momentos en que tantos motivos tengo para sospechar y temerla, la adoro aún porque mi destino es amarla eternamente, desgraciado, pero fiel hasta la muerte. Sí, desde que pienso, desde que soy suyo, no he podido hacerme dueño de mí mismo á pesar de sus injusticias y crueldades. Sufría en silencio no viéndola como yo había soñado, y era para mí una desesperación inconcebible estar condenado á presenciar su degradación moral. Me fui al otro extremo del mundo para librarme del horrible espectáculo de ver que aquella que yo deseaba superior á todas las mujeres se rebajaba hasta las más indignas, siendo amiga de una condesa Grodsko y compañera de las locas que solo buscan en la vida ocasiones de placer. Pero de lejos como de cerca pensaba en usted y tenía solo un deseo, verla de nuevo aunque fuese para sufrir. A los tres años he vuelto, y ya ve usted que no me he equivocado respecto á lo que

esperaba, puesto que desde el primer momento la encuentro envuelta en la odiosa intriga de la que pretende ser víctima. Con razón me decía Evans: «¿Qué va usted á hacer en ese mundo podrido? Quédese á mi lado, en nuestros horizontes inmensos, trabajando libremente y lejos de perversidades y bajezas. Aquí somos reyes; hacemos lo que queremos, y en cuanto vuelva á París se sentirá aniquilado por las costumbres, los prejuicios, las convenciones, y se convertirá en un pobre esclavo.» No quise escucharle; volví, y no hay tormento que no haya sufrido. Me avergüenzo de mí mismo; siento horror de los demás; la censuro y la acuso; me pregunto si debo despreciarla, y con todo, la adoro. Usted ha querido saber lo que había en mi cerebro y en mi corazón; pues ya lo sabe. No le he ocultado nada.

Muy dulcemente, Rosa le contestó:

—Ha hecho usted muy bien, y estoy contenta de saber que me quiere. Usted es el único hombre cuyo afecto necesito. Usted lo sabía, ¿por qué me lo regateaba? Muy injusta he sido con usted, pero estaba ciega. Cuando hablamos en el jardín de la fábrica de Beaumont, ¿me quería usted tanto como hoy? ¿Por qué no me lo dijo entonces?

—No me atrevía. Mediaba entre nosotros una gran distancia, y para salvarla hubiera necesitado otros ánimos. Usted me descorazonó...

—Es cierto. No sabía dónde tenía el juicio. Solo pensaba en una posición elevada, gran fortuna, lujo brillante... Era una chiquilla sin experiencia. Para llegar á ideas sanas y fuertes ha sido preciso que sepa lo que de vano y miserable tenían mis deseos. Recuerdo que Evans y usted, en vez de atacarme suavemente y tratarme con indulgencia, me atacaron de frente, con aspereza, y golpearon con fuerza mis quimeras. Pero yo no veía más que por los ojos de mi madre, henchida por los de aristocracia, y de mi padre que solo estimaba á la gente de dinero. Para demostrarme hasta qué punto me equivocaba, han sido precisos el conocimiento de la vida y la experiencia de la realidad. Cuando era ya demasiado tarde. Usted se había marchado y yo me encontraba sola, entregada á mí misma y en medio de un mundo depravado. Me he visto tan adulada, perseguida y acechada, que no me he perdido por milagro. Ahora todo ha terminado y no corro ningún peligro: hemos tenido una explicación; sé que usted me quiere... y voy á ser dichosa.

Valentín la miró con asombro:

—Y ¿cómo pretende acomodar sus sentimientos con su situación? Está usted casada...

Rosa replicó con serenidad:

—Sin duda, pero tengo libertad. Nos veremos todos los días. Mi marido no nos molestará lo más mínimo...

Valentín volvió la cabeza, y luego, como si temiese adivinar lo que Rosa iba á decir, interrumpió:

—¿Y usted será mi querida?

Rosa enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¿Qué dice usted? ¿Aceptaría usted esa situación? No lo creo...

—Entonces ¿qué vida nos espera? Tiene usted la pretensión de colocarse por encima de los prejuicios corrientes y razonar de un modo superior, pero no puede desconocer que la situación en que nos encontraríamos llegaría á ser inaceptable. Cuando una mujer casada ha adquirido la certeza de que solo puede vivir dichosa con un hombre que no es su marido, y se lo ha confesado á ese hombre, no queda más que el divorcio ó el adulterio. Según usted misma dice, al principio de su vida cometió un error que la ha conducido á la situación en que se encuentra. Lo más prudente y juicioso es seguir en ella.

—¿Y continuar viviendo como vivo? ¡Nunca!

—Entonces ¿quiere usted divorciarse?

—Sí, es preciso.

—Y su marido ¿querrá?

—Probablemente no, á no ser que su amor propio le incite.

—Entonces no hay solución.

—Eso es lo que veremos.

—Yo le suplico que no hablemos más de estas

cosas. Me parece que son, solo discutiéndolas, tan depresivas para usted como para mí. Contentémonos con la amistad sincera que nos está permitida.

—Con la condición de que me dará usted todas las garantías de obediencia y buen juicio que tengo derecho á esperar. Nada de cuestiones con el marqués de Condottier...

—Eso no depende de mí.

—Sí, depende de usted. Si no se agrian las negociaciones empezadas, siempre hay medios de arreglar las cosas. Es cuestión de procedimientos.

—¿Se conformará el marqués de Condottier?

—Se le obligará.

—¿Quién?

—Evaus y mi padre; yo, si es preciso.

—¿Usted? En nombre del cielo le suplico que si quiere que todo termine en paz, no se meta en nada. Si interviene, las cosas se pondrán peor.

—Bien, no haré nada, pero prométame que será usted razonable.

—Sí, y para probarlo, le suplico que vuelva á su casa. Son las once.

—Me voy.

Se colocó el velillo ante el espejo, y para Valentín fué causa de gran satisfacción ver en su casa, elegante y familiar, á esa mujer que durante tantos años había deseado su presencia. Ella se volvió, le miró un instante como si qui-

siera grabar su imagen en sus ojos, y sonriendo le dijo:

—Es usted, y sin embargo, no es usted.

—Eso es decir que la opinión que se había formado de mí no corresponde á sus recuerdos. Yo soy siempre el mismo, usted es la que ha cambiado.

—Sí, he cambiado mucho, mucho—murmuró—y es una gran fortuna. Usted se acordará de que en casa de mi padre me llamaban riendo la conquistadora. Tal vez, después de muchas conquistas inútiles ó enojosas, habré llegado á la conquista envidiable: la de un corazón sincero y abnegado.

Rosa le tendió la mano, hizo un movimiento como si fuese á arrojarse en sus brazos, pero ante su rostro grave se contuvo, y esbelta y ligera desapareció por el pasillo.

VI

Folentin se disponía á ir á su despacho, cuando su mujer le pasó recado rogándole que pasase por su habitación. Este género de caprichos eran muy raros en Rosa, y para que se alterase el curso de la reglamentada vida conyugal pre-

cisaba que ocurriese algo importante. El banquero cruzó el saloncito, entró en el gabinete de su mujer, y la halló sentada ante su tocador con un telegrama en la mano. Ni siquiera le dió tiempo para que la saludara. Con el rostro alterado y los ojos brillantes, que atestiguaban violenta emoción, entregó el telegrama á Folentin diciéndole esta sola palabra:

—Lee.

Folentin le desdobló con impaciencia, y como era prévite y veía mal de cerca, leyó difícilmente: «Querida Rosa: te prevengo que Raynaud y Condottier se baten hoy á medio día. Nuestro padre está excitadísimo y con Evans es padrino de Valentín. Toma las medidas que creas convenientes. Te abraza, Mauricio.»

El banquero dobló maquinalmente el papel y lo dejó encima del tocador; con preocupación visible dió algunos pasos, y luego dijo:

—Raynaud se bate con Condottier... Pero, pero... Condottier y Raynaud ¿porqué?

—¿Vas á empezar como ayer á buscar las razones y las causas? Se baten, es un hecho. ¿Qué piensas hacer para impedirlo?

—¿Cómo lo puedo evitar?

—Dirigiéndote á casa de Condottier y haciendo que te explique el papel que sin saberlo desempeñas en este asunto.

—Querida, hablas de modo enigmático y tengo la desgracia de no comprenderte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MONTENEGRO
BIBLIOTECA
"ALFONSO MONTENEGRO"
1625 MONTENEGRO, MEXICO

siera grabar su imagen en sus ojos, y sonriendo le dijo:

—Es usted, y sin embargo, no es usted.

—Eso es decir que la opinión que se había formado de mí no corresponde á sus recuerdos. Yo soy siempre el mismo, usted es la que ha cambiado.

—Sí, he cambiado mucho, mucho—murmuró—y es una gran fortuna. Usted se acordará de que en casa de mi padre me llamaban riendo la conquistadora. Tal vez, después de muchas conquistas inútiles ó enojosas, habré llegado á la conquista envidiable: la de un corazón sincero y abnegado.

Rosa le tendió la mano, hizo un movimiento como si fuese á arrojarse en sus brazos, pero ante su rostro grave se contuvo, y esbelta y ligera desapareció por el pasillo.

VI

Folentin se disponía á ir á su despacho, cuando su mujer le pasó recado rogándole que pasase por su habitación. Este género de caprichos eran muy raros en Rosa, y para que se alterase el curso de la reglamentada vida conyugal pre-

cisaba que ocurriese algo importante. El banquero cruzó el saloncito, entró en el gabinete de su mujer, y la halló sentada ante su tocador con un telegrama en la mano. Ni siquiera le dió tiempo para que la saludara. Con el rostro alterado y los ojos brillantes, que atestiguaban violenta emoción, entregó el telegrama á Folentin diciéndole esta sola palabra:

—Lee.

Folentin le desdobló con impaciencia, y como era prévite y veía mal de cerca, leyó difícilmente: «Querida Rosa: te prevengo que Raynaud y Condottier se baten hoy á medio día. Nuestro padre está excitadísimo y con Evans es padrino de Valentín. Toma las medidas que creas convenientes. Te abraza, Mauricio.»

El banquero dobló maquinalmente el papel y lo dejó encima del tocador; con preocupación visible dió algunos pasos, y luego dijo:

—Raynaud se bate con Condottier... Pero, pero... Condottier y Raynaud ¿porqué?

—¿Vas á empezar como ayer á buscar las razones y las causas? Se baten, es un hecho. ¿Qué piensas hacer para impedirlo?

—¿Cómo lo puedo evitar?

—Dirigiéndote á casa de Condottier y haciendo que te explique el papel que sin saberlo desempeñas en este asunto.

—Querida, hablas de modo enigmático y tengo la desgracia de no comprenderte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MONTENEGRO
BIBLIOTECA
"ALFONSO MONTENEGRO"
1625 MONTENEGRO, MEXICO

—La opinión se encargará de iluminarte, pero será demasiado tarde.

—Según tú, ¿qué papel desempeña?

—El de víctima.

—¿De quién?

—De Condottier.

—Con tu complicidad...

—De ningún modo, y en eso precisamente consiste su superior habilidad. Se burla de ti, y de tal modo ha combinado las apariencias, que no podrás librarte del ridículo si dejas pasar el momento propicio.

—Veamos, sé algo más explícita. No me arrastres á desmentir mi conducta pasada y á que me conduzca bruscamente, como un burgués que provoca escenas domésticas. Ya sé á qué atenerme respecto á los sentimientos que te inspiro. Me los has expresado con una sinceridad que no me permite conservar ninguna ilusión. Solo te ruego que me hagas ver el interés que tengo en intervenir en los asuntos de Condottier y Raynaud, ya que quieres que me mezcle en ellos.

—Quiero que impidas que Condottier mate á ese honrado muchacho.

—No se mata á la gente con tanta facilidad.

—Te digo que ese encuentro acarreará un escándalo que caerá sobre ti...

Fo'tentin se quedó perplejo. Sentía profundo rencor contra su mujer que tan cruelmente ha-

bía herido su vanidad, y empezaba á concebir acerbos dudas respecto á los móviles que guiaban á Raynaud, pues hacía tiempo que ya sabía á qué atenerse sobre los escrúpulos de Condottier. Luchaba entre el deseo de no complacer á Rosa y el ansia de conocer las diversas causas ocultas que provocaban la repentina hostilidad de Condottier contra Raynaud. Además, una vaga aprensión de que la opinión le juzgase severamente le turbaba. Con frialdad examinó las razones que tenía para seguir ó rechazar el consejo de su mujer. La curiosidad y la inquietud le decidieron, y resuelto dijo:

—¿Quieres que intervenga? Pues bien, lo haré. Ahora mismo voy á casa de Condottier.

Rosa no le dirigió siquiera una palabra de aprobación. Inclino la cabeza, y nada más.

El Marqués, hablando con La Brède y Tremblay, se ocupaba en los preparativos del encuentro. Había sacado de un armario una caja de pistolas, y las examinaba con la atención propia de un inteligente.

—Las más pesadas son mejores— dijo La Brède.—Pero te aconsejo que elijas las más ligeras. Con doble carga de pólvora y la bala bien apoyada hay un setenta y cinco por ciento de probabilidades para que todo acabe bien...

—Precisamente por esto elijo las otras...

—¡Ah! ¿Tienes proyectos sanguinarios?

—Raynaud, con su aspecto puritano me molesta...

—¿Piensas que querrá matarte?

—Podría ser.

—Hablemos formalmente. ¿Vamos á presenciar una catástrofe?

—Si mi adversario llega á aceptar la espada hubiese podido contestarte, pero con la pistola no sé nada de lo que pasará.

—Raynaud es grueso, tú eres delgado como un junco. Tienes probabilidades.

—Es posible que mi adversario tire bien. Ralph Evans tiene fama de ser un tirador de primera fuerza.

—Pero, hombre, no te bates con él.

—Es muy raro que el compañero de un buen tirador no sea buen tirador también; y así como La Bréde y Tremblay sois dos escopetas de primera, Evans ha podido enseñar á su amigo á tirar á pistola. Pero eso no me preocupa, al contrario...

—Lo derribarás como á un muñeco.

El ayuda de cámara, que llegó á decir misteriosamente á su dueño que el barón de Rocher deseaba hablarle, interrumpió la conversación.

—Folentin—exclamó el Marqués.—Que entre, no estará de más.

Él mismo se dirigió á la puerta, y abriéndola dijo:

—¿Cómo? ¿A la hora del correo? ¿Qué sucede? ¿Arde la Bolsa? ¿Viene usted á buscarnos para que salvemos sus papeles?

—No. Deseo hablarle del encuentro que se prepara...

Y con la mano señaló las pistolas que estaban sobre la mesa.

—Bueno, pues hable libremente—dijo el Marqués en tono de burla.—La Bréde y Tremblay son mis padrinos y conocen el asunto...

—Conocen lo que usted les ha dicho.

—¿Hay algo más?

—Eso es lo que si usted quiere vamos á examinar los dos.

—¡Cuánta gravedad! Alaviva adopta aires de Bartolo.

Folentin frunció el entrecejo. La entonación que Condottier daba á sus palabras, y que le había molestado desde el primer momento, empezaba á irritarle. Volviéndose hacia La Bréde y Tremblay, les dijo:

—Amigos míos, les ruego que me dejen solo con Condottier unos instantes. Tengo que hablarle de un asunto muy delicado y que exige la mayor discreción.

—Fumad un cigarro en el jardín—dijo el Marqués, ofreciéndoles una caja de habanos.—Soy con vosotros al momento.

Dirigiéndose á Folentin le señaló una silla.

—Siéntese y suelte sus confidencias.

Folentin adoptó una actitud imponente, y mirando con severidad á Condottier, dijo:

—Marqués, ¿afirma usted que no se bate con Raynaud por causa de mi mujer?

Condottier hizo un gesto de enojo, y devolviendo á Folentin la mirada severa con otra de tristeza, replicó:

—¿Qué le puede importar á usted eso?

—Mucho.

—Desde hace poco tiempo, ¿verdad?

—Desde hace poco ó mucho tiempo, yo le ruego que me conteste.

—Lo toma usted de una manera que no me puedo negar á satisfacerle. Es en efecto cierto que el señor Raynaud y yo estamos en desacuerdo á causa de la Baronesa.

—¿Porqué?

El rostro del Marqués expresó el mayor asombro.

—¿Porqué? ¿Me pregunta usted porqué?

—Sí, pregunto porqué.

—Pues bien, querido—dijo tranquilamente el Marqués—, porque los dos la queremos.

—¿Y se atreve á decirme semejante cosa á mí mismo?—exclamó Folentin.

—En lo que á mí se refiere se lo he dicho ya tantas veces á su mujer, que no sé cómo repetírselo. Pero si quiere usted aceptar la comisión, se lo agradeceré mucho.

—¿Se burla usted de mí?

—De ningún modo—replicó Condottier con la

mayor sangre fría.—Quiero á su mujer como quería á Rosa Préviniéres. Usted sabe perfectamente que la he querido siempre, y cuando usted me la quitó hace tres años, no ignoraba que la quería. ¿De qué se asombra hoy?

—Caballero, la situación no es la misma.

—Sin duda—dijo el Marqués con amargura.

—Á quien yo quería era á su mujer. Usted se casó con ella por vanidad, para vencerme y aumentar su gloria, y sin preocuparse del dolor que yo había de experimentar. Ese día me hizo usted traición del modo más villano, pues yo había puesto mi confianza en usted y le había encargado que defendiese mi causa. ¿Cómo cumplió la misión? ¿Quiere que lo recuerde? Usted aportaba su gran fortuna. Ella lo sabía y aportaba la gracia particularísima de su seductora naturaleza, la firme voluntad de llegar á ser una de las reinas de la moda. Los dos querían brillar, y en un instante ella me dejó después de haberme hecho concebir esperanzas, y usted me hizo traición cuando yo le había confiado la custodia de mi felicidad. ¿Manifiesta hoy asombro cuando le declaro con franqueza que ni un momento he dejado de querer á su mujer? Perdón, querido; ¿les dí mi corazón como regalo de boda? ¿No estaba ya en mi pecho y tenía yo poder bastante para hacerle cesar de latir cuando Rosa Préviniéres se convertía en baronesa de Rocher en

vez de convertirse en marquesa de Condottier? Eso ya serían demasiadas exigencias.

Folentin, completamente desconcertado, hizo un esfuerzo para recobrar su aplomo.

—Todo esto no explica—dijo—que comprometa usted á mi mujer con un duelo que será público...

—¿Acaso no es público todo lo que hace desde hace tres años? En los periódicos se habla de su mujer como de todas las mujeres de mundo. Pertenece á la publicidad porque se ha propuesto cautivar la atención. En reseñas de bailes, carreras, exposiciones, representaciones, ventas, en todas partes, y siempre se habla de ella. Pues bien, se hablará una vez más. ¿Y después? La gloria se paga. Cuando se es una de las favoritas del reclamo, sería ingratitud ocultarse en el momento más interesante.

—Ya veo el fin que usted se propone—exclamó encolerizado Folentin.—Quiere comprometer á Rosa lo bastante para separarla de mí.

—¿Separarla de usted? Usted se burla. Hace mucho tiempo que lo está. Una mujer tan inteligente como ella no podía tardar en saber á qué atenerse con respecto á un hombre como usted. No se preocupe, Folentin; hace tiempo que todo ha terminado.

—Entonces, ¿por quién se empeña esta partida?—preguntó Folentin, que hacía esfuerzos para recobrar la posesión de sí mismo.

—Querido, no tengo porqué ocultarle nada. Nunca me conduje como usted, hipócritamente. ¿Quiere saber quiénes son los que hacen rodar la bola? Pues el Sr. Raynaud y yo.

—¿El Sr. Raynaud?—repitió Folentin estupefacto.

—Pero, ¿de dónde sale usted?—dijo el Marqués.—¿Aún no sabe que el antiguo empleado de Prévinières está locamente enamorado de su mujer? La quiso como yo, siempre.

Miró al banquero con piedad, y repuso:

—Mire que no figurarse nada de lo que sucede... Pero, ¿para qué diablo le sirven los ojos? Fuera de sus halagadoras ocupaciones, ha tenido usted tiempo de examinar la comedia que se representaba á su alrededor. Después de tres años de flirteos, coqueterías, citas y apretones de manos, es usted tan inocente como un niño recién nacido.

—¡Raynaud y usted!—repitió Folentin.—Lo de usted lo sabía, pero no le tenía miedo.

—Muchas gracias.

—¡Pero Raynaud!

—Sí, Raynaud. A ese no le gusta flirtear, es sincero. Ama y eso le basta. No pide nada en cambio, y si todo el peligro estuviera en él podríamos dormir tranquilos, pero está de por medio Rosa, y la cosa varía.

—¿Ella le quiere?

—Es tan fantástica y voluble, que hay para dudar. Los síntomas son terribles. El otro día,

cuando llegó él á mi casa, se puso de un modo que, vamos, Folentin, eso es más amenazador para su dignidad conyugal que todas mis tentativas, que no han dado ningún resultado, lo confieso sin pizca de vanidad. Valentín es el enemigo terrible, y por esta causa, no por otra, estaremos frente á frente dentro de un rato. ¿Era esto lo que usted me venía á preguntar? Pues ya está enterado, ya sabe usted lo que quería saber.

Folentin permaneció un rato abstraído en reflexiones que seguramente no eran risueñas. Luego levantó la cabeza y dijo.

—Usted estaba encerrado con mi mujer cuando Raynaud llegó. ¿Los vió á ustedes?

—Hundió la puerta.

—De modo que á sus ojos, la ofensa que usted me ha inferido es palpable...

—¿Ahora piensa usted en eso? —dijo Condottier riendo.— Siempre el mismo. En el momento que la casa está ardiendo, se preocupa usted de que haya cristales rotos. ¿Quiere usted provocarme cuando trabajo para desembarazarle del hombre que más le molesta?

—Seguramente no lo hace usted por mí.

—Claro que no. Pues no faltaría más. Obro por mi cuenta y no retrocederé ante nada. Odio á Raynaud, que es todo lo contrario de lo que soy, y siento que me odia. Tranquilícese, Folentin; la liquidación, como usted dice en la Bolsa, se hará sin que tenga usted que intervenir en ella.

Cuando sepa lo que corresponde á Raynaud ó á mí, obrará como quiera ó como pueda, porque en ese momento será preciso contar con su mujer, cosa algo difícil...

—¿Qué prepara? ¿Qué quiere?

—Por el momento quiere impedir que Raynaud y yo lleguemos á batirnos. Confiese que ella misma le ha enviado.

—Sí.

—¡Ve usted! Su diplomacia, por ser hostil, no es menos clara. Seguramente tiene la vaga esperanza de que de una explicación entre nosotros saldrá un lance que desviará el riesgo que corre su favorito.

—¿Cómo! Cree usted...

—La situación sería entonces muy sencilla. Si yo salía bien, ella quedaría tal vez viuda, y entonces, libre de mí, matador del hombre por quien vestiría luto—color que le va muy bien al rubio de su pelo—me arrojaría de su presencia y al año se casaría con Raynaud. Si por el contrario—nadie sabe lo que puede suceder—, usted me hacía morder el polvo, entonces, llena de horror por el que había vertido mi sangre, se separaría para siempre de usted, y un buen divorcio daría el mismo resultado.

—¿Piensa casarse con Raynaud?

—Sí, y ¿cómo no pensarlo? Ese muchacho es un héroe de novela. Es un ser noble, desinteresado y prodigiosamente millonario. ¿No conoce

usted nuestros autores? Es un Monte Cristo moderno. ¿Cómo vacilar en seguir á un hombre que siembra el oro por donde pasa? ¿Qué supone el pobre Folentin al lado de ese Nabab? Yo mismo ¿qué soy?

—Se ha burlado de mí—dijo Folentin.—No me figuraba nada de lo que ocurre. Rosa fingía desvío por Raynaud; yo mismo le rogaba que le acogiese con más amabilidad, porque temía que su acritud perjudicase mis negocios.

—Vamos—replicó Condottier.—Estoy contento de ella porque lo ha hecho bien. ¿Qué iba usted á hacer con esa mujer? En otro tiempo le dije que no estaba á su altura y que obraría con más juicio quedándose soltero. Usted lo ha querido, Folentin... Ahora arréglese como pueda con ella. En lo que á mí se refiere, veo claramente que he perdido la partida. Procuraré librarle de Raynaud, pues en adelante no he de poder prestarle otro servicio.

Folentin se estremeció, y después de un momento de vacilación dijo:

—Permita que vea á Raynaud y que le hable. Quien debe batirse con él soy yo.

Condottier enrojació al oír esta proposición. Su rostro expresó una fiera que le embellecía las líneas duras del rostro.

—No piense usted en ello. Si le he contado todas estas cosas es porque no puede evitarse mi encuentro con Raynaud. ¿Por quién me toma

usted? Me ha ofendido, le he provocado y á nadie cederé el puesto. He podido ser ligero, imprudente, pero cuando mi honor está en juego, nunca transijo. Las cosas seguirán su curso. Luego, libre es usted de exigir cuantas satisfacciones desee.

—Bien—dijo Folentin—, no tengo nada que hacer aquí. Hasta la vista, Marqués.

Condottier se echó á reír.

—Gracias por su buen deseo. Lo acepto como un voto que sale del corazón. Hasta la vista, Folentin, y ya sabe usted, amigo mío, que prefiero mi suerte á la suya.

Dentro de un cuarto de hora sabré si el señor Raynaud tiene buena puntería.

Folentin movió la cabeza con indecisión, saludó al Marqués sin darle la mano, y se alejó. Condottier se encogió de hombros con desdén, y abriendo la ventana que daba al jardín llamó á sus amigos.

—¿Se ha marchado ya Folentin?—preguntó La Brède.

—Sí, y nosotros vamos á hacer lo mismo. Son las once y media, y tenemos el tiempo justo para llegar á Villebon.

—En marcha.

Una enorme impaciencia devoraba á Rosa mientras esperaba el regreso de Folentin. En

su imaginación había barajado los proyectos más contradictorios. Sucesivamente, y con tanto dolor como vergüenza, había pensado en la muerte de Raynaud, de Condottier ó de Folentin. Después pensaba que los duelos rara vez terminaban fatalmente. Con el corazón oprimido imaginábase á Raynaud pálido y ensangrentado, bajando del coche sostenido por Evans y Préviniéres. Únicamente se ocupaba de Raynaud para compadecerle. Él solo le interesaba, pues por ella corría todos los peligros. Condottier había adivinado lo que Rosa no se confesaba á sí misma. Y si había obligado á su marido á que fuese á casa del Marqués, era con la misteriosa esperanza de impedir que Condottier y Raynaud llegasen á batirse. ¿Calculaba que una conversación entre Folentin y el Marqués podría provocar tan graves disentiimientos, que cualquiera otra cuestión les pareciera de poca importancia? Sin duda que no, pero instintivamente empujaba á su marido hacia adelante.

De pronto se estremeció. En la habitación contigua acababan de resonar unos pasos que conocía muy bien. Era Folentin. Rosa sintió un desvanecimiento. Él entró malhumorado y sin prestar atención á la crisis porque atravesaba su mujer. Cruzó el gabinete, se apoyó en la chimenea, y parecía poco dispuesto á dar explicaciones. Rosa fué quien, encontrando el silencio intolerable, le interrogó:

—¿Has visto al marqués de Condottier?

—Le he dejado hace un momento.

—¿Qué ha resultado de vuestra conversación?

—La certidumbre para los dos de que solo te preocupas por Raynaud, y que tal vez no habrías visto con disgusto que Condottier y yo hubiésemos decidido batirnos en tu honor.

Rosa enrojeció. En aquel momento tuvo la revelación de los oscuros móviles á que había obedecido. Bajó la cabeza temiendo que se leyese una confesión en su mirada, y con voz temblorosa dijo:

—En resumidas cuentas, tú personalmente has preferido dejar las cosas tal como estaban...

—Condottier lo ha querido así. No te oculto que está muy mal dispuesto contra su adversario.

—Y tú encuentras muy natural que un extraño pague la deuda que tú has contraído.

—Querida, en esta ocasión paga por sí mismo. Tú lo sabes bien.

—Pero ignoras que si es hoy enemigo de Condottier lo es por defender la honra de tu mujer.

—Lo que no ignoro es que esos dos hombres se disputan tu corazón, que honradamente debería pertenecerme, y el espectáculo, en verdad, no me conmueve. El papel que represento en este asunto es un tanto desagradable. Me alegro, por lo tanto, de no haber corrido el riesgo de matarme por una mujer que me detesta. No, que-

rida, no; tú has lanzado á Condottier y á Raynaud, uno contra otro; que se las compongan solos.

Miró el reloj y dijo:

—Las doce; es la hora en que debían estar en el terreno, y te garantizo que Condottier no va hoy de buen humor.

Rosa palideció; sus manos se agitaron febriles entre los encajes de la bata y balbució:

—Sientes cobarde satisfacción torturándome al hablar del peligro que corren esos dos hombres.

Folentin replicó:

—Con el peligro que corre uno de esos dos hombres, pues Condottier me ha abierto los ojos, y respecto á tus sentimientos, ya sé á qué atenerme. Yo, que tenía la pretensión de que nadie podría engañarme, he sido engañado por ti. Si, te has burlado de Folentin como de un idiota...

En su rostro Rosa leyó la esperanza de una catástrofe. Su corazón no pudo resistir más, y levantándose bruscamente dijo:

—Caballero, aquí estoy en mi casa, y creo que tengo derecho á estar sola. Su presencia me es insoportable. Si tiene quejas amargas que formular, ahórreme el disgusto de oírlas.

Folentin sonrió forzosamente.

—Muy bien—contestó.—Estimo demasiado mi libertad, para privarle de la suya.

Salió haciendo una ligera inclinación de ca-

beza. En cuanto desapareció, Rosa tuvo la triste satisfacción de poder dejar correr libremente sus lágrimas. La brutal sequedad de Folentin acababa de desvanecer sus últimas ilusiones. De su unión, concebida con tan brillantes esperanzas, solo quedaban tremendas decepciones, amargos pesares y dispendios innúmeros. Ya no existía ningún acuerdo entre ellos, y ligados por los mismos contratos y los mismos deberes, les era imposible continuar viviendo uno junto á otro sin exponerse á un suplicio constante. He ahí adónde los había llevado en tres años aquel matrimonio realizado tan solo para asegurarse triunfos en el mundo elegante. Rosa no tenía en su angustia ni el recurso de lanzar sobre otros la responsabilidad de su desgracia. Ella era quien lo había hecho todo. No cabía decir: «Me han sacrificado, no sabía...» Había decidido esta unión por un movimiento de orgullo, y con pleno conocimiento de causa. Ella misma preparó con arte y coquetería que aquel hombre frío y brutal fuese su marido.

Acordándose de estas cosas se creía víctima de una pesadilla. Ella, la conquistadora, de la que todos celebraban la inteligencia, la que su padre y su padrino admiraban con orgullo por su distinción y talento, ¿cómo había podido equivocarse con respecto al valer de Folentin, y considerar una felicidad pertenecerle? Se sentía humillada, derrotada, y sobre todo dudaba de su

clarividencia. Después de haberse conducido tan locamente, ¿no obraría contra sentido común, separándose de él? ¿Porqué razón? Nadie podía iluminarle con respecto á su destino. Raynaud no le había hablado de ruptura, y sin embargo, seguir con Folentin, vivir con él, soportarle á todas horas, le era imposible. Veía aún ante ella el rostro moftetudo de su marido detallando con cruel escrupulosidad los peligros que corría Valentín. Encontraba á su marido horrible, vulgar, calculador, mezquino. Le inspiraba horror, y en aquella hora de angustia surgía un Folentin para siempre detestable.

La distrajo de estas reflexiones su doncella que entró para decirle:

—Señora, el señorito Mauricio está ahí...

Dió un salto adivinando que su hermano le traía noticias, y sin preocuparse de lo que su doncella podría pensar gritó:

—Mauricio, entra.

Le salió al encuentro, le estrechó las manos y mirándole con ojos extraviados le preguntó:

—¿Qué?

—Tranquilízate, no es nada grave.

Rosa palideció y tuvo que apoyarse en su hermano.

—¿Qué ha ocurrido?

—Raynaud está herido, pero no de gravedad.

—Me engañas, ha muerto.

—Te juro que no.

—¿En dónde está?

—En su casa.

—Voy allá.

—¿Estás loca?

—Ya fui ayer.

—¿Tú?

—Sí, yo. Vamos, Mauricio, tú me acompañarás. Me visto ..

—No, no—dijo el joven.—Hazme el favor de calmarte. Te juro que Raynaud no corre ningún peligro.

—Y ese miserable de Condottier ileso.

Se dejó caer en el sofá, y ocultando la cara entre las manos, rompió en desesperados sollozos.

—Vamos, Rosa, sé razonable. Evans me ha dicho que venga para tranquilizarte. Cálmate. Te juro que con tres semanas de reposo, Raynaud estará restablecido. Tiene un balazo en un hombro...

—¡Dios mío! ¡Pobre muchacho! ¿Tiene el brazo roto?

—No. Pommier, que lo ha acompañado al terreno, ha hecho ya la extracción de la bala. Debía haberla traído para convencerte. Estaba encima de la mesa en Villebon.

—¿Sufre mucho?—preguntó Rosa convencida por la precisión de detalles que le daba su hermano.

—¡Diantre! Debes calcular que un balazo no es cosa agradable.

Rosa juntó las manos y con voz ronca dijo:

—Pero él, ¿cómo no ha atravesado á Condottier?...

—Eres feroz. ¿Crees que se atraviesa á un hombre fácilmente á treinta pasos? Hace falta costumbre, la habilidad de ese perdonavidas de Marqués para no errar un tiro. Tanto más, cuanto que Evans ha dado la señal con precipitación. Condottier tira admirablemente, hay que confesarlo.

—Es un asesino. Pero ¿tú has asistido al encuentro?

—Claro. Papá me ha hecho ir para que le sustituyese si se ponía malo.

—¡Pobre papá!... Temía que Raynaud...

—Casi tenía tanto miedo por Condottier. La idea de que uno de los dos pudiese morir en el duelo le aterraba. Cuando vió la camisa de Valentín llena de sangre, se puso tan pálido que parecía él el herido.

—¿Y Raynaud?

—Pues Raynaud no decía nada. Tiene el hombre atravesado. Pommier ha encontrado la bala en la espalda, cerca del omoplato, y la ha extraído.

—¡Qué horror!... ¿Y entonces?...

—Entonces Evans me dijo que cogiera su automóvil y viniese á darte cuenta del resultado.

—Y ellos ¿cómo han vuelto?

—En el landó de papá.

—¿Y Raynaud está ya en su casa?

—Debe de estar.

—Me llevas... ¿quieres?

—No; es imposible. Reflexiona un poco y tranquilízate. ¿Qué diría tu marido?

—Eso no me importa. ¿Crees que voy á quedarme con ese imbécil? Ese sí que no hubiese temido, como papá, que los adversarios muriesen. Si de él hubiera dependido...

—Rosa, reflexiona. Ahora no puedes ir á casa de Raynaud. Desconfía de Folentin; debe estar exasperado y es capaz de tenderte un lazo.

—De todas maneras quiero ir á casa de papá.

—Eso ya es otra cosa. El coche está á la puerta, y si quieres te espero y te llevo.

Mauricio había descrito exactamente el estado moral de su padre en el momento que lo había dejado en Villebon. Los dos hermanos encontraron á Prévinqueres en el salón acompañado de su mujer y de Duburle. Hablando en voz alta recorría á grandes pasos la habitación sin poder disimular la violencia que le dominaba. Cuando Mauricio y Rosa llegaron empezaba, por tercera vez, dando nuevos detalles al relato del encuentro.

—¡Ah, hija mía!—dijo Prévinqueres levantando los brazos al cielo con trágico ademán.—¡Oh, mi pobre hija!—Estrechó á Rosa contra su corazón como si acabase de correr grave peligro.

—Sí, le hemos traído y le hemos acostado como á un niño. Evans está á su lado. Todo va bien. Ni siquiera tiene calentura. ¡Qué firmeza de carácter! ¡Qué valor! Ni una vacilación ante la pistola. Yo, cuando le entregué el arma, temblaba como un azogado. Estaba más muerto que vivo. Él me dió fuerzas sonriéndome. Amigos míos, ¡qué cosa tan horrible para los testigos es un duelo!

—¿Te ha encargado algo para mí?

—Me ha rogado que no te preocupases por su estado.

—¿Y después?

—Que irá á verte en cuanto pueda salir.

—Me verá antes, porque irá á verle yo.

—Está prohibido.

—¿Por quien?

—Por el médico. Ha ordenado que no vea á nadie.

—¿Ni á ti?

—¡Oh, yo! ..

—Papá, escucha: iremos juntos. No entraré en su habitación, pero oiré su voz y tendré la seguridad de que no me engañáis al decirme que está relativamente bien. Hablaré con Evans. Necesito tener una explicación con él.

—Rosa—dijo Prévinières—, te suplico que no te precipites. Estás en un momento crítico. De ti depende que las dificultades más grandes se allanen, y ya sabes que tengo gran confianza

en tu buen juicio. Tu madre y tu padrino te dirán como yo que en las presentes circunstancias hace falta mucha prudencia... Tu marido...

—¡Es un miserable!—exclamó Rosa con violencia.—Ustedes no le conocen. Hace dos días que no puedo mirarle á la cara.

—Vamos, vamos—dijo Duburle bondadosamente.—No exageremos. Folentin no es un miserable ni tampoco un ángel. Es lo que puede ser en medio de los acontecimientos que acaban de producirse.

—Él tiene la culpa de cuanto ha ocurrido. Su rapacidad de hombre de negocios ha puesto á Valentín y á Condottier frente á frente. Él es quien ha... Esta misma mañana me ha dicho que vería con gusto á los dos adversarios muertos...

—¡Oh!

—Así, con esas mismas palabras. Por eso no quiero volver á su lado...

—¡Cómo! ¿Piensas separarte de él?—exclamó Prévinières emocionado.—¿Qué pensará de ti el mundo?

—Poco me importa. Hasta ahora me he preocupado demasiado del qué dirán. Si no lo hubiese sacrificado todo al qué dirán, no me encontraría en esta situación.

—Confieso—dijo Prévinières—que tu casamiento no dió el resultado que se esperaba; pero de ahí á que te separes de Folentin...

—Me es odioso.

—Si todas las mujeres á las que su marido es desagradable se fuesen de su casa, no veríamos más que hogares deshechos.

—Las otras harán lo que quieran, pero yo me guiaré siempre por mis sentimientos.

—Pero ¿y el mundo, hija mía?

—Pero ¿y mi tranquilidad, madre mía?

—Folentin no es mala persona. Es muy tolerable.

—Es un ser nulo para el bien, y siempre dispuesto al mal. Por vanidad sería capaz de pegar fuego á París. No quiero verle más. Después de lo que hemos hablado, no puede haber nada común entre nosotros...

—Entonces ¿piensas en el divorcio?...

Reinó un momento de silencio. En aquel ambiente burgués y católico, la palabra sonó inarmónicamente.

Prévinquiere repitió:

—¡El divorcio... tú, hija mía! ¿Qué dirá nuestro párroco?

—No será él quien lleve el peso de mis males —exclamó Rosa—. ¡Siempre la opinión! Pues bien, el párroco se tapaná la cara, pero yo recuperaré mi libertad. El divorcio es una cosa horrible, madre mía, convengo en ello; pero cuando los caracteres de marido y mujer no concuerdan, y no hay hijos para retenerlos en el hogar, el divorcio es la salvación. Parece haberse insti-

tuido para mí. En mi caso, solo ofrece ventajas y ningún inconveniente.

—Tú sabes, hija mía—dijo Prévinquiere—, que soy muy liberal y que no te habría hablado como tu madre de obligaciones sociales, de escrúpulos religiosos ni aun del efecto deplorable que tu resolución pueda producir en nuestras relaciones; pero miremos la cosa por el lado práctico. ¿Adónde piensas ir cuando abandones la casa de tu marido?

—Al único sitio en que puedo estar al abrigo de toda sospecha, á casa de mi padre.

—Mi casa está siempre dispuesta á recibirte, eso ni que decir tiene. Pero reflexiona las consecuencias que puede acarrear semejante resolución.

—Todo está pensado. Si me quieres no me atormentes más. Soy muy desgraciada.

Su voz se hizo opaca y rompió á llorar. Ante ese espectáculo, Duburle, fuera de sí, se puso en pie, y rojo de indignación, causando el asombro de la señora Prévinquiere dijo:

—¡Cómo! ¿Van ustedes á vacilar cuando esa pobre criatura les pide auxilio? ¿No la quieren ustedes? Que no sea yo quien pueda recibirla y consolarla. Querida niña, tu viejo padrino está á tu lado para todo. Puedes contar con él.

—Vamos—exclamó Prévinquiere—, hasta la gente formal, ó que debiera serlo, empieza á chompear. ¿Adonde vamos por ese camino? Duburle,

hágame el favor de tranquilizarse y no excite á esa chiquilla que necesita calma. No es que yo la vaya á abandonar, pero estas cosas exigen pies de plomo. Voy á ver á Folentin, á hablar con él. ¡Diablo! no hay que olvidar la dote.

—Déjasela, y que me deje tranquila en cambio.

—Hablas á lo tonto. ¡Ochocientos mil francos! Sería capaz de aceptar en seguida.

—Papá, veo que tienes de mi marido la misma opinión que yo.

—En materia de negocios es un individuo muy seguro, pero ya verá con quién trata.

—¿Quiere usted que le acompañe?—preguntó Duburle.

—No, iré solo, para poder decirle todo sin que se resienta el amor propio.

Prévinquieres miró á su hija, movió la cabeza, y rozando con sus labios su hermoso pelo murmuró:

—¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano. Creo que fui el único en verla. Ahora se ha perdido.

Rosa, en voz baja, le contestó devolviéndole el beso:

—¡Si la pudiésemos recobrar!...

VII

—Querido suegro—dijo mal humorado Folentin—, permítame que me asombre del paso que da usted...

—Y yo, querido yerno, permítame que me asombre del modo con que me recibes.

Sentados frente á frente en el despacho de Folentin, los dos hombres se miraron en silencio. Hasta ellos llegaba el ruido de las oficinas en plena actividad, y Folentin, en su casa de banca, se sentía en plena posesión de sí mismo. Allí ejercía un poderío incontrarrestable. Hizo un gesto vago y dijo:

—Usted debe comprender perfectamente que no puedo acoger con calma el anuncio de la ruptura total con mi mujer, y que ésta se marche de mi casa. Es un golpe demasiado serio para mis sentimientos, y que al mismo tiempo alcanza á mi situación...

—Le ruego que no confundamos la cuestión de negocios con la cuestión de sentimientos.

—Sin embargo, es preciso...

—Eso es indicarme que bajo ciertas y determinadas condiciones devolverás la libertad á mi hija.

hágame el favor de tranquilizarse y no excite á esa chiquilla que necesita calma. No es que yo la vaya á abandonar, pero estas cosas exigen pies de plomo. Voy á ver á Folentin, á hablar con él. ¡Diablo! no hay que olvidar la dote.

—Déjasela, y que me deje tranquila en cambio.

—Hablas á lo tonto. ¡Ochocientos mil francos! Sería capaz de aceptar en seguida.

—Papá, veo que tienes de mi marido la misma opinión que yo.

—En materia de negocios es un individuo muy seguro, pero ya verá con quién trata.

—¿Quiere usted que le acompañe?—preguntó Duburle.

—No, iré solo, para poder decirle todo sin que se resienta el amor propio.

Prévinquieres miró á su hija, movió la cabeza, y rozando con sus labios su hermoso pelo murmuró:

—¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano. Creo que fui el único en verla. Ahora se ha perdido.

Rosa, en voz baja, le contestó devolviéndole el beso:

—¡Si la pudiésemos recobrar!...

VII

—Querido suegro—dijo mal humorado Folentin—, permítame que me asombre del paso que da usted...

—Y yo, querido yerno, permítame que me asombre del modo con que me recibes.

Sentados frente á frente en el despacho de Folentin, los dos hombres se miraron en silencio. Hasta ellos llegaba el ruido de las oficinas en plena actividad, y Folentin, en su casa de banca, se sentía en plena posesión de sí mismo. Allí ejercía un poderío incontrarrestable. Hizo un gesto vago y dijo:

—Usted debe comprender perfectamente que no puedo acoger con calma el anuncio de la ruptura total con mi mujer, y que ésta se marche de mi casa. Es un golpe demasiado serio para mis sentimientos, y que al mismo tiempo alcanza á mi situación...

—Le ruego que no confundamos la cuestión de negocios con la cuestión de sentimientos.

—Sin embargo, es preciso...

—Eso es indicarme que bajo ciertas y determinadas condiciones devolverás la libertad á mi hija.

—¿Por quién me toma usted? ¡Cómo! ¿Conformarme con un trato? No; mi mujer no tiene ninguna queja contra mí, y yo las tengo muy serias contra ella... Consentiré en olvidarlas, pero á condición de que desde esta noche vuelva al domicilio conyugal.

—No volverá.

—Entonces considerará justo que tome mis medidas y que haga constar su desaparición.

—¡Cómo, Folentin! ¿El comisario de policía? ¿Tan pronto?

—El ridículo no me concederá un plazo para caer sobre mí, y usted conoce el proverbio francés que dice que el ridículo mata.

—Si muriesen todos los atacados, ¡qué baja en la población! Con todo, un acto de rigor no modificará la opinión...

—Por lo menos tendré el consuelo de que se me apalee á gusto.

—Mi hija ha observado una conducta irreprochable.

—Usted lo afirma, pero Condottier no tiene reparo en decir...

—Calumnias.

—Después de todo yo no sé nada.

—Y teniendo esa idea, ¿quieres que tu mujer vuelva aquí?

—Sería darme una prueba de que Condottier miente.

—Brillante prueba. ¿Te contentarías con ella?

—En la desgracia no se puede ser egoísta.

—¿Es tu última palabra?

—Ha sido la primera, será la última.

—Eres intratable.

—Me veo maltratado.

—Folentin, tú eres quien imagina las hostilidades.

—Cuando mi mujer se ha pasado al enemigo...

—¿Quién es el enemigo?

—Todo el que no piense como yo.

—Dime con toda formalidad si quieres ser franco. ¿Qué te propones?

—Que no se me deje á un lado como á un trasto viejo, y que no se me reemplace por otro trasto mucho más brillante y mucho más lujoso. No quiero, sépalo usted, que se me arrincone. Su hija es mi mujer, y quiera ó no quiera seguirá siéndolo. En todo caso, no será ni marquesa de Condottier...

—Si es eso lo que temes...

—Eso ú otra cosa. En fin, sé lo que digo, y ella lo que quiere es el divorcio para volver á casarse, solo para casarse otra vez. Eso precisamente es lo que no quiero. No me importa que parezca que la dejo; lo que no admito es que parezca que ella me deja.

—Eso es para ti lo importante...

—Sí, lo importante; su hija no se reirá de mí con otro marido. Quiso jugar conmigo, y á ex-

pensas tuyas aprenderá que no se juega con Folentin.

—¿El es el que juega con los demás?

—Sí.

—¿En qué condiciones?

—¿Qué me ofrece usted?

—Dinero.

—¿A mí?

—Me veo precisado á ello, ya que no quieres ceder gratis. Será un modo de triunfar como otro cualquiera. ¿Quieres guardar la dote y devolver la mujer?

Folentin se puso en pie soberbio y orgulloso:

—Semejante proposición... tan ofensiva... ¿Me toma usted por Roberto Macaire?

—Querido, no sé por quién debo tomarte. Todo cuanto veo y oigo desde hace veinticuatro horas trastorna mis ideas. Yo soy todavía de la antigua escuela, de aquella que tenía principios y escrúpulos. Vosotros no sabéis nada de esto. No cargáis con esos pesados equipajes que se llaman buena fe, delicadeza y generosidad. Cuando perseguís un fin no os importan los caminos para llegar á él. No quieres devolverme á mi hija y te ofrezco dinero. ¿No te parece bien? ¿Hay una solución más ventajosa? Habla, Folentin, señala tus condiciones, pon precio. Ahora que tratamos del asunto, no hay porqué aplazarlo.

—Caballero—dijo Folentin furioso.—Usted se arrepentirá de haberme tratado con tan poca

consideración. Es usted mi suegro y le debo además el respeto de la edad. Tengo las manos atadas, felicítese por ello.

—Me felicito Folentin—dijo Prévini—quieres con sorna—, por más que, dicho sea entre nosotros, no me pareces un tigre. Te alegras no poco de tener las manos atadas, como tan noblemente me decías hace poco. Pues bien, sigue así, mi buen amigo, hasta el momento que te canses y prefieras cambiar de posición. Siempre me encontrarás dispuesto á reanudar esta conversación.

—¡Nunca, caballero, nunca!

—Folentin, «nunca» es una palabra vacía de sentido, lo mismo que «siempre». Mi hija y tú habíais prometido vivir siempre juntos. Ya ves lo que ha valido esa promesa. Tu «jamás» equivale á «lo mismo».

—Lo veremos.

—Vamos, por última vez, y seamos juiciosos. ¿Quieres que lleguemos á un arreglo?

—No.

—¿Quieres obligar á mi hija á que vuelva?

—Sí.

—¿Aunque tengas que recurrir al comisario de policía?

—Si es necesario...

—Folentin, ese proyecto es poco elegante.

—No me importa.

—Dejas la puerta abierta á la violencia.

—Se me obliga.

—Por última vez. ¿Te niegas á devolverme mi hija? ¿No pones ninguna condición ni ningún precio?

—No, no, no.

—Muy bien, así la tendré por nada.

Y sin añadir una palabra, Prévinquieres salió del gabinete dejando á Folentin estupefacto.

Tendido en su cama, algo pálido, pero muy tranquilo, Raynaud hablaba con Evans. El rudo americano se había convertido en enfermero y velaba por su amigo con conmovedora solicitud. Su rostro tranquilo, su modo de hablar lento y el poderío que de su persona emanaba, confortaban á Raynaud. Frente á aquel hombre sonriente se sentía tranquilo.

—No he podido evitar el duelo con el marqués de Condottier, me hará usted esa justicia—dijo Evans—, por más que no he podido comprender la utilidad de ese duelo. Ahora lo comprendo menos que nunca. ¿Qué adelantó el Marqués con herirle?

—Es evidente, Evans, que son costumbres muy distintas á las nuestras; pero Condottier me odiaba.

—En ese caso, al batirse con usted ha debido matarle. Como le decía hace un momento, herir no resuelve nada. Quería desembarazarse de un

rival. Extraña idea, pues en ningún país se consigue el amor por la fuerza. Pero, en fin, era una idea. Entonces, la lógica, eran los tiros que hiciesen falta para matarle. Por eso nosotros inventamos el revólver de seis tiros. En Francia se cambia una bala, y aunque sea sin resultado todo termina. El honor queda satisfecho con ese vano y ridículo simulacro.

—Muy ridículo, pero es imposible sustraerse á las costumbres y no sacrificarse á los perjuicios.

Guardaron silencio, y al cabo de un rato Evans preguntó:

—¿Sufre usted?

—Muy poco. Más que dolor siento embotamiento.

—¿Tiene usted sed?

—No. Creo que la calentura ha desaparecido.

—Dentro de ocho días podrá levantarse. ¿Qué piensa hacer entonces?

—Haré lo que usted me ha aconsejado. Volveré á Chiquito y me pondré á trabajar.

—¿Se irá usted solo?

—Con usted.

—Sí, conmigo ya lo sé. Pero, ¿se llevará á alguien más?

—¿A quién se refiere?

—A la baronesa de Rocher.

—Evans, tan bien como yo sabe usted que no es libre.

—Y usted, amigo mío, sabe perfectamente lo

que suponen los lazos que la retienen. Únicamente la voluntad los hace sólidos, y cuando ésta deja de existir se rompen.

—Es imposible que la persona de que usted habla se conduzca con tanta ligereza. Debe pensar en su reputación, en su familia y en su marido. Todo esto la hará reflexionar.

—Escuche, Raynaud. Usted recordará que yo tenía muy mala opinión de Rosa, y que he dicho que nada se podía esperar de una mujer que lo fundaba todo en la vanidad y en la coquetería.

—Es una criatura delicada y encantadora, Evans. Toda es bondad y abnegación.

—Es muy posible, pero sería preciso hacer la prueba. Usted sabe que el oro debe pasar por la piedra de toque. Yo sometería á Rosa á esa última prueba.

—¿Tan desconfiado es usted?

—Lo más posible. Querido, piense usted que si se une á esa mujer, yo tengo que estar en constante trato con ella, pues soy su compañero de vida y de negocios. Si usted sufriese, yo sufriría también, y deseo tomar todas las precauciones para que estemos tranquilos en lo porvenir.

—¿Qué teme usted de ella?

—Su ambición. Tenemos motivos para sospechar de su cálculo. ¿Recuerda usted cómo se casó con Folentin? Se dejó alucinar por su posición y su fortuna, como una alondra por los espejuelos. ¿Empezará de nuevo?

—¿Después de cuanto me ha dicho?

—¡Ah, Raynaud, las mujeres, las mujeres! No se debe tener en cuenta nada de cuanto dicen. Únicamente lo que hacen tiene valor. Pues bien, piense que actualmente es usted mucho mejor partido de lo que en su día lo fué Folentin. Los millones de Chiquito brillan, centellean, hipnotizan. Raynaud, no hagamos tonterías.

—¿Qué intenta usted?

—Nada complicado, es clarísimo.

—¿Qué?

—No se lo diré, me haría traición.

—¡Yo!

—Sí, usted. Sería capaz de advertirla de que voy á tenderla un lazo.

—Le doy palabra de no meterme en nada y de dejarle obrar libremente á su antojo.

—Eso ya es algo.

Evans era un ser antisentimental. Después de conseguir de Raynaud lo que quería, se puso á hablar de otra cosa. Los negocios de Chiquito, el barco cisterna que tenía que encargar, y algunas máquinas para triturar maíz, ocuparon una parte del día. Sin embargo, Raynaud volvió al asunto que ocupaba su corazón, proponiendo á su amigo que protegiesen á Mauricio Préviniéres.

—¿Para qué sirve ese boíate? —preguntó Evans.

—Temo que para muy poco, pero es hijo del

hombre á quien debo cuanto soy. Esta es ocasión de pagar mi deuda.

—Perfectamente; pero será preciso enseñarle á ser útil y hacerle cobrar amor al trabajo. Así prestará un servicio material y otro moral.

—Usted piensa en todo, Evans.

—Querido, no hay nada tan fácil como dar dinero á ese joven. Lo importante es hacerle comprender lo que cuesta ganarlo. El día que se interese por algo será un hombre salvado.

La llegada de Rosa y Prévinquieres les interrumpió. Mientras el criado ponía en orden la habitación, Evans se dirigió al salón para recibir á los visitantes.

—¡Querido! —dijo Prévinquieres—, mi hija no ha callado un momento hasta que he consentido en traerla. ¿Cómo está nuestro herido?

—Un poco mejor. Duerme.

Rosa parecía abatida. Prévinquieres, compadecida de ella, dijo:

—Mira, tengo que hacer una diligencia en Neuilly. Te dejo con el Sr. Evans, y volveré á buscarte. Probablemente Valentín despertará antes.

El rostro de la joven se serenó. Sentóse junto á la ventana que daba á los Campos Eliseos, fijándose en los carruajes que circulaban por la avenida. Desde allí se veía su hotel, del que se había salido con la intención de no volver. Pero no pensaba en eso. Volvía á ver aquel salón, á

Raynaud de pie delante de ella, confesándole que le amaba. ¡Con qué dulzura había oído sus palabras, y qué serenidad le inundaba el espíritu al saberse amada por aquel hombre leal y abnegado! La voz de Evans vino á turbar sus reflexiones. Fijó los ojos en aquel amigo fiel, y le dirigió una mirada llena de dulzura. Él sonrió, y en tono natural dijo:

—Sí, comprendo que cuando usted mira á alguien de ese modo se vuelva loco. Pero yo soy un viejo, y por añadidura un salvaje, de modo que si usted quiere podemos hablar formalmente.

—Yo quiero cuanto usted quiera —dijo Rosa.

—Pues bien, voy á decirle dos palabras con respecto á la situación de Raynaud. El pobre sufre mucho, y en el estado que se encuentra considero muy difícil tener una explicación con él; pero le pasan cosas que no puedo ni debo ocultar á usted.

—¿Porqué á mí? —preguntó la joven.

—Porque tal vez sean de tal índole que hagan modificar sus proyectos. No conozco sus intenciones, pero temo que tome usted una resolución extrema, y contra esa resolución quiero prevenirla.

—Y Raynaud ¿qué tiene que ver en todo eso?

—Le ruego que me deje hablar francamente, tal vez con brutalidad, en interés de todos, y con objeto de no herir susceptibilidades. Usted sabe

que soy un hombre rudo, que digo las cosas como las pienso...

—Bien, bien.—Le suplico que hable—dijo Rosa asustada con el preámbulo.

—He traído para Raynaud muy malas noticias de América. Usted no ignora que habíamos emprendido una formidable especulación que al principio parecía salir bien, pero hemos tropezado con concurrentes poderosísimos y sin escrúpulos. Quisimos luchar, pero fuimos vencidos. Una gran parte de mi fortuna está comprometida. Toda la de Raynaud se ha perdido.

Rosa miró á Evans tranquilamente.

—¿No es más que eso?

—¡Cómo! Se trata de millones, de la única esperanza en lo porvenir, de una empresa admirable, y todo está perdido irremisiblemente.

—Si me hubiese dicho usted ayer que era preciso escoger entre las riquezas de Raynaud y su vida, ¿creo que hubiera vacilado? ¿Qué me importa que se quede pobre, si vive? En el fondo, prefiero que sea así. Fabulosamente rico como se decía que era, hubiera parecido que especulaba. Sin fortuna, nadie podrá dudar de que lo abandono todo por un afecto.

—¿Está usted decidida á abandonarlo todo?

—Sin duda alguna.

—Y ¿qué harán ustedes?

—Puesto que es pobre, cuando yo sea libre nos iremos á Beaumont á la fábrica de mi pa-

dre, y allí viviremos todo el año. Se encargará de nuevo de la dirección de la fábrica, que nunca hubiese debido dejar, y viviremos tranquilos y dichosos.

—Sin fortuna.

—No, no sin fortuna. Mi padre es rico, y no permitirá que carezcamos de nada.

—¿Y usted no echará algo de menos?

—Sí. No haber pensado de este modo hace tres años, y haber estropeado tristemente una parte de mi vida.

—¿Ese es el fondo de su pensamiento?

—Sí, ese es el fondo de mi pensamiento.

Rosa se interrumpió un momento, miró á Evans con fijeza, y sonriendo repuso:

—Querido Evans, era inútil dar tantos rodeos para conocerlo. No tenía más que haberlo argumentado honradamente, y le hubiese contestado lo mismo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el americano con sorpresa.

—Quiero decir que sus malicias están, como decimos en Francia, cosidas con hilo blanco, y se ven los puntos. Si hubiese querido aprovecharme de ellas, hubiera podido mantener las palabras, por lo demás muy sinceras, que he pronunciado hace un momento. Pero eso no sería digno de mí. Crea usted que estoy curada de todas las debilidades pasadas. Puede tener confianza absoluta en mí, en lo que á Raynaud se

refiere, y no someterme á nuevo interrogatorio.

Evans se puso serio:

—¿No ha creído usted cuanto le he dicho al referirle el desastre de nuestras empresas?

—No, no lo he creído.

—Sin embargo, es exacto.

—¿Se empeña usted? En ese caso lo siento por usted, pues en lo que á Valentín se refiere me es indiferente.

—Ahora piensa usted así.

—En adelante pensaré siempre lo mismo.

—He pagado demasiado cara mi ambición para que me sacrifique á ella de nuevo.

Los ojos de Evans se llenaron de lágrimas, y tendiendo la mano á Rosa dijo con emoción que alteraba su voz:

—Confieso que he dudado de usted hasta hace un momento, pero hablando como habla, la duda no es posible. Acepte mis excusas y perdóneme.

La joven se dirigió hacia Evans, y presentándole la frente le dijo:

—Si quiere complacerme, deme un beso.

No lo repitió, y abriendo la puerta de la habitación de su amigo le dijo:

—Esta vez, Raynaud, puede alegrarse. La que le traigo es suya. Pero amigo mío, debo confesar que es más lista que yo: me ha cogido en el lazo que le tendí.

Rosa y Valentín se estrecharon la mano sin preguntar nada á Evans.

La velada terminaba en casa de Prévinquières. Mauricio leía el periódico mientras Duburle y su madre jugaban una partida de *piquet*. Rosa hablaba en voz baja con su padre. Entró un criado, presentando una tarjeta. Prévinquières se puso los lentes y leyó:

—Allard... comisario de policía...

Recorrió el salón con una mirada, y en todos los rostros leyó la misma pregunta. Dejó la tarjeta y dijo al criado:

—Haga entrar á ese caballero en mi despacho.

—Me figuro—dijo Duburle—que viene de parte de su yerno.

—Piensa usted bien. Es el señor Folentín que se manifiesta. Ya estaba advertido.

Se levantó.

—Hay que recibir á ese funcionario sin hacerle esperar. Rosa, ¿quieres hablarle?

—¿Para qué?

—¿Estás decidida á no volver á casa de tu marido?

—Después de su modo de proceder, más que nunca.

—Folentín no sabe conducirse. Carece de tacto.

—Es un cochino—dijo la señora Prévinquières.—Díselo de mi parte á su representante.

—Me guardaré mucho. Con un comisario de policía no se gastan bromas. Lo mismo que prestan grandes servicios, dan grandes desazones.

—No me disgustará—dijo Mauricio—asistir al diálogo de papá con el comisario.

—Acompáñame, pero no abras la boca. Es inútil que dejes correr las perlas de tu clepsidra.

El comisario de policía Allard era un hombrecito rubio, ventrudo, de rostro alegre, vestido de gris como Caraby y luciendo en el ojal la cinta de la Legión de Honor. Se inclinó sonriendo ante Prévinqueres, y aceptando la butaca que Mauricio le ofrecía dijo:

—Caballero, mi misión es un tanto molesta. Vengo encargado por el barón de Rocher, encargado, repito, de rogar á la Baronesa que vuelva á su casa para vivir con su esposo, según el artículo 214 del Código civil.

—Señor comisario—contestó Prévinqueres.—Yo estoy encargado por mi hija, la señora baronesa de Folentin, de declararle que bajo ningún pretexto, y por nada del mundo, consentirá en sufrir las exigencias de su marido.

Allard sonrió y miró amablemente á Mauricio y á Prévinqueres.

—Eso es claro, terminante y simplifica las formalidades. No se asombrarán ustedes, señores, si les hago firmar el proceso verbal en que debe constar la negativa opuesta á mi demanda... Es de derecho... Presumía el modo cómo sería acogida

mi pretensión, y he traído el documento judicial. Yo les ruego que lo firme la señora Baronesa, á fin de que conste que permanece en casa de sus padres, sin obedecer á ninguna presión.

—Mauricio, lleva ese papel para que lo firme tu hermana.

—Mi deber sería recoger la firma de la señora Baronesa en persona—dijo galantemente el comisario.—Así tendré el gusto de presentar mis respetos á una de las mujeres más hermosas de París.

—Muchísimas gracias—dijo Prévinqueres, y tomó el papel de manos de Mauricio, que entraba.

—Ya está la firma que deseaba. Ahora mi hijo y yo pondremos las nuestras...

—Y todo estará terminado. Le suplico, caballero, que presente mis excusas á la señora baronesa de Rocher, por haberla molestado con esta formalidad, y créame su seguro servidor.

El hombrecillo vestido de gris, con el proceso verbal en el bolsillo, se disponía á salir, cuando Mauricio le dijo:

—Señor comisario, si no tiene usted inconveniente bajaremos juntos. Buenas noches, papá.

—¡Mauricio!—murmuró con inquietud Prévinqueres.

—No temas—dijo el joven sonriendo—, sé con quién trato.

Inclinándose, añadió en voz baja:

—El comisario es buen muchacho.

Presentando una caja de habanos al Sr. Allard, le dijo:

—¿Un cigarro para salir?

—Con mucho gusto.

—Señor comisario—dijo Préviniqueres—, usted lo pase bien.

Mientras se dirigía al salón, Mauricio y Allard bajaron la escalera y salieron á la calle.

—¿Adónde va usted?—preguntó el joven.

—A la comisaría.

—¿Tiene usted prisa?

—No.

—Entonces iremos un rato juntos.

—Con mucho gusto. El cigarro es exquisito.

—Son cigarros que papá hace traer directamente de Cuba por medio de sus corresponsales. Estas marcas no se encuentran en Francia.

—No me hable usted—dijo el comisario exaltado.—La explotación del tabaco por el Estado, tal como se practica en Francia, es una vergüenza. Se envenena al consumidor en provecho del presupuesto. ¿Debe ser así?

—Si le oyese á usted el ministro de Hacienda...

—No me oye. Además, yo hablo como consumidor. El ser comisario no quiere decir que no se sea hombre.

—Tiene usted mucha razón.

Los dos se echaron á reír. En aquel momento pasaban por la Ópera, obscura y silenciosa.

—Jueves, no hay función—dijo el comisario.

—Sí, los artistas descansan.

Entraron por la calle de Gluck, siguieron la acera, y al llegar casi á la esquina del bulevar Haussmauw, Mauricio levantó la cabeza para mirar un estresuelo, á través de cuyos cristales brillaban luces vagamente.

—Debe estar—murmuró.

—¿Quién?—preguntó el comisario.

Mauricio se detuvo, cogió familiarmente al señor Allard por la solapa de la levita, y preguntó:

—¿Cuándo va usted á entregar á mi cuñado el proceso verbal que tiene en el bolsillo?

—Mañana por la mañana.

—¿Quiere entregárselo ahora?

—¿Para qué?

—Primero para librarse de esto, luego para darme gusto.

—Y ¿cómo?

—Acompañándome al entresuelo de esta casa.

—¿Será correcto?

—Va usted conmigo, respondo de todo.

—No me comprometa.

—Soy incapaz, palabra de honor.

Por la escalera de mármol, cubierta de alfombra, llegaron al primer piso. Una doncella les abrió la puerta.

—¿Está en casa la señora?

—Sí, y el Barón acaba de llegar—dijo la doncella dedicándole una sonrisa familiar.

—Ya ve usted, cómo no me he equivocado— dijo Mauricio al comisario haciéndole entrar.

La criada abrió una puerta y anunció a Mauricio.

Entraron en un saloncito donde estaba una mujer alta, morena, muy hermosa, y Folentin. Este se levantó azorado, mientras la mujer tendía la mano a Mauricio.

—¿Es usted, Mauricio?— dijo la Ferico con marcado acento italiano.—¿Qué viento le trae?

—Querida, me trae este señor, mejor dicho, yo le traigo a él. El Sr. Allard, comisario de policía— dijo el joven presentando al funcionario a la bailarina.

—¿Comisario de policía! ¿Se ha cometido algún crimen en la casa? ¿A qué viene este señor?

—A ver a Folentin. El señor es comisario... Nos le ha enviado él a casa hace un momento, y yo le devuelvo la fineza haciéndole venir aquí.

—¿Qué significa todo esto?— preguntó con asombro la bailarina.—Mamá, ven.

—No, no— exclamó enojado Folentin, al prever explicaciones horrorosas.

—¿Porqué no?— dijo la bailarina levantando la voz.

—¿Qué sucede?— preguntó una señora vieja y bigotuda.—¿Me llamas, Gialietta?

—Sí, mamá. Aquí está un comisario de policía que viene a buscar al Barón.

—No— rugió Folentin dirigiendo furiosas mi-

radas a su cuñado.—No se trata de mí. Venga usted y podremos hablar más libremente.

Diciendo estas palabras trataba de llevarse al comisario a otra habitación.

—Quédate, Fofol— dijo imperiosamente Gialietta.—¿Qué sucede? ¿Qué has hecho o qué te han hecho? Tengo derecho a saberlo todo.

—Tanto como una esposa legítima— declaró con autoridad la vieja.

—Precisamente se trata de esto— dijo Mauricio.— Señor comisario, usted se ha presentado hace un momento en casa de mi padre para requerir, de parte del señor barón de Rocher, a la señora Baronesa, mi hermana, para que volviese al domicilio conyugal. No he vacilado en traerle aquí para que viese cómo pasa el tiempo mi cuñado, mientras que, como tierno esposo, reclama a su mujer. Hace una hora ha levantado usted un acta, ¿quiere usted levantar la segunda?

—Caballero, sabe usted que eso no es posible.

—Perfectamente. Me reservo el derecho de hacerle citar como testigo de moralidad por el presidente del Tribunal.

—¡El presidente del Tribunal!— exclamó la bailarina gesticulando y levantándose sobre las puntas de los pies como si fuese a volar.

—Sí, mientras dure el proceso de divorcio que va a empezar entre mi hermana y Folentin.

—¡Mauricio!— gritó el banquero furioso— me las pagarás.

El joven, ni se dignó contestar. Se volvió hacia la bailarina, y dándole un beso delante del mismo Folentin, le dijo:

—Querida Giulietta, me hará la justicia de agradecerme el haberle advertido antes que a nadie los graves acontecimientos que se preparan. Lo he hecho a fin de que pueda aprovecharse de ellos. Cuando Folentin se haya divorciado, exijale que la haga su esposa. Se lo debe por su inexplicable fidelidad. ¡Dios sabe cuántas veces le he pedido que le engañase conmigo!

—¡Mauricio!—dijo Folentin exasperado.

—Sin embargo, no lo he conseguido; y eso que no es ni joven, ni hermoso, ni tiene talento, ni siquiera se viste bien. Lo único que le hacía tolerable era ser el marido de mi hermana.

—¡Ah, ya era algo!—declaró dignamente la madre moviendo los brazos como una primera actriz.—Usted sabe, Mauricio, lo mucho que estimamos a la Baronesa.

—¡Cómo, Fofol!—dijo la bailarina.—¿Te peleas con tu mujer? ¿La molestas enviándole al comisario de policía? Eso no está bien, y nunca lo hubiese creído de ti. Eso es propio de un hombre mal educado.

—Dejadme tranquilo. Ya es demasiado—gritó el banquero fuera de sí.—Su hermana tendrá noticias mías, Mauricio.

—Y usted nuestras.

Se inclinó ante la madre de Giulietta, acarició

los hombros de la bailarina, y dijo con jovialidad:

—Una vez más, señoras, les pido perdón por haber interrumpido su intimidad con este intermedio. Pero era útil... Buenas noches.

Se llevó al comisario de policía, que aún estaba bajo el peso de la sorpresa, y bajando la escalera llegó a la calle. Una vez allí, se puso a reír.

—¿Qué le parece a usted, Sr. Allard?

—¿Me habla usted de la querida del señor barón de Rocher? Es muy hermosa.

—Y juiciosa, sabe usted, muy juiciosa.

—El señor Barón era demasiado dichoso. Con una mujer legítima y una amiga tan encantadora, forzosamente tenía que tener muchos disgustos.

—Pues se engaña de medio a medio. Hasta ahora no los ha tenido. Del porvenir no se puede responder.

—No cuente la aventura, que entre nosotros, sea dicho, no puede ser más picante. Si los periódicos se hacen eco de ella tendría disgustos en la prefectura.

Mauricio estrechó la mano del Sr. Allard, tomando rumbo hacia su casa.

VIII

Dos años transcurrieron desde que Mauricio y el comisario de policía habían visitado á Folentin en casa de Giulietta. Rosa se había ido á América para reunirse con Evans y Raynaud. Instalada en Chiquito, en una linda casita junto al río, vivió muy tranquila y dichosa durante un año. Con interés asistía á los laudables esfuerzos que hacía Mauricio para ponerse al corriente de los negocios, y pasaba los días trabajando y leyendo en compañía de sus amigos. Nunca le había parecido tan agradable la existencia. El gran movimiento obrero que se producía á su alrededor, el entusiasmo de Mauricio para secundar á Evans y Raynaud en sus empresas, toda aquella actividad fecunda la apasionaba. Gozaba del grandioso espectáculo de la batalla industrial como verdadera entusiasta. Los días le habían parecido cortos como horas, y con asombro recordaba algunas veces el tedio antiguo, en el tiempo en que triunfaba y le envidiaban. Sus compañeros, sus amigos de otra época continuarían viviendo aburridos en su París decorativo y ficticio. ¡Desgraciados!

Inclinada en la barandilla de su balcón, mirando las extensiones cubiertas de verdura y el río color de oro de Chiquito, aspiraba deliciosamente el aire perfumado de las sabanas.

Evans había ido a visitarla de mañana, cosa contraria a sus costumbres, para decirle gravemente:

—Señora, vengo de parte de mi amigo Raynaud a preguntarle si quiere ser su mujer. Antes de dirigirnos a usted hemos escrito a los señores Prévinières pidiéndoles su consentimiento, que hemos recibido ayer. No falta más que su aprobación.

—Querido Evans, vine a instalarme junto a ustedes en América, lo que fué lo mismo que quemar las naves. Entonces no sabía si podría sacarle algún encanto a la vida. Hoy que la conozco, le aseguro que no puede ser ni más agradable ni más tranquila. ¿Me pregunta usted si la deseo así siempre? Sí, con todo mi corazón.

—Bueno; voy a darle su contestación a Raynaud, y haré cumplir las formalidades necesarias. Si no tiene inconveniente, la boda se celebrará aquí en Chiquito.

—¡Ojalá no tengamos que marcharnos nunca!

—Querida amiga, Valentín no puede seguir aquí. Es preciso que uno de nosotros se instale en Nueva York. Como no soy yo, soltero y viejo, quien puede hacer los honores de «Evans, Raynaud and Company», importa que los hagan

usted y su marido. Con este fin hemos comprado en la Quinta Avenida el palacio de Browesther.

—Pero Browesther es una de las mayores fortunas de América.

—Era. Este año han surgido algunas dificultades con los granos. Ha tenido que reducirse. Ese palacio, situado enfrente del de Astor, es nuestro. Usted vivirá en él desde el mes próximo. Volverá a ser la conquistadora de otro tiempo.

Rosa enrojeció y miró a su alrededor.

—Haré lo que ustedes quieran y me tendré por muy dichosa si logro complacerles. Con todo, más de una vez echaré de menos la encantadora sencillez de esta casa.

El americano tuvo un arranque de orgullo:

—La mujer de Valentín Raynaud debe estar instalada de otro modo que lo estuvo la baronesa de Rocher...

Evans se contuvo creyendo haber lastimado la sensibilidad de Rosa.

—Perdóneme—dijo sonriendo—, pero nuestra razón social exige mucho aparato. Es preciso colocar muy alta la bandera para que se vea. Usted será la encargada de representar nuestra casa, gastando lo que nosotros nos encargaremos de pagar.

—Vamos—dijo Rosa con cierta melancolía—, veo que es muy difícil librarse del destino. Decididamente he venido al mundo para gastar

dinero á manos llenas. Antes lo hice por gusto, ahora lo haré por deber.

—Lo hará usted con gusto exquisito y suprema elegancia, que es lo importante.

Acababan de almorzar en el palacio de la Quinta Avenida, Rosa y Raynaud, cuando la puerta del comedor se abrió para dar paso á Mauricio vestido de viaje. Rosa se levantó precipitadamente para abrazar á su hermano, y Raynaud le señaló un cubierto que estaba preparado.

—Ya ves que contábamos contigo.

—Muchas gracias, he comido en el tren.

—¿Vienes con Evans?

—Sí, pero se ha detenido un momento en el Banco Internacional para depositar valores.

—¿Ha realizado los aceros?

—Ganando siete millones de *dollars* que ha invertido en acciones del Transcontinental. Será preciso obtener las concesiones que nos hacen falta.

—¿Y el *oil*?

—El *oil*, muy bien. Se han hecho tres nuevos pozos, y el tren cisterna no basta. Tendremos que encargar otro.

—Lo construiremos nosotros mismos. El asunto Pullmann está terminado.

—¡Bravo!

Mauricio adoptó aire de hombre importante, y de uno de los bolsillos de su americana sacó un paquetito de piel que colocó sobre la mesa frente á su hermana.

—Querida, este es un tributo que la *Rubalia* ofrece á la señora de Raynaud como á una soberana.

Ante los dos hombres que sonreían, Rosa abrió el paquete y pudo ver la más hermosa colección de rubíes que en una sola mano se han podido reunir. Eran grandes como granos de maíz, de color de sangre, absolutamente iguales y del mismo peso.

—Es una maravilla—dijo la joven.

—En el mundo no existirá joya semejante. Será única. Hormestein de San Francisco, que ha visto estos rubíes, no se ha atrevido á tasarlos. Asegura que, vendiéndolos separadamente y por quilates, se sacarían algunos millones.

—¿Qué voy á hacer con estas piedras?—preguntó Rosa confundida.

—Querida—, dijo Valentin—, las harás montar y las llevarás para darnos gusto.

Una nube pasó por la frente de Rosa. Siempre que su marido se entregaba á estas prodigalidades, el recuerdo del jardincito de la fábrica de Beaumont acudía á su memoria, y con gran amargura comparaba la conducta de Raynaud con la suya. ¡Cómo se había vengado de ella el antiguo director de la fábrica de su padre, y

cómo se hacía dueño por su misma superioridad y sin el menor átomo de orgullo! Rosa le miró con aquellas miradas en que se recordaban todo su pasado de tristezas y de errores, con la satisfacción de haber reparado unas y otros. Raynaud, sonriendo, le tendió la mano. En aquel momento entraba Evans.

—¿Están mirando estas piedrecitas?—dijo besando á Rosa en la frente.—¿Dicen que químicamente pueden fabricarse iguales? Estas son hermosas, ¿verdad? Tengo una noticia que daros. El marqués de Condottier está en Nueva York.

—¡Ah!—dijo Rosa haciendo una mueca de desagrado.—¿Qué viene á hacer aquí?

—Lo he sabido hace un momento.

—¿En dónde?—preguntó Mauricio.

—En casa de Standish, el director de *La Internacional*. Iba á depositar los valores y esperaba la factura, cuando me dijo: A propósito, pregunte á Raynaud si conoce á un caballero francés que está aquí ahora y que se llama marqués de Condottier. Deseamos tener informes suyos.

—¿Con qué objeto?

—Viene á casarse; ha pleiteado con la hija de Green, de la casa Sparklet y Green. Green, como usted sabe, supone cien millones de dollars, y quiere saber lo que por su parte vale el marqués de Condottier.

—Le conozco, pero sin embargo, Raynaud le conoce mejor que yo.

—¿Quiere usted decirle que hable á Green? De lo que le diga dependerá la respuesta que dé á ese joven.

—Pues bien, veré á Raynaud en seguida. Con que apriete un poco la mano, destruye la combinación de Condottier.

Reinó un momento de silencio. Todos pensaban. Al cabo de un instante Raynaud dijo:

—Sentiría en el alma perjudicar á Condottier. Pero tampoco quisiera engañar á Green.

—Querido—, dijo Mauricio—, no te preocupes por Green. Le hace falta un hombre como ese. Si no es el Marqués será otro parecido. Quiere ser gran señora en París. Lo que se desea saber es si el marqués de Condottier pertenece en efecto al gran mundo.

—¿Me veré obligado á hablar bien de él?—dijo alegremente Raynaud.

Rosa hizo un gesto, y todas las miradas se fijaron en ella. Entonces, con gracia altanera que recordaba la conquistadora de otras veces, dijo:

—¿Le guardas rencor? Por mi parte, declaro que me considero su deudora. Es la primera vez que hablamos de él, después de dos años. No olvidemos que sin querer fué el agente de nuestra dicha. Los sabios llamáis reactivos á las sustancias que determinan la transformación química de los cuerpos. Pues bien, en lo que á nosotros se refiere, Condottier fué un reactivo irresistible. Él determinó los acontecimientos

que me hicieron comprender que había equivocado el camino de mi vida, y que me ayudaron á encontrar el bueno.

—Sí, seamos justos y reconocidos. Me dió á Rosa con el máximo de lo que podía esperar. La cantidad del bien recibido es infinitamente superior á la del mal. Por lo tanto, debemos alegrarnos, y como ella dice muy bien, no guardar rencor á Condottier. Veamos, querida... ¿te quería de veras?

Rosa movió la cabeza:

—No lo sé. Lo parecía, pero como en la vida se encuentran cómicos tan grandes... Era un hombre que odiaba.

—A Folentin—dijo Mauricio viendo que su hermana vacilaba para pronunciar este nombre.

—Sí, con toda su alma. Lo que más le importaba era vengarse de él.

—Y lo ha conseguido. El brillante barón de Rocher está enterrado. Solo queda un pálido Fofol que vive entre una bailarina avara, y la madre de la bailarina una mujer con toda la barba.

—Bueno, Evans. Diga usted á Green que se dirija á mí para informarse del marqués de Condottier.

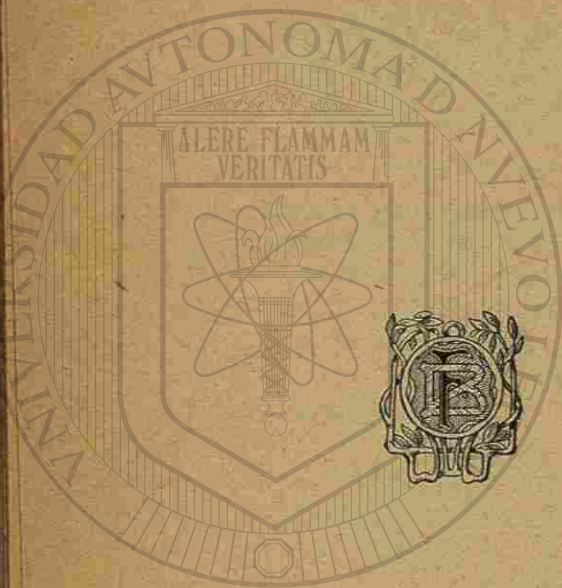
—Perfectamente—dijo Evans—haremos coincidir la época de la boda con un viaje á Francia, porque tal vez sería demasiado pedir que fuérais á la boda.

—Tanto más—añadió Mauricio riendo—que sería preciso hacer un regalito...

—Y por cierto—replicó Raynaud—tengo un pedazo de plomo en mi cajón con el que el marqués de Condottier me gratificó una mañana. Haciéndolo rodear de brillantes, sería un recuerdo curioso.

—No, consérvalo—dijo Rosa.—Precisamente ese pedacito de plomo, en el momento en que nuestro destino estaba incierto, hizo inclinar la balanza por el lado bueno.

Agosto 1904, Boix-la-Croix.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AD AUTONOMIA
ON GENERAL

